MARIO VILLÉN LUCENA

40 DÍAS DE FUEGO

Una novela sobre el saqueo Vikingo de Sevilla en el siglo IX



A mediados del siglo IX una flota de más de cien barcos vikingos recorrió el perfil de las costas de la península hasta llegar a la desembocadura del Guadalquivir, por donde penetró en territorio de al-Andalus. Los normandos remontaron el río hasta la isla de Qabtil (Isla Menor), donde establecieron una base de operaciones para el saqueo de Sevilla.

Durante cuarenta días robaron, quemaron, violaron y mataron sin mostrar clemencia. Sevilla se desangraba mientras Abd al-Rahman II organizaba una ofensiva que fuera capaz de derrotar y expulsar de sus tierras a los más de dos mil vikingos que las asolaban.

En estas circunstancias, el destino reúne a personas dispares en un grupo de supervivientes que intentará mantenerse con vida en una ciudad acosada, entregada a las ansias de botín de los temibles piratas del norte…

Mario Villén Lucena

40 días de fuego

Una novela sobre el saqueo vikingo de Sevilla en el s. IX

ePub r1.0
Titivillus 18.01.2021

Título original: *40 días de fuego*
Mario Villén Lucena, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Eva, mis padres y mis hermanos,
pilares de mi vida…

Agradecimientos

A Rafael Valencia y Magdalena Valor, por sus magníficos trabajos sobre la Sevilla islámica.

GLOSARIO

Al-bayt al-sajun: sala caliente en los baños árabes. Era la más cercana a la caldera.

Al-bayt al-wastani: sala templada en los baños árabes. El calor de la caldera llegaba a ella más mitigado a través de los conductos subterráneos.

Banu: tribu, familia. Se podría traducir por «hijos de…».

Berserkers: feroces guerreros nórdicos dotados de cualidades excepcionales. Peleaban semidesnudos, cubiertos con pieles. Antes de combatir solían tomar hongos que alteraban su conciencia y facilitaban un estado de furor que los conectaba con la furia de Odín. En ese estado eran temibles y llegaban a no distinguir a enemigos de aliados.

Casianistas: también conocidos como acéfalos. Herejes que rechazaban la jerarquía eclesiástica, se consideraban santos, rechazaban la comunión de manos de los no casianistas y repudiaban la comida musulmana, entre otras características.

Comes: significa conde. En las comunidades cristianas que vivían en al-Andalus, el comes era el líder, el representante del grupo ante las autoridades musulmanas.

Cora: circunscripción provincial. Su capital era una ciudad de cierta importancia en la que vivía el gobernador.

Dhimmí: nombre usado para designar a los judíos y cristianos que vivían en tierras musulmanas. Estaban bajo la protección de las autoridades a cambio del pago de un impuesto.

Faquí: sabio, doctor de la ley coránica. Los faquíes tenían gran influencia sobre sus vecinos.

Funduq: alhóndiga. Almacén y hostal para mercaderes.

Jaray (casa de): lupanar. Las prostitutas normalmente ejercían en alhóndigas y tabernas, pero también existían estos establecimientos específicos, que recibían su nombre del impuesto que las mujeres pagaban para poder ejercer su oficio. Las prostitutas en al-Andalus no estaban toleradas en público.

Mudos: esclavos de origen eslavo que formaban parte de la guardia palatina. Se les conocía como mudos porque no conocían ni el árabe ni el romance.

Munia: casa de campo con jardines y huertas a su alrededor.

Musalla: oratorio al aire libre.

Qabtil (isla de): hoy conocida como isla menor, en el río Guadalquivir.

Qa'id: cargo militar intermedio. De esta palabra deriva la castellana «alcaide», que designa al gobernador de una plaza.

Quibla: dirección hacia la que se orientan los musulmanes al orar. Esta dirección apunta hacia la Kaaba, en La Meca.

Tabib: médico cualificado, a diferencia del *mutatabbib* (enfermero), que trataba las enfermedades más corrientes.

Talit: una especie de chal que los judíos usan durante los servicios religiosos.

Valkirias: deidades femeninas menores de la mitología nórdica que se encargaban de llevar a los más valerosos de los caídos en batalla al *Valhalla*, palacio destinado a ellos.

Wadi al-kabir: nombre árabe del río Guadalquivir. Significaba «cauce o valle grande».

Walí: gobernador de una división territorial amplia, dentro de un reino islámico.

Yinn: genios. Constituyen la tercera categoría de seres creados por Dios, según el Islam.

Yund: circunscripción militar siria en la que se repartían las tropas árabes. Este sistema se copió en al-Andalus con los contingentes sirios que llegaron a la península en los primeros tiempos de dominación musulmana.

PRÓLOGO

(**Septiembre, 844 d. C.**)

Los sudaneses llegaron a Sevilla cubiertos de polvo y sudor, lo que les daba una apariencia aterradora de estatuas de barro. Avanzaron por la ribera del *wadi al-kabir* hasta que encontraron el puesto del barquero. Cruzaron el río en uno de sus botes y continuaron corriendo hasta las inmediaciones de la ciudad.

Atravesaron el cementerio de los alfareros marchando entre las estelas y capillas, al pie de la vieja muralla romana que se desmoronaba por el paso de los siglos. Sus pies volaban y evitaban pisar las flores y las matas olorosas que había plantadas junto a los enterramientos. Al salir de la rauda se toparon con la puerta Hamida, rebosante de vida. Decenas de personas y animales entraban y salían por ella. La mayoría eran campesinos de las aldeas y alquerías cercanas que acudían a la ciudad para abastecer los zocos. Miraban temerosos a los imponentes hombres de piel grisácea mientras agarraban sus amuletos, apretaban el paso y apartaban la vista, como si estuvieran ante la aparición de dos demonios.

Los emisarios sudaneses se detuvieron unos instantes y se sacudieron el polvo del camino. El negro intenso de su piel lució brillante al sol, moteado de gotas de sudor.

Franquearon la puerta al paso de los transeúntes y se dirigieron al alcázar del gobernador de Sevilla…

Apoyado en el marco de la puerta que daba acceso al alcázar, el guardia eslavo entonaba una canción que sonaba alegre. La trova tenía un tono épico que recordaba a los poemas que cantaban algunos músicos callejeros en las proximidades del mercado.

—… las pisadas de los caballos anuncian su llegada, como el rayo al trueno, enseguida estarán aquí y ya no habrá salvación…

El otro guardia lo miraba con fastidio.

—Basta hermano, no tortures más mis oídos con tu voz de gaviota —le pidió.

—¿Recuerdas cuando padre nos la cantaba? Podía sentir los resoplidos de los caballos en el cogote.

—Sí, lo recuerdo, Bogdan. Pero padre tenía buena voz y la canción sonaba hermosa. Para ya, por favor.

—Está bien Dushan. Eres un aguafiestas.

Dushan no respondió. Siempre que su hermano cantaba aquella canción se dejaba invadir por una pegajosa melancolía que le duraba horas. Los recuerdos de su patria y de su familia visitaban su memoria y tenía que luchar contra ellos para mantenerse sereno. Hacía muchos años que habían sido arrancados a la fuerza de su tierra y habían sido vendidos a un comerciante de esclavos de al-Andalus, pero recordaba los acontecimientos como si hubieran ocurrido el día anterior.

Los dos hermanos no volvieron a dirigirse la palabra hasta pasado un buen rato, cada cual absorto en sus pensamientos. A lo lejos vieron acercarse a dos mensajeros. Los distinguieron entre el gentío que atravesaba la puerta Hamida y observaron cómo avanzaban por la calle principal que separaba al alcázar de la mezquita mayor. Eran sudaneses, los favoritos del soberano de al-Andalus. Los eslavos salieron de su mutismo y les dieron el alto. Bogdan se acercó a ellos y tomó el documento que le ofrecían para comprobar sus credenciales. Verificó el sello de la cancillería de Abd al-Rahman ibn al-Hakam y llamó a los guardias del siguiente turno para que ocuparan los puestos de la entrada. Los hermanos acompañaron a los sudaneses al interior del alcázar, que consistía en un conjunto de pabellones y cuarteles rodeado por un sólido muro. Los condujeron a la sala en la que el gobernador celebraba audiencia pública con el cadí. En la puerta, un africano de piel azabache, que contrastaba con los norteños de cabellos dorados, volvió a comprobar las credenciales. Luego se dirigió a su señor para informarle de la llegada de los mensajeros de Córdoba. Tras una breve charla privada, el africano informó en voz alta del fin de la audiencia y despachó a todos los presentes, incluido el cadí.

Cuando el salón quedó despejado de demandantes, Bogdan y Dushan acercaron a los emisarios a los pies del *walí*.

—Disculpad nuestro lamentable aspecto —solicitó uno de ellos en un árabe mal pronunciado—. Venimos corriendo desde Córdoba y solo hemos parado durante la noche.

—¿Qué nuevas son las que traéis? —preguntó el gobernador intrigado.

El mismo mensajero que había hablado volvió a tomar la iniciativa.

—Los normandos han atacado Lisboa y bordean la costa en dirección al sur.

Los guardias eslavos se estremecieron al escuchar aquellas palabras. Intercambiaron una mirada cargada de desasosiego y prestaron especial atención a la conversación. El gobernador parecía consternado también. Las Marcas fronterizas permanecían bajo constante amenaza. El emirato recibía multitud de ataques por parte de los cristianos del norte pero, hasta ese momento, salvo ataques aislados de piratas a aldeas de pescadores, las costas habían sido seguras.

—¿Han saqueado Lisboa? —exclamó el gobernador imaginando un desembarco masivo.

—No, señor, la han acosado durante más de diez días pero no han conseguido atravesar sus murallas.

El dignatario se tranquilizó.

—Teníais que haber empezado por ahí —dijo aliviado. Dejó la vista perdida en uno de los tapices que colgaban de las paredes. Los sudaneses se mantuvieron en silencio—. Pero entonces ¿cuál es vuestra misión?

—Vamos al sur para avisar a las ciudades y pueblos de mar. Son más de cien naves las que amenazan las costas —el *walí* enarcó las cejas, calibrando de nuevo la información. Aquel número constituía un ejército, no un simple puñado de bandidos—. Hemos llegado hasta aquí corriendo y tenemos instrucciones de pediros dos mulas para descansar durante las siguientes jornadas.

—Ya veo… —observó sus musculosos miembros empapados de sudor mezclado con tierra y comprendió por qué Abd al-Rahman los prefería como mensajeros—. Descansad y mañana por la mañana partiréis con dos mulas.

—Aceptamos vuestra hospitalidad pero todavía queda luz del día. Si es posible, saldremos enseguida —contestó uno de ellos.

—Está bien, como queráis —señaló al guardia africano—. Encárgate de que les entreguen los dos animales con alforjas llenas de comida —los emisarios inclinaron la cabeza en señal de gratitud—. Un momento —requirió el gobernador cuando se disponían a marcharse—, ¿qué informes han llegado a Córdoba sobre esos hombres?

Los sudaneses se miraron brevemente antes de contestar.

—Son guerreros temibles. Pelean como si no tuvieran miedo a la muerte. Son infieles que viajan en barcos con forma de monstruos y usan hachas en la

batalla… Es todo lo que sé.

El *walí* los despachó con un gesto de la mano. Se despidieron con las fórmulas habituales y se dejaron llevar por el guardia fuera de la sala. El gobernador salió también y se encaminó a sus estancias privadas, pensativo. Los dos esclavos del norte se quedaron solos un instante.

Dushan suspiró hondamente y miró a su hermano. Lo agarró del brazo y tiró de él hacia fuera. Salieron caminando a paso lento.

—¿Cómo han podido llegar hasta aquí? —dijo con ansiedad en la lengua de su pueblo.

—¿Te sorprende? Esos malnacidos llegan a todos los rincones, deberías saberlo.

—No estamos a salvo en ningún sitio, hermano —negó con la cabeza y se frotó la frente con la mano, como si pretendiera borrar un recuerdo.

—¿Qué temes Dushan? No estamos en la costa.

—Bogdan, la vida me ha enseñado a esperar cualquier cosa.

Detuvieron la marcha y no encontraron más palabras que añadir. Dushan dejó a su hermano plantado y se encaminó con paso decidido hacia los cuarteles. Necesitaba encontrar a alguien que quisiera practicar con la espada para desahogar la rabia que comenzaba a dominarlo desde las entrañas…

VIDAS EN CALMA ANTES DE LA TORMENTA

ALÍ

Sentado sobre una piedra observaba cómo el rebaño lo rodeaba para comerse el pasto de aquella ladera del monte. Dos ovejas se alejaron del grupo y tuvo que silbar a su perro para que acudiera a por ellas. Con el cayado apartó a una cabra que le mordía las sandalias de esparto. Recompuso las hebras que se habían soltado y resopló fuertemente. Estaba cansado de aquella vida, de malgastar sus días en el monte, en soledad, con la única compañía de aquellos apestosos animales. En las largas horas de pastoreo soñaba con las aventuras a las que tuvo que hacer frente su antepasado cuando cruzó el estrecho y abandonó su tierra natal para probar fortuna en al-Andalus. Su madre le había metido todas esas historias en la cabeza y había sembrado en su corazón el anhelo de otra vida.

El *wadi al-kabir* serpenteaba a lo lejos y en su ribera se adivinaba el contorno de Sevilla. El muchacho detuvo la vista en la ciudad, señaló en aquella dirección y entornó los ojos. Con la otra mano apretó el cayado hasta clavarse uno de sus nudos en la palma. No sintió dolor, tan solo sintió odio, y ese sentimiento era más fuerte que cualquier otro que pudiera albergar en aquel instante. El anhelo de aventura no era lo único que su madre había sembrado en su interior, también había hecho crecer el rencor y la ira en el alma de aquel muchacho de apenas veinte años.

—¡Alí ben Alí el rifeño! —oyó los gritos de la mujer—. ¿No te das cuenta de que se te escapan las ovejas? Y ese perro que dices que es tan listo… ¡vale más para carroña que para pastor!

El muchacho despertó de su fantasía y silbó de nuevo al perro, que dormitaba ajeno a la huida de los animales. La mujer se acercó a él resoplando, moviendo las anchas caderas con dificultad por la aspereza del terreno. Cuando estuvo a su lado le entregó un hatillo con comida.

—Cada vez te vas más lejos, hijo. ¡Construimos la casa ahí abajo porque había agua y buen pasto!

—Ya, madre, pero me gustan las vistas que hay desde aquí.

La mujerona se sentó junto a él y sonrió.

—Entiendo, miras nuestra casa —Alí asintió y volvió a señalar y a entornar los ojos—. Algún día será nuestra de nuevo y volverán los días felices —sentenció la mujer.

—Padre murió y no volverá.

—Es verdad, pero tú verás a tus hijos crecer en la casa de las rosas.

Alí miró a su madre con gesto grave. La mujer sonreía, como si aquellas frases las soltara ya sin convicción.

—Lo haré, madre, y tú lo verás. Entonces padre no habrá muerto en vano.

Alí el rifeño, el padre de Alí, se suicidó varios meses atrás. Llevó el rebaño a un pequeño acantilado y se lanzó sobre las piedras para acabar con su vida. La idea de suicidarse se le había instalado en la cabeza como resultado de un estado de melancolía y tristeza que lo dominó durante años, pero su esposa insistía en que la razón verdadera de la tragedia era la impotencia que sentía ante la injusticia a la que se había visto sometida su familia.

Según la historia familiar, que el joven Alí ben Alí había oído mil veces, un glorioso antepasado había atravesado el estrecho para unirse al ejército de al-Samh, un gobernador impuesto por el Califa que pretendía recaudar impuestos sobre la tierra e informar a su señor sobre la situación de al-Andalus. Los guerreros que acompañaban a este gobernador se asentaron en diferentes zonas para hacer efectiva la recaudación. Al primer miembro de la familia de los rifeños que se asentó en la península lo recompensaron por su lealtad con unas ricas tierras en la ribera del *wadi al-kabir*, junto a la ciudad de Sevilla. Allí se instaló y construyó su casa, a la que llamó la casa de las rosas. Era un pequeño palacete rodeado de vergeles y huertas. El primer rifeño murió plácidamente en su mansión, satisfecho con lo que había conseguido para los suyos, complacido por sentirse dueño de un pedazo de la rica tierra de la codiciada península. Sin embargo, aquel legado que había conseguido con su sudor y su ansia de aventura no permanecería durante mucho tiempo en manos de su familia. A su hijo le tocó asumir el fatal destino de perderlo todo.

Por esos tiempos los bereberes del norte de África y de la península se sublevaron contra el dominio árabe porque, en el reparto de tierras, a ellos les entregaron las fronteras, las montañas y las extensiones menos fértiles. Los rifeños no participaron en este levantamiento porque realmente no tenían motivos para quejarse. A pesar de esto, sufrieron las consecuencias a la par de los rebeldes. Un contingente de sirios derrotó a los bereberes y colocó nuevos gobernadores. Al principio respetaron la propiedad de la casa de las rosas y sus tierras, pero pronto una familia siria puso los ojos sobre ella y convenció al gobernador para que se la otorgase. Decretaron la usurpación y expulsión sin el menor recato, animados por la corriente reinante de ataque a los

bereberes. A cambio, a los rifeños les concedieron unas tierras en la sierra, condenándolos al pastoreo.

Hacía un siglo de aquellos acontecimientos, pero la humillación seguía viva en las mentes del *banu* rifeño y pasaba de generación en generación como una amarga herencia. La recuperación del patrimonio perdido caía sobre cada descendiente varón como una pesada losa que apenas podía manejar. La familia mantenía vivo el recuerdo de la afrenta a la espera de que llegara el improbable día en que los rifeños pudieran de nuevo señorearse por las estancias de la casa de las rosas, su legítimo hogar.

—Claro hijo, la recuperarás, y entonces tu padre se sentirá orgulloso en el Paraíso —palmeó a Alí en la espalda—. Cuando tengas hijos debes contarles nuestra historia.

—Lo haré, les contaré nuestra historia… en la casa de las rosas…

Sus ojos se perdieron en la ribera del río y respiró profundamente, como si pudiera percibir el intenso olor a flores de los jardines.

Alí regresó a casa temprano y encerró a los animales en el cercado. La vivienda estaba construida con mampuestos, con una capa de mortero encalado sobre ellos. Era sencilla y poco espaciosa. Tenía un dormitorio, un salón con chimenea y una pequeña tinajera para el aceite, las legumbres y los cereales que la familia atesoraba.

Su hermana pequeña salió a recibirlo.

—¡Alí, Alí, ven, yo he hecho la comida! —La niña, orgullosa, lo agarró de la mano y tiró de él hasta la hoguera, sobre la que bullía una olla con verduras. Se detuvo y la presentó a su hermano con las palmas de las manos vueltas hacia arriba.

El muchacho olvidó su mal humor y alabó el trabajo de su hermanita. A sus seis años su madre ya había empezado a instruirla en las labores de la casa.

—Que bien huele, princesa —así la llamaba.

La madre dirigió una rápida mirada a Alí y asintió, confirmando con visible emoción que había sido ella la que lo había cocinado. Mientras las mujeres preparaban la mesa él se lavó con agua fresca del pozo que su abuelo había construido junto a la casa. Con el torso mojado se sentó unos instantes en el brocal de barro cocido, para dejarse secar al sol. Cerró los ojos y respiró el aroma de la tierra. Aquel era su momento favorito del día, el regalo que el Altísimo le otorgaba después de cada jornada de trabajo. Sus músculos se

relajaron y su estómago rugió. Desde el ligero almuerzo que le había llevado su madre no había probado bocado. Observó el pequeño huerto y pensó que al amanecer del día siguiente tendría que dedicar algún tiempo a regar, abonar y arrancar hierbas. Luego dirigió la vista a su alrededor. La naturaleza dominaba el terreno a su antojo. Salvo su vivienda, no había otras construcciones en las cercanías. La aldea más cercana, a donde la familia acudía cada viernes para la oración común, estaba a más de una legua. A veces Alí sentía aquella amplitud como un castigo. Estaba en plena edad casadera y el deseo de yacer con una mujer lo asaltaba a menudo. Tenía que conformarse con satisfacerse él mismo, en la soledad de las largas jornadas de pastoreo. Prefería eso a fornicar con sus ovejas, como hacían otros pastores con los que se encontraba por los montes. Le correspondía a su madre arreglar un matrimonio conveniente con una chica de su misma condición, pero ella, acomodada a depender del trabajo de su hijo, procuraba retrasar el apaño. «Ya tendrás tiempo de cansarte de una mujer», solía decirle entre risas. Pero Alí no reía, sentía que la ansiedad que oprimía su pecho acabaría por llevarlo a un tajo, como a su padre. A menudo sentía miedo de acabar como él. A pesar de que su madre insistía en que había sido la injusticia la que lo había llevado a acabar con su vida, él sabía que no era así. Conocía muy bien a su padre y sus humores cambiantes, sus tristezas y sus pocas ganas de vivir. Antes de terminar como él tenía que hacer algo, cambiar su vida.

—Vamos hermano, ¡te vas a chupar los dedos!

Lo llamó su hermana. La ternura que le hizo sentir la niña borró el rastro de sus pensamientos sombríos. Entró en la casa y sacó fuera las escudillas de guiso y el pan. La tarde era espléndida y pensó que comerían mejor a la brisa del crepúsculo. Así fue, los tres charlaron animadamente y se sintieron reconfortados y optimistas con el espectáculo de la caída del sol sobre los campos. Se acercaba la hora de orar y Alí propuso que antes hicieran un pequeño acto de agradecimiento por todo lo que tenían. Cerraron los ojos y cada cual se comunicó con el Altísimo para darle las gracias. Alí, después de agradecer los alimentos, hizo una rogativa.

«Creador, Tú que todo lo puedes, muéstrame un camino por el que pueda andar para sacar a mi familia de aquí, un camino por el que pueda ser feliz…».

KAMAL Y MUHAMMAD

El cristiano levantó el vaso de cuero y dejó al descubierto los dados. Alrededor suya se levantó un clamor de voces que mostraban su sorpresa. El hombre que tenía enfrente agarró su jarra y apuró el vino que le quedaba. Se secó el sudor de la frente y levantó el brazo para pedir silencio. Lucía un brazalete blanco, señal de luto, y su camisa, sucia y gastada, parecía la propia de un soldado del emir. Tenía los ojos nublados por el alcohol y respiraba con dificultad. Señaló la mesa y se dirigió al cristiano.

—¡Apuesta!

En respuesta, el hombre puso cinco dírhams junto al vaso. Era una apuesta fuerte pero el soldado no se amilanó y la subió a siete. El cristiano lo miró con sorna y extrajo de su bolsa un dinar. Lo había cazado, había usado un reclamo y el jugador había acudido a la llamada. La moneda destelló a la luz del candil y su oponente no la perdió de vista hasta que fue depositada sobre la mesa.

—Parece que es la primera vez que ve uno —comentó en lengua romance con sus amigos, que permanecían a pocos pasos de él.

El soldado golpeó la mesa con fuerza e hizo saltar el dinar y los dados. Todos enmudecieron.

—Conozco tu lengua, maldito miserable. Mis padres eran más cristianos que tú.

Los hombres que llenaban la taberna lo miraron en silencio. Él parecía sentirse cómodo con la situación. Pausadamente se ajustó el gorro de lino y cogió su bolsa, la vació sobre el tablero y se puso a contar las monedas con un dedo.

—Doce, maldita sea —una sonrisa triunfal se dibujó en el rostro del *dhimmí* cristiano, que se apresuró a recoger los dírhams que había en juego—. Espera —dijo el soldado—, tengo un amuleto de plata, ¿te vale por lo que falta? —Tiró de la cuerda que rodeaba su cuello y dejó a la vista una figura brillante que representaba la cabeza de un águila.

Tras un breve silencio el cristiano asintió.

El soldado recogió los dados y el vaso, los agitó y tiró su jugada. Con avidez contó el resultado y enseguida se percató de que había perdido. De nuevo golpeó la mesa, esta vez con más fuerza, y los hombres que observaban el juego elevaron la voz para comentar lo que había pasado. El ganador

extendió la mano para pedir el amuleto y el soldado se lo quitó del cuello y se lo dio. Con dificultad se puso en pie, dio dos pasos, se tambaleó y estuvo a punto de caerse sobre el tabernero, que se acercaba para retirar las jarras vacías.

—Ya vale por hoy Kamal, el campesino te ha desplumado. Ahora vete a dormir la borrachera —le dijo el dueño del establecimiento.

El soldado pareció no oírlo y se acercó a la puerta con paso inestable.

—¡Detenedlo! —gritó el cristiano detrás suya—, ¡esto no es plata! —Y mostró el colgante metálico a los parroquianos para que entendieran que su demanda era justa.

El tabernero negó con la cabeza y se apresuró a retirar todas las jarras que pudo, esperando lo peor. La esclava cantora que iba a actuar aquella noche se escondió en la cocina. El ganador era un hombre de campo que había acudido a la ciudad con sus dos hijos para comprar ganado en la feria semanal. Los muchachos eran altos y fuertes. Cerraron el paso de Kamal y lo agarraron por los hombros.

—¡Quietos! —gritó el tabernero desde la puerta de su cocina—. Aquí dentro no, son las normas. Si tenéis algo que arreglar hacedlo fuera —miró desafiante a los dos muchachos, que asintieron lentamente y arrastraron al soldado fuera del local, seguidos por su padre—. ¡Que el Altísimo te proteja, Kamal! Mil veces te he advertido —sentenció. Luego se metió en la cocina para sacar nuevas jarras y seguir haciendo negocio en aquella víspera de feria.

Llevaron al borracho en volandas calle abajo hasta la primera esquina y lo colocaron de cara al campesino, sujeto por los brazos. No se resistía, había arriesgado y le había salido mal, por lo que estaba preparado para asumir el castigo.

—Me has engañado y ahora vas a pagar —dijo el ganador con furia. Kamal tenía la cabeza inclinada hacia el suelo—. ¡Te estoy hablando! —Le levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Lo que vio lo dejó helado, su mirada sin luz le suplicaba que lo matara. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y apartó la vista. Sin convicción le lanzó un rodillazo al costado derecho que le hizo doblarse y escupir parte del vino que había bebido—. Seguid vosotros.

Los hijos del campesino se ensañaron con aquel cuerpo derrotado que apestaba a alcohol y suciedad. El soldado gemía pero no soltaba palabra alguna. Uno de ellos lo sujetaba por detrás mientras el otro le golpeaba y, pasado un rato, cambiaron los papeles.

—Ya vale —dijo el padre cuando vio que de la boca del soldado salía un hilo de saliva mezclada con sangre—. Ya vale —insistió, y sus hijos obedecieron.

Lo dejaron allí tirado, como un despojo de la taberna más sórdida de Sevilla, y volvieron al establecimiento para beber y comer con el dinero recién ganado. Un pequeño charco de sangre regó la tierra sobre la que yacía Kamal, como un lecho de vida para un hombre que ya no tenía esperanzas. En el silencio que reinó entonces sonaron los goznes de una ventana que se abría. Una cabeza se pegó a la celosía de madera y observó el cuerpo inerte, pero enseguida se apartó y se apresuró a cerrar la hoja abierta.

La ronda nocturna pasó por el barrio pasada la medianoche y encontró a Kamal en la calle, tal y como lo habían dejado sus agresores. Uno de los guardias comprobó que seguía vivo y le pidió ayuda a su compañero para transportarlo. Como hacían con los borrachos y delincuentes que encontraban a esas horas, lo llevaron al viejo *funduq* que el gobernador usaba como prisión. Lo encerraron en una celda y salieron para seguir con la ronda. El soldado permaneció la noche encogido por el dolor y por el intenso frío que comenzaba a sentir a medida que la sensación de ebriedad se le pasaba. Las heridas dejaron de sangrar, pero el malestar se intensificó y su cuerpo se resintió por los golpes recibidos. Tumbado sobre el banco de piedra de la celda giró la cabeza hacia el cielo y suplicó.

—Dame paz, te lo ruego, dame paz…

Al alba, con los primeros rayos de sol cayendo sobre los tejados de la ciudad, un capitán de la guardia del gobernador entró en la prisión. Se dirigió al carcelero y le pidió que lo llevara ante el borracho que habían cogido esa noche. El guardián le señaló una puerta en el ala derecha del edificio. El capitán atravesó el patio central y se asomó por el ventanuco enrejado de la puerta.

—¡Abre! —gritó al carcelero, que se acercó a paso lento y siguió sus instrucciones.

Dentro tuvo que esperar un momento a que la vista se le acostumbrara a la oscuridad. Lo primero que percibió fue un intenso olor a vómitos, que luego comprobó que tenían un color rojizo, no sabía si por el vino o la sangre.

—Kamal —susurró. El soldado se removió, todavía acostado sobre el banco de piedra, y el capitán suspiró aliviado; estaba vivo—. Hijo de perra —masculló para sí, y se acercó a él para levantarlo y ayudarle a salir de la celda.

El soldado se dejó agarrar y se incorporó aferrándose al hombro del capitán. Apenas le quedaban fuerzas para caminar, a cada paso su cuerpo

magullado vibraba de dolor pero él se mantuvo en silencio, con la cabeza gacha.

—¿Quién va a limpiar esto? —preguntó el guardián.

El capitán le dirigió una furiosa mirada y respondió con acritud.

—Tú —quedó quieto unos instantes a la espera de una posible respuesta. No la hubo.

Los dos hombres salieron del *funduq* al paso del herido. El sol golpeó los ojos del soldado y le hizo entornarlos. La calle aún estaba desierta pero hasta allí llegaba el alboroto de los hombres que montaban los puestos del mercado varias calles más abajo. Los pájaros volaban y cantaban a la luz del día, animando el trino de los ruiseñores que muchos sevillanos solían criar en sus casas. Algunas puertas estaban abiertas y del interior salía el eco ahogado de un cepillo que rascaba el suelo.

—¿Cómo has dado conmigo? —pronunció Kamal con dificultad, como si el aire al salir por su boca le provocara un terrible sufrimiento.

—Tengo mis informadores, ya deberías saberlo.

El tabernero vino a la mente del soldado con la certeza de que él era uno de esos informadores a los que se refería.

El hogar del capitán estaba cerca de la mezquita mayor pero evitaron atravesar el mercado, que en día de feria tenía una mayor afluencia de clientes. La vivienda era la propia de alguien como él, de clase acomodada. Alrededor de un gran patio central se repartían las salas, todas en planta baja, a las que se accedía desde una galería con columnas de ladrillo. En el centro había un pozo con brocal de mármol, alrededor del cual se repartían limoneros, limeros y multitud de arbustos con flores. El capitán llevó a Kamal hasta el pozo y llamó a la esclava que atendía las labores de la casa.

—Límpialo, dale una buena friega. Lava su ropa y dale una de mis túnicas limpias —la muchacha asintió—. Volveré a mediodía —se dirigió esta vez al soldado.

—Gracias Muhammad —dijo el herido mientas la esclava de su amigo le sacaba la camisa por la cabeza.

El dueño de la casa torció el gesto y se marchó para acudir a los cuarteles del gobernador, donde pasó la mañana. Cuando volvió encontró a su amigo sentado en un cojín de cuero con el tronco erguido, a la sombra de una de las galerías del patio, mientras un barbero le cortaba el pelo. Su barba, antes desgreñada y sucia, ahora brillaba como el pelo azabache de un toro. El barbero estaba terminando de arreglar sus cabellos al estilo Ziryab, con el pelo corto de manera que dejara ver las cejas, las orejas y la nuca. Parecía otro

hombre, el que antaño Muhammad había conocido en los días felices. No pudo evitar esbozar una sonrisa. En el pómulo izquierdo Kamal tenía aplicado un ungüento de color verdoso, bajo los ojos tenía dos pequeños cortes de sangrado y una venda apretaba su brazo izquierdo, por lo que Muhammad supuso que el *tabib* que había contratado ya había pasado por su casa. El soldado permanecía con los ojos cerrados, como si el tacto del barbero lo anestesiara. Su vieja actitud de orgullo afloraba de las facciones rudas, ahora serenas. El capitán se recreó en la imagen unos instantes y le dio tiempo al peluquero para que terminara su trabajo.

—Te veo bien —le dijo al fin cuando se acercó.

El barbero saludó bajando la cabeza y se retiró. Kamal se puso en pie y abrazó a su amigo, que había vuelto a su actitud seria.

—El *tabib* ha hecho un buen trabajo. Una vez más te conviertes en mi salvador.

—Nadie puede salvarte salvo tú mismo, Kamal —respondió al instante.

—Tal vez no tenga salvación, a lo mejor te empeñas en salvar algo que ya está muerto —ahora el soldado también estaba serio. Muhammad se acercó hasta estar a un palmo de su rostro.

—No digas eso, no ofendas al Creador —dijo en voz baja, apretando los dientes.

—No temo al Altísimo, Muhammad, ya no puede hacerme daño. Me ha castigado lo suficiente como para sufrir tres vidas.

El dueño de la casa cerró los ojos y suspiró. Recordó los acontecimientos a los que se refería su amigo y de pronto se sintió desarmado.

—Kamal, tan solo te digo una cosa, ya no puedo dar más la cara por ti. Te han degradado dos veces y ahora no queda más camino que echarte. Gánate la vida honradamente, abandona el vino y las tabernas, busca esposa…

El soldado levantó la mano mecánicamente e hizo callar al capitán.

—Si valoras nuestra amistad calla —Muhammad permaneció en silencio, comprendió que no debería haber sacado el tema—. Lucho día a día contra el deseo de acabar con mi vida y a veces solo el vino acaba con esa ansia —Muhammad levantó la cabeza y miró a su amigo a los ojos—. En realidad no comprendo por qué no lo hago, pero el caso es que me falta valor, o a lo mejor es que tengo miedo de apartarme de mi familia tras la muerte —su amigo estaba petrificado y solo pudo apoyar una mano en su hombro para transmitirle entereza. El gesto arrancó a Kamal de la melancolía—. Amigo, sé que me quieres, y por ti intentaré ser mejor persona. Pero dame tiempo.

—Tiempo tendrás —sabía que no podía hacer otra cosa. Las palabras de su amigo lo habían dejado desarmado. Volvieron a abrazarse—. Mi túnica te queda a ti mejor que a mí, perro sarnoso.

—Es por ese melón que escondes bajo la ropa —le tocó la barriga. Ambos rieron y se relajaron—. Maldito cerdo seboso.

Aún conservaban la costumbre de insultarse, que tantas veces habían practicado durante las campañas, cuando ambos eran capitanes.

—¡Yawhara! —Enseguida la esclava apareció en el patio—. Dile a mi esposa que hoy como fuera con un amigo viejo, que no es lo mismo que un viejo amigo —la última frase la dijo en un tono ostensiblemente alto y girando la cabeza hacia Kamal, que se mostró divertido. La muchacha asintió y se perdió en el interior de una de las salas del ala izquierda de la casa—. Mi esposa me habrá oído, pero llevamos varios días sin hablarnos y usamos a Yawhara como recadera. Ya sabes, por lo de no tener hijos, está muy triste y apenas levanta la cabeza de la almohada.

—Entiendo. Y… Yawhara… ¿no se queda embarazada?

—Zorro malnacido, cómo me conoces. No se queda, pero no será porque yo no lo intente —le dio una palmada en la espalda a Kamal y lo empujó para que echara a andar hacia la puerta de la casa. El soldado cojeaba levemente—. ¿Puedes caminar bien? —asintió y ambos salieron animados, cada cual con sus preocupaciones enterradas bien hondo, donde al menos durante lo que quedaba de día no pudieran ser encontradas.

—Dime una cosa Kamal, te he visto tumbar hasta a cinco hombres estando borracho como un pirata cristiano. Según me han dicho, anoche eran un padre y sus dos hijos. ¿Por qué te dejaste pegar?

El soldado miró a su amigo sorprendido, como si fuera evidente la respuesta.

—Porque merecía aquella paliza, era lo justo.

—Tú y tu extraño sentido de la justicia…

Muhammad echó el brazo por encima a su amigo y ambos se alejaron de la casa a paso lento.

Pasaron buena parte de la tarde juntos. Con la excusa de la cojera, el capitán acompañó al herido hasta su puerta. Kamal sospechó que lo que pretendía era asegurarse de que no se iba a las tabernas de los cristianos. Entró en su vivienda y se dejó caer sobre los almohadones del salón. A pesar de los intensos dolores que recorrían a oleadas su cuerpo magullado, había pasado

un rato agradable en compañía de Muhammad. El amigo lo había sermoneado, como tantas otras veces, pero en esta ocasión algo había cambiado. Le había hablado de igual a igual, no como un padre que aconseja a su hijo inexperto. Esta nueva actitud había impactado en la conciencia de Kamal, que se propuso esforzarse con más ahínco para no decepcionarle. El capitán le había confesado que sentía lástima por él, y era la primera vez que se sinceraba de aquel modo. Le había dicho que, si se ponía en su lugar, difícilmente imaginaba que pudiera sacar fuerzas para vivir y, curiosamente, aquellas verdades reconfortaron al herido, que se sintió por primera vez acompañado en el sentimiento.

La habitación estaba vacía. Desde su asiento el soldado observó las paredes desnudas y el suelo sucio. Había vendido las alfombras, el arca para la ropa, los manteles e incluso la mesa baja de madera tallada que le había regalado su suegro. Todos aquellos enseres los había convertido en vino y apuestas. Tuvo un arrebato de culpabilidad y sintió un fuerte impulso de beber. Se acordó de su amigo y luchó contra el deseo. Muhammad había depositado su fe en él y no quería traicionarle de nuevo. Había tocado fondo y ahora tocaba recomponerse, vivir decentemente a la espera de una muerte que deseaba que no fuera tardía. Observó el pequeño cartel que colgaba sobre la entrada.

«El Altísimo ama el orden», rezaba la inscripción. Su esposa había hecho aquel cuadro con un resto de madera del taller de su padre. Kamal se puso en pie con dificultad y recorrió la casa en silencio. Observó el salón, vacío y sucio. Su dormitorio parecía el tenderete revuelto de un ropavejero. En la cocina, las cacerolas y utensilios se esparcían por el suelo pegajoso, alrededor de un hogar del que hacía meses que no se tiraban las cenizas. Dos lágrimas surcaron sus mejillas y en unos momentos se dejó vencer por un llanto desconsolado que lo dejó aturdido y sin aliento.

—A ella no le gustaría esto —dijo para sí. Eso mismo pensaba su amigo, pero en ningún momento se atrevió a nombrar a la esposa difunta.

De nuevo sintió el impulso de beber, pero ahora su determinación era aun mayor. Tenía que distraerse. Movió los brazos y constató que el dolor se había mitigado. Las piernas seguían magulladas y la cojera aún no había desaparecido. También le dolían la cabeza y la espalda. Valoró su estado y pensó que podría acudir al cuartel para entrenarse, tal vez con la espada. A aquella hora de la tarde seguro que encontraría alguien dispuesto a combatir, tal vez Dushan, el hombre del norte. Él siempre estaba dispuesto a pelear, como si necesitara desahogar una rabia que se lo comiera desde dentro.

Con decisión, pero con dificultad, salió de casa y se encaminó hacia el alcázar del gobernador. Sus vecinos se apartaban al verlo pasar. Pensaban que estaba borracho y en ese estado se convertía en un ser iracundo, de fácil enojo. Se perdió por las estrechas calles y, a medida que avanzaba, sentía cómo los músculos de sus piernas entraban en calor y recuperaban la movilidad. El ansia de beber también disminuyó y su ánimo mejoró. Había intentado levantar cabeza en muchas ocasiones desde los trágicos acontecimientos que sacudieron su vida, pero en aquella ocasión tenía una sensación diferente. Tal vez necesitaba tocar fondo antes de levantarse, o tal vez su esposa, desde el Paraíso, le estaba transmitiendo fuerza y valor.

ZACARÍAS

—Es un desastre, apenas queda un tercio de la cosecha… ¡y todos estamos igual! —El cristiano extendió los brazos alrededor suya para señalar los campos vecinos.

Zacarías se acercó a las plantas y observó los efectos de la plaga. Las hojas secas, las ramas retorcidas y amarillas, los frutos pequeños y medio podridos. La imagen era desoladora, la desgracia de esos campos era su propia desgracia. Ahora no tenía con qué comerciar para sacar adelante a su familia. El joven agricultor se echó a llorar.

—Ahora no tendré dinero para pagar el arrendamiento.

La tierra era propiedad de una familia de origen sirio, como casi todas las tierras de cultivo de la zona. El *dhimmí* cristiano les pagaba un arrendamiento y parte de los beneficios de la venta de los productos.

—No te preocupes, Rodrigo. Encontraremos la manera de salir adelante —dijo para intentar calmarlo, pero en realidad él también estaba desolado. El comerciante judío se dedicaba a comprar productos del campo a los pequeños productores que no tenían medios para llevarlos por sí mismos a la capital. Zacarías se encargaba de contratar a carreteros que transportaban la carga a los mercados de Sevilla, donde la vendía a un buen precio para obtener su ganancia. La plaga había afectado a todos los campesinos con los que trataba, que veían con impotencia cómo se perdían las cosechas. Rodrigo era el último que visitaba; no había esperanza en aquella campaña. Si no invertía el dinero que tenía ahorrado en mercadería para seguir con su actividad comercial, pronto su familia se comería esos ahorros y no tendría con qué negociar—. Reza a Dios para que acabe con esta plaga, es lo único que podemos hacer.

Zacarías se despidió y volvió a la ciudad. Su vivienda estaba en el barrio oriental de Sevilla, junto a la sinagoga. Era la vivienda propia de un comerciante pero hacía años que no la arreglaba y la fachada, así como los jardines y los tejados, estaban descuidados. Corrían malos tiempos y su situación había ido empeorando progresivamente. Su mujer, Sarah, preparaba un guiso en la lumbre y sus cuatro hijos jugaban en el patio.

—¡Juega con nosotros, padre!

—No tengo ánimo, ahora no —contestó hosco, con el humor cambiado. No insistieron. El matrimonio había sido bendecido con tres hijos varones y

una niña, los cuatro aplicados en el estudio y respetuosos con sus padres y los demás adultos.

Fue al encuentro de Sarah, que al ver su rostro dejó lo que estaba haciendo y le prestó atención.

—La plaga se ha comido los sembrados. No tenemos nada con qué comerciar.

La mujer se echó las manos a la cara y dibujó una mueca de desesperación. Zacarías resopló y se acarició la barba. Había ocurrido lo que llevaban temiendo varias semanas, desde que habían llegado a la comarca las primeras noticias sobre la plaga. Ambos se quedaron sin palabras unos instantes.

—Adonai nos castiga —dijo al fin el marido. Con movimientos pausados se quitó la kipá y la sostuvo en la mano derecha.

—¡Ni se te ocurra insinuarlo! —vociferó en respuesta su mujer, que agarró la kipá y se la puso de nuevo sobre la cabeza—. Si hablas de esa manera sí que te va a castigar Adonai. Esto no es más que una prueba para que ingenies una solución. Nuestro pueblo sabe de pruebas y de adversidad, pero nunca ha dudado de ser el pueblo elegido —tras soltar su retahíla, Sarah se dio la vuelta y removió el guiso.

Zacarías agachó la cabeza, desarmado.

—Tienes razón, mujer. Eloah me perdone. Pero es que últimamente… todo me sale mal.

Ella se enterneció y se giró hacia él. Comprendía a su marido, sobre sus hombros recaía la responsabilidad de alimentar a la familia.

—Tal vez estás andando por un camino equivocado. Todo esto son señales, aprende de ellas —Sarah tenía la virtud de pintar de sensatez el desánimo. Siempre encontraba la manera de levantar a su marido cuando se dejaba vencer por los problemas, lo cual ocurría con más frecuencia de lo que ella hubiera deseado.

Él besó sus dos mejillas y su frente, agradecido.

—Bendita seas, Sarah —ella se emocionó y las lágrimas asomaron a sus ojos—. Encontraré una solución. —A su memoria acudió la imagen de Sarah con su vestido de novia, cuando ambos eran unos muchachos inexpertos que se entregaban el uno al otro para amarse de por vida.

La familia se sentó a la mesa, pero el padre parecía ausente. Masticaba y tragaba los alimentos a la vez que rumiaba sus pensamientos. Su mujer entretenía a los hijos para que no lo molestaran. De pronto un golpe sobre la mesa los sobresaltó. El hombre sonreía y sus ojos habían recobrado el brillo.

Entonces Sarah supo que había esperanza, que había encontrado un nuevo sendero por el que caminar.

Nada más comer Zacarías se puso su mejor túnica y su *talit*, y salió de casa con paso decidido. Se dirigió a la casa de Aswad, un rico comerciante que controlaba una buena parte del comercio de la ciudad. Aswad había nacido en Valencia, pero siendo un adolescente emigró al sur y se acabó instalando en Sevilla. Era huérfano, pero supo sobreponerse a la adversidad y a la pobreza, prosperando desde la nada. Ahora, convertido en un hombre influyente, se había vuelto avaricioso y soberbio. Zacarías lo había estado evitando desde hacía años para no convertirse en uno de sus peones, pero ahora no veía otra salida que recurrir a él.

Le abrió la puerta un joven de apenas quince años que lo miró de arriba a abajo y lo invitó a pasar al zaguán. El muchacho memorizó su nombre y se adentró en la vivienda. Pasados unos momentos volvió con una sonrisa dibujada en el rostro imberbe.

—Mi señor Aswad te espera en el patio.

Zacarías siguió al joven y atravesó el patio de la casa, coronado por una fuente de agua corriente y rodeado por pabellones de dos plantas, sostenidos por columnas de mármol. Decenas de pájaros enjaulados lo recibieron con sus trinos y el dueño de la lujosa vivienda esperó sentado a que se acercara a él. Con un gesto de la mano lo invitó a sentarse a su lado, en un diván.

—¡Me alegra verte en mi casa! Pensaba que eras de esos que me critican y que no se dignan a mirarme a la cara.

Sus primeras palabras fueron un dardo cargado de veneno, pero el judío se tragó el orgullo y sonrió.

—Yo siempre miro a la cara a todo el mundo —respondió, inteligente.

—Tú me dirás para qué has venido a verme.

—Quiero entrar en tu negocio —dijo sin dar rodeos—. Como sabes, soy comerciante, pero no tengo con qué comerciar. Necesito mercadería y he pensado que tú me la podrías proveer.

Aswad se mesó la larga barba teñida, que le caía sobre la prominente barriga.

—De modo que vienes a pedir mi ayuda.

—Vengo a comprarte mercadería, siempre que te interese —afloró su orgullo.

El dueño de la casa volvió a tocarse la barba, como si le ayudara a pensar.

—Tengo algo que te puede interesar… —entornó los ojos y dejó la vista fija en la fuente—. He recibido un cargamento de esteras de esparto.

—¿De cuánto estamos hablando?

—No mucho, quince dinares.

—¿No mucho? —soltó mecánicamente el judío, alzando la voz—. Dispongo de menos de la mitad. Puedo comprarte la mitad del cargamento.

Aswad negó con la cabeza.

—El que me compra se lleva los cargamentos enteros. Te estoy ofreciendo un buen precio. Te vendo dos esteras a un dírham. Luego tú las venderás a un dírham la pieza. Calcula la ganancia, es sencillo.

—Y, ¿a quién las vendo? —preguntó mientras sopesaba el riesgo.

—Eso es lo mejor. El que trata conmigo no tiene que buscar muchos compradores. Compro cargamentos que ya tengo más o menos colocados. La mitad la esperan en Coria, para la pequeña mezquita. Tú solo tendrás que colocar el resto. Te será fácil, los oratorios de la ciudad siempre están reponiendo las esteras que se van gastando.

Zacarías pensó en sus posibilidades. Sabía que podía reunir aquella cifra, pero no estaba seguro de si quería asumir tanto riesgo.

—Aswad, de hombre a hombre, de mercader a mercader, ¿puedo fiarme de ti?

—Amigo Zacarías, no soy yo el que te ha llamado para que vengas a mi casa.

—Estás en lo cierto —se agarró las rodillas y agachó la cabeza, para coger fuerzas—. Dame de plazo esta tarde, antes de que caiga la noche te traeré una respuesta.

—No tengo por qué darte plazo, mis agentes habituales me traerían el dinero en el acto. Pero me caes bien, y siempre es bueno llevarse bien con los judíos —soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro—. Tienes esta tarde para traerme el dinero.

—Gracias —dijo con desgana.

Zacarías fue acompañado por el joven sirviente hasta la salida. Una vez en la calle se frotó la cara y el pelo.

—Adonai, ¿dónde me estoy metiendo? —pronunció en voz queda.

Volvió a su barrio con la mente perdida en un sinfín de cálculos sobre las ganancias de la inversión y los gastos que la compra le ocasionaría. Dos calles debajo de la suya se detuvo ante la puerta de Judah ben Mosé, el prestamista

judío más conocido de Sevilla. La casa era modesta para su posición en la comunidad, los judíos evitaban la ostentación para no despertar recelos entre los musulmanes que gobernaban la ciudad.

Judah estaba casado con una prima de Zacarías, por lo que los dos hombres tenían una relación cordial. El prestamista lo recibió en su sala y pidió que les sirvieran jugo de frutas. Zacarías le explicó la situación y su intención de pedirle un préstamo de doce dinares para poder seguir comerciando.

Judah ben Mosé abandonó el tono cordial y miró fijamente a su invitado.

—No veo inconvenientes para darte el préstamo que me pides. Solo tenemos que aclarar dos cuestiones. Los intereses ya los conoces, tendrás que pagarlos al vencimiento del plazo —Zacarías asintió—. La otra cuestión es la garantía, ¿qué ofreces como aval del préstamo?

El solicitante repasó mentalmente sus pertenencias pero no encontró nada de valor suficiente, ni siquiera las joyas de Sarah llegarían para cubrir el importe requerido.

—Puedo ofrecerte mi casa como garantía —dijo al fin.

—¿Estás seguro? —Judah suspiró y carraspeó la garganta antes de continuar—. Una cosa es la amistad y la familia, y otra bien distinta los negocios. ¿Sabes a lo que te expones?

—Sí, lo sé —contestó Zacarías inmediatamente, sin detenerse a pensar para mantener el impulso de valor que le había hecho contestar con firmeza.

—Está bien. Trae el contrato de compra de tu casa y redactaré el documento. Mandaré buscar a un notario que de fe de nuestro acuerdo.

Esa misma tarde arreglaron el trato y, con el sol cayendo sobre las sierras, Zacarías regresó a la casa de Aswad para entregarle los dinares acordados. Antes de volver a su hogar, el judío decidió acudir a la sinagoga para cumplir con la plegaria del anochecer. Cuando Zacarías salió del templo y emprendió el camino de retorno a casa era ya de noche y comenzaban las rondas nocturnas.

—Tenemos mercadería —le dijo a Sarah con voz cansada. Ella lo abrazó, orgullosa, y le susurró al oído palabras de aliento.

Zacarías se retiró a la alcoba sin cenar y su mujer respetó su soledad. Estaba agotado pero sabía que le costaría conciliar el sueño. Intentó rezar para apartar la mente de la incertidumbre. Sin embargo, la oración no lo calmó. Se sentía extraño, una mezcla de inquietud y excitación agitaba su cabeza, como cuando era niño y se veía envuelto en una pelea de barrio. Solo el tiempo podría descifrar el destino que le aguardaba en aquel negocio. ¿Se había

arriesgado en exceso al comprometer la vivienda familiar en la empresa? Si todo salía bien ganaría trece dinares limpios; pero, si salía mal, estaría completamente arruinado. Pidió perdón por sus dudas y se encomendó a Eloah.

—Sea tu voluntad.

Sarah se acostó bien entrada la noche. Zacarías simuló estar dormido para evitar hablar con ella. Enseguida escuchó la respiración rítmica de su mujer y deseó estar en su papel. Cerró los ojos para invitar al sueño y esperó a que llegara el amanecer.

La mañana siguiente, al alba, contrató un carro con el dinero que se había reservado para gastos. Sin ayuda de nadie transportó el cargamento de esteras a una pequeña habitación de la alhóndiga del trigo.

Tenía previsto viajar a Coria en pocos días, donde vendería la mitad de la mercancía. Por lo que pudo averiguar en la alhóndiga, un devoto terrateniente de Coria quiso costear de su bolsillo un nuevo suelo de esteras para la mezquita y para un oratorio más pequeño que había en las afueras del pueblo. Se puso en contacto con Aswad para negociar un precio y el comerciante cerró el trato y pidió un cargamento mayor del que tenía asegurado vender. Así actuaba normalmente con sus agentes, les garantizaba la venta de una buena parte de la mercadería pero les pedía que ellos colocaran el resto.

Cuando terminó el traslado devolvió el carro al arrendador y comenzó a recorrer Sevilla a pie en busca de nuevos compradores. Se sintió con energías renovadas, a la luz de la mañana las dudas se estaban disipando. El rumor de su estómago se había transformado en ilusión y pensó que Dios por fin lo había bendecido. La plaga tal vez había sido el empujón que necesitaba para dedicarse a otros negocios. Ahora había conseguido entrar en el círculo de comercio de Aswad. Nunca lo había mirado con buenos ojos, no compartía su manera de entender el negocio ni las presiones a las que sometía a sus agentes pero, dadas las circunstancias, se alegraba de estar entre los suyos. Tal vez ya nunca más padeciera escasez.

FÁTIMA Y ADILA

—¡Venga Adila! —Fátima quería llegar pronto a los baños, le gustaba bañarse a primera hora, cuando todavía las demás mujeres del barrio no se habían despertado de la siesta.

—¡Voy, voy, Fátima!, siempre con prisas. Al menos un día me gustaría ir tranquila.

—Pronto irás a la hora que te dé la gana —las dos sonrieron ampliamente —, pero mientras viva en esta casa irás a la hora que yo te diga —Fátima se puso una mano en la cadera y con la otra señaló a su hermana, imitando un gesto típico de su padre.

—Hermana, llevo años rezando para perderte de vista y por fin el Altísimo ha escuchado mis plegarias. Lo que no entiendo es qué habrá visto en ti Bashir, con esas patas de gallina vieja que tienes.

Fátima se le acercó al oído y le dijo en un susurro:

—Poco ha podido ver, pero pronto lo verá todo…

Adila explotó en carcajadas y salió de la casa simulando estar escandalizada.

Las muchachas recorrieron las estrechas calles, al abrigo del sol inclemente de primera hora de la tarde. Los baños estaban cerca y no tardaron en llegar. El arrendatario del establecimiento acababa de abrir la puerta y las dos se colaron en el interior entre risas. A la entrada alquilaron una toalla para compartir y dos pares de zuecos. Las lumbreras abiertas en las bóvedas de ladrillo dejaban entrar haces de luz que iluminaban tenuemente las salas; también había lámparas de aceite encendidas. Se cambiaron en el vestíbulo y dejaron sus jóvenes cuerpos apenas cubiertos por finos lienzos de lino. Se acomodaron en *al-bayt al-sajun*, sentadas en el borde de una misma alberca, y mojaron sus piernas para que sus cuerpos tomaran la temperatura adecuada. El ambiente estaba saturado de vapor, que se levantaba en densas nubes desde el suelo caliente. En una hornacina había una Venus esculpida en mármol, traída de Itálica según el arrendatario.

—¿Estás nerviosa?

—¿Por qué?, ya está todo hecho. La dote, el ajuar… todo eso no es más que un puro formalismo.

—No lo digo por eso. Hablo de la primera noche.

—¡Ah, claro!, ¿de qué ibas a hablar tú? Con esa cara de buena que tienes, por dentro te hierve la sangre —Adila no pudo evitar reírse con aquellas palabras. Su hermana siempre le resultaba extremadamente divertida. En ese momento entró en la sala Yasmín, la amiga que se les unía todas las tardes de baño.

—La paz sea con vosotras, hermanas —dijo y se sentó frente a ellas, en otra de las pequeñas piscinas que había en la sala, adosadas a la pared.

—La paz sea contigo, y tus piernas conmigo —contestó Fátima—. ¡Lo que daría por tener unas piernas como las tuyas!

Yasmín se las miró y las acarició con desgana.

—No es para tanto. Te las cambio por los pechos.

Fátima se los agarró y negó con la cabeza. Las tres rieron.

—Yasmín, hablábamos sobre la «primera noche», ¿por qué no nos ilustras? —inquirió Adila. Yasmín miró hacia el vestíbulo para asegurarse de que su madre, que la había acompañado, no estaba cerca.

—¿Qué queréis saber?

—Todo.

—No hay mucho que contar. Nervios, dolor, un poco de sangre y ya está, desflorada. La verdad es que disfruto más ahora que las primeras veces. Mi esposo está aprendiendo a darme placer, aunque la mayoría de las veces no le preocupa lo más mínimo lo que yo sienta.

Fátima torció la mueca al oír aquellas palabras. Se tapó la nariz y se lanzó al agua caliente hasta sumergirse completamente. Cuando salió sonreía, llena de vida. Aquella fue su manera de cambiar de tema.

—Os espero en *al-bayt al-wastani*, no aguanto tanto calor, me produce sofocos —dijo, y salió de la alberca en dirección a la siguiente sala.

El suelo estaba menos caliente y el aire se respiraba mejor. Había un caldero en un rincón pero Fátima prefirió no derramarlo. Adila y Yasmín no tardaron en seguirla, se habían lavado con las manos. Adila se sentó junto a su hermana en un banco de mampostería. Una masajista entró en la sala para preguntar si requerían sus servicios, pero las muchachas la despacharon.

—Tranquila hermana, Bashir será más delicado que el bruto del marido de Yasmín, que se crio en el campo, entre gallinas y vacas —le susurró al oído —. Seguro que hasta lo hacía con ellas —Fátima abandonó la expresión seria y carcajeó.

—¿Qué pasa? —preguntó Yasmín, que escurría el agua de sus piernas con las manos.

—Nada, cosas de hermanas —contestó Adila y le dio un beso a Fátima en la mejilla.

—Te quiero hermanita —Fátima cogió a su hermana de la mano mientras hablaba—, te voy a echar de menos. Al menos seguiremos teniendo los baños…

—Y las visitas al cementerio, y la oración de los viernes, y el fin del ayuno…

Se abrazaron y Yasmín se sintió incómoda.

—Todo irá bien —intervino la amiga.

Continuaron hablando sobre el matrimonio un buen rato, hasta que sintieron que recuperaban la temperatura corporal adecuada, y pasaron a la sala fría, donde las esperaba una moza del baño para enjabonarlas. Se dejaron frotar por turnos y disfrutaron de la sensación de limpieza que comenzaba a invadirlas. Luego se echaron varios calderos de agua por encima para aclararse. Cuando terminaron contrataron a la perfumista para que untara aceite perfumado en sus cabellos. Para terminar volvieron al vestíbulo y tomaron la merienda que habían traído preparada. Se secaron y se despidieron.

Yasmín volvió con su madre, que la esperaba en la puerta. Fátima y Adila volvieron juntas a la casa paterna. Desde la entrada se oían voces de hombres en el interior. El padre estaba negociando la dote y el ajuar con su futuro consuegro, en presencia del joven Bashir. El corazón de Fátima dio un vuelco.

—Están todavía ahí, ¿qué hacemos?

—Pues entrar en la casa de nuestro padre, aislarnos educadamente en la alcoba y muy educadamente espiar desde la celosía.

Así lo hicieron. Entraron y atravesaron el patio central en dirección a la alcoba, sin detenerse siquiera a saludar a Bashir y a su padre. Los tres hombres permanecían sentados a la sombra de una de las estrechas galerías laterales y charlaban animadamente sobre los detalles del casamiento. Dentro de la alcoba se quitaron la tela que cubría sus rostros y se pegaron a la ventana, protegidas por la celosía de yeso. Veían al joven prometido de perfil, lo suficiente para hacerse una idea de lo apuesto que era.

—¿Aparte de la ropa de cama? Pues… tres mudas de ropa para Fátima, dos anillos de oro y un anillo de tobillo de plata.

—¿Y tapices? —preguntó el padre de Bashir.

El padre de la novia sonrió y negó con la cabeza.

—Con la dote que aportas date por satisfecho, hombre.

El consuegro sonrió también y asintió. Estrecharon las manos y todo quedó establecido. Bashir no abrió la boca, tan solo miraba a uno y otro hombre como si intentara aprender de sus regates. El joven le sacaba dos años a Fátima pero parecía mayor. Era moreno, alto, delgado y de facciones delicadas, casi lampiño. Era la quinta vez que Fátima lo veía desde que la pretendía. Le parecía guapo, un marido perfecto. Se conocían desde niños, de cuando eran dos chiquillos que acompañaban a sus madres a los baños y jugaban y correteaban por las salas desquiciando a las mozas. Pero cuando él creció y lo obligaron a acudir por la mañana, en el turno de los hombres, dejaron de verse durante años. Bashir había cambiado, como ella, y Fátima se sentía afortunada por tenerlo como pretendiente. Era de buena familia y no todas las muchachas conocían a sus maridos antes del matrimonio.

El joven y su padre bebieron la leche y comieron los dátiles que la esposa de su anfitrión les había dejado en una mesa baja. Pronto se retiraron. Iban a consultar a un reputado astrólogo una fecha propicia para el evento, que se celebraría a finales de otoño. Salieron de la casa y el patio quedó en silencio.

—¡Ya podéis dejar de espiar, vergüenza debería daros! —gritó entonces el dueño de la casa. Por el tono que usó, supieron que bromeaba.

Enseguida salieron las dos hermanas de la alcoba en la que se habían ocultado y la madre de ambas llegó al patio desde la tinajera. Ella también estaba espiando.

—Mujeres… —añadió el padre—, si no os enteráis de todo vuestra vida carece de sentido.

—Cascarrabias —protestó la madre—. Ya está todo arreglado, ¿no?

—Sí, solo falta terminar el ajuar. He pensado que Fátima podría irse unos días con tu hermana a la alquería, ella tiene mucha maña con los bordados —su mujer asintió con ilusión, sabía que a su hermana le encantaría participar en el ajuar—. Bien, pues prepararé las telas y en un par de días nos pondremos en camino.

—Padre, yo quiero ir a ayudar a mi hermana —solicitó Adila.

El hombre la miró con ternura y le dio el visto bueno, a sabiendas de que no era precisamente bordar lo que la movía a acompañar a su hermana, sino pasar más tiempo con ella.

—Iremos los cuatro —miró a su esposa—. Así podrás ver a tu hermana. Os dejaremos allí una semana —esta vez se dirigió a sus hijas—, os dará tiempo a trabajar como espero de vosotras.

Fátima y Adila palmearon de alegría y se retiraron de nuevo a la alcoba para planificar el viaje.

La alquería apenas había cambiado en los más de cinco años que la familia llevaba sin visitarla. Las casas con sus emparrados a la entrada, el pozo con su brocal de barro vidriado pintado de color verde, los huertos a espaldas de las casas, el viejo molino junto al riachuelo y los olivares rodeándolo todo.

Los tíos de Fátima y Adila las acogieron como si fueran sus hijas. Sus dos hijos se habían mudado a Córdoba, cansados de la vida en el campo, y añoraban tener la casa llena de vida. La tía lloró de alegría durante un buen rato cuando los vio aparecer por el camino de tierra, balanceándose sobre la grupa de sus dos mulas. Cuando se encontraron, las dos mujeres se fundieron en un largo y emotivo abrazo. Fátima y Adila se imaginaron que así podrían ser ellas con el paso de los años, dos hermanas condenadas a verse de forma esporádica, cuando las circunstancias lo permitieran. La madre de las muchachas se había criado en aquella alquería pero se mudó a Sevilla cuando sus padres la casaron con un honrado zapatero de la ciudad, cuyos padres habían pasado media vida en la aldea.

Almorzaron todos juntos y los padres de Fátima y Adila decidieron regresar pronto a Sevilla para que la noche no los sorprendiera en el camino. Las hermanas se despidieron de ellos y se instalaron en la casa. Luego se dedicaron a recorrer los rincones que recordaban de cuando eran niñas, el riachuelo en el que jugaban con sus primos, el minúsculo oratorio, el manzano al que trepaban para coger fruta, los viejos olivos nudosos que tantas veces se convirtieron en barcos sobre un mar de tierra que surcaban en sus fantasías infantiles… Todo les traía recuerdos y enseguida se sintieron arropadas por una sensación familiar. Sus tíos prepararon una cena con los mejores alimentos de que disponían y no cesaron de acosarlas a preguntas, que ellas respondían entre bocado y bocado.

—Bueno, ya está bien de charla, que mañana tenemos que ponernos con las telas. Retiraos a descansar. Con el alba comenzaremos la tarea —sugirió la tía con el corazón henchido de alegría.

Fátima y Adila se encerraron en la alcoba de sus primos. Antes de dormir se asomaron a la ventana, que no tenía celosías, y dejaron que la luz de la luna, que encendía los campos de blanco, acariciara sus rostros adolescentes.

—Hermana, ¿nos veremos a menudo? —preguntó Adila.

—Claro que sí.

—Dame tu palabra.

—Te doy mi palabra.

Solo entonces Adila se quedó conforme. Besó a Fátima en la mejilla y se metió bajo las sábanas de una de las camas, agotada por el viaje y la mezcla de sentimientos.

Con los primeros rayos de sol, tras la oración y el desayuno, las dos hermanas se afanaron en los bordados bajo la dirección de su tía, que alternaba el trabajo de la casa con la supervisión de las muchachas. Para distraerse cantaban canciones que habían aprendido de pequeñas, canciones sobre amores de jóvenes que desafiaban las convenciones, o sobre las aventuras de algún apuesto expedicionario. Cerca del mediodía la tía las dejó descansar y decidieron acudir al riachuelo para buscar cantos rodados, como hacían de niñas. El tío de las muchachas trabajaba en un olivar cercano, quitando piedras de la tierra junto a tres mozos jornaleros.

Desde lo alto de la pendiente, las mujeres vieron que había alguien en el arroyo. Era uno de los jornaleros que se lavaba antes del almuerzo. Con el torso descubierto y sudoroso, se remojaba los miembros con el agua fresca. Su cuerpo fibroso se tensaba y sus músculos brillaban a la luz del sol. Fátima cogió a Adila de la mano y la arrastró hasta una zarza que coronaba la pendiente. Desde allí podían ver sin ser vistas y la situación las excitó. Adila comenzó a reír nerviosa, mientras su hermana le pedía que mantuviera silencio. Observaron el cuerpo del joven, que parecía torneado en el taller de un escultor, y sintieron que el deseo crecía en su interior. Adila se sintió avergonzada, aquellas sensaciones eran nuevas y sentía culpa ante sus impulsos. Fátima la miró adivinando sus pensamientos y le susurró que se relajara. La hermana menor estaba despertando su sensualidad, su cuerpo ya hacía tiempo que había cambiado y el deseo de yacer con un hombre comenzaba a turbarla. Tan solo dos años separaban a las hermanas, pero Fátima había vivido aquel despertar con menos edad que Adila. El muchacho recorrió su cuerpo con las manos para escurrir el agua. Luego se bajó el pantalón lo justo para poder lavarse los genitales. Estaba de espaldas, pero Adila creyó que iba a marearse de placer. Fátima no apartaba la vista de aquel trasero blanco e imaginaba que así sería el cuerpo de Bashir. De repente sintió un ardiente deseo de estar con su prometido. El joven terminó de lavarse y volvió al olivar, donde los demás estaban ya almorzando a la sombra de un olivo. Las hermanas bajaron al riachuelo y se lavaron la cara. Se miraron y rieron.

—Era guapo, ¿verdad? —dijo Fátima.

—Mucho —contestó Adila con timidez.

—Hermana, lo que has sentido es natural. Ya eres una mujer. ¡Tienes diecisiete años!

En multitud de ocasiones habían hablado sobre la cópula. Adila intentaba tranquilizar a Fátima, que últimamente se mostraba inquieta por la proximidad de la boda. Pero en realidad la hermana menor no tenía mucha idea sobre cómo sería aquel acto de unión de los cuerpos del que las mujeres hablaban en los baños. Aquella había sido su primera experiencia ante el cuerpo desnudo de un hombre y se sentía confusa.

—¿Te gusta alguien? —prosiguió Fátima.

Adila negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—A pocos conozco. Cuando espiamos la calle veo algunos, pero nadie especial —se sentía incómoda con aquella conversación y su hermana lo notó.

—No te preocupes, pronto un joven apuesto y guapo hablará con papá para pedir tu mano. Entonces las dos sabremos lo que es yacer con un hombre.

Regresaron cantando a la casa, donde su tía las esperaba para continuar preparando el ajuar de Fátima.

ANTONIO Y BASILIO

Cuando sonó la campanilla fray Antonio estaba profundamente dormido. Había pasado mala noche, entre desvelos y el acoso de terribles pesadillas. Precisamente a esa hora, cuando faltaba poco para el amanecer, había conseguido conciliar un sueño plácido. Sin embargo no se quejó y se puso en pie como el resto de monjes que descansaban en los camastros contiguos. Todos acudieron al coro para Vigilias. Se sentaron en la sillería y prestaron atención al abad, que leyó un pasaje de la Biblia.

El novicio Basilio bostezó ostensiblemente, un descuido que el abad no pasó por alto. Lo miró de reojo sin perder el punto de lectura y tomó nota mental del suceso. Basilio era joven, acababa de ingresar en el monasterio y todavía no se había habituado a los madrugones y al estricto orden del día.

Terminó el rezo y todos acudieron a la fuente del claustro para asearse. La taza disponía de cuatro pequeños surtidores que permitían lavarse a varios monjes a la vez. Antonio buscó hueco junto a Basilio.

—Sueño, ¿no? —El joven lo miró y sonrió. Ya conocía a Antonio, un monje diez años mayor que él que se había encargado de enseñarle las cuestiones básicas del monacato en sus primeros días allí. Ambos se tenían afecto—. Todos bostezamos, pero hemos aprendido a hacerlo en silencio y sin abrir la boca. Para la próxima vez hazlo así.

Basilio asintió y se remangó para lavarse los brazos. El agua helada terminó de despabilarlo. Antonio se mojó la cabeza entera, como si pretendiera arrastrar con el agua los recuerdos de las pesadillas de la noche.

Los hermanos pasearon por el pequeño claustro buscando la esquina en la que comenzaba a calentar el sol. Poco después llamaron de nuevo a oración y, tras esta, se repartieron las tareas que los mantendrían ocupados hasta la hora de la misa. Basilio y Antonio estaban en el grupo asignado a los huertos. El novicio, como una oveja que sigue a su pastor, se arrimó al monje amigo y lo siguió hasta la huerta que quedaba por el lado norte del monasterio. Trabajaron codo con codo arrancando una mala hierba que se había extendido por todos los sembrados como una plaga.

—¿Echas de menos a tu familia? —preguntó fray Antonio.

—Sí, todos los días.

—Pronto podrán venir a verte aquí a Coria, o podrás visitarlos tú. Estamos cerca —el muchacho arrugó la boca y asintió. El monje mayor, que tenía un sentido especial para descifrar sentimientos, ahondó—. ¿Por qué estás aquí? —Basilio lo miró sorprendido—. Dime la verdad, no soy el abad —le guiñó un ojo.

—Mi familia vive asfixiada por los impuestos —siguió con la tarea, arrancando las hierbas.

—Como todos los cristianos… —reflexionó Antonio en voz alta.

—Sí. El *comes* y los recaudadores acuden cada mes a mi casa. Los impuestos son altos y mi familia lo pasa muy mal para pagarlos. Solo tenemos una tierra arrendada y, entre el arriendo y el impuesto, no nos quedan beneficios.

—La historia de siempre —dijo fray Antonio apretando los dientes con furia—. Tú lo has dicho, nos asfixian con sus impuestos —se había puesto en pie y parecía exaltado—. Muchos hermanos nuestros no tienen más remedio que convertirse en musulmanes para poder vivir cómodamente. Y a eso se suma su doctrina libertina, que atrae a los insensatos. Por si todo esto fuera poco, nos insultan por la calle, nos escupen y, en la mayoría de las ocasiones, los que lo hacen no son más que conversos que hace unos años rezaban en las iglesias. Desde aquí tenemos que dar ejemplo, hermano Basilio… tenemos que dar ejemplo.

Se alejó del muchacho y continuó su trabajo en silencio, arrancando las malas hierbas con toda la fuerza que podía reunir. Antonio era el cuarto hijo de una familia cristiana de Málaga. Su bisabuelo había sido conde y tuvo un gran patrimonio de tierras y haciendas. Su abuelo heredó grandes extensiones de tierra que fraccionó entre sus cinco hijos varones. Su padre gestionó su patrimonio y sacó adelante a su familia con esfuerzo. Con el paso de los años, los gobernadores musulmanes fueron exigiendo cada vez mayores impuestos a los cristianos y a los judíos por el respeto de sus creencias y sus costumbres. Los que décadas atrás habían sido ricos comenzaban a resentirse ante la política de acoso, que contaba con la colaboración de los líderes de las comunidades sometidas. Antonio tenía tres hermanos y dos hermanas. Ellas se casaron con dos jóvenes musulmanes. Uno de los varones se convirtió al Islam, animado por sus cuñados. Entonces Antonio tuvo claro que su destino era la Iglesia, para entregar su vida a la defensa de la fe verdadera. Su padre había muerto y sus hermanos aprobaron su decisión, conscientes de que se repartirían entre ellos su parte de la herencia. Se integró en una pequeña comunidad religiosa cercana a Ronda. Varios años después fue trasladado al

monasterio de Coria, donde encontró paz y sosiego. Sin embargo, su alma inquieta se rebelaba contra aquella tranquilidad. El ambiente era ideal para el cultivo del espíritu pero Antonio sentía que su misión en la Iglesia era encarrilar a sus hermanos, trabajar con los débiles y hacerlos resistentes a las tentaciones del Islam.

Basilio suspiró aliviado cuando se apartó de su lado, se sentía vulnerable ante aquel monje. Si hubiera continuado preguntando, al final le habría confesado que no sentía una verdadera vocación, que estaba allí por imposición de su familia.

Tocaron a misa y todos dejaron lo que estaban haciendo para acudir a la capilla. Tras el oficio se retomó el trabajo. Los más jóvenes fueron a los huertos, otros a la cocina, dos de los monjes se encerraron en la botica y el resto fue al scriptorium. Fray Antonio estaba entre estos últimos. Llevaba semanas trabajando en la copia de un libro que un monasterio del norte había cedido en préstamo por varios meses. Se trataba de un hermoso ejemplar de una «vida de mártires» que recogía los sufrimientos diversos a los que se vieron sometidos los primeros cristianos bajo la dominación del imperio romano. Antonio tenía cerca de treinta años y era fuerte, ideal para el trabajo del campo, pero su habilidad para dibujar le había granjeado el permiso para emplear aquellas horas en la copia. El libro original tenía algunas miniaturas pintadas al estilo visigodo que el abad quería que aparecieran en el volumen copiado de la manera más fiel posible. En los últimos días estaba inmerso en una imagen de San Lorenzo asándose en una parrilla. La imagen recreaba su cuerpo humeante, cubierto de llagas y ampollas, sometido al martirio de una muerte lenta y dolorosa. La historia de San Lorenzo era especialmente inspiradora para fray Antonio. El santo vivía en Roma y estaba encargado de distribuir las ayudas entre los pobres. Cuando el emperador Valeriano decretó la persecución de los cristianos, Lorenzo vendió todos los bienes de la Iglesia y distribuyó el dinero entre los necesitados. El alcalde de Roma le reclamó los tesoros de la Iglesia y San Lorenzo reunió a los más desvalidos, pobres y enfermos y los puso ante él. Aquellos eran los tesoros de la Iglesia para el santo. Las autoridades enfurecieron y lo condenaron a morir bajo martirio, asado lentamente en una parrilla. Incluso en esos momentos de dolor extremo, San Lorenzo no flaqueó en su fe, llegando a pedir que le dieran la vuelta cuando estuvo asado por un lado.

El monje dedicó una especial atención a aquel dibujo y se esmeró en las mezclas de colores para que nadie dudara del tormento al que San Lorenzo fue sometido. Ya tenía en mente varios cristianos de la zona a los que le

gustaría enseñar la imagen y narrar la historia del martirio. Relatos así eran un verdadero ejemplo que podía infundir fe donde había flaqueza. Aquel día trabajaba con la mente puesta en la conversación que había mantenido con Basilio. Había cierto paralelismo entre los cristianos romanos de los primeros tiempos y los cristianos de al-Andalus: ambos estaban dominados por un poder que no los respetaba. Envidiaba a los cristianos de los reinos del norte. Ellos vivían tranquilos, sin la amenaza de otras religiones. En las tierras de al-Andalus el cristianismo estaba perdiendo adeptos bajo la presión del Islam. Era necesario dar ejemplo.

Pensaba en esto cuando una idea comenzó a brillar en su mente. Era algo que le había rondado la cabeza en los últimos días pero a lo que no le había dado especial importancia. Ahora, delante de la miniatura de San Lorenzo, la idea cobró forma y claridad, y sintió el impulso de compartirla con el joven Basilio. Ansioso, esperó a que terminara el tiempo de trabajo. En el rezo de la hora sexta le tocó a él dirigir la oración. Luego llegó la hora de la comida. Antonio fue el último en entrar en el refectorio. Un monje leía un capítulo de la Regla de San Benito mientras los demás comían en absoluto silencio. Basilio tenía un sitio libre a su lado para su amigo. Fray Antonio se sentó, miró al joven y no pudo reprimir una palabra que le salió de dentro como brota el agua de un manantial.

—Martirios —susurró excitado, como si hubiera encontrado la solución a una difícil adivinanza.

El abad, severo, lo miró con dureza. Aquel día habría dos menciones en la sala capitular.

Los monjes se congregaron en la sala y se sentaron pegados a los muros en un estricto orden de antigüedad. El abad leyó un capítulo de la Regla y dedicó unos instantes a la oración en silencio.

—La dedicación y la constancia han dado fruto —prorrumpió el abad con su voz de trueno. Los monjes abandonaron la meditación—. La plaga de mala hierba que invadía nuestras tierras ha remitido gracias al trabajo de nuestros hermanos y a la ayuda de Dios Todopoderoso. Los campos prosperarán y no pasaremos escasez —los hombres reunidos asintieron lentamente y repitieron las gracias a Dios—. Una de las ventanas del scriptorium necesita reparación, por lo que he llamado a un maestro carpintero del pueblo para que venga a arreglarla…

El abad refirió tres noticias más, tan insustanciales que la mayoría de los monjes no prestaron atención, y enseguida abrió un turno de confesiones públicas. Fray Antonio fue el primero en hablar, sabía que si no lo hacía sería reprendido con mayor dureza por el abad.

—Confieso que he roto el silencio durante la comida.

El abad suspiró.

—¿Tan importante y urgente era lo que tenías que decir?

—Era solo la contestación a una pregunta que Basilio me había lanzado en el huerto, mientras trabajábamos.

El superior negó con la cabeza.

—No eres un niño ya, eres un monje sometido a las reglas. Has aprendido la paciencia, el respeto, el silencio… A estas alturas no deberías cometer errores como este, de novicio.

—Lo sé, hermano, acataré la penitencia y aprenderé la lección.

—Por esta vez seré indulgente. Reza cincuenta oraciones antes de dormir, cuando todos vayan al dormitorio.

El hermano Antonio agachó la cabeza en señal de acatamiento. Tras él nadie más habló para hacer confesión.

—La edad es excusa al principio, pero no por ello debemos dejar de reprender la mala conducta del muchacho que se encamina a ser hombre —continuó entonces el abad—. Basilio, esta mañana has bostezado mientras leía la Biblia. Puedes imaginar la falta de respeto que eso supone hacia mí, hacia tus hermanos y hacia las Sagradas Escrituras —Basilio se puso colorado—. Espero que no se repita. En penitencia hoy no tendrás tiempo libre. Cuando salgamos de aquí limpiarás de hojas secas el jardín del claustro.

La reunión se dio por terminada y los monjes, salvo el joven novicio, dispusieron de tiempo libre para descansar.

Basilio fue al claustro con un cesto de mimbre para recoger las hojas caídas de los árboles. Algunos monjes charlaban en las galerías porticadas mientras el muchacho se afanaba en su tarea. Fray Antonio paseó lentamente por el claustro hasta situarse a su altura.

—Ha sido benévolo con nosotros.

El joven lo miró y sus ojos irradiaban una profunda tristeza. Su ansia de vida se ahogaba entre aquellas paredes pero no podía hacer otra cosa que acatar el destino que habían elegido para él.

—¿A qué te referías en la comida? —preguntó con desgana pasado un rato. Antonio no se marchaba y comprendió que lo había buscado para hablar con él sobre aquello.

—La única manera de dar ejemplo es elevando nuestro sufrimiento hasta la categoría del martirio —a Basilio le dio la impresión de que su amigo había preparado y memorizado la frase. De hecho, así había sido—. Los musulmanes nos castigan y nos oprimen, pero lo hacen de forma comedida, para que no se despierte nuestro sentimiento de comunidad. Esto provoca que asumamos la opresión o que nos convirtamos a su religión, como están haciendo muchos, pero nunca que nos rebelemos —Basilio prestó más atención, aquellas ideas le parecían interesantes—. Solo el martirio despertará las conciencias y nos hará reaccionar contra su desprecio.

—Pero hermano, ¿quién va a querer martirizarse?

—No sería la primera vez que pasa algo así. Muchos santos fueron mártires sacrificados por un poder opresor, como el del imperio romano. Ahora otro poder nos somete y pretende aniquilarnos. ¿Quién querrá someterse al martirio, me preguntas? No sé quién será el primero, pero seguro que si hay un sacrificio habrá otros muchos en respuesta. Tal vez incluso haya una rebelión.

Basilio volvió a agacharse para recoger las hojas secas. Estuvo pensativo unos instantes antes de responder.

—Puede que tengas razón, pero no creo que nadie se ofrezca.

Antonio se rascó la calva de la cabeza e hizo ademán de retirarse, pero en un gesto brusco se volvió hacia el muchacho.

—No estés tan seguro. Ya he oído hablar de un grupo de clérigos cordobeses que desafían constantemente a la autoridad musulmana.

—De la palabra a la acción… —respondió el joven.

Antonio arrugó la boca y el entrecejo. Se alejó del lugar meditativo, cavilando sobre las ideas que maduraban en su mente inquieta. Los cimientos de su religión se tambaleaban en al-Andalus y, mes a mes, perdían terreno frente al Islam. No soportaba aquella realidad, no podía conformarse con observar desde su monasterio cómo los últimos fieles abandonaban la cruz. Antonio era bisnieto de un conde visigodo, la sangre real de los cristianos de la península corría por sus venas. Esa sangre era un motivo de orgullo, pero también una responsabilidad.

GHALI

Los primeros rayos de sol comenzaron a acariciar la tierra y el frío de la noche se esfumó con el vapor del rocío. Ghali se desperezó y salió de la capilla. Los mármoles del cementerio brillaban a la luz clara del amanecer y las hojas de los árboles, húmedas aún, irisaban sus destellos como cristales coloreados. Estiró su cuerpo, dolorido por la dureza del suelo, y se sentó en la pequeña escalinata de la capilla funeraria para dejar que el sol lo calentara. Las calzas se le habían bajado a los tobillos y tiró de ellas hasta que cubrió sus pantorrillas. La tela estaba raída y mostraba varios agujeros.

Era una radiante mañana y Ghali se dejó invadir por una sensación de euforia, seguro de que sería un buen día. A sus ocho años, a pesar de los tremendos golpes que la vida le había dado, Ghali mantenía una actitud de optimismo que le hacía saborear cada pequeño regalo que caía en sus manos, ya fuera un mendrugo de pan duro o un amanecer luminoso como aquel.

Cuando sus delgados miembros, apenas cubiertos por una fina capa de pellejo, recuperaron su temperatura, el chico se puso en pie y se encaminó hacia el mercado. Fuera de la muralla, cerca del establecimiento de los fabricantes de ladrillos y tejas, divisó la polvareda de los mercaderes que acudían a la feria semanal. Allí habría ocasiones para ganar algunos dírhams pero él prefería el mercado; no soportaba el olor a boñiga de los animales. Atravesó la puerta Hamida y dirigió sus pasos a la mezquita aljama, la Sagrada, como la conocían los sevillanos. En sus inmediaciones los hombres se afanaban en montar sus tenderetes y los establecimientos fijos comenzaban a abrir sus puertas y a sacar sus mejores piezas. De un punto impreciso llegaba el repiqueteo de los que trabajaban el metal, que se confundía con el bullir diligente de los tenderos. La ciudad aún no había despertado por completo y los clientes no habían comenzado a salir de sus casas. Ghali aprovechó el momento de calma para entrar en la mezquita. Cruzó la puerta que se abría junto al alminar y se adentró en el patio de abluciones caminando entre las dos hileras de naranjos. El imán permanecía sentado en la entrada del recinto de oración. El hombre se había colocado de cara al sol y permanecía con los ojos cerrados. Al escuchar los pasos del niño reaccionó, lo miró con expresión indulgente y lo reprendió con suavidad.

—Llegas tarde a la primera oración —Ghali se encogió de hombros y continuó caminando sin hacerle caso—. Chico —lo llamó el imán. Cuando captó su atención le señaló la fuente de abluciones.

Ghali suspiró y obedeció con desgana. En uno de los surtidores se lavó como estaba prescrito y sació su sed. Con paso ligero, sin detenerse, se escabulló hacia el interior de las naves. El imán sonrió, conmovido por aquel niño que solía acudir a rezar sin horarios.

Como siempre que entraba en la mezquita, Ghali se estremeció ante la grandiosidad del recinto. Observó los altos techos, de los que pendían varias lámparas de platillo con decenas de lamparillas de aceite encendidas, las esteras que cubrían el suelo casi por completo, el bosque de columnas que sostenían las naves y el rico mihrab, decorado con versos del Corán esculpidos en mármol. Dejó sus sandalias rotas a la entrada y caminó descalzo hasta el centro de la sala de oración. Despacio y sin hacer ruido, el imán entró tras él y llegó hasta su vera. Sin mediar palabra, con gestos pausados, se colocó ligeramente delante de él y comenzó a rezar en voz alta, lentamente, para que el niño tuviera tiempo de repetir sus palabras. Una a una, el imán realizó las prosternaciones y recitó las suras mientras el niño lo miraba de reojo y repetía todo lo que veía y oía. Terminaron el rezo y ambos quedaron unos momentos en silencio, cada cual en sus pensamientos. Ghali se acordó de sus padres y pidió a Dios que los cuidara, a su padre en el paraíso, a su madre… allá donde estuviera. Luego se quedó mirando el mihrab, el hermoso arco de medio punto y la hornacina que había tras él.

—¿Ahí es donde está el Altísimo?

El imán sonrió, cogió por el hombro al niño y lo fue llevando hacia el patio.

—Así es, está ahí, y también en las fuentes, y en los naranjos. Está en todo, porque todo lo ha creado.

Ghali quedó pensativo.

—Y, ¿por qué venimos aquí a rezar entonces?

Antes de responder, el hombre lo animó a que se sentara en la escalinata de la entrada.

—Para formar una comunidad.

Salió un instante a la calle y volvió a entrar con un pedazo de queso que compró en uno de los tenderetes que acababan de montar adosados al muro de la mezquita. Se lo dio a Ghali, que se lo comió con avidez.

—Todos los musulmanes somos uno —continuó el imán—. La unidad es muy importante, por eso todos rezamos orientados a un mismo punto, y por

eso también debemos cuidarnos unos a otros.

Le puso la mano en la cabeza y le revolvió el pelo. El ruido del mercado comenzó a subir de tono, la gente estaba acudiendo a hacer sus compras. El niño se despidió del hombre, le dio las gracias y salió del recinto.

—¡Sé respetuoso y procura hacer el bien! —oyó que le decía el imán a sus espaldas.

Fuera ya había cierto bullicio. Los tenderetes estaban montados y delante de las tiendas había mantas donde los comerciantes exponían su género. Se movió hábil entre los compradores más madrugadores, dejó a un lado el zoco principal y se acercó a la alcaicería. Cuando lo vieron acercarse, los guardias de la entrada se interpusieron entre él y el interior del edificio. Los mozos de cuerda no podían entrar, salvo que un cliente lo demandara. Aguardó a varios pasos de ellos y vigiló el movimiento de los que entraban y salían. Nadie lo reclamó. Tras aquellos muros se hacían las transacciones más importantes, las de los productos más exclusivos. Si uno de los clientes de la alcaicería contrataba un mozo de cuerda solía ser generoso en el pago, pero al tratarse de productos valiosos y poco pesados, como joyas o vestidos de seda, en pocas ocasiones contrataban ayuda. Pasado un rato Ghali se cansó de esperar y volvió al zoco. En el centro de la calle estaban los puestos de verduras y frutas, los más concurridos. De esta calle principal salían otros zocos menores dedicados a diferentes oficios, instalados en callejones ciegos. Había un zoco de carpinteros, otro de vendedores de ropa usada, de canasteros, de perfumeros e incluso de vendedores de especias. Ghali se centró en el zoco principal, instalado en la amplia calle que discurría al pie de la mezquita. Pegados al muro también había notarios sentados en banquetas, con sus arquetas de escribano preparadas para redactar actas matrimoniales, contratos o escrituras de compra o de venta.

Deambuló sin rumbo y cuando estuvo cansado se sentó en el tranco de una puerta. Otros mozos de cuerda recorrían el zoco en busca de clientes, pero todavía era temprano y nadie recurría a ellos. El estómago de Ghali rugía, el queso le había abierto el apetito pero no tenía dinero con el que comprar alimentos. Otros chicos en su misma situación recurrían a los hurtos. Él se sentía incapaz, su sentido de la moral estaba demasiado desarrollado para la escasa edad que tenía. Cuando una idea así pasaba por su cabeza no podía evitar imaginar al imán y, por encima de él, al Altísimo, observándolo con dureza. De modo que permaneció sentado y esperó.

—¡Chico! —oyó que lo llamaban.

Era un tendero de fruta que le señalaba a una clienta que le acababa de comprar un cargamento para una fiesta de circuncisión. Enseguida se puso en pie y se acercó a la mujer. Tenía porte de señora pero su ropa parecía vieja y gastada. Sus ojos, que era lo único que podía ver de su rostro, eran hermosos, oscuros, como recordaba haber visto los de su madre.

—Mi casa está tres calles más abajo —miró la compra—. Aquí tenemos por lo menos cuatro viajes, te doy un dírham si me ayudas.

Ghali asintió sonriente y se apresuró a coger una enorme sandía que en un primer momento le hizo tambalearse. La mujer se rio y sus carcajadas hirieron el orgullo del mozo. Ella se percató y cambió su actitud.

—Voluntarioso y fuerte, buen chico. —Cogió dos melones, se los cargó bajo los brazos y echó a andar.

Transportaron toda la fruta en tres viajes, la mujer le dio el dírham prometido y le dijo que aguardara a la puerta de su casa. Salió con un recipiente repleto de dulces y se lo ofreció para que cogiera. El chico abrió los ojos todo lo que pudo y cogió uno con timidez, hacía mucho tiempo que no probaba algo así. La mujer agitó el recipiente, animándolo a coger más. Un intenso olor a canela y miel lo embriagó y, sonriente, cogió dos más. Le dio las gracias al menos cinco veces y salió corriendo con su recompensa.

Volvió al cementerio de los alfareros. A aquella hora ya podían verse algunas mujeres que acudían a cuidar las tumbas de sus parientes. También había hombres apostados en los árboles o en las capillas, observando a las muchachas que paseaban sin compañía o aguardando para tener la cita que alguna alcahueta les había concertado.

Ghali se dirigió a la capilla que le servía de refugio por las noches. Se sentó de nuevo en la escalinata, al sol del mediodía, y saboreó uno de los exquisitos dulces. Realmente, como había presentido, aquel estaba siendo un día extraordinario. Escondió el dírham y uno de los dulces en el interior del mausoleo y se tumbó en la tierra blanda a pensar en lo que haría el resto del día. Volvería a la mezquita por la tarde para darle las gracias a Dios y después tal vez fuera a la ribera del río, donde se reunían a jugar los chicos como él.

MARWAN Y RASIL

Rasil recogió la tienda de cuero mientras su señor se lavaba en el río. Después preparó una hoguera para calentar una ración de cordero y el pan duro que les quedaba. Se puso su sencillo gorro de lino y acercó al fuego el gorro de terciopelo bordado de su patrón.

Marwan regresó del río con ojeras, había pasado mala noche por su dolor de cuello. El joven aún no se había acostumbrado a dormir sin colchón y sus músculos se resentían. Se calzó sus botas y desayunó sentado frente a Rasil, ambos junto al fuego para calentarse las manos. El verano se marchaba y las noches comenzaban a ser frescas.

El escudero miró al soldado y jugó a adivinar sus pensamientos.

—¿Melancólico?

Marwan le devolvió la mirada y pareció despertar de un profundo sueño.

—Un poco. Ansío regresar a casa —mintió. El viaje terminaba y no quería volver tan pronto a la casa paterna.

Rasil le mostró una espléndida sonrisa, haciéndose partícipe de aquel anhelo. Ambos tenían la misma edad, acababan de cumplir los veintidós años, y volvían de su primera experiencia militar. Marwan era miembro de una noble familia de origen sirio, propietaria de grandes extensiones de tierra en las inmediaciones de Sevilla. Eran considerados unos privilegiados por sus vecinos, como tantos otros sirios terratenientes, pero a cambio de las concesiones tenían que acudir a la llamada del emir para servir en su ejército con sus propios pertrechos. Aquel año Abd al-Rahman ibn al Hakam había lanzado un nuevo ataque contra Navarra para someter al rebelde Musa ibn Musa. Para esa campaña llamaron a filas a Marwan por primera vez. El muchacho se había estado entrenando en los cuarteles del gobernador de Sevilla durante meses, siguiendo la tradición familiar. También había pasado años estudiando el Corán, gramática, poética, matemáticas, filosofía clásica y estrategia con maestros que sus padres contrataban para que acudieran a su casa. En el ejército desempeñó el cargo de *qa'id*, con mil hombres bajo su dirección, según correspondía a su cuna. Sin embargo, para la toma de decisiones contaba a su lado con un capitán experimentado que hacía las veces de instructor y consejero. El general que tenía por encima en la escala jerárquica intentaba mantenerlo alejado de los puntos más candentes de la

batalla, lo cual agradecía Rasil, pero el joven, impetuoso, espoleaba a su caballo y llevaba a su gente hasta la primera línea, donde ganó respeto y un cuantioso botín. La campaña tuvo un éxito rotundo, las tropas del emir consiguieron reducir al rebelde Musa ibn Musa, que se sometió a la autoridad del soberano. Como recuerdo de sus hazañas, Marwan tenía una herida en el hombro izquierdo que aún no había cicatrizado.

Terminaron de desayunar y Rasil preparó los caballos. Cargó lo más pesado en su mula y el resto en el caballo de su señor. El objeto más valioso del botín que Marwan había conseguido era una cota de malla que un conde cristiano dejó tirada en el campo de batalla. La levantaron entre ambos para echarla sobre el lomo de la mula. Aquella pieza bien podía venderse por diez dinares, lo que pensaba hacer su dueño en cuanto se diera la ocasión.

Reanudaron la marcha y Rasil hizo el camino a pie, tirando de las riendas de su animal para dejarlo descansar. Marwan, sobre su caballo, seguía con el cuello dolorido.

—Esta noche dormiremos en una cama.

—Podemos hacer noche en Écija —planteó Rasil.

—Prefiero una posada del camino. Pararemos en la primera que encontremos.

Lo que encontraron no fue una posada, sino un sencillo cenobio de montaña a poca distancia del sendero. Desde la salida de Córdoba Marwan había insistido en apartarse del camino más directo y dar un rodeo para evitar pasar por los pueblos. Se justificó con la idea de que quería ver los campos y alquerías de la zona para informar a su familia de posibles inversiones. En realidad lo que pretendía era exprimir la experiencia del viaje antes de llegar a Sevilla e instalarse de nuevo en la casa familiar. La soledad y el contacto con la naturaleza le habían hecho experimentar sensaciones de libertad a las que le costaría renunciar. A Rasil no le pareció buena idea, los caminos secundarios no eran seguros, pero poco pudo hacer para evitarlo.

El sol comenzaba a declinar y sus rayos anaranjados acariciaban los perfiles de las sierras. Estaban cansados y la noche estaba al caer, por lo que interpretaron el hallazgo del cenobio como un buen augurio. El edificio era de piedra pero tenía una cerca de ladrillo encalado que delimitaba un pequeño camposanto y un huerto. La construcción estaba empotrada en el monte y contaba con tres pequeñas galerías excavadas en sus entrañas. En el huerto encontraron a un monje trabajando, vestido con un pantalón amplio remangado por las rodillas y una vieja camisa raída y manchada de tierra. Al

verlos se detuvo, apoyó los brazos y la barbilla en el palo de su escardilla y los saludó.

—Buenas tardes os dé Dios —el hombre habló en lengua romance.

—Buenas tardes —tomó la iniciativa Marwan en su misma lengua—. Buscamos un sitio para pasar la noche —durante el viaje de retorno desde las Marcas fronterizas habían tenido ocasión de disfrutar de la hospitalidad de otros monasterios.

—Aquí sois bien recibidos. Tenemos una celda vacía para los viajeros. Solo os pediremos algo de trabajo para la comunidad —el monje se secó el sudor y los miró detenidamente. Señaló la mula antes de continuar—. La carga de vuestra amiga la tendréis que dejar fuera —dijo refiriéndose a la cota de malla, la lanza, la espada, el carcaj y el arco.

—Por supuesto —contestó Marwan.

—Pues pasad dentro, encontraréis a alguien que os atienda —el monje miró al horizonte y se retiró a lavarse.

Encontraron la puerta abierta y entraron. Pasó un rato hasta que uno de los monjes reparó en ellos y los llevó hasta la celda de visitantes. Se acercaba la hora de la cena y les pidieron que colaboraran en la preparación de los platos y de la mesa. Cenaron en el pequeño refectorio a la escasa luz del anochecer, completamente en silencio. Conocían las normas de aquel tipo de monasterios y las respetaron escrupulosamente. Luego los acompañaron a su celda y el prior les hizo una advertencia.

—Esta es la casa de Dios. Admitimos aquí a todos sus hijos, sin restricción, pero tenemos una norma: en esta celda no se pueden tener… relaciones.

—Tranquilo padre, no somos de esa clase de hombres.

Marwan y Rasil se quedaron solos. Cayó la noche, pero la luna estaba creciente e iluminaba tenuemente la celda a través de las rendijas de la ventana mal ajustada. Cada cual se echó en su colchón de lana y, a pesar de su mal estado, lo agradecieron con hondos suspiros de satisfacción. Estaban agotados pero les costaba dormir.

—Marwan —llamó en susurros el siervo—. ¿Recuerdas la promesa que te hice cuando éramos niños? —escuchó el sonido de asentimiento de su compañero—. Te prometí seguirte allá donde fueras como tu escudero. No me arrepiento de mi promesa, es más, te la confirmo. En esta expedición he viajado y conocido lugares que la mayoría de los hombres de mi edad ni siquiera sueñan con ver —a pesar de su condición humilde, Rasil se expresaba con sumo refinamiento, sin duda una de las consecuencias de su

amistad con Marwan—. Ya en aquellos años jugábamos a que era tu escudero, supongo que incluso los sueños de los niños están limitados por las expectativas de su familia. Pero nunca me sentí mal por ello. Me has demostrado tu amistad y quiero darte las gracias por ello.

—Siempre seremos amigos, Rasil —confirmó.

La familia de Marwan contaba con los servicios de la familia de Rasil desde que ambos tenían memoria. Guardaban la casa, trabajaban la tierra, cuidaban de los animales, se encargaban de contratar a los jornaleros e incluso de vender los productos en el mercado. Los dos muchachos nacieron el mismo año y, desde pequeños, trabaron una amistad que se mantuvo con el paso del tiempo. Marwan era el señor, el hijo de la familia noble, pero eso no fue impedimento para que sus padres lo dejaran jugar con el hijo de sus empleados. Cuando crecieron también creció la distancia entre ellos. Fue algo inevitable, tenían obligaciones y poco tiempo para dedicarse. Rasil comenzó a trabajar en el campo con su padre mientras Marwan se formaba para cumplir con el destino que su familia le había reservado. Sin embargo, ambos supieron respetar la amistad. Marwan intentaba no menospreciar a Rasil cuando se encontraba con él, y este por su parte aceptó con naturalidad la relación subordinada de los suyos respecto a los señores de la casa. Cuando Marwan fue llamado por los generales de Abd al-Rahman ibn al Hakam para pelear en las tierras de Navarra no tuvo dudas acerca de quién sería su asistente, su escudero.

—Siempre amigos, a pesar de que vengamos de sitios diferentes —recordó Rasil.

—Que yo sepa, ambos nacimos por el mismo sitio —ahogaron la risa para no alarmar a los monjes—. En Córdoba he conocido a un imán con ideas muy interesantes —a la vuelta de la campaña pasaron varios días en la capital para presentar sus respetos al emir y darle su parte del botín—. Tiene un grupo de adeptos y defiende que la unidad que fundamenta nuestra religión va más allá de lo que vemos —Rasil se interesó y se apoyó sobre su codo para escucharlo mejor—. Dice que somos uno en el alma, que todos formamos parte de una misma cosa, y que esa cosa que nos da sentido es Dios.

—Pero… entonces, según él, formamos parte de Dios.

—Algo así, me quedé tan sorprendido como tú estás ahora. Pero las palabras me han llegado muy dentro y no paran de resonar en mi conciencia. Dios está en nosotros y para llegar a él no tenemos más que mirar en nuestro interior… ¿comprendes?

Rasil entornó los ojos y arrugó la boca, como si pretendiera divisar un objeto lejano.

—Creo entenderlo, somos iguales porque Dios nos hizo a todos.

Marwan analizó las palabras de su amigo. No se trataba de eso exactamente, la verdad que el imán le había revelado iba mucho más allá de esa afirmación. Más adelante se lo explicaría con más detalle. Por el momento, se daba por satisfecho con que Rasil se quedara con esa idea.

—Así es Rasil, somos iguales.

—En alma, tal vez, pero yo seguiré trabajando tus tierras —al instante de soltar las palabras se arrepintió, tal vez había sobrepasado la línea de la confianza mutua.

—Tienes razón, amigo —Rasil suspiró aliviado—. El mundo no está preparado para esas verdades. De todas maneras, me gustaría volver a Córdoba e instruirme con ese hombre. Si lo hubieras conocido… si hubieras visto la serenidad y la paz que transmitían sus ojos…

—Marwan, tú tienes un destino más alto, si me permites decírtelo. Los generales del emir te han felicitado personalmente y yo mismo he podido ver cómo manejas la espada. Más de diez infieles han muerto por tus manos.

El muchacho se retorció incómodo.

—Tengo que confesarte algo. Desde el fin de la campaña sueño con esos muertos, me visitan y me atormentan por las noches, veo sus rostros sin vida, sus heridas abiertas. No es un destino agradable.

—He oído historias similares. Pasa al principio —le dijo Rasil para consolarlo.

—Será eso —afirmó Marwan para zanjar el tema e intentar dejar su mente libre de malos pensamientos que pudieran acosarlo durante el sueño. Un atisbo de luz lo invadió entonces—. Si tengo esta habilidad para manejar la espada, tal vez sea con un fin concreto que aún no logro comprender, para servir a Dios de alguna manera…

No hubo respuesta, Rasil se acababa de quedar profundamente dormido. Marwan se arropó y dejó también que el sueño lo invadiera.

Al ser de día los despertaron los monjes, que les pedían un favor antes de su marcha como pago por la hospitalidad. Cortaron leña a partir de grandes troncos y la trasladaron a la cocina del cenobio. Terminada la tarea retomaron el camino. Sevilla estaba cerca y Marwan, apenado, no se daba prisa en la marcha. Pronto volvería a la rutina de las clases, a los horarios, a la

monotonía. La experiencia de su viaje lo había cambiado, se sentía más maduro. Había tenido la ocasión de disfrutar de la libertad de dormir a la intemperie, se había dejado contagiar por la camaradería de los soldados, había podido estar presente en una campaña del emir, donde había observado en primera persona todo lo que había estudiado durante años. Pero también había vivido experiencias que lo habían trastornado profundamente. El acoso de los soldados a las poblaciones enemigas, el saqueo, las violaciones incontroladas y, por encima de todo, la muerte. Guerra significaba muerte y él había sido partícipe de la guerra, sus manos habían arrebatado la vida a muchos hombres, que escupieron su último aliento en su rostro. También estaba Córdoba en su peregrinaje, la ciudad luminosa y culta donde aquel imán de mirada serena había tocado su conciencia cuando más lo necesitaba. Ahora, observándolo todo en la distancia de los días, parecía que los hechos obedecían a un fin supremo. Había viajado entre dos polaridades porque solo conociéndolas podía elegir su propio camino. Se acercaba a casa, terminaba su viaje. En aquel momento estaba plenamente convencido de que volvería a Córdoba para instruirse con el imán.

—¿Has oído la noticia de los piratas? —comentó Rasil de pasada, buscando conversación. Se refería a algo que había oído durante su estancia en Córdoba.

—Claro que sí, los hombres del emir no hablaban de otra cosa. Por lo visto los piratas del norte han llegado hasta al-Andalus y han intentado asaltar Lisboa. No sé a qué se debe tanto revuelo.

—Son muchos y han viajado al sur. Sus naves son rápidas y pueden atacar cualquier punto. Cuentan cosas terribles de ellos. En el norte los conocen bien. Pelean como animales acorralados y no respetan ninguna fe.

—Rasil, si vuelven a atacar ocurrirá lo que en Lisboa, no tendrán más remedio que retirarse sin botín. Nuestras ciudades son fuertes.

El escudero se encogió de hombros y torció la boca.

—Eso espero.

EL PÁNICO

El mensajero detuvo su caballo ante la puerta del alcázar y desmontó apresurado. El animal resoplaba, agotado por el ritmo impuesto. El jinete tenía el rostro pálido como la luna.

—¿Qué pasa Nabil?, parece que hubieras visto a un muerto —bromeó Bogdan, que aquel día hacía guardia solo.

—¡Remontan el río! —dijo sin detenerse, e hizo amago de seguir caminando hacia el interior.

—¡Oye, espera! —reclamó el guardia—. ¿Quién remonta el río?

—¿Quién va a ser, estúpido? ¡Los normandos! —El emisario dejó el caballo atado en el poste de la entrada y se internó en el recinto para dar la nueva al gobernador.

Bogdan se quedó paralizado por la sorpresa. Por su mente volaron mil ideas y recuerdos que lo hicieron tambalearse. Hasta pasado un buen rato no pudo reaccionar. Tal vez Dushan tenía razón, tal vez no estaban a salvo en ningún sitio…

El *walí* miró fijamente al suelo y respiró profundamente por la nariz. Meditó unos instantes antes de hablar. El mensajero permanecía de pie frente a él, junto al guardia africano del gobernador.

—¿A qué altura están?

—Se acercan a la isla de Qabtil. Han pasado por Cádiz. Son muy rápidos, sus naves parecen volar sobre el agua y… —dejó la palabra suspendida en el aire.

—¿Y?

—Señor, son terroríficas. Parecen animales de otro mundo, criaturas deformes. En el mascarón de proa llevan talladas cabezas de animales que no conocemos. Parece que viajaran a lomos de un dragón.

El gobernador arrugó el entrecejo y miró al mensajero.

—No son sus naves las que me preocupan. ¿Cuántos hombres son?

—No sabría decir… he visto en torno a cien barcos. Unos llevaban tropas y otros provisiones… calculo más de dos mil hombres, pero no sabría decir con exactitud.

El gobernador se puso en pie de un salto.

—¿Cómo?, ¿me dices que un ejército de dos mil hombres viaja río arriba? —El mensajero mantuvo silencio—. No podemos hacer nada contra una tropa así. Aunque el emir estuviera hoy mismo enterado, tardaría más de una semana en reunir su ejército y mandarlo hasta aquí —paseó por la estancia con la mano en la frente, sin rumbo fijo. Estaba desolado, sobrepasado por los acontecimientos—. No podemos hacer otra cosa —pronunció en voz baja, como si hablara para sí mismo—. Bien, has obrado con diligencia —dijo más alto, dirigiéndose al emisario—. Puedes retirarte. Sé discreto, ¿me entiendes? Tu vida va en ello. Antes de hacer cundir el pánico quiero estar seguro de lo que van a hacer esos piratas.

Nabil asintió pero, al igual que el *walí*, sabía perfectamente que los normandos acabarían llegando a Sevilla. Aquella era la ciudad más importante a orillas del río entre Córdoba y su desembocadura. Salió de la sala acompañado por el guardia, pero el gobernador llamó al africano para hablar con él.

—Shafi, prepáralo todo para mi marcha. Partiré a Carmona con mi familia. Quiero que empaquetes mis bienes más preciados y los cargues en carros. Dispón lo necesario para el viaje. Nos iremos mañana mismo.

—Así lo haré, señor —contestó Shafi impasible—. ¿Algún aviso para los guardias o para la población?

El gobernador se detuvo y giró la cabeza hacia él.

—Por ahora no. Si creamos una alarma innecesaria habrá altercados, peleas, robos… La evacuación de una ciudad nunca es sencilla. Sobre los guardias, necesitaré a cincuenta para mi viaje. Escógelos entre los voluntarios. El resto, si llega el momento de evacuar, seréis libres de decidir quedaros o salir de la ciudad, como todos los ciudadanos.

—¿Libres, señor?

El *walí* captó el tono inquisitivo de Shafi, sabía a lo que se refería. Muchos de los guardias eran esclavos, ¿acaso se ganarían su libertad si decidían quedarse en la ciudad acosada por los normandos?

—Los esclavos que decidan quedarse serán libres, siempre que sirvan a la defensa de los sevillanos que se queden —sentenció—. Si luego quieren seguir a mi servicio, lo harán a cambio de un sueldo —tal vez aquello representaba una manera de garantizar cierto orden en la ciudad cuando él no

estuviera, un pequeño gesto que aliviaba su conciencia por huir sin avisar. Shafi se disponía a marcharse cuando se dirigió de nuevo a él—. Evidentemente, tú te quedarías —el africano asintió con la cabeza alta—. Pues tú te encargarás de difundir la noticia cuando no haya dudas de que atacarán Sevilla. También te encargarás de hablar con los esclavos para informarles de nuestra conversación y de mandar un emisario al emir para mantenerlo al corriente de lo que suceda.

A Shafi le pareció todo bien, salvo el hecho de que el representante máximo de la autoridad fuera el primero en huir de la ciudad y que lo hiciera de aquella manera, sin avisar siquiera al pueblo para que estuvieran preparados ante un ataque que él daba por seguro. El africano inclinó la cabeza en señal de respeto y salió del salón de recepciones. Con paso firme se dirigió a las estancias privadas de su señor para hablar con el eunuco y pedirle ayuda con los preparativos. Sería un día largo de arduo trabajo.

Había encontrado una manera de dar más realismo a la imagen de las heridas y fray Antonio hizo varias pruebas sobre el reverso de un viejo pergamino. Primero aplicaba el color rojo en un tono vivo. Sobre él pintaba el borde de la llaga en tonos más oscuros y daba una pincelada final de color rosa que le aportaba volumen al dibujo. Estaba orgulloso del resultado, que tenía mejor aspecto incluso que el de la miniatura original. Su San Lorenzo estaba casi terminado y Antonio se esmeró en los últimos detalles. Trabajaba concentrado, con una actitud casi meditativa que lo abstraía del mundo real.

De fuera, a través de las ventanas, llegó el rumor de un alboroto de voces lejanas que sacó al copista de su ensimismamiento. Varios monjes se asomaron para observar de dónde venía el tumulto y, en un instante, se armó gran revuelo en toda la sala. Fray Antonio intentó continuar con su tarea pero el ruido se lo impidió. Se dio por vencido y abandonó su escritorio para observar por una ventana junto a los demás. No podía imaginar qué podía ser tan importante como para hacer que los hermanos rompieran su disciplina de trabajo.

Varias personas salían del pueblo y corrían por la pendiente que llevaba al monasterio. Aparentemente todo estaba en orden, no había fuego ni ninguna otra circunstancia que hubiera podido provocar la estampida. Mientras los monjes observaban, comenzaron a sonar las campanas de la capilla, tocando a rebato.

—¡Por aquí! —gritó uno de los monjes desde otro lateral de la sala.

Todos acudieron a su llamada y se apiñaron en torno al ventanuco que había abierto en aquel muro. Desde allí se veía el río, donde tres naves de remeros permanecían paradas en la ribera mientras una cuarta maniobraba para acercarse a la orilla. Al menos cincuenta hombres habían desembarcado ya y aguardaban al resto en guardia, con sus armas en la mano. Los monjes que trabajaban fuera corrieron al interior del recinto. Todos en el scriptorium hablaban a la vez y comentaban nerviosos lo que estaban viendo. «Es un ataque», decían unos, «son piratas africanos», aseguraban otros, «¿cómo han llegado hasta aquí?», dijo al fin el monje de más edad, tras constatar que eran forasteros. Antonio no salía de su asombro, nunca pensó que viviría un acontecimiento similar al dedicarse a la vida contemplativa. Se acordó de su amigo Basilio, que aquel día trabajaba en los huertos, y deseó que regresara pronto para evitar el peligro. El abad irrumpió en la sala y ordenó a voces que permanecieran allí, sería el punto de reunión. Desde las ventanas vieron cómo su líder salía del edificio y convocaba a todos los monjes para informarles. Uno a uno fueron subiendo al scriptorium y cuando no hubo nadie en el exterior el abad cerró las puertas del monasterio. Apiñados en la sala escucharon las palabras de aquel monje sabio e inflexible que los dirigía. Se pasó el reverso de la mano por la frente, temblaba.

—Como ya habréis podido comprobar, Coria está sufriendo un ataque desde el río —los monjes hablaron entre sí y el tono de las conversaciones subió en un instante. El abad pidió silencio enérgicamente—. Debemos tomar precauciones, no sabemos si se conformarán con el pueblo o si vendrán también aquí. Quiero que todos actuemos con precisión y obediencia, de esto depende nuestra salvación —hubo silencio en respuesta a sus palabras—. Tú, tú y tú custodiaréis las puertas y se las abriréis a los vecinos de Coria que quieran refugiarse aquí. Si los piratas están cerca las mantendréis cerradas —los tres seleccionados asintieron y el abad les indicó que se fueran de inmediato con un gesto de la mano. Muchos civiles estaban ya llegando al monasterio. El rector pensaba con rapidez para dar respuesta a la situación—. Vosotros dos conduciréis a los refugiados al claustro y os encargaréis de mantenerlos tranquilos. Organizad rezos, no me importa si rezan a Allah; que recen para mantenerse ocupados —también los despachó—. Necesito tres voluntarios para custodiar la puerta trasera y abrirla en caso de que sea necesaria una evacuación —enseguida hubo cinco brazos levantados y el abad eligió tres al azar, que se perdieron para cumplir con su cometido—. Vosotros —señaló a un grupo de cuatro monjes— os encargaréis de reunir muebles pesados para atrancar las puertas cuando sea necesario. Tú permanecerás en el

campanario por si hay que hacer señales. El resto nos quedaremos aquí. Según se desarrollen los acontecimientos, así actuaremos. ¿Se me olvida algo?

—Los objetos sagrados —le recordó uno de los que quedaban.

—Cierto, hermano Pedro. Encárgate tú mismo de esconderlos en la cripta. Si es necesario, dentro de una tumba.

Antonio y Basilio estaban entre los últimos siete monjes que quedaron en el scriptorium.

—Bien, vigilemos sus movimientos y recemos para que todo vaya bien.

Fray Antonio se acercó al abad para tranquilizarlo.

—Tal vez saqueen los huertos, pero respetarán el suelo sagrado, no parecen piratas berberiscos, serán cristianos.

El abad le devolvió la mirada y esbozó una sonrisa irónica.

—No has oído hablar de los normandos, los vikingos, ¿verdad? —Antonio negó—. Los hombres que desembarcan son de ese pueblo, no me cabe duda. Hacen sus barcos con forma de dragón —añadió como dato que confirmaba su teoría mientras señalaba las naves—. Son paganos que viven en el norte, más allá de los francos. El primer ataque que hicieron fue a un monasterio de Britania. Lo saquearon y pasaron a cuchillo a todos los monjes. Yo era niño y las noticias llegaron al cenobio en el que me formaba —Antonio sintió un escalofrío que lo recorrió desde la base de la columna hasta la cabeza—. Hermano, reza.

Desde las ventanas del scriptorium, los siete monjes observaron cómo se desarrollaba el asalto a Coria. En torno a cien hombres armados desembarcaron y se agruparon en tierra. Algunos arqueros se quedaron en las naves para custodiarlas. Se oyó una voz potente que resonó en la ladera y los guerreros echaron a correr sin formación. Iban bien equipados, la mayoría con yelmo, escudo redondo de madera y hacha, aunque había muchos que portaban espada. Se oyeron los gritos de los vecinos antes de que los asaltantes llegaran a las casas y hubo una segunda oleada de personas que huyeron del pueblo. Los normandos entraron corriendo por las calles desprotegidas y a su paso sembraron muerte y dolor. Los gritos seguían rompiendo el silencio del monasterio, gritos de dolor y de miedo, desgarradores. Los sonidos llegaban como un eco lejano pero turbaban a todos los que se refugiaban en el edificio. Los monjes pudieron ver algunas escenas de la matanza. Un grupo de saqueadores persiguió a los que huían y

les dieron alcance a la altura de un horno alfarero de las afueras. Sin miramientos los fueron matando a todos para que no pudieran dar la voz de alarma en poblaciones vecinas.

Antonio y Basilio rezaban con los puños apretados, sin apartar la vista de la escena.

—Rezad, hermanos —recordaba el abad para que los monjes tuvieran la mente distraída.

Otro grupo de piratas se dedicó a saquear las *munias* que rodeaban al pueblo. Primero reunieron los animales y los condujeron a las naves. Había cabras, ovejas, gallinas e incluso alguna vaca. Los que estaban en el caserío entraron en las viviendas y extrajeron los objetos más preciosos. En muchas de las construcciones había personas escondidas. Los normandos mataron a todas las que encontraron. El abad observaba en silencio. Asintió lentamente, como si acabara de percatarse de algo.

—Tienen organización. No lo parece, pero la tienen…

En la distancia parecían hormigas. Se movían sin descanso para matar y robar todo lo que encontraban. Por turnos volvían a los barcos y cargaban el botín. Pasaron así un buen rato que a los monjes pareció eterno. Después, cuando los lamentos y gritos de desesperación cesaron, una densa masa de humo se alzó hacia el cielo. Todos observaron el origen.

—La mezquita —dijo el abad con desánimo. Aunque no fuera musulmán aquel acto lo abatió. El hecho de que no respetaran el edificio confirmaba sus sospechas, la religión no los frenaría.

Las llamas invadieron la nave de oración y enseguida ascendieron lamiendo el alminar. Poco después también ardió la pequeña capilla cristiana. Coria se quedaba sin lugares de culto. En menos de una hora todo el pueblo se consumía en un descomunal incendio. Pronto llegó al monasterio el olor a ceniza mezclado con el de los cuerpos quemados de los muertos. Los normandos continuaron trasladando toda clase de objetos a los barcos, hasta que no quedó en el pueblo nada más que silencio y fuego.

Fray Antonio pensó en aquellos hombres, mujeres y niños muertos que se acababan de convertir en mártires de su fe. El fuego le recordó a la parrilla de San Lorenzo y al dibujo en el que estaba trabajando. Otro pensamiento apareció en su mente, ¿y si aquello fuera en realidad un castigo de Dios a los musulmanes? Lo desechó de inmediato, en Coria había muchas familias cristianas que también habían sufrido aquel azote.

El abad fue al claustro y comprobó que se habían seguido sus órdenes. El grupo de refugiados rezaba en torno a la fuente. Había musulmanes y

cristianos, incluso vio a una familia de *casianistas* a los que nunca hubiera imaginado dentro del monasterio. Se emocionó al escuchar sus murmullos, las palabras en árabe o romance que cada cual dirigía a Dios. Los monjes encargados de dirigir los rezos permanecían arrodillados, orando con devoción para pedir que el suplicio terminara. Los dejó allí y fue a ver a los encargados de las puertas. Ya no quedaban civiles que pudieran acudir al edificio para buscar protección, por lo que su misión se reducía a mantener la puerta cerrada y atrancada. Mientras hablaba con ellos, una voz lo llamó desde el scriptorium y el abad acudió al instante. Los monjes, nerviosos, señalaban la ladera sobre la que se asentaba el monasterio. Por ella subían los normandos a paso lento con sus armas manchadas de sangre. Muchos de ellos portaban antorchas encendidas. Había también varios jinetes que montaban los caballos robados en Coria.

El abad recordó los relatos de la masacre de Lindisfarne que oyó cuando era un niño y tomó una rápida decisión.

—Sois libres —dijo apresurado—. Si queréis huir este es el momento, hacedlo por la puerta trasera, para cuando os vean estaréis ya a una distancia suficiente. El bosque está cerca.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué vas a hacer tú, padre? —preguntó Antonio.

—Yo me quedaré.

—Pues yo también.

Basilio asintió, confirmando la decisión de su amigo. Había visto morir a los que huían del pueblo y pensó que la mejor idea era quedarse y resistir. Solo dos de los siete monjes que había en la sala decidieron irse. El abad bajó al claustro y habló con los refugiados. Algunos decidieron huir, pero la mayoría pensó que allí estarían más seguros, al abrigo de los muros de piedra. Los monjes que custodiaban las entradas decidieron quedarse también, de modo que dejaron salir a los que dispusieron marcharse, cerraron las puertas y las atrancaron con los muebles más pesados.

Antonio y Basilio vieron a los normandos acercarse. Eran hombres robustos y bien pertrechados. Algunos llevaban petos de cuero oscurecidos por la sangre. Tenían el pelo largo y lucían largas barbas, la mayoría trenzadas. Entre ellos predominaban los de cabellos dorados, pero también los había morenos. La mayoría vestía una capa sujeta al hombro derecho por un broche metálico, sobre una larga camisa partida en dos por un cinturón. Mientras subían la cuesta que llevaba al monasterio iban cantando una canción en su extraña lengua, que a oídos de los monjes sonaba a tormenta.

Parecían tranquilos, algunos hasta reían, como si estuvieran acudiendo a una reunión de amigos. A los pies del edificio se detuvieron y dos hombres con antorchas prendieron la madera de la puerta principal. Luego se sentaron a esperar. Solo era cuestión de tiempo, acabarían entrando y saqueando el monasterio.

Los encargados de custodiar la puerta corrieron despavoridos a informar al abad. En el claustro, los refugiados oyeron las noticias y comenzaron a ponerse nerviosos. Los hombres hablaron de organizar una defensa, pero las mujeres eran partidarias de huir por la puerta trasera que, aparentemente, todavía no había sido descubierta. Los niños lloraban al oírlos discutir. El abad se negó a abrir la puerta, que ya estaba atrancada. Podían haber preparado una trampa, algún hombre apostado fuera podía estar esperando aquel descuido para conseguir una vía de entrada más rápida.

—Habéis tenido la oportunidad de huir. Decidisteis quedaros, ahora asumid las consecuencias.

—Padre, ¿tenéis armas? —preguntó un cristiano.

—Esta es la casa de Dios, aquí no caben las armas.

Los hombres trabajaron juntos buscando utensilios que pudieran usar para acabar con los asaltantes, ya fueran cuchillos de la cocina o candelabros.

La madera de la puerta crujía, devorada por el fuego. Los hombres, enarbolando sus armas improvisadas, se juntaron frente a ella. El abad rezaba para que un destacamento del gobernador llegara pronto y espantara a los piratas.

Al otro lado se oyó un golpe seco ahogado por la madera. Al instante siguieron otros muchos a un ritmo frenético. Antonio pudo ver desde la ventana cómo dos normandos armados con hachas golpeaban por turnos, sin descanso, la madera debilitada de la entrada, todavía en llamas. Enseguida la astillaron y la partieron en dos, desencajándola de sus goznes. Apartaron los restos incendiados y continuaron con el armario que bloqueaba la entrada. Las hachas entraban ahora con más facilidad en la madera. Dos hombres empujaban el mueble desde dentro para que no lo derribaran pero, cuando vieron asomar el filo brillante de una de las hachas, se apartaron y se colocaron junto a sus compañeros. Los asaltantes ahondaron en la brecha abierta. Se percataron de que al otro lado no había resistencia y empujaron hasta que echaron abajo el mueble. Tras el estruendo vino el silencio. La luz del día deslumbró a los defensores, que percibieron a contraluz las siluetas de los normandos y sus hachas. Un muchacho de apenas quince años comenzó a lloriquear y a temblar con un cuchillo en la mano.

—No quiero morir, no quiero morir, no quiero morir —repetía una y otra vez, dominado por un ataque nervioso.

En el scriptorium, Antonio y Basilio se ocultaron debajo de una de las mesas de trabajo, la más alejada de la entrada. Los escritorios estaban diseñados de manera que grandes tablas resguardaban las piernas de los copistas de las corrientes de aire, por lo que eran un escondite perfecto. Los demás monjes estaban congregados en el claustro con las mujeres y los niños.

—Saldremos vivos —dijo el mayor para tranquilizar a su joven amigo que, en silencio, recordaba las imágenes de la matanza que había observado desde la ventana.

Ambos se concentraron en sus rezos y aguardaron en silencio.

—¡¡Esta es la casa de Dios!! —oyeron la voz del abad, que retumbó por todo el monasterio. Lo imaginaron con su cruz de madera en la mano, espantando a los demonios con la fuerza insuflada por Dios.

Siguió el sonido de pasos sobre las baldosas de piedra y los gritos de los defensores, que desahogaban su rabia antes de lanzarse al ataque. Antonio dedujo que los normandos habían matado al abad y sintió una punzada de dolor en el pecho.

Las mujeres desoyeron a los monjes y corrieron hacia la puerta trasera en un intento desesperado de fuga. Consiguieron mover los muebles y abrir la puerta pero cuando salieron al exterior se encontraron con tres jinetes y diez hombres a pie que habían descubierto la salida y la estaban vigilando. Las capturaron, las amordazaron y las maniataron. En vano chillaron y se resistieron, los hombres eran fuertes y las redujeron con facilidad.

En el interior, los asaltantes pisotearon el cuerpo maltrecho del abad y se enfrentaron a la patética formación de hombres. A pesar del miedo que atenazaba sus corazones, se mantuvieron firmes en sus puestos, dispuestos a morir protegiendo a sus familias. Los primeros cinco normandos que penetraron en el interior del monasterio se las bastaron para acabar con ellos. Sus armas diestras se hundieron en sus puntos más vulnerables y apenas les dieron tiempo para alzar los objetos que pretendían usar para la defensa. Uno a uno cayeron en un mar de sangre derramada de sus propios cuerpos. Los monjes permanecían en el claustro, rezando en voz alta con los ojos cerrados para no ver el rostro lúgubre de la muerte cuando se acercara a ellos. Su actitud de inmovilidad no los salvó, sin respetar sus oraciones acabaron con

ellos y regaron los árboles del patio con su sangre. Entonces, cuando pensaron que no quedaba nadie vivo en el edificio, se dedicaron al saqueo.

Antonio y Basilio lloraron abrazados, con el sonido de la masacre incrustado en el pensamiento. Los gritos de dolor, el sonido seco del metal contra los huesos, los vítores de los piratas, las oraciones de sus hermanos… Basilio hipaba y fray Antonio procuraba que lo hiciera en silencio. Escondidos bajo el escritorio escucharon cómo los normandos abrían los baúles, tiraban los armarios y revolvían los cajones en busca de tesoros ocultos. Antonio pensó que en el scriptorium no había objetos de valor, por lo que podían estar a salvo. De pronto se acordó de los libros, aquellos ejemplares podían adquirir gran valor en cualquier mercado del norte. Con sumo cuidado levantó el brazo y tanteó con la mano la superficie de trabajo. Había un libro abierto, fatal descuido. Cuando se disponía a salir del escondite para cogerlo, escuchó los pasos de dos hombres que se acercaban a la sala. El miedo lo paralizó. Los hombres hablaban entre ellos en su lengua, completamente extraña para los monjes. Antonio miró a su amigo y después cerró los ojos.

Los normandos se movieron entre los escritorios y recogieron los libros que había abiertos sobre ellos. Ocho eran los volúmenes que había en la sala, incluidos tres originales prestados. Uno de los saqueadores se acercó al escritorio del fondo de la sala para recoger el último tomo. Lo cerró y se lo llevó junto a los otros tres que ya cargaba. Salieron del scriptorium para reunirse con el grupo.

—Nos hemos salvado —susurró Basilio, aún asustado.

—Todavía no, estamos dentro —contestó Antonio empapado de sudor.

Oyeron a los hombres recorrer el monasterio en busca de objetos preciosos, que fueron juntando en un gran montón fuera del edificio. Como habían hecho en el pueblo, comenzaron a trasladar el botín a los barcos.

Pasado un buen rato cesó el trajín y escucharon cómo movían algunos muebles en la planta baja. Poco después les llegó el olor a humo.

—Van a quemar el monasterio —dijo Antonio. Salió del escondite y se asomó con cuidado por una de las ventanas. Los asaltantes bajaban por turnos la ladera con todo tipo de objetos, desde utensilios de cocina hasta relicarios, atriles o crucifijos. Dentro todo quedó en silencio y el humo comenzó a saturar el espacio—. Ven Basilio, agáchate, el humo está en el techo.

Salieron de la sala y bajaron la escalera de piedra, tras asegurarse de que no había nadie cerca. Oleadas de calor subían al piso superior. Abajo se concentraba el humo y apenas se veía nada. Distinguieron la enorme hoguera,

cuyas lenguas de fuego tocaban el artesonado y comenzaban a prenderlo, y caminaron en sentido opuesto hasta que encontraron una puerta que daba al claustro. Salieron y respiraron profundamente el aire limpio. Repartidos por el jardín yacían los cuerpos exánimes de sus hermanos, con sus hábitos teñidos de rojo pardo. Observaron las brutales heridas que habían segado sus vidas, la mayoría en el cuello. Había incluso una cabeza separada de su cuerpo. Basilio comenzó a respirar más intensamente, con los ojos desencajados. Antonio se apresuró a cogerlo por los hombros y dirigir su atención a la puerta del fondo, la que daba a la parte posterior del monasterio. Lo condujo hasta allí. Por aquella zona el ambiente estaba más despejado. La puerta trasera de salida estaba entornada y los muebles que la habían bloqueado estaban corridos. Antonio se asomó y comprobó que no había normandos. Observó el bosque, tan cerca y a la vez tan lejos. Tendrían que correr con todas sus ganas y confiar en que no los vieran.

—Mírame —Basilio le hizo caso pero parecía ausente, afectado por la imagen de los muertos—. Tenemos que llegar corriendo hasta el bosque, allí estaremos a salvo. Te necesito despierto —el joven no reaccionó. Lo zarandeó —. ¿Me entiendes? —Entonces asintió y pareció recobrar la cordura.

Antonio lo agarró del brazo y tiró de él hacia fuera, salieron a la intemperie y corrieron juntos procurando no desviarse para que el edificio les sirviera de protección. Por la parte delantera, los asaltantes seguían trasladando el enorme montón de objetos a los barcos. Los monjes no miraron atrás, corrieron y se entregaron al destino. En varios momentos Antonio sintió que tras él trotaba un jinete con su arma presta a golpearlo, pero cuando llegó al bosque se percató de que todo lo había producido su imaginación. No se detuvieron allí, continuaron avanzando hasta que perdieron de vista el monasterio. Un pequeño arroyo atravesaba la arboleda y decidieron parar allí a beber agua y serenar sus corazones agitados. Se miraron y sonrieron, se habían salvado, debían estar contentos, pero sus ojos delataban una honda tristeza que tal vez nunca se disiparía por completo.

—Ahora sí estamos a salvo —dijo el mayor, y antes de acabar la frase rompió a llorar. Las emociones contenidas afloraron en la seguridad de aquel claro del bosque—. He sido un cobarde —añadió, con la imagen del abad gritando a los asaltantes grabada en la memoria.

—No has sido un cobarde, me has salvado la vida.

Era cierto, y más tarde hallaría consuelo en esa verdad. Pero en aquellos momentos su alma lloraba angustiada.

En aquel punto del camino Zacarías viajaba a pie tirando de las riendas de la mula. Por el peso, el barquero que lo había llevado a la otra orilla del río le había pedido que remara. El judío se había hecho daño en la espalda y el traqueteo del carro agravaba la dolencia. Estaba desanimado, en Sevilla solo había conseguido vender una décima parte del cargamento de esteras que tenía almacenado en la alhóndiga. Tendría que afanarse con más esmero para colocar la mercancía. Había recorrido todos los oratorios de la ciudad, incluida la «Sagrada», pero ningún imán quiso hacer tratos con él. Pensó que cuando volviera de Coria recorrería las alquerías y aldeas que circundaban la ciudad, tal vez allí tuviera más suerte. En el peor de los casos, bajaría el precio aunque se redujera su ganancia. Al menos tenía asegurada la venta de lo que transportaba en el carro. Con eso casi le llegaba para cubrir los costes de la compra. Sarah se había quedado tranquila, al cuidado de la casa y los hijos. Su marido había estado de nuevo al borde del abismo pero había dado un paso atrás y se había afianzado en la tierra firme. No era la primera vez que ocurría algo semejante. Como siempre, Zacarías acababa poniéndose en marcha con el acicate de su esposa y encontraba una solución a todos sus problemas.

Los dos hombres de armas que el comerciante había contratado como escolta caminaban detrás del cargamento, atentos al camino y, sobre todo, a las arboledas que había junto a él.

—Fuego —dijo uno de ellos, mientras señalaba por encima del bosque una densa columna de humo.

Zacarías observó y olisqueó el aire. El incendio debía ser grande porque el olor a quemado llegaba hasta allí. No les faltaba mucho para llegar a Coria, así que decidió apretar el paso para evitar sorpresas. Tal vez estaba ardiendo el mismo bosque que bordeaban.

La comitiva avanzó a marcha forzada. El humo parecía más cercano y el olor era cada vez más fuerte. Río abajo, Zacarías vio cuatro naves detenidas a la altura del pueblo. Sus formas eran extrañas y el comerciante comenzó a inquietarse.

—¡Estad atentos! —les gritó a los mercenarios.

Llegaron a la loma que dominaba Coria y el comerciante tuvo a la vista todo el pueblo. El espectáculo lo dejó aturdido. El caserío se consumía devorado por el fuego y el monasterio que había a las afueras humeaba, como si estuvieran intentando quemarlo también. Una fila de hombres se movía entre el monasterio y las naves.

—Han atacado Coria —dijo en voz baja, incapaz de reaccionar. Observó la mezquita, cuyo alminar se había desmoronado sobre el tejado de la nave de oración. De repente su ilusión se vino abajo, como la torre, y comprendió que el destino le había reservado un nuevo golpe cruel. Se acordó de Sarah y evitó culpar a Dios de aquello. Un pueblo entero había sufrido un ataque de piratas, ellos eran los que habían recibido el golpe más fuerte.

Centró su atención en el monasterio, que era la construcción más cercana a su posición. Los saqueadores trasladaban el botín conseguido mientras varios jinetes hacían rondas de guardia a su alrededor.

—Debemos irnos —sugirió uno de los mercenarios que le acompañaban.

Zacarías, aún aturdido, asintió lentamente. No comprendía nada, parecía ausente, ¿cómo podían los piratas atacar un pueblo tan lejano de la costa? Era difícil, pero aquellos hombres lo habían hecho posible. Maniobraba para darle la vuelta al carro cuando uno de los mercenarios llamó su atención y señaló a un grupo de piratas.

—Nos han visto, hay que correr, ¡deja el carro y corre!

Ocho jinetes galoparon loma arriba en su busca. Zacarías pensó en todo lo que había invertido en las esteras y se empeñó en huir con el cargamento. Los hombres de armas lo dejaron solo y se alejaron corriendo. Aún no había conseguido enderezar el carro cuando se volvió y se dio cuenta de que sus perseguidores habían subido ya la mitad del camino. Entonces fue consciente de que si no abandonaba el carro moriría allí mismo.

El judío se adentró en el bosque y corrió sin parar hasta verse lejos del camino. Podía oír los caballos de los atacantes, que llegaron hasta la carreta y se detuvieron a otear los alrededores. Discutieron unos momentos y finalmente se dieron por satisfechos con el nuevo botín. Volvieron loma abajo, todavía deliberando si debían haberse entregado a la búsqueda de los tres hombres. Zacarías continuó a la carrera hasta dar con un arroyo que atravesaba el bosque. Allí se detuvo a descansar. En el silencio aguzó el oído, pero no escuchó nada. Se había salvado.

Se sentó en la orilla y se lavó la cara con el agua helada. Su respiración se calmó y su corazón comenzó a latir con normalidad. Solo entonces, cuando se sintió a salvo en la soledad del bosque, se abandonó a la desesperación. La rapidez con la que todo había ocurrido no le había dado tiempo para asimilar las consecuencias. Lo había perdido todo, en un instante se había visto despojado de su mercancía. Perdería la casa y no tendría más dinero para comerciar. Seguía sin comprender nada. Una bruma pesada se instaló en su

mente y le impidió pensar con claridad. Tuvo la sensación de que aquello no era más que un mal sueño.

Del otro lado del arroyo, de unos arbustos de flores que había en la ribera, le llegó un sonido leve de pisadas en la hierba seca. Se puso tenso. Asomaron dos figuras vestidas con hábito y sandalias. Uno de ellos, el mayor, mantenía levantada la palma de la mano para tranquilizarlo.

—Saludos, hermano —dijo en romance.

—No hablo romance —contestó en árabe Zacarías. Permanecía quieto pero con los músculos preparados para salir corriendo si fuera necesario.

—No eres de Coria, no te conozco —continuó el monje, también en árabe. Observó su kipá y se percató de que era judío—, ¿de dónde vienes?

—Vengo de Sevilla —desconfiaba, no quería alargar la conversación. Seguía trastornado por la experiencia recién vivida y la situación le provocaba cierto recelo.

—¿Has sufrido el ataque? Nosotros hemos tenido que huir del monasterio, han matado… —Un nudo se le hizo en la garganta— han matado a todos los que han encontrado.

Zacarías leyó el dolor en la expresión del hombre y comenzó a relajarse. No era una trampa; no eran salteadores disfrazados, ni piratas.

—Acabo de llegar. En lo alto de la loma he visto lo que han hecho. He tenido que huir y dejarles mi carro. Al menos he salvado la vida.

—No es poco, si hubieras visto lo que han hecho en el pueblo y el monasterio…

El monje se echó las manos a la cara y el joven que lo acompañaba le susurró al oído para tranquilizarlo.

—Ya ha pasado Antonio, ya ha pasado —pero él, aunque trataba de aparentar fortaleza, también estaba abatido, afectado por las duras escenas que había tenido que presenciar.

—¿Quiénes son? —preguntó el judío.

—Según el abad son de un pueblo del norte y no es la primera vez que hacen ataques así. Lo raro es que hayan llegado hasta aquí —respondió Antonio algo más sereno—. Son fieros y no demuestran piedad alguna. No han respetado lo sagrado y han matado con frialdad tanto a hombres como a mujeres.

Zacarías, que seguía pensando en su carro y en su ruina económica, reaccionó.

—Malnacidos…

—Tenemos que ir a Sevilla —intervino Basilio.

El comerciante asintió.

—Mi familia está allí.

—Si no te importa, iremos contigo —dijo Antonio—. Hay que avisar a las autoridades. Eran unos cien hombres, pero no sabemos si son una partida de un grupo más grande —miró a su joven amigo—. El metropolitano se va a enojar cuando sepa lo que han hecho con el monasterio.

—Sí, pero la Iglesia aquí no tiene poder —replicó Basilio.

—Hicimos un pacto con los musulmanes y pagamos más impuestos que nadie por nuestra protección. Algo tendrán que hacer.

Zacarías, que pertenecía al otro grupo de tributarios, convino con su opinión.

—Así es. Yo creo que el emir actuará. Pero no creo que lo haga por el monasterio, lo hará por la mezquita y el pueblo. Nosotros le importamos poco.

Aquel razonamiento creó un sentimiento de comunidad entre los tres, a pesar de pertenecer a religiones rivales. El comerciante atravesó sin dificultad el riachuelo que los separaba y se unió a ellos. Se pusieron en marcha sin demora, ansiosos por llegar a Sevilla y dar parte al gobernador de lo ocurrido.

Basilio se separó del grupo antes de llegar a la ciudad para tomar el camino que llevaba a las tierras que su familia trabajaba. Antonio le advirtió que, una vez avisada su gente, lo buscara por las iglesias sevillanas. Zacarías acompañó a Antonio al alcázar porque, a pesar de que estaba ansioso por ver a su mujer y sus hijos, quería saber si el gobernador tenía más datos sobre los atacantes.

El eslavo Dushan hacía guardia en la puerta de acceso principal al recinto. Se acercaba el mediodía y buscaba protección del sol a la sombra del arco de entrada. El monje se acercó a él con el hábito remangado, dando grandes zancadas para avanzar más deprisa. Zacarías se quedó rezagado. Acordó con Antonio que lo esperaría en las inmediaciones.

—¿Qué quieres?

—Tengo que ver al gobernador, es urgente.

—Pues hoy no va a poder ser.

Fray Antonio desesperó.

—Unos piratas han arrasado Coria, ¿te parece lo suficientemente importante como para dejarme pasar ya?

El guardia se le quedó mirando con los ojos completamente abiertos.

—¿Piratas de dónde? —preguntó con un hilo de voz, como si tuviera miedo a recibir la respuesta.

—Del norte, de muy lejos —dijo Antonio e hizo ademán de zafarse de él y adentrarse en el alcázar. Dushan lo agarró por el brazo y le habló con la cara a un palmo de la suya.

—¿Cuántos eran?, ¿vienen hacia aquí?

—Eran unos cien y no sé qué diablos han hecho después de arrasar Coria.

Estupefacto, el eslavo soltó su brazo y lo dejó pasar. Su hermano le había dicho que Nabil, el emisario, había traído la noticia de que los normandos remontaban el río. Aquel era el primer ataque y Dushan tuvo la certeza de que pronto caerían sobre Sevilla.

—El gobernador está fuera de la ciudad. Pregunta por Shafi —le dijo finalmente.

Dushan se sumió en oscuros pensamientos. Recuerdos de sangre y dolor aguijonearon su memoria y sintió un impulso de echar a correr y gritar, enloquecido por la ira. «Volveremos a encontrarnos», pensó, «pero ahora no soy un muchacho imberbe…».

Antonio siguió las indicaciones de un soldado y encontró a Shafi en el patio de instrucción. El africano discutía acaloradamente con tres hombres. Cuando terminó la discusión el monje lo abordó.

—Me han dicho que sustituyes al *walí* durante su ausencia.

—No lo sustituyo. Solo soy uno de sus hombres de confianza. ¿Qué quieres? —dijo con sequedad.

—Vengo de Coria, traigo noticias de un ataque…

Shafi no lo dejó continuar, agarró su hombro y lo guio hacia el interior de uno de los pabellones, al abrigo de oídos indiscretos.

—Disculpa mi seriedad. Los sirios no aceptan que un negro mande sobre ellos —Antonio simuló una sonrisa—. Cuéntame qué ha pasado.

—Unos piratas han destruido Coria y han matado a la población. No han respetado nada. También han atacado el monasterio.

Shafi entornó los ojos y meditó unos instantes.

—¿Cuántos eran?

—En torno a cien.

—Un ensayo, y les ha salido bien —dijo para sí.

—¿Cómo dices?

Shafi sabía que había llegado el momento de hablar, de hacer público lo que sabía.

—Más de dos mil normandos se han organizado en la isla de Qabtil. No sabíamos si serían capaces de atacar río arriba. El *walí* está en Carmona. Ahora, con estas noticias, ya no hay duda de que atacarán Sevilla. Cien hombres han conseguido arrasar un pueblo y no habrá respuesta por nuestra parte. Sabrán que no tenemos una fuerza suficiente para responder inmediatamente.

Antonio quedó perplejo, dos mil hombres armados representaban una fuerza temible incluso para el emir.

—¿Qué vas a hacer?

—Haré lo que debo. Mandaré pregoneros esta misma mañana para dar la noticia al pueblo. Así podrá irse hoy mismo todo el que quiera. Si no me equivoco, mañana tendremos las naves normandas a los pies de Sevilla. Enviaré un mensajero a Córdoba para avisar al emir. Yo me quedaré aquí para organizar la defensa de los que se queden.

—Eso será un suicidio.

—Tal vez —dijo Shafi sin más.

En ese momento Antonio tomó su decisión. Él también se quedaría. Sus hermanos habían muerto defendiendo sus ideales y él, que tanto había hablado de dar ejemplo a través del martirio, se había escondido y había escapado de una muerte segura. Tenía una ocasión para redimirse, para ayudar a otros en una situación desesperada.

—Siéntate conmigo y cuéntame todos los detalles del ataque —continuó el africano—. Me vendrá bien conocer a qué me enfrento.

Antonio carraspeó y apartó sus pensamientos en un rincón de su mente. Con voz trémula comenzó a describir los acontecimientos que, desde aquella misma mañana, habían torcido su vida para siempre.

Lo primero que hizo Zacarías después de hablar con Antonio fue acudir a la alhóndiga para asegurarse de que su mercancía no correría peligro. Se reunió con el dueño en un apartado y le explicó la situación sin omitir ningún detalle. El mercader estaba alterado, las nuevas que le había dado el monje tras su reunión con Shafi eran nefastas.

—¿Te quedarás en Sevilla? —le preguntó cuando terminó su relato.

—Coria arrasado… —murmuró el hombre trastornado. La información había sido demoledora y dejó sus palabras en suspenso, como si le costara creerlo.

El judío perdió los nervios.

—¡Escúchame! ¿Te quedarás en Sevilla? ¿Protegerás tu negocio? —gritó mientras lo zarandeaba.

—¿Cómo voy a abandonar mi negocio? —respondió irritado. Se zafó de sus manos con un gesto de indignación—. ¡Y no te pongas gallito conmigo porque me debes un carro y una mula!

Zacarías bajó sus humos.

—He salvado mi vida de milagro, no pienso en eso ahora. Pero puedes estar tranquilo, pago mis deudas.

—Eso espero, por tu bien. Tengo medios de cobro muy poco refinados —señaló a los hombres de armas que trabajaban para él.

—Solo te pido que protejas la alhóndiga, yo estaré aquí contigo. Cuando pase todo venderé las esteras y te pagaré.

El dueño refunfuñó y se apartó de su lado. Zacarías estaba desolado, sabía que la venta de la mercancía que le quedaba no llegaría para pagar todas sus deudas. Fue a la habitación que tenía alquilada y observó su inversión. Allí estaba amontonada su esperanza, lo único que le quedaba para poder saldar una buena parte de la deuda que había contraído. Cerró la puerta y se dirigió a la salida. Antes de salir lo asaltó la prostituta que ofrecía sus servicios en la alhóndiga y él, soltando un bufido, la apartó y tomó el camino que lo llevaba a casa. Las calles estaban tranquilas, sus vecinos todavía no sospechaban la tormenta que se avecinaba.

—¿Ya estás aquí? Has vuelto muy pronto —exclamó Sarah con una sonrisa que tardó segundos en esfumarse—. ¿Qué ha pasado? —preguntó al ver la expresión de su marido.

En ese momento el muro de aparente seguridad que Zacarías había construido se vino abajo. El hombre rompió a llorar y Sarah lo llevó a la alcoba para que sus hijos no lo vieran. Allí lo abrazó y lo meció suavemente hasta que cesó la llantera.

—Unos piratas normandos han saqueado y quemado Coria. Han devastado el pueblo y matado a la población —Sarah se soltó del abrazo y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Me he salvado por poco. Me han visto cuando llegaba al pueblo y me han intentado capturar. Hui hacia el bosque y dejé el carro en el camino. Se han conformado con la mercancía y me han dejado vivo. Vivo, pero arruinado —se llevó las manos a la cara.

La esposa tardó varios minutos en reaccionar. Trataba de asimilar la información y encontrar las palabras adecuadas. Una vez más tenía que sacar

fuerza por los dos y animar a su marido.

—Saldremos de esta. Estamos vivos y nos tenemos el uno al otro. Es suficiente.

Zacarías se frotó la cara con las manos.

—Tienes que irte con los niños, al Aljarafe con tu familia.

—¿Por qué?

—Los que han arrasado Coria eran apenas cien hombres. En Qabtil hay dos mil como ellos y vendrán a hacer lo mismo aquí.

Sarah soltó un grito de pánico y sintió escalofríos.

—Dos mil… tenemos que irnos.

—Yo me quedo.

—¿Estás loco?

—Tengo que proteger lo único que nos queda.

—¿Las esteras? Nos las llevaremos. No seas insensato.

—No podemos. No nos queda nada para pagar un carro.

—¿Y qué vas a conseguir tú contra todos esos hombres?

—Estaré en la alhóndiga. El dueño tiene guardias para defenderla.

—¡Definitivamente, estás loco Zacarías! No pienso dejarte aquí para que te maten unos piratas.

—Tendrás que irte, por nuestros hijos —cogió a Sarah por los hombros y la miró a los ojos—. Escúchame, estaré bien. No voy a arriesgar mi vida innecesariamente. Solo quiero asegurarme de que el dueño de la alhóndiga no aprovecha la ocasión para adueñarse de lo que es nuestro.

Sarah comenzó a llorar. Era lo único que podía hacer. El miedo atenazaba su alma y apenas le dejaba respirar. Comprendía a su marido, su actitud, y sabía que no podía hacer nada por evitar que siguiera con sus planes.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Cuanto antes salgáis, mejor.

De pie sobre la fuente, el muchacho anunciaba a voces la noticia. Hacía mucho tiempo que no se veían pregoneros en la calle, por lo que la gente sintió curiosidad y se arremolinó en torno a él.

—¡Atención! —el bullicio cesó—. ¡Esta misma mañana Coria ha sido atacada por piratas que han remontado el río en sus barcos!

La calle explotó en cientos de voces que se alzaban las unas sobre las otras.

Kamal regresaba de una dura sesión de entrenamiento y fue sorprendido por el revuelo. Escuchó algunas frases aisladas de los que tenía más cerca y decidió quedarse.

El muchacho pidió silencio y enseguida los oyentes se mandaron callar unos a otros.

—En la isla de Qabtil hay un ejército de dos mil hombres del norte preparados para atacar Sevilla —a pesar de lo impactante de la noticia, el pueblo se mantuvo en silencio, a la espera de más datos—. El *walí* ha enviado emisarios a Córdoba para que el emir mande una tropa, pero puede que los piratas ataquen mañana mismo.

—¡¿Y dónde está el *walí*?! —gritó alguien, y otros lo apoyaron. El pregonero esperó a que los ánimos se calmaran antes de proseguir.

—El *walí* ya estaba en Carmona cuando han llegado las noticias de Coria.

—¡Es un sinvergüenza, nos abandona a nuestra suerte! —de nuevo hubo gritos—. Si él se ha ido, ¿qué espera que hagamos nosotros?

—Él comprende vuestra situación, por eso os informa, para que decidáis libremente —Shafi procuró no dejar en mal lugar al gobernador y dio instrucciones precisas al muchacho sobre lo que debía decir.

Kamal vio confirmados los rumores que había oído en el alcázar, pero la situación era más grave de lo que creía. Si los atacantes eran dos mil, Abd al-Rahman ibn al-Hakam tardaría al menos dos semanas en reunir un ejército suficiente para repelerlos. Todos los congregados alrededor de la fuente elevaron la voz y muchos se acercaron al joven para acosarlo con sus preguntas. Kamal intervino y rescató al pregonero del bullicio.

—¡No hay más noticias! —gritaba—, ¡él no sabe nada más!, ¡id a casa y pensad lo que vais a hacer!

Con dificultad logró sacarlo del gentío y lo llevó a una calle más tranquila. Allí lo abordó con una única pregunta.

—¿Qué ha pasado exactamente en Coria?

—Han matado a toda la población, creo que solo han salvado a un grupo de mujeres, que se han llevado en sus barcos. Luego lo han quemado todo, ¡todo! Las casas, la mezquita, incluso el monasterio de las afueras —el soldado mantuvo su mirada—. Son demonios, dicen que viajan sobre dragones y que pueden aparecer y desaparecer a su antojo —los rumores que circulaban habían despertado la imaginación de los más jóvenes.

—Solo son hombres. Guerreros malnacidos que recibirán del Altísimo lo que se merecen, pero hombres al fin y al cabo —no era conveniente alimentar la imagen sobrehumana de los atacantes.

El muchacho se perdió por los callejones y Kamal se encaminó hacia la casa de su amigo Muhammad. Lo recibió él en persona, visiblemente alterado. Sin lugar a dudas ya había recibido la noticia. De fondo se oía el llanto de su mujer, que se lamentaba y rasgaba sus vestiduras como si su marido hubiera muerto. Las dos sirvientas de la casa se movían de un lado para otro con vestidos y cofres en las manos.

—Entra —dijo Muhammad—. Perdona a mi mujer, llevaba varios días sin hablarme y ahora llora desconsolada porque nos separamos —Kamal frunció el ceño, inquisitivo—. La mando al Aljarafe con su familia, por su seguridad.

—Pero ¿tú te quedas?

—Por supuesto, no me hice soldado para los tiempos de paz. Juré un cargo para defender Sevilla, y eso es precisamente lo que haré.

Kamal abrazó a su amigo, orgulloso de él.

—Yo también me quedo. Ya sabes, para quitarte un poco de gloria, cerdo arrogante.

—Eso está bien, amigo —Muhammad lo observó detenidamente. Sus cabellos estaban mojados por el sudor, pero su ropa estaba limpia y, lo más importante, no olía a vino. Sus manos tenían un ligero temblor, que Kamal disimulaba moviéndolas sin parar—. ¿Cómo estás? —preguntó a bocajarro.

—Bueno… no estoy mal —se miró las manos—. Lo peor son las noches. Apenas duermo y no me puedo quitar de la cabeza el deseo de beber. Durante el día el entrenamiento me distrae, y me calma.

—Estoy orgulloso de ti.

—Vivo cada día como una condena. Hago esto por ti… y por ella.

Muhammad se emocionó y desvió la mirada hacia la puerta para que su amigo no lo viera así.

—Vamos al alcázar.

Salieron a la calle, que en instantes se había convertido en un hervidero de personas que corrían y se lamentaban a gritos. Había corrillos que comentaban lo ocurrido en Coria y se consultaban unos a otros sobre lo que debían hacer.

—Va a haber tumultos. Muchos aprovecharán para robar —comentó Muhammad mientras avanzaban por las calles atestadas.

A las puertas del alcázar había un grupo de sevillanos que reclamaban protección. Gritaban y se empujaban para conseguir un buen puesto cerca de la puerta principal. Los guardias los retenían a duras penas y pedían calma. Los dos amigos se adentraron en la marea de personas y avanzaron con dificultad. A varios pasos de la entrada identificaron a los hermanos eslavos.

—¡Shafi viene de camino para hablar con la gente! —les gritó Bogdan.

En ese momento apareció el africano a sus espaldas y se dirigió a la población.

—Es difícil para mí pronunciar estas palabras, pero tengo que deciros que poco podemos hacer contra los normandos. Tienen fama de fieros y su número es más que suficiente para tomar Sevilla al asalto. Nuestro gobernador me ha ordenado personalmente que os transmita esta noticia. Mi consejo es que os pongáis a salvo fuera de la ciudad y que os llevéis todo lo que podáis. No podemos garantizar la seguridad de los que se queden.

—¿Y a dónde vamos? —gritó un hombre con desesperación.

—Cualquier sitio es bueno para salvar la vida. Si tenéis familia fuera de la ciudad, id con ellos. Si no, permaneced en el campo. El emir mandará su ejército y responderá al ataque. Será cuestión de días.

—Podemos cerrar las puertas de la ciudad y aguardar a que lleguen los hombres del emir —dijo otro sevillano.

—No creo que los normandos esperen mucho para atacar. La sorpresa juega a su favor. Y nuestras murallas no están en condiciones de resistir, son viejas y necesitan reparaciones. Por ahora, lo mejor es huir.

—¡Sí, huir como ha hecho el *walí*! Para él es fácil pero no todos podemos.

—Yo me quedaré con un grupo de guardias para defender a los que se queden. Pero estáis avisados, poco podremos hacer.

La multitud comprendió perfectamente el mensaje de Shafi y comenzó a dispersarse. No disponían de mucho tiempo para marcharse. Algunos insistieron en refugiarse en el alcázar, al abrigo de sus muros. El hombre de confianza del gobernador consintió, aunque estaba convencido de que durante el asalto aquel sería el primer edificio en caer.

Muhammad se acercó a Shafi para hablar con él.

—¿Qué podemos hacer nosotros?

—Todos somos libres de marchar o quedarnos. Yo solo organizaré a los que se queden aquí, en el alcázar. El *walí* ha establecido que los esclavos que se queden para proteger la ciudad serán libres tras el ataque. Muchos guardias esclavos se quedarán, pero la mayoría de los hombres libres se irán a Carmona.

Los dos amigos se miraron y asintieron.

—Nosotros nos quedaremos —confirmó el capitán.

Durante las horas siguientes Sevilla se convulsionó. Muchos ciudadanos prepararon sus enseres más preciados y partieron en busca de un lugar seguro. La marcha de estos sirvió de ejemplo y a lo largo de la tarde una enorme caravana de sevillanos atravesó la puerta de Carmona para cruzar el río Tagarete y encaminarse hacia el noreste. Los carreteros ofrecían sus servicios quintuplicando el precio normal y, aun así, la demanda no paraba de crecer. Cientos de personas marchaban tristes de sus casas, desesperados ante un ataque que sabían que podía acabar con sus vidas. Ricos y pobres, terratenientes y jornaleros, mercaderes y peones de obra, todos salieron de la ciudad juntos, unos a caballo, otros a pie, todos cabizbajos. Algunos contrataron barcas mercantes de las que permanecían amarradas en el pequeño embarcadero de Sevilla y remontaron el río para ponerse a salvo en algún lugar alejado.

Los muecines llamaban a oración y muchos fieles se congregaban para pedir al Altísimo que alejara a los piratas de sus tierras. Las salas de oración de las mezquitas rebosaban de gente que rezaba con devoción, esperando una señal divina que les marcara el camino.

Los enfermos, tullidos y ancianos desvalidos se echaron a la calle para suplicar que alguien se ocupara de ellos, que los llevara a un lugar seguro. Pero en aquellas circunstancias no había nadie dispuesto a entretenerse por ellos. La gente pasaba a su lado sin dirigirles la mirada, conscientes de que el bienestar de sus familias dependía de una huida rápida. Cansados de pedir y llorar, estas personas sin esperanza se limitaron a permanecer en silencio contra las fachadas de las casas vacías, observando cómo los sanos y fuertes se ponían a salvo. Así quedó Sevilla, sembrada de desamparados que se resignaban a enfrentarse solos al destino.

Sus dedos, cansados de soportar el peso del baúl, comenzaban a resbalar. Antes de dejarlo caer, le pidió un descanso al chico que sujetaba el otro extremo. Alrededor suyo decenas de personas cargaban sus bienes y avanzaban apesadumbrados en dirección a la puerta de Carmona. Ghali estaba cansado pero contento, por aquellos portes le habían ofrecido cinco dírhams. Todos los mozos de cuerda de Sevilla estaban ocupados en transportar enseres hasta las afueras de la ciudad, donde esperaban los carros que los propietarios habían contratado para la mudanza. Su compañero de trabajo lo apremió y se pusieron en marcha de nuevo. Sus cuerpos raquíticos se tambaleaban con la carga, pero sus piernas ágiles los empujaban cada vez más deprisa,

compensando la falta de fuerza en los brazos. El dueño del baúl los seguía de cerca para asegurarse de que no le robaban. Pasaron junto al enorme depósito que almacenaba el agua que llegaba por el acueducto y la distribuía entre las fuentes de la ciudad, y atravesaron la puerta abierta en la muralla. Llegaron hasta el carro, que descansaba bajo uno de los arcos de la obra hidráulica, y depositaron el bulto en él. Todavía les quedaba otro viaje, así que caminaron a contracorriente para entrar de nuevo en Sevilla. En el portal de la casa los esperaba la dueña, elegantemente vestida con telas de seda verde. Cada uno cogió dos cajas de madera, que portaban los mejores vestidos de la mujer. Ghali suspiró aliviado al levantar su carga y comprobar que era liviana. Los mozos corrieron hasta el carro y les entregaron aquellas últimas cajas a los hombres que los esperaban. Aquel era el cuarto viaje que daban. Recibieron su pago y volvieron sobre sus pasos.

—¿Has tenido alguna vez tanto dinero junto?

Ghali tardó en responder, deslumbrado por el brillo de las cinco monedas. Sobre la palma de su pequeña mano parecían un tesoro.

—Jamás —contestó.

—¿Qué vas a hacer?

—Me compraré un pan blanco. El resto lo guardaré.

—¿Guardarlo? Mejor dáselo a los judíos para que te lo inviertan —se burló su compañero.

Pasaron por una calle que había quedado desierta con la huida. Tres de las viviendas tenían las puertas abiertas, quizá por las prisas, tal vez porque alguien las había forzado para robar.

—¿Ves esa casa? —El chico señaló y Ghali asintió—. Es mi casa —y con gesto decidido se dirigió a la entrada.

—¿Estás loco?

—¿Por qué? La han abandonado y han dejado la puerta abierta.

Entró sin dilación y tomó posesión de la vivienda. Ghali lo dejó allí y continuó su camino hacia el mercado, donde pensaba que tendría más ocasiones de ganar algunos dírhams. La explanada principal parecía un vertedero donde los restos de frutas y verduras se mezclaban con restos de telas. Pequeños riachuelos de agua e incluso vino surcaban el terreno. Todo indicaba que los mercaderes habían desmontado sus puestos con premura. Algunos hombres cogían del suelo los productos caídos en las carreras de los tenderos y los reunían en cajas para llevárselos. Luego se atrincheraban en sus casas, seguros de que no iba a pasarles nada. Para muchos, la huida masiva se había convertido en una oportunidad y recorrían las calles y las casas

abandonadas para hacerse con un botín a costa de los emigrantes. Por orden de Shafi, los guardias que habían decidido quedarse hacían rondas para mantener el orden. Sin embargo, la ciudad era demasiado grande para ellos.

El mozo deambuló por el mercado entre los que rapiñaban pero no encontró nada que pudiera interesarle. Tampoco había nadie que reclamara sus servicios, por lo que decidió desplazarse a otro barrio. Pasó junto a la alcaicería, donde dos guardias custodiaban la reja que protegía la entrada. De la parte más alta colgaba ahorcado el cuerpo de un hombre, con la cabeza torcida y goteando heces por los pies. Llevaba un cartel al cuello que rezaba: «LADRÓN». Ghali se le quedó mirando un buen rato.

—¡Vamos niño, vete de aquí! —gritó uno de los guardias e hizo amago de echar a correr tras él.

El chico continuó su camino. Pasó junto a la mezquita mayor, pero la puerta principal estaba cerrada y pensó que el imán también se habría ido. De pronto sintió una terrible sensación de soledad, como si solo la ausencia del imán le importara. Un extraño silencio había invadido aquella parte de la urbe, normalmente la más ruidosa. Ghali tomó conciencia de lo que estaba pasando. Pensó unos instantes en si debía huir o no, pero enseguida se percató de que su destino estaba unido al de la ciudad. No conocía otro lugar y no tenía a nadie que lo cuidara fuera de Sevilla. La tarde avanzaba y el mozo decidió retirarse a su mausoleo del cementerio de los alfareros a esperar que cayera la noche. Tomó la calle principal que daba a la puerta Hamida y avanzó por ella con desgana. Todavía se veían carros cargados hasta arriba tirados por mulas que eran conducidas por sus dueños para abandonar la ciudad antes de que cayera la noche. Frente a la puerta se detuvo y recordó las palabras de su compañero: «la han abandonado y han dejado la puerta abierta…». Pensó que tal vez tenía razón, que no provocaba ningún mal si tomaba aquello que otros dejaban a su suerte sin poner medios adecuados para protegerlo. Aquel razonamiento fue lo único que hizo que su férrea moral se debilitara y que cambiara el rumbo para retornar a las callejuelas del barrio de los mercaderes.

Encontró muchas puertas abiertas y se permitió el lujo de elegir. Recorrió dos calles hasta que el olor a pan cocido lo guio a la vivienda de un hornero. Observó la entrada y constató que la puerta había sido forzada. Unos ciudadanos robaban a otros, como si no fuera suficiente con la amenaza que se cernía sobre ellos a escasas leguas.

«Ya los castigará el Justo» meditó, y entró en la vivienda con seguridad. Era una construcción sencilla de una planta, con patio trasero y dos alcobas.

Junto al hogar, donde aún humeaban algunas brasas, encontró una bandeja con varios dulces mojados en miel. En un primer momento evitó acercarse a ellos, pero sus tripas se quejaron sonoramente ante la perspectiva de alimento. Se dijo: «la puerta estaba abierta. Si no me los como se echarán a perder». Cogió la bandeja y se echó en el camastro de una de las alcobas. Antes de comer, Ghali agradeció al Altísimo los regalos: un techo, una cama blanda y dulces de miel. Luego aspiró el aroma a frutos secos tostados, dio un bocado al primer dulce y cerró los ojos con deleite.

Entró en Sevilla con las últimas luces del día. Las puertas de la ciudad aún estaban abiertas, custodiadas por guardias. Había familias de rezagados que abandonaban la ciudad y Basilio pensó que tal vez Antonio estaba en lo cierto, que los que atacaron Coria eran la avanzadilla de un grupo mayor. Se dirigió a la iglesia principal de Sevilla y la encontró cerrada, pero al otro lado de la puerta se oían sonidos apagados de bullicio. Golpeó la aldaba y en unos segundos la puerta se abrió y un monje salió con expresión de cautela.

—¿Quién va?

—Antonio, soy yo, Basilio.

Los dos amigos se abrazaron emocionados.

—Ya pensaba que no vendrías, y no te lo habría reprochado. Media ciudad se ha marchado y la otra mitad aguarda un destino muy poco halagüeño. Pero pasa, pasa y te cuento con más calma.

En realidad, Basilio había estado tentado de huir, de hacer camino hasta Córdoba, o incluso Toledo, donde empezar una nueva vida alejado de los opresivos muros de la Iglesia. Pero pensar en la vergüenza y el deshonor al que su familia tendría que enfrentarse si abandonaba su destino como religioso le había impedido escapar. Era cierto que lo habían entregado a la Iglesia sin tener en cuenta sus deseos, pero lo habían hecho por desesperación, porque no habían encontrado otra manera de salir adelante. No se merecían ese desprecio.

Dentro de la iglesia Basilio tardó unos momentos en adaptar la vista a la falta de luz. Había hombres, mujeres y niños repartidos por el suelo de la nave. A intervalos se oían suspiros y lamentos que le daban un toque funesto al escenario.

—¿Quiénes son?

—Son los desamparados de Sevilla, los que no pueden huir y no tienen a nadie que los cuide. He pasado la tarde reuniéndolos y trayéndolos aquí. Tu

ayuda me vendrá muy bien porque tenemos que encontrar alimento para todos.

Basilio miró a su alrededor y calculó que habría más de treinta personas.

—Será complicado.

—Hay muchas casas vacías con las despensas llenas. Recorreremos las calles. ¿Y tu familia?

—Están bien. Han decidido quedarse en el campo. Pero no sabían lo que estaba ocurriendo aquí —abrió los brazos y puso expresión de sorpresa.

—Amigo, hay dos mil normandos en Qabtil y las autoridades aseguran que van a atacar Sevilla.

Los recuerdos de aquella misma mañana asaltaron la mente de Basilio. La matanza, el miedo, el fuego, la fuga, la ansiedad… Todo aquello parecía lejano, como ocurre con las experiencias intensas. Pensó que no sería capaz de soportar de nuevo esas sensaciones.

—Tranquilo, Basilio, Sevilla no es Coria. Hay guardias en el alcázar y por la muralla, haciendo rondas —comentó Antonio, que percibió los oscuros pensamientos de su amigo—. Ahora vamos a dar agua a estas personas, hay una fuente adosada al muro norte de la iglesia, coge ese caldero y trae agua para todos —sabía que tener la mente distraída le ayudaría. Pero ¿qué le ayudaría a él mismo? Aunque no lo reconociera, él también estaba turbado por un sentimiento de impotencia y culpa que no conseguía borrar.

El monje recorrió todas las estancias del edificio sagrado pero no encontró nada de valor. El párroco del templo se lo habría llevado todo en su huida, siguiendo las instrucciones del arzobispo metropolitano. En una pequeña sala encontró una especie de botica con hierbas y ungüentos. Cogió algunos tarros y los llevó a la nave principal, por si tenía que usarlos con los enfermos. Basilio llenó la pila bautismal con agua limpia de la fuente. Luego fue dando de beber a los desamparados, uno por uno, hasta que todos estuvieron saciados. La noche había caído ya y se prepararon para dormir.

—Vamos a descansar y de madrugada iremos a por los alimentos, será menos peligroso. Dicen que la ciudad se ha llenado de ladrones que aprovechan la huida para robar.

Se sentaron en el altar y, por primera vez en aquel día de sobresaltos, tuvieron un poco de paz. Sin embargo, estaban demasiado alterados como para dormir.

—Dices que tu familia se ha quedado en sus tierras —comentó Antonio para sacar un tema de conversación.

—Sí, pero espero que cambien pronto de parecer. Una noticia así vuela. Mi padre es tozudo, pero no creo que se empeñe en quedarse cuando lo sepa todo, se irán hacia el interior de la *cora*.

—Y tú, ¿deseas irte?

—No —dijo Basilio al instante, sin detenerse a explicar que estaba allí por las presiones de su familia, que en realidad habría querido abandonar la Iglesia y huir lejos, donde pudiera ser libre y ganarse la vida con cualquier oficio. El muchacho consideraba aquello como un abandono y sentía cierto resentimiento hacia los suyos. «Cuando sepan lo que está pasando quizás tengan remordimientos por haberme conducido hasta aquí», pensó.

—Está bien —comentó Antonio satisfecho.

—Ya sabes que esos salvajes no respetan lo sagrado, ¿qué piensas hacer si entran en la ciudad? —inquirió el joven, preocupado.

—Dios guiará nuestros pasos. No nos anticipemos.

Antonio se echó hacia atrás y se acostó sobre el frío suelo de piedra. Simuló dormir pero en realidad pasó buena parte de la noche rezando, pidiendo perdón a Dios por sus pecados, reconciliándose con su alma atormentada.

Fátima bordaba junto a la ventana, aprovechando la última luz del día. Estaba reproduciendo hojas de parra en la parte baja de un vestido de lino. Su tía y Adila preparaban la cena y su tío todavía trabajaba en el campo. Bordar la relajaba, la abstraía y serenaba su mente, que en los últimos días no paraba de darle vueltas al inminente casamiento. Tenía los ojos cansados y la falta de luz le hacía equivocarse, de modo que abandonó la tarea, satisfecha por el trabajo realizado durante todo el día. Observó por la ventana cómo el horizonte se teñía de color naranja. Aquel era su momento favorito, cuando el sol se había escondido pero todavía iluminaba tenuemente la tierra. En unos momentos se verían las primeras estrellas. A lo lejos, por el camino que venía de Sevilla, divisó una humareda de polvo. Centró la atención en ella y en unos segundos comprobó que provenía de un grupo de personas que se acercaban a la alquería. Fátima se reunió con su hermana y su tía. Su tío llegó poco después y se quedó en la puerta, pendiente de los viajeros.

El grupo llegó poco antes de que se cerrara la noche. Eran siete personas y querían ver a Hassan, vecino de la alquería. Eran familiares suyos y buscaban refugio en su casa. Traían aciagas noticias, las nuevas sobre el ataque a Coria y el inminente ataque a Sevilla. Informaron de que muchos habían huido a

Carmona, pero que también había muchas familias que habían decidido quedarse en la ciudad, confiando en que la guardia del gobernador podría repeler a los atacantes. La consternación cundió entre todos los presentes, que recibieron la información estupefactos. Les resultaba imposible imaginar cómo sería el saqueo de una ciudad como Sevilla.

Cuando se retiraban a la casa del pariente, el tío de Fátima agarró al hombre de más edad por el brazo y le preguntó si alguien más viajaba hacia allí para refugiarse. El hombre meneó la cabeza con resignación, comprendiendo que tras aquella pregunta se escondía la preocupación por alguien.

La familia cenó más tarde de lo habitual y lo hicieron a la entrada de la casa para evitar encender lámparas.

—En días como hoy me alegro de que nuestros hijos estén en Córdoba —dijo el hombre enigmáticamente.

—¿Qué ha pasado?, ¿quiénes eran esos? —preguntó su esposa.

Explicó todo lo que había oído y sus sobrinas se alteraron.

—El Altísimo nos proteja —exclamó Adila—. ¿Y mis padres?

Su tío se encogió de hombros.

—Me han dicho que muchos se han quedado en Sevilla.

—Tenemos que volver con ellos —intervino Fátima.

—Ni hablar de eso, chiquilla. Mientras estéis bajo mi techo estaréis bajo mi protección. Vuestro padre vino a dejaros conmigo y esperaré a que él mismo venga a recogeros. Mientras tanto, aguardaréis aquí. Es lo más sensato y no vamos a discutir por este tema.

La cuestión quedó zanjada y, tras la cena, las hermanas se retiraron a su alcoba.

—Antes del amanecer me iré a Sevilla —sentenció Fátima tajante.

—¿Hablas de irte a escondidas? —Fátima asintió—. Pues yo me iré contigo.

—Adila, no es necesario que vengas. Es mi decisión, no la tuya.

—Ahora también es la mía. Papá y mamá se han quedado en Sevilla. Si no, ya estarían aquí.

—Sí. Bashir también se ha quedado. Sabe que estamos aquí y habría venido a buscarnos. Sabes que correremos peligro, ¿no?

—Claro que lo sé, no soy tonta.

—De acuerdo. Solo quiero que estés segura de lo que vamos a hacer. Ahora debemos descansar y antes de que amanezca saldremos de la alquería.

Se echaron a dormir cada cual inmersa en sus pensamientos, que las llevaban a una Sevilla atacada por piratas, asediada por hombres malvados sedientos de riqueza. A pesar de los nervios, el cansancio las dominó y no volvieron a abrir los ojos hasta que el gallo hizo su primer canto.

—Es muy tarde. Vamos, Adila.

Salieron de la alcoba arropadas por la oscuridad. Sus tíos aún dormían, por lo que la casa estaba en silencio. Fuera oyeron el relincho de un caballo de trabajo de los que se guardaban en el establo comunitario. Las dos muchachas se miraron cómplices.

—No, no somos ladronas —dijo Fátima para disipar cualquier atisbo de duda.

Echaron a andar por el sendero de tierra que llevaba al camino principal. A aquella hora de la mañana hacía frío y las dos se cogieron del brazo y juntaron sus cuerpos para darse calor.

—¿Estarán bien? —preguntó Adila como una niña asustada.

—Seguro que sí, a mediodía estaremos con ellos. Los guardias echarán a los piratas y todo habrá acabado —comentó Fátima para tranquilizar a su hermana. Ansiaba estar en Sevilla con su familia, cerca de su prometido. Nadie podría impedir que se reuniera con ellos.

El pastor saludó con un grito y se acercó corriendo a su amigo. Alí regresaba a casa para encerrar el rebaño y se detuvo unos instantes para saludar.

—Hola Alí, la paz sea contigo. ¿Te has enterado de lo que ha pasado en Sevilla?

—La paz sea contigo. ¿A qué te refieres?

—Toda la gente se ha ido. Unos piratas han subido por el río y van a atacar la ciudad. Por lo visto, esta misma mañana han quemado Coria. Me lo ha dicho una familia que ha pasado por aquí camino de la casa de unos parientes.

—¿Hablas en serio? —A Alí le costaba creer la noticia. Los piratas saqueaban las costas amparados por una rápida huida. Si se adentraban por un río se exponían a que les cerraran el paso fácilmente. O estaban muy seguros de sí mismos o estaban muy bien informados.

—Que se detenga mi corazón si miento —se puso una mano en el pecho y con la otra apuntó al cielo—. Sevilla se ha quedado más vacía que el estómago de un santón.

Alí se despidió de su amigo y, apresurado, continuó su camino de retorno al hogar. A lo lejos divisó una pequeña formación que avanzaba lenta hacia el Aljarafe y más allá otro grupo de personas que se movía por un camino secundario. La noticia era cierta, cientos de personas huían de la ciudad. Encerró a las ovejas en el cercado y entró en la casa sin lavarse siquiera.

—¡Madre!, me voy a Sevilla.

—¿Qué dices hijo?

—Que me voy a Sevilla. El Altísimo ha escuchado mis oraciones. Unos piratas van a atacar la ciudad y la gente se ha ido —la madre lo miraba expectante aguardando más información, sin acabar de comprender lo que quería decirle—. ¡La casa de las rosas! Podemos recuperarla.

La mujer necesitó que Alí le volviera a explicar lo que estaba ocurriendo para asimilar la noticia. Después se sentó en un cojín y habló con calma.

—Hijo, aunque ocupes la casa no será nuestra. Luego volverán sus propietarios y nos echarán.

—Pero tenemos el documento de cesión de las tierras.

—Y ellos tienen un documento posterior por el que nos echaron y les dieron esas tierras —Alí no había pensado en aquello y se mostró sombrío. Recapacitó y se dio cuenta de que su razonamiento había sido un tanto infantil —. No hay nada que desee más que recuperar lo que es nuestro. Pero no es tan fácil como piensas.

—¿Y si no sobreviven al ataque? ¿Y si los propietarios mueren durante el asalto?

La madre reflexionó.

—Si todos mueren, entonces tal vez tendríamos una oportunidad. Si no hay herederos la propiedad pasaría a sus anteriores dueños —la mujer lo miró con suspicacia.

—Pues todos morirán.

—¿Cómo?

—Si no se han marchado sufrirán el ataque, y si se han ido, yo me encargaré de esperarlos en la casa para cuando vuelvan. Si los mato será fácil culpar a los saqueadores.

—No tienes armas —fue la única pega que la madre encontró al plan.

—Sevilla está vacía. Habrá muchas espadas sin dueño.

La mujer se le quedó mirando con una sonrisa bobalicona dibujada en el rostro. Estaba orgullosa de su hijo, que ante la primera oportunidad real de resarcir a su familia no dudaba en tomar los medios necesarios para cumplir con su deber.

—Te prepararé una bolsa con comida —Alí sonrió y salió a lavarse—. Procura no arriesgar tu vida sin necesidad y huye de los piratas —añadió, pero su hijo ya no la oyó.

Alí ben Alí el rifeño observó el horizonte que comenzaba a oscurecerse. Se encontraba radiante, repleto de energía para afrontar aquella prueba. Con parsimonia se quitó el turbante, se lavó el torso y la cabeza y luego volvió a enrollar la tela blanca alrededor de su cabeza. Pensó en su padre, que acabó con su vida como lo hacen los hombres sin esperanza. Él no acabaría igual. Se iba a enfrentar a la muerte, pero morir así era un acto de valentía que le daba sentido al riesgo. Su madre salió con la bolsa de comida y se abrazó a él con lágrimas en los ojos.

—Cuídate, mi niño —le dijo.

Su hermana pequeña lloraba, aunque no comprendía muy bien por qué. Sabía que era un momento especial, una despedida incierta, pero no conocía las posibles consecuencias de aquel viaje que, de súbito, emprendía su hermano. Alí se arrodilló delante de ella y la miró a los ojos.

—Princesa, voy a por tu alcázar.

La besó en la frente y partió con el sol escondiéndose tras las peñas lejanas. A pesar del mal estado de sus sandalias de esparto, Alí hizo buena parte del camino corriendo. Había recorrido aquel mismo sendero en decenas de ocasiones con su padre, cuando acudía al mercado de la ciudad para hacer compras. En aquellos tiempos viajaba a lomos de su mula, la que tuvieron que vender hacía un año para pagar deudas. Ahora tampoco había dinero para compras, por lo que llevaba meses sin acudir a Sevilla. Un carretero pasaba una vez por semana por su casa para comprarle leche y queso de oveja, y en la época del esquileo vendía la lana a un comerciante de la comarca, el mismo que les proveía de harina y aceite. Por lo demás, procuraban sembrar su propia huerta y horneaban su propio pan.

Recordaba la primera vez que fue a la ciudad. Su padre lo llevó a las inmediaciones de la casa de las rosas y le mostró la inscripción que había grabada en el arco de entrada de la finca: «El Altísimo bendiga esta tierra». Luego le señaló el resto del arco, picado a cincel. «Ahí ponía: …y al *banu* rifeño que la habita», le dijo. Aquella frase se había grabado a fuego en su memoria.

Llegó a Sevilla bien entrada la madrugada. Las puertas de la ciudad estaban cerradas y bordeó la muralla en busca del río. No muy lejos se encontró con el cercado de piedra que rodeaba la casa. Observó el arco de la entrada y verificó la inscripción. Todo estaba en calma, no había más sonidos

que los del viento que mecía la hierba y las copas de los árboles. Rodeó la cerca en busca de un buen sitio por el que trepar y lo encontró en un lateral, donde se habían desmoronado varios mampuestos. Desde lo alto contempló el terreno. La vivienda estaba en el centro, por delante de ella había frutales y una huerta. Por detrás, caballerizas, un pequeño molino de aceite movido por una acémila y una construcción abovedada que parecía ser un baño privado. Alí fantaseó con la idea de vivir allí. Su antepasado había levantado aquel vergel y, con ira, pensó que otros lo habían disfrutado durante generaciones.

Saltó al otro lado y esperó cauto por si había algún perro suelto, pero no oyó nada. Recorrió la huerta y se acercó a la casa, cerrada a cal y canto. Fue tocando las ventanas y encontró una que no estaba atrancada. La habitación estaba vacía, era un pequeño taller de costura, con telar y rueca. El muchacho dudó un instante y finalmente se decidió a entrar. La sala daba a un patio interior con una alberca y un pozo. Una galería porticada lo rodeaba por sus cuatro costados. Las puertas de las diferentes estancias estaban abiertas, lo que confirmó que la vivienda estaba vacía, los propietarios habían huido. En ese momento una sombra de angustia pasó por su cabeza, tendría que ser él mismo el que los matara y simular después que habían sido los asaltantes de la ciudad. ¿Sería capaz de hacerlo, de matar a una familia entera? Por el momento se preocupó tan solo de tomar posesión de la finca y aguardar el desarrollo de los acontecimientos.

Buscó la alcoba principal. La habitación era espaciosa y tenía en el centro una cama con dos colchones superpuestos. Se echó sobre ella y una agradable sensación de calidez lo invadió. Enseguida se durmió, arrullado por la dulce convicción de ser un gran propietario de tierras.

Sobre la única torre del recinto del alcázar, Shafi debatía con dos sirios yundíes y con Muhammad, capitán del ejército. Eran los hombres de más rango que se habían quedado en la ciudad. El resto de militares, en su mayoría esclavos del gobernador, permanecían acuartelados en el patio de armas. Alrededor de ellos habían acampado algunas familias de las que habían reclamado protección. La luna creciente iluminaba los campos y hacía brillar el agua del río que acariciaba las *munias* de Sevilla. Los últimos emigrantes habían salido ya en busca de refugio en el interior de la *cora* y la ciudad se vistió de calma. La columna de humo que se había estado divisando en el horizonte durante todo el día, por el lado de Coria, se difuminó y desapareció.

—¿Hay rondas? —preguntó uno de los *yundíes*.

—Diez hombres recorren la ciudad en dos grupos para garantizar que no hay robos —contestó Shafi.

—No serán suficientes. Me temo que el saqueo de la ciudad ya ha dado comienzo.

El africano se encogió de hombros, seguro de que estaba en lo cierto.

—¿De cuanta antelación disponemos? —preguntó Muhammad.

—Hay cinco hombres a caballo repartidos por la ribera del río. En cuanto el primero vea las naves correrá para dar aviso al resto. La noticia estará aquí en poco tiempo. Pero ellos viajan en barcos, la ventaja no será mucha.

—Pues hay que estar preparados cuanto antes.

—Tenemos cerca de cien hombres en el alcázar, más los guardias de las puertas y las rondas.

Muhammad se echó las manos a la cabeza y suspiró. ¿Qué podían hacer cien hombres contra dos mil? Estaban condenados.

—¿Y la población?

—Como sabéis, la mayoría se ha marchado. Los que quedan están en sus casas. Me parece lo más juicioso, que cada cual se esconda donde pueda. El alcázar será el primer edificio que atacarán. A esos que han insistido en quedarse aquí —señaló las tiendas de las familias que había plantadas en el patio de armas— los despacharemos al amanecer. Un monje cristiano está reuniendo a los más desvalidos en una iglesia. Tal vez allí estén a salvo. Sinceramente, no sé qué es mejor.

—Lo mejor es apostar a una sola mano —intervino Muhammad y uno de los *yundíes* asintió—. Podemos llamar a todos los hombres que se han quedado y reunirnos con ellos en la ribera del río a primera hora para sorprender a los normandos antes de que bajen de sus barcos —Shafi hizo amago de hablar y el capitán prosiguió sin darle ocasión—. Sé que hay pocas posibilidades pero menos tenemos aquí. Si atacamos sus barcos con fuego puede que haya alguna esperanza —añadió.

—¿Fuego?

—Sí, flechas incendiarias. Repartiremos los arcos que hay en los cuarteles.

—¿Qué os parece a vosotros? —preguntó Shafi a los sirios. Ambos se miraron.

—No encuentro una solución mejor. Atacamos con flechas y, si la cosa se pone fea, podemos refugiarnos aquí.

Tras un breve silencio intervino el africano.

—Pues parece que hemos tomado una decisión. Prepararé todos los arcos que haya en el almacén. Antes del amanecer las rondas pregonarán la llamada a la lucha por toda la ciudad. ¡Que el Altísimo nos ayude!

El grupo se disolvió y los hombres, salvo Muhammad, bajaron al patio. El capitán quiso disponer de unos instantes de soledad en la torre. Observó las estrellas y la inmensidad del cielo le provocó una sensación de mareo. Suspiró. Pensó en su mujer y deseó tenerla cerca. La despedida había sido dolorosa para ambos. A pesar de las constantes peleas de las últimas semanas la quería, y sabía que ella lo quería a él. Si salía vivo de aquella situación procuraría tratarla de otra manera, reavivar el amor que los unía. «Si el Compasivo nos hubiera bendecido ya con un hijo todo habría sido diferente», pensó. Tenía cerca de treinta años y ya anhelaba tener descendencia. «Todo llegará a su debido tiempo», se dijo para acabar con el desánimo.

Contempló el patio de armas, los grupos de hombres que, en silencio, compartían corros sentados en el suelo, todos insomnes. Entre ellos distinguió a su amigo Kamal, vestido con una túnica azul partida en dos por un cinturón, y un peto de cuero que cubría la parte superior. Una oleada de compasión lo invadió, deseó poder aliviar la carga que arrastraba por el mundo y que a duras penas lo dejaba caminar. Decidió bajar a su lado y compartir con él las horas de vigilia. Al fin y al cabo, era lo más parecido a un familiar que le quedaba en Sevilla.

DÍAS DE TORMENTA

PRIMER DÍA DE TORMENTA

La dulce voz del único muecín que quedó en la ciudad se escuchó en la quietud del amanecer e invadió las calles desiertas con su tono aterciopelado. En la ribera del río los hombres rezaron nerviosos, dándose prisa para poder seguir practicando con los arcos. Los guardias habían improvisado dianas y los ciudadanos, convertidos de manera fortuita en guerreros, tiraban bajo la dirección de los más expertos. Habían conseguido reunir a más de trescientos ciudadanos que, con los cien guardias, formaban un grupo más o menos organizado. Se apostaron frente al embarcadero de madera, por donde estimaron que entrarían los invasores.

Salió el sol y todos miraron río abajo con ansiedad. No llegaban noticias y un atisbo de esperanza se instaló en sus corazones. Tal vez los piratas renunciaban a atacar una ciudad grande. La ilusión se vino abajo enseguida, cuando un jinete irrumpió en la explanada gritando.

—¡Vienen!, ¡ya vienen!

Con teas encendidas, dos soldados prendieron las pequeñas hogueras que había repartidas por el suelo para incendiar las flechas. Muhammad, los dos *yundíes* y Shafi recorrían las filas para insuflar ánimo. Muchos temblaban ante la inminencia de su primera experiencia en batalla. Cada uno tenía sus propios motivos para haberse quedado, la mayoría lo había hecho para defender sus negocios o sus casas y ya comenzaban a estar arrepentidos. Kamal, impertérrito, permanecía quieto en su puesto junto a los hermanos eslavos con los que solía entrenar en los cuarteles.

Cuando asomaron las primeras cabezas de dragón sobre el perfil del agua cundió el pánico entre los sevillanos. Quemaron las puntas de las flechas y aguardaron a que estuvieran a una buena distancia. Observaron los remos moviéndose acompasados y pudieron ver a los hombres que, de pie con sus armas en la mano, les devolvían la mirada desde las naves. Un barco se acercó a la orilla del río y avanzó hasta colocarse frente a los defensores de la ciudad. Shafi no había dado todavía la orden de atacar, pero al menos quince flechas surcaron el cielo dejando tras de sí un reguero de humo. La mayoría cayó en la ribera, tres en el agua y solo dos chocaron contra el armazón de madera, sin clavarse en él. Muhammad negó con la cabeza y suspiró. No había nada que hacer. Shafi disparó su arco y, tras él, todos los demás. A

pesar de que la mayoría de los ciudadanos erraron el tiro, las flechas lanzadas por los soldados hicieron daño en el barco, alcanzaron a muchos normandos y prendieron varios fuegos en diferentes puntos. Siete barcos más maniobraron para situarse en la orilla y el resto se fue colocando junto a ellos. La visión del río completamente cubierto por las embarcaciones empequeñeció el efecto del ataque con flechas. Los sevillanos continuaron disparando sin descanso pero sin provocar grandes daños. Cuando las primeras naves estuvieron bien asentadas, los normandos comenzaron su ataque. Abandonaron los remos y se colocaron de rodillas con sus arcos tensos. Una nube de flechas se elevó hacia el cielo, como mortíferos insectos, y luego cayó sobre los defensores con un efecto devastador. No esperaban que los piratas tuvieran arcos y no disponían de escudos para protegerse.

—¡Atrás! —gritó Shafi, y antes de cerrar la boca una flecha atravesó su espalda y le hizo retorcerse en el suelo. Muhammad observó la escena y se dirigió a uno de los *yundíes*, el que quedaba vivo.

—¡Tenemos que sacar a la gente de aquí!

Pero antes de transmitir la orden se dio cuenta de que los sevillanos ya corrían y se dispersaban mientras subían las cuestas que llevaban a las puertas de la ciudad, dejando tirados en el suelo los cuerpos inertes de sus vecinos. Los guardias que quedaban vivos se quedaron a la espera de las órdenes de Muhammad, el único oficial que se había hecho cargo de la situación.

—¡Retirada! —gritó el capitán.

Mientras se giraban para echar a correr, una segunda oleada de flechas salió de las naves, matando a decenas de hombres. Kamal corrió con los demás, así como Bogdan y Dushan. Entraban por la puerta Hamida cuando en la orilla del río comenzaba el desembarco. Cientos de normandos se reunían en tierra para avanzar juntos a saquear Sevilla.

Muhammad miró a su alrededor e intentó agrupar a los hombres que corrían en estampida pero le resultó imposible. Luego contempló el desembarco de los piratas del norte y se estremeció. Los normandos habían juntado los barcos y pasaban de unos a otros hasta llegar a los más cercanos a tierra, desde los que saltaban.

Muchos ciudadanos huyeron de la ciudad, otros entraron en Sevilla y se refugiaron en sus casas con la esperanza de que allí no los encontrarían. Los guardias se dirigieron al alcázar. El *yundí* que había sobrevivido a la lluvia de flechas salió a caballo por la puerta de Carmona. Muhammad acudió al alcázar y se reunió con los soldados que quedaban vivos. Hizo un recuento. Doce heridos y cincuenta y tres sanos. Se dirigió a ellos sin dar rodeos.

—Lo primero que harán es atacar este edificio. Aquí no podemos hacer nada. Sois todos libres de hacer lo que os plazca —Kamal lo miraba sereno—. Aún quedan ciudadanos escondidos en sus casas, podéis quedaros para defenderlos o huir. Estáis en vuestro derecho y nadie os reprocharía nada, pero recordad el compromiso del gobernador, si queréis ganaros la libertad y una soldada, tenéis que quedaros —salvo Kamal, todos eran esclavos.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó uno de ellos.

—Me quedaré para proteger a la población.

Once hombres se quedaron a su lado, entre ellos su amigo y los dos eslavos hermanos. Otros decidieron quedarse en Sevilla pero sin formar parte del grupo. La mayoría se fue.

—¿A dónde vamos? —preguntó Kamal.

—Vamos a hacer una ronda por la ciudad para reunir a los que se han quedado y protegerlos. Lo mejor será esconderlos y orar para que el emir acuda a tiempo con su ejército.

Echaron a andar por la calle que bordeaba el alcázar. Dos rezagados cargados con un baúl corrían delante de ellos en busca de una de las puertas de la ciudad. Sus pasos resonaban en el silencio rotundo que había invadido las calles.

Bogdan comenzó a tararear una canción de su tierra natal. Dushan lo miró iracundo y le hizo callar.

—¡Silencio! —gritó en su lengua natal.

—Ahora vas a tener una buena ocasión para soltar esa rabia que te come por dentro. A ver si así me dejas tranquilo.

Dushan lo miró y se sintió culpable. No había sido muy amable con su hermano. Luego pensó en los normandos y supo que Bogdan tenía razón, solo matarlos podía calmar su odio, ese odio antiguo que se había incrustado en su alma, como un diamante en carbón.

El desembarco se prolongó durante más de una hora, hasta que setecientos hombres armados estuvieron dispuestos para el asalto. Los normandos habían dejado un buen número de guerreros en Qabtil para defender su base de operaciones. En los barcos que habían subido el río también se quedaron otros tantos, por si la situación se tornaba complicada y tenían que huir.

Avanzaron confiados, seguros de que en Sevilla no había una fuerza suficiente para repelerlos. Como una marea negra, ocuparon los solares que se abrían entre las murallas de la ciudad y el *wadi al-kabir*. Pequeños grupos se

separaron del grueso del ejército para asaltar las *munias* y palacetes, mientras sus compañeros de armas se dirigían a las murallas con escalas. Los adarves estaban desiertos, los muros estaban ganados antes siquiera del asalto. Sevilla se les ofrecía como una jugosa fruta abierta por la mitad y lista para comer.

—Podemos dedicar el botín de Pamplona a construir una flota fuerte —sugirió uno de los visires.

—Ya tenemos una flota —contestó otro.

El emir Abd al-Rahman miró al primero solicitando una explicación. Tenía unas marcadas ojeras que delataban su cansancio. Mientras aguardaba las palabras se mesaba la larga barba, teñida con alheña.

—Mi señor, emir de al-Andalus, al que el Altísimo cubra de gloria —inclinó la cabeza en señal de respeto—. Lisboa ha sido atacada por una flota de piratas del norte que se ha dirigido luego al sur, hacia Cádiz y Sidonia. No hemos podido hacer nada contra ellos salvo esperar a que desembarquen y repelerlos en tierra.

Abd al-Rahman lo señaló y apretó la boca.

—Tienes razón. Nuestra flota es débil y nuestros enemigos del norte pueden percatarse y atacarnos por el sur. Podemos destinar una parte del oro a construir barcos.

—También hay obras que requieren un… impulso —intervino otro de los visires que se habían reunido aquella mañana en la casa del ministerio.

—La ampliación de la mezquita —dijo al instante el emir.

—Por supuesto, no podemos demorarla mucho tiempo. Los alarifes ya la han diseñado. También está el malecón. La última crecida lo ha dañado. Necesita más firmeza.

—Está bien. Encárgate tú mismo de hacer un presupuesto detallado de los costes necesarios para ambas obras. Lo estudiaremos. También quiero un informe sobre mi tesoro. Tráemelo el viernes en privado —el visir de asuntos económicos asintió.

El ministro de la guerra tomó la palabra.

—Emir de al-Andalus, Musa bin Musa te ha regalado cuatro excelentes sementales y dos yeguas, como señal de sumisión a tu autoridad.

—Bien cara nos ha salido la sumisión del *banu* Qasi —interrumpió Abd al-Rahman. La rebelión de Musa, apoyado por su hermanastro, el rey de Pamplona, había sido sofocada ese mismo año, después de varias campañas de ataques y saqueos.

—Cierto, mi señor, pero no hay nada que tus tropas no puedan conseguir, para mayor gloria del Creador. Me pregunto si podemos usar los caballos para criar caballos de batalla.

—En tus manos los dejo, haz con ellos lo que más convenga —una sombra se dibujó en el suelo de la estancia. El emir dirigió la mirada a una de las ventanas y, tras la celosía de madera tallada, adivinó la silueta de Nasr—. ¡Eunuco intrigante, pasa de una vez!

Nasr entró en la sala de gobierno vestido con una rica túnica bordada en oro, partida por un fajín de color verde.

—Mis disculpas, rey de al-Andalus. No quería interrumpir nada importante.

—Con algo importante vendrás si nos interrumpes…

—Sabio y audaz, como siempre, en tus respuestas —hizo una leve inclinación—. Ha llegado un emisario.

—¿El granadino? —Los ojos del emir se iluminaron al hacer la pregunta. El granadino era un erudito al que había enviado a oriente para que comprara una colección de libros en su nombre, para su biblioteca.

—No señor. Viene de Sevilla con noticias urgentes, ¿queréis recibirlo ahora?

—Nasr, ¿tú qué crees?

—Mi deber es preguntar —el eunuco salió un instante al jardín que había delante de la casa del ministerio, en el interior del alcázar, y le indicó al hombre que lo siguiera al interior—. Este es Nabil y tiene algo importante que contaros.

El emisario se quedó paralizado unos instantes, hasta que Nasr apoyó una mano en su hombro y lo animó a hablar.

—Los normandos han arrasado Coria del río —soltó sin más. Los nervios le habían hecho olvidar las normas del protocolo, lo que provocó una mal disimulada sonrisa en todos los visires. El emir, en cambio, parecía dominado por una furia que transformaba su semblante.

—¿Coria del Río?, ¿están en el *wadi al-kabir*? —Las paredes decoradas con azulejos retumbaron con sus palabras—. Dame detalles, Nabil de Sevilla.

El emisario les contó que eran más de dos mil hombres que habían acampado en Qabtil, río abajo. Les dijo que los hombres del gobernador iban a evacuar la ciudad de Sevilla porque creían que la iban a atacar. También les narró los detalles del saqueo de Coria, la masacre y el fuego que había arrasado toda la población. Los reunidos quedaron estupefactos.

—Tenemos que intervenir ya —Abd al-Rahman masajeaba su frente, cabizbajo—. Podéis marcharos —se dirigió a sus visires—. Tú no —señaló al visir de asuntos militares. Los demás ministros abandonaron la sala y aguardaron fuera, en los jardines del alcázar, entre las palmeras y los frutales —. ¿Cuánto tardaremos en reunir una tropa?

—Los de la última aceifa están ya licenciados…

—¿Cuántos hombres tenemos en Córdoba?

—Tenemos a los *mudos* y a tu guardia personal, aparte de los guardias urbanos. Pero no conviene dejar Córdoba desprotegida.

—No, eso no… —el emir reflexionaba. Nabil y Nasr observaban en silencio—. Haremos una cosa. Reuniremos a los hombres de esta *cora* y lo antes posible los haremos marchar a Sevilla. Tú, Nabil, partirás hoy mismo al norte con una escolta. Vamos a pedir a Musa que demuestre su fidelidad. Vendrá, si estima la vida de su hijo —el emir tenía como rehén a Lubb bin Musa, capturado en una de las aceifas de castigo a los rebeldes—. Debe traer a sus hombres de la Marca. Nasr, llama a un escribano, que traiga modelos de leva —el emisario y el eunuco se retiraron y el emir se quedó solo con su visir —. Muhammad bin Said bin Rustum saldrá con el primer escuadrón que logremos organizar. El resto se le unirá cuando vengan los hombres de la frontera, entonces estaremos preparados para darles la cara abiertamente a esos normandos.

El visir asintió, aquella medida era inteligente.

—Mi emir, ¿qué ocurrirá con Sevilla mientras tanto?

Abd al-Rahman lo miró sin ocultar su irritación.

—Ojalá pudiera hacer volar a los hombres, para que estuvieran en Sevilla mañana mismo. Pero no puedo hacerlo. ¿Qué quieres que haga? —El visir se puso colorado de vergüenza—. Haré lo que tú, rezaré al Altísimo para que los piratas desistan del ataque. Y si atacan, rezaré para que no encuentren a un solo sevillano hasta que lleguen las tropas. Otra cosa no puedo hacer.

—Mis disculpas por mi torpe pregunta, solo reflexionaba al aire.

Enseguida llegó el escriba con su arqueta y lo dispuso todo para seguir el dictado de su señor en la misiva que iba a dirigir a Musa ibn Musa, el rebelde recién sometido.

—¡Abrid, por favor! —la voz de Fátima recorrió la muralla, que le devolvió su eco con tono afligido. Por encima de la puerta de Carmona asomó

el guardia que la custodiaba y miró a las hermanas con recelo. Habían rodeado la cerca para entrar por la puerta más cercana a su hogar.

—¿Estáis locas?, ¿qué hacéis aquí, pidiendo entrar cuando todos quieren salir? Los piratas están ya en el río, preparándose para atacar.

Las muchachas se miraron y no necesitaron hablar para reafirmarse en su decisión.

—Buscamos a nuestra familia, por favor, abre la puerta. Por aquí no hay nadie más.

—Vuestra familia se habrá ido a estas alturas. Los que no se fueron ayer, se han ido esta mañana.

—Tenemos que comprobarlo. No hemos venido hasta aquí para darnos la vuelta a tres pasos de nuestra casa.

—Tengo órdenes de no dejar pasar a nadie. Lo siento muchachas, daos la vuelta ahora que estáis a tiempo.

En esta ocasión fue Adila la que tomó la palabra.

—¡Nos quedaremos aquí y tú nos verás morir!

El guardia se removió inquieto. Miró la llanura que se abría frente a la puerta y comprobó que no había nadie. Pensó que tardaría un momento en dejarlas entrar y no estaba dispuesto a cargar con sus vidas sobre la conciencia. Descendió del muro, quitó la tranca y abrió la puerta el tiempo necesario para que las chicas pasaran.

—Estáis locas. La ciudad se ha convertido en una trampa. Pero allá vosotras, vuestra vida ya no es cosa mía.

Le dieron las gracias y caminaron en dirección a su barrio, mientras el guardia seguía refunfuñando sus advertencias. Antes de perderlo de vista, un jinete llegó al pie de la puerta. Venía del alcázar y traía funestas noticias.

—¡Eres libre de hacer lo que quieras! ¡Los normandos están entrando en Sevilla!

Aquello significaba que el intento de defensa organizado por Shafi había fracasado.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó desde la muralla.

—Yo me quedo, quiero mi libertad. Aguantaré escondido, la ciudad es grande. Pronto tendremos aquí al ejército del emir.

El guardia de la puerta asintió, conforme con su opinión. Fátima y Adila apuraron el paso y se perdieron por las callejas. No hablaron y caminaron cogidas del brazo, ambas igual de asustadas. A cada esquina que torcían se imaginaban a un pirata con un arma en la mano que las esperaba para asaltarlas. Por fin llegaron a su casa y la encontraron cerrada. Aporrearon la

puerta pero nadie contestó al otro lado. Fátima insistió nerviosa, si no conseguían entrar estarían a merced de los atacantes en las calles vacías. Una ventana se abrió en el piso superior, el espacio justo para que asomara una cabeza.

—¡Por todos los *yinn*! —exclamó el padre.

El hombre bajó corriendo y abrió la puerta, las introdujo en el hogar y volvió a cerrar. Lo primero que hizo fue abrazarse a ellas, emocionado. Enseguida las soltó y comenzó a reprenderlas.

—¿Qué hacéis aquí?, he mandado a vuestra madre a Carmona esta misma mañana. ¡Teníais que estar allí con ella! Estamos en grave peligro.

Fátima contestó.

—No podíamos aguardar sin más, sin saber cómo estabais. Era un tormento —pensó en las palabras de su padre—. ¿Cómo querías que estuviéramos en Carmona si estábamos con los tíos en la alquería? —añadió.

—¿No ha ido Bashir a por vosotras? —Fátima se le quedó mirando desanimada. Detrás de ella, Adila negó con la cabeza—. Él se fue ayer a primera hora de la tarde. Le hice prometer que iría a por vosotras antes de irse a Carmona —los ojos de Fátima temblaron, conteniendo las lágrimas a duras penas—. Lo siento hija, habrá tenido sus motivos.

—Seguro que sí —esbozó una sonrisa y procuró mostrarse serena.

Las muchachas explicaron todo lo que había pasado sin omitir el detalle de la fuga. El padre les dijo que su madre había salido de Sevilla con varios de sus vecinos, que se dirigían a Carmona. Dadas las circunstancias, aquella ciudad se ofrecía como el refugio más seguro. Él había decidido quedarse para proteger la vivienda y el pequeño taller zapatero del que era propietario.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Adila.

—Pues irnos.

No tuvo dudas. Desde que la noticia corrió por las calles y los sevillanos comenzaron su éxodo, muchos de sus compatriotas rondaban la ciudad como aves de rapiña, aprovechando para hacerse con las propiedades abandonadas. Se quedó para enfrentarse a los ladrones, esperanzado en que el emir acudiría enseguida. Pero ahora todo cambiaba, por encima de su negocio estaban sus hijas. Estaba dispuesto a arriesgar su propia vida, pero no la de sus más preciados tesoros.

—Padre —dijo Fátima—, un guardia nos ha dicho que los piratas están entrando en la ciudad.

El hombre mudó la expresión pero procuró no dejar traslucir sus sentimientos. Era tarde para huir.

—Está bien, está bien… nos quedaremos aquí y nos esconderemos. La ciudad es grande, pasaremos desapercibidos —un fuerte dolor se instaló en su cabeza y su mano izquierda comenzó a temblar—. Ahora subid a la planta superior, yo vigilaré la calle desde aquí —las muchachas obedecieron y se dispusieron a salir al patio para dirigirse a la escalera—. Teníais que haberos quedado en la alquería —insistió el padre, hundido por la pesada responsabilidad de sus vidas.

Alí saltó de la cama y se puso en pie con todos los sentidos alerta. De fuera le llegó el sonido lejano de madera que se astillaba. Su corazón se aceleró y salió de la alcoba algo aturdido por el sueño. Era de día, el sol brillaba y el cielo estaba despejado de nubes, lo que le obligó a entornar los ojos para adaptarse a la claridad. De nuevo el sonido irrumpió en la casa, parecía venir de la cerca que rodeaba la parcela.

Desde el patio central prestó atención. Alguien estaba golpeando la puerta de la finca. Actuó con rapidez, entró en una de las habitaciones del fondo y abrió la ventana que daba a la parte trasera del recinto. Saltó y corrió hacia el pequeño molino, lo rodeó y se escondió tras él. Pensó que allí estaría a salvo, que los asaltantes entrarían en la vivienda y no mirarían allí.

El estruendo de la enorme puerta que caía desvencijada llegó a sus oídos y comenzó a respirar con rapidez. Su corazón estaba desbocado y sintió un extraño sabor a sangre en la boca. Desde su casa en la montaña todo había parecido más sencillo; ahora, a punto de enfrentarse a la posibilidad de morir, cuestionaba su decisión y se quebraba su determinación.

Enseguida se oyó el alboroto del saqueo, puertas derribadas, ventanas abiertas, voces en una lengua que sonaba a trueno, risotadas entre camaradas, muebles que se movían… En un momento determinado las voces se oyeron más nítidamente. Habían salido de la vivienda y estaban en la parte trasera de la hacienda. Alí calculó que serían al menos cinco hombres. Cerró los ojos y aguardó en absoluto silencio. Se acordó de cuando era pequeño y rezaba a Dios para espantar los miedos que lo asaltaban por las noches. De forma mecánica repitió aquellos rezos.

Los saqueadores entraron en el establo, donde un caballo viejo relinchó y piafó, agitado por su presencia. El muchacho escuchó cómo lo sacaban y le susurraban para tranquilizarlo. También entraron en los baños y en el molino, donde encontraron varios sacos de harina. Estaban cerca y Alí contuvo la respiración. Se oyeron pasos sobre la hierba seca, alguien se dirigía a la tapia

del fondo, desde donde él quedaría a la vista. Estaba empapado de sudor y todo su cuerpo temblaba. Abrió los ojos y se preparó para lo peor. En segundos tuvo a la vista al normando, que avanzaba hacia la parte posterior de la propiedad para inspeccionar la zona. El pirata, como si hubiera presentido que había alguien mirándolo, se giró hacia él. En un primer momento se quedó paralizado por la sorpresa, lo que le dio a Alí un instante para observarlo. Era un hombre corpulento pero no muy alto, de pelo largo y castaño. Tenía una barba abundante, trenzada, y mucho vello en los brazos y el pecho. Vestía pantalones oscuros y una larga camisa blanca con el cuello cuadrado, partida por un cinturón de cuero con placas metálicas labradas, del que pendían una pequeña bolsa de piel y una daga. Estaba armado con un hacha de mango largo, que sujetaba con una sola mano. Sus zapatos estaban hechos de cuero atado a los tobillos.

Cuando reaccionó, el atacante llamó a gritos a los demás y levantó el hacha amenazante. Alí se descompuso, cerró los ojos y sintió una masa caliente, casi líquida, que le escurría por los calzones. Los otros hombres se giraron hacia él y, en ese instante, una flecha se clavó en el omóplato de uno de ellos. El resto, incluido el que amenazaba a Alí, se volvieron de súbito. Mientras el herido gritaba, doblegado por el intenso dolor, otra flecha surcó el aire y se clavó en el estómago de otro de los normandos. El arquero era un joven de tez morena y rasgos refinados que, de pie junto a su caballo, extrajo otra flecha de su carcaj y cargó su arco. Quedaban tres vivos. Juntos corrieron gritando hacia el joven que, sin alterar lo más mínimo el pulso, derribó a su tercer enemigo atinándole en la cabeza por encima del escudo de madera que protegía su torso. Alí salió de su escondite y observó la escena. Con gestos precisos, el muchacho tiró el arco y desenvainó la espada que colgaba de las alforjas de su caballo. Sus músculos se hincharon por el peso del arma. Se puso en guardia y echó a correr hacia su izquierda para atacar a uno de los agresores sin el socorro de su compañero. El de su derecha continuó corriendo, había visto a otro joven que aguardaba apartado, en el corredor exterior que unía los dos terrenos de la propiedad.

—¡Rasil huye! —gritó el espadachín, y se centró en su oponente.

El hombre al que se enfrentaba era el mismo que había descubierto a Alí. Levantó su hacha y lanzó un ataque con todas sus fuerzas. El arma era pesada, lo que le dio tiempo al joven para escabullirse. Al no impactar, el hacha desequilibró al normando, que estuvo a punto de caer al suelo. Desde su costado, el muchacho le clavó su espada por debajo de las costillas. El hombre emitió un gemido ahogado en sangre y cayó derribado. El joven

corrió hacia su caballo, lo montó y se lanzó a la persecución del último, que corría detrás de su amigo. Para esta ocasión tomó su lanza. No tardó en alcanzarlo y, sin desmontar, ensartó al hombre a la altura del cuello. Rasil paró de correr y montó en el caballo de su salvador. Volvieron al terreno trasero y desmontaron junto a los cuerpos de los cuatro normandos abatidos.

—Tienes un don para matar.

El joven miró a su amigo con seriedad. Ni siquiera tenía la respiración agitada. Alí se les acercó y se echó a sus pies para darles las gracias entre lágrimas de alivio.

—Ya ha acabado. ¿Quién eres y qué haces aquí?

—Buscaba refugio. Me llamo Alí. ¿Quién eres tú?

—Soy Marwan, del *yund* sirio de Hims, y esta es mi casa —Alí abrió sus grandes ojos negros—. Ahora limpia tu pantalón y cuéntame lo que está pasando en Sevilla.

El grupo liderado por Muhammad se dirigió al barrio judío para alejarse de los asaltantes. Recorrieron las calles vacías sin que nadie acudiera a su encuentro ni les solicitara socorro. Si había personas en las casas, aparentemente abandonadas, preferían permanecer escondidas. Avanzaban en fila por los estrechos callejones que con su recorrido sinuoso conformaban el barrio. «Ideal para la defensa», pensó Muhammad cuando torcían la infinidad de esquinas y recodos, las calles ciegas y las pequeñas plazoletas.

Las voces de los asaltantes les llegaron ahogadas por la distancia. También oyeron algún grito aislado, desgarrador, de alguna víctima sorprendida en su escondite. Los normandos habían tomado la muralla sin ningún contratiempo. Con sus escalas subieron al adarve y contemplaron la ciudad que se abría a sus pies, como las piernas de una ramera. Abrieron las puertas de la muralla y los guerreros entraron en grandes grupos. Se repartieron en partidas de unos treinta hombres que se movieron a su antojo por las vegas extramuros y por el interior de la ciudad. Se oyeron más gritos, lo que hizo deducir a Muhammad y a sus hombres que había más personas en Sevilla de las que pensaban. De forma sistemática, los guerreros penetraron en todas las viviendas que encontraron a su paso y recorrieron sus habitaciones en busca de botín. Pronto comenzaron a escucharse chillidos más agudos que se alargaban en el tiempo. Los piratas estaban violando a las mujeres que encontraban.

El grupo de Muhammad se llenó de ira.

—Es posible que muera antes de que caiga el sol, pero me llevaré conmigo a todos los perros que pueda —dijo Dushan solemnemente.

Kamal apretó los dientes y asintió pensativo, sumido en recuerdos que se avivaban con los gritos de dolor de los sevillanos. Muhammad asió con fuerza el mango de su espada y entonó una oración para alejar los malos pensamientos.

—No podemos permanecer impasibles —se limitó a decir—. ¿Estáis conmigo?

—Hasta la muerte —respondió Kamal con los ojos inyectados de furia. Uno a uno, los diez hombres restantes pronunciaron las tres palabras, como un juramento de venganza y honor.

La partida normanda reconoció el edificio, era uno de los almacenes que se repartían por la ciudad. La puerta estaba cerrada, por lo que intuyeron que dentro habría mercancía. La echaron abajo y entraron los primeros asaltantes. A ambos lados de la entrada, escondidos, los esperaban los guardias del *funduq*, que enseguida se abalanzaron sobre ellos y los acuchillaron. Lograron matar a cuatro normandos antes de que el resto reaccionara y entrara a empujones. Los cinco guardias retrocedieron hacia el patio interior sin perder de vista a sus oponentes. Observaron las hachas, los escudos redondos de madera, los yelmos y, sobre todo, los músculos entrenados y bien formados. Eran más de veinte, por lo que los guardias no encontraron otra salida que tirar presurosos sus armas, alzar los brazos y someterse, abrumados por su superioridad. Los maniataron y amordazaron para unirlos al resto de presos. Uno de los piratas, que se había quedado rezagado junto a los cuerpos de los muertos, lanzó un grito de dolor ante un muchacho de apenas veinte años que se desangraba por una herida en el pecho. Avanzó hacia los reos, alzó su hacha y la dejó caer sobre la cabeza del primero, que crujió y se abrió sin dificultad. La sangre regó la capa de su asesino y el cuerpo inerte, tras una breve convulsión, se desplomó en el suelo sobre un charco de su propia sangre. Los otros cuatro, de rodillas, intentaban gritar. Las mordazas ahogaban sus súplicas de clemencia. Uno a uno acabó con todos ante las miradas de respeto de sus compañeros, que comprendían su reacción. Acababa de perder a su hijo y tenía derecho a vengarse.

Entonces comenzó el saqueo. Abrieron los almacenes y sacaron al patio un cargamento de túnicas de lino y varios canastos con dátiles. En los almacenes había trigo, cántaros de aceite, una sala llena de carbón de leña y

otra con utensilios de cocina hechos de cobre. Tendrían que dar varios viajes para llevárselo todo. Los hombres estaban animados, era un buen botín. Uno de ellos forzó una pequeña puerta que daba a una sala minúscula, cargada de esteras de esparto. Dudó sobre el interés de la mercancía pero finalmente se decidió a unirla al resto. Cuando se disponía a coger el primer lote algo llamó su atención. Un pie asomaba por detrás de la columna de esteras, allí había alguien escondido. Se echó para atrás, sacó su espada y gritó en su lengua para que saliera.

Zacarías suspiró profundamente y salió de su escondite. Respiraba por la boca con ansiedad y estuvo a punto de caer mareado, dominado por el pánico. El normando, un rubio alto con la piel blanca y pecosa, lo hizo salir de la sala y lo llevó a punta de espada hasta el centro del patio. Había encontrado algo mejor que unas simples esteras.

—Por favor, no me matéis —dijo el judío en árabe y luego repitió en hebreo. Pero aquellos hombres no lo comprendían.

Lo ataron y lo pusieron de rodillas. Zacarías miró a su alrededor y contempló el macabro espectáculo que tenía a pocos pasos, las cabezas de los guardias aún chorreaban sangre. El normando que los había matado, manchado todavía de rojo, se acercó a él y lo miró a los ojos. El judío seguía respirando de forma acelerada. Tras unos instantes se apartó de él y se dirigió a sus compañeros en aquella lengua tan extraña. Los ojos de Zacarías se entornaron y sintió que el aire no llegaba con fuerza a sus pulmones, unas estrellas brillantes inundaron su campo de visión y finalmente su vista se nubló por completo.

Alí explicó a Marwan y Rasil que vivía en las montañas. Les dijo que había acudido a la ciudad para vender queso de sus ovejas y que se había encontrado el asedio sin esperarlo. Un ejército de piratas del norte había llegado a la ciudad por el río, era todo lo que sabía. Se había refugiado en aquella casa, que estaba vacía cuando la encontró. El sirio y su escudero tardaron en reaccionar, todo aquello les parecía fruto de un mal sueño.

—Tenemos que irnos —dijo Rasil por fin. Habían llegado a Sevilla por el norte y la habían bordeado hasta dar con la casa de las rosas. Tuvieron suerte de no toparse con ningún normando hasta estar dentro de la finca.

Marwan meditó unos instantes y paseó sin dirección por los terrenos de la casa de su familia. Tenía que tomar una decisión o acabarían muertos allí mismo. Tarde o temprano acudirían más guerreros y descubrirían a sus

compañeros sin vida. Fue al establo y cogió una escala, la apoyó en el muro exterior y subió para contemplar los alrededores. La propiedad era una de las más alejadas de la muralla de Sevilla. Desde la altura se podía ver parte del río, donde varios barcos permanecían anclados. En tierra, las *munias* de los alrededores estaban siendo saqueadas por partidas pequeñas de hombres. Todavía, incluso habiéndose enfrentado a varios normandos, le resultaba difícil de asimilar que los piratas sobre los que había oído hablar en Córdoba hubieran remontado el río para atacar Sevilla. De la ciudad llegaban ruidos lejanos, gritos y sonidos metálicos que se expandían con el eco. La puerta que tenía a la vista estaba abierta, apenas custodiada por dos o tres saqueadores. A poca distancia, avanzando por la ribera del río, pudo ver una nube de polvo. Forzó la vista y distinguió un grupo de más de cien jinetes que avanzaban despreocupados. Tal vez habían conseguido los caballos en Qabtil. Analizó la situación y descendió por la escala. Rasil y Alí lo esperaban nerviosos.

—Tienen caballos, si huimos nos cogerán fácilmente —comenzó a exponer Marwan.

—¿Entonces?, ¿nos quedamos aquí? —preguntó Rasil.

—No es buena idea, vendrán cuando se den cuenta de que no vuelven sus compañeros —Rasil y Alí se mostraron confusos—. La única salida es la ciudad, ahí dentro podemos escabullirnos y escondernos.

—¿Has perdido la cabeza? —se atrevió a decir el escudero.

—Nos vestiremos con sus ropas —señaló a los hombres muertos—. Quítate el turbante —le pidió a Alí. El bereber obedeció. Luego cogió uno de los yelmos normandos y se lo pasó. El casco tenía unas antiparras metálicas y estaba forrado de cuero. Marwan pensó que el pastor tendría que disimular el color oscuro de su piel—. Te pondrás esto. El otro me lo pondré yo —solo dos de los muertos tenían yelmo—. Rasil, quítate el gorro y ensucia con tierra tus cabellos. El color de tu piel es parecido al de ellos. Entraremos a paso ligero y no se darán cuenta de que no somos de los suyos —los dos oyentes se quedaron quietos, paralizados—. Vamos, cuanto antes salgamos mejor.

Desnudaron a tres normandos y se pusieron sus ropas manchadas de sangre. Dos de ellos vestían una capa parda sobre la camisa, sujeta al hombro por un hermoso broche ovalado. Marwan y Rasil usaron las capas, puesto que sus atuendos eran claros y la sangre se destacaba más. También usaron sus calzados, sencillos zapatos de una única pieza de piel atada. Rasil y Alí cogieron hachas pero Marwan prefirió una espada. Escogió la que consideró mejor equilibrada. Cuando finalizaron se miraron detenidamente unos a otros. El pesimismo inicial pareció difuminarse, al menos en parte. Rasil sonrió,

animado. Alí se debatía en un dilema moral del que no lograba escapar. Odiaba a la familia siria, pero Marwan le acababa de salvar la vida. Se dirigió a él con solemnidad.

—Confío en ti, te seguiré a donde quieras llevarme.

Salieron a pie de la *munia* y se dirigieron a la puerta más occidental de Sevilla. Sobre las murallas había vigías situados estratégicamente para sorprender a los que pretendieran huir. Los jinetes se reunieron al pie del muro para organizar las rondas. Todo apuntaba a que se quedarían en la ciudad más de lo habitual en un simple saqueo. No había nadie cerca y Marwan aprovechó para dar unas sencillas instrucciones.

—No habléis, no os mostréis nerviosos, caminad siempre a mi paso. Ahora iremos tranquilos, cuando estemos cerca de la puerta iremos al trote. Mantened las facciones impasibles, no mostréis vuestro miedo.

Cerca de la muralla los gritos de la población se oyeron con más intensidad. El joven sirio recordó los saqueos que había visto hacer a las tropas del emir en los pueblos del norte y se sumió en sus pensamientos, presa de su propia memoria. «Los hombres son iguales en todas partes», pensó, «anhelan la riqueza, la gloria, las tierras, aunque sea a costa de la vida de otros».

Enfilaron la puerta y vieron a los dos hombres que la custodiaban. Ellos también los habían visto y no demostraban el menor interés. Por el momento, todo iba bien. Marwan decidió que había llegado el momento de acelerar el paso. Echó a correr sin grandes prisas, para no llamar la atención. Los tres avanzaron de esta manera hasta el mismo pie de la puerta. Rasil sentía su corazón latir fuerte en su pecho, sin el yelmo se sentía desnudo, visible. No pudo evitar mirar a los guardianes a la cara, ellos le devolvieron la mirada pero no dijeron nada, lo que le dio algo de seguridad. Alí creía estar viviendo un sueño, una extraña pesadilla en la que se veía envuelto en una sucesión de acontecimientos que lo arrastraban sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Cuando salieron de la casa de las rosas pensó en salir corriendo y volver a su hogar, a la tranquilidad de las montañas, pero la presencia de los caballos confirmaba la opinión del sirio.

Atravesaron el arco de la puerta sin contratiempos y Marwan los dirigió hacia el interior de la ciudad. Huyeron del ruido que delataba los saqueos y llegaron hasta el oratorio de Abd al-Rahim al Garnati, un santón muy venerado en aquel barrio.

—¿Nos escondemos aquí? —preguntó Rasil. Su familia era una de las que solían acudir al oratorio a rezar. Su madre había conocido en vida al santón,

cuando era un ermitaño que visitaba la ciudad para pedir dinero a los ricos y dárselo a los pobres. La entrada estaba abierta y lo interpretó como una señal.

—Es pequeño y tiene solo una puerta. Se convertiría en una trampa si nos encuentran. Estaremos más seguros en las casas —propuso Marwan.

Entraron en una al azar, de las que tenían la entrada abierta. Atravesaron las habitaciones y salieron al patio trasero. Las casas de aquella manzana tenían los patios juntos, separados por rudimentarias tapias de mampostería. Era la distribución perfecta, si los normandos entraban podían saltar de un terreno a otro sin dificultad y seguir ocultos. Había una tinajera abierta pero las tinajas estaban vacías, solo quedaban algunos restos de cereales y un pequeño tarro con almendras. Los dueños se habían llevado consigo todo lo que habían podido, o tal vez la vivienda ya había sufrido el saqueo de otros sevillanos.

Se sentaron a la sombra de dos granados que había plantados en una esquina. Una sensación de alivio los invadió, todo había salido bien.

—¿Dónde estarán? —preguntó Rasil.

—Habrán ido a ponerse a salvo —contestó Marwan, seguro de que su amigo se refería a sus familias—, estarán bien —Rasil seguía serio—. Mejor que nosotros —dijo con una sonrisa mientras le daba un codazo.

—Eso está claro —ahora sonreía también.

—Pues entonces no te preocupes por ellos. Seguramente ellos están más preocupados por ti.

Rasil se quedó conforme. Marwan siempre sabía cómo tranquilizarlo. Un sentimiento de hermandad hacia aquel amigo al que servía como escudero le hizo darle un empujón amistoso. El sirio comprendió el mensaje que transmitía aquel simple gesto de camaradería y le devolvió el empujón.

—No te pases o te tumbo de un puñetazo —le dijo con una mueca simulada de enfado.

Ambos rieron, cómplices. Alí ben Alí los miraba serio, no los sentía como sus iguales y prefería guardar las distancias. El odio que su familia le había incrustado en el alma era demasiado fuerte, tanto que parecía eclipsar su gratitud hacia Marwan por haberle salvado la vida.

Detrás del altar, Antonio y Basilio rezaban uno frente al otro, pero el ruido de los golpes los desconcentraba. Las hachas habían ensanchado el hueco que había entre las dos hojas de la puerta y ahora golpeaban la enorme tranca que había tras ellas. Los refugiados observaban inquietos la madera que se

astillaba. Unos rezaban, otros cerraban los ojos y suspiraban, la mayoría lloraba y se lamentaba por el fatal destino que les aguardaba.

Cuando consiguieron partir la tranca un potente haz de luz penetró en el interior en penumbra de la iglesia. Las figuras de los normandos, rodeadas por la claridad cegadora, asemejaban una aparición fantasmagórica. Varios asaltantes se adentraron unos pasos y enseguida retrocedieron. Un fuerte olor a excrementos y enfermedad saturaba la nave. Observaron a los hombres y mujeres que se repartían por aquel espacio, pegados a los muros. Cuerpos famélicos, tullidos, miradas sin esperanza, pánico en algunos ojos, nadie dispuesto a ofrecer resistencia. Uno de los normandos dio una orden y otro la rebatió. Hubo una breve discusión y finalmente los asaltantes salieron, entornaron la puerta y la custodiaron mientras tres de sus compañeros iban a por sogas para atar a los prisioneros recién ganados.

La oscuridad volvió a dominar el recinto de la iglesia y los refugiados comenzaron a hablar, nerviosos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Basilio.

—Lo mismo que los demás, esperar —contestó Antonio, procurando mantenerse sereno.

—No podemos quedarnos impasibles, harán lo mismo que en Coria.

—Tal vez debería estar ya muerto, no debería haber sobrevivido a mis hermanos.

—No hables así —su voz retumbó y se dio cuenta de que tenía que bajar el tono. Basilio decidió apelar a lo único que sabía que podía tener efecto sobre su amigo—. La vida es un regalo de Dios, el más precioso, y no tenemos derecho a renunciar a ella. Si hay una mínima posibilidad de sobrevivir, tenemos que aprovecharla.

—¿Y qué posibilidades tenemos encerrados como ratas frente a decenas de hombres armados?

—Si quisieran matarnos, lo habrían hecho ya. Para ellos es fácil. Tal vez piensen que vivos tenemos algún valor, como prisioneros o rehenes —Antonio lo escuchaba con atención—. No traicionamos a nadie si nos escondemos, podemos probar en las salas interiores.

Tras un breve silencio la mirada de Antonio se encendió e intervino.

—No es un buen lugar… —meditó—. Tal vez en la cripta.

—¿Hay una cripta en esta iglesia?

—Claro, está allí mismo —con el dedo señaló detrás del altar, donde había una trampilla de madera—. Podemos esconder a más personas.

Basilio negó con la cabeza lentamente. Su mirada era triste, sin embargo, un destello le iluminó la mirada. Su razonamiento había atrapado al monje.

—No podemos. Entraremos tú y yo. El altar nos ocultará. Los normandos encontrarán la cripta. Dos personas se pueden esconder fácilmente, si bajamos más moriremos todos. Además, ¿se resignarían los demás a permanecer fuera sabiendo que hay un buen escondite? Todos estaríamos perdidos.

Antonio miró a su amigo con sorpresa. De repente había asumido el papel de líder con una actitud de cálculo preciso y claro.

—Está bien, Basilio, lo haremos así —lo agarró por el hombro y lo miró fijamente—. La vida es un regalo divino. Vamos a colocarnos detrás del altar.

Se ocultaron detrás de la enorme piedra tallada y Antonio insistió en que esperaran a que entraran los asaltantes. Quería cerciorarse de que no iban a matar a los desvalidos, solo entonces estaría dispuesto a salvar su vida. Basilio consintió pero decidió bajar antes para buscar un lugar adecuado para ocultarse. Abrió la trampilla lo suficiente como para colarse por ella y la oscuridad más absoluta se lo tragó. Estaba en la escalera que bajaba al enterramiento, donde los restos de varios metropolitanos descansaban junto a reliquias traídas a Sevilla desde todos los rincones de la península, e incluso de Roma. Había un fuerte olor a humedad. Descendió a tientas por la escalera y, tras tropezar con dos sepulcros de piedra, decidió permanecer quieto detrás de uno de ellos. Junto a él oía una gota de agua que caía del techo cada cierto tiempo. Pasado un rato, Antonio se reunió con él.

—Los están atando para llevárselos —susurró.

Permanecieron quietos, en silencio, rodeados tan solo de oscuridad. A veces les llegaba el sonido de un lamento, o la voz potente de uno de los normandos. Así estuvieron varios minutos, hasta que oyeron cómo abrían la trampilla y dos hombres bajaban por la escalera. Hablaban entre ellos, se detuvieron antes de llegar al suelo de la cripta. No tenían antorchas, por lo que desistieron de explorar el subterráneo y subieron a la superficie.

Antonio y Basilio entonaron una oración en voz queda. Sentían una inmensa gratitud hacia Dios, que en espacio de poco más de un día los había salvado dos veces.

Tres saqueadores entraron por la puerta abierta de una vivienda adosada a un horno de pan. Todavía olía a pan cocido en el ambiente y los hombres se relamieron esperando encontrar alimentos en abundancia. La vivienda era sencilla, sin lujos. En el hogar había cenizas de un fuego reciente, pero no

había restos de comida por ningún sitio. Había un patio trasero al que salieron a buscar una despensa, o tal vez un corral. En un pequeño cuarto con la puerta desencajada encontraron varios estantes vacíos. Desilusionados volvieron al interior y registraron el resto de habitaciones: una sala con alfombras en el suelo, que enseguida enrollaron para llevarse, y dos alcobas. En una de ellas encontraron una bandeja con restos de miel y migajas de dulces. Se llevaron la bandeja, salieron de la casa e hicieron una marca en la fachada para indicar que ya había sido saqueada.

Cuando terminó el bullicio de los hombres y volvió a reinar el silencio en la vivienda, de debajo del colchón de una de las alcobas salió arrastrándose una pequeña figura, delgada como un pajarillo. Ghali se puso en pie y sonrió como si hubiera ganado una partida de uno de los juegos que practicaba en la ribera del río con los otros niños como él. Se echó una mano al bolsillo y sacó sus monedas, los cinco dírhams que había ganado el día anterior. El niño estaba pletórico de felicidad, con aquel dinero podría comprar comida para más de una semana, tal vez para dos. Tenía sed y salió al patio para comprobar si la casa tenía un pozo, pero no hubo suerte. Recordó que cerca, en el barrio, había una fuente pública. Pensó que era demasiado pronto para salir de la casa, los piratas estarían todavía rondando la zona. Decidió esperar sin asumir riesgos. La sed no era acuciante y podía aguantarla unas horas más, incluso un día. A su edad, por desgracia, ya conocía las privaciones. Se sentó en el patio y se puso a rezar, intentando repetir los gestos y frases que el imán de «la Sagrada» le había enseñado. En aquel momento se percató de algo que le había pasado desapercibido. La ciudad estaba muda aquella mañana, las voces de los muecines no habían acariciado los tejados de las casas desde sus minaretes. Era la primera vez que ocurría algo así, la ciudad se había quedado sin vida.

Bajo el inclemente sol de mediodía veintitrés normandos se movían por las callejuelas del barrio judío con el hombre que habían apresado en el *funduq* atado por las manos. Siguiendo su instinto, asaltaban las viviendas que consideraban más ricas, pero aún no habían conseguido un botín de importancia. Cinco hombres portaban lo que habían decidido llevarse de la mercancía ganada en la alhóndiga. Caminaban de retorno al punto de encuentro, donde los piratas acumulaban el fruto de sus saqueos. Cuando atravesaban la calle de los prestamistas un silbido rompió el silencio de la marcha, seguido por un agudo grito de dolor. Los guerreros se pusieron en

guardia y observaron a su alrededor. Sonó otro silbido y otro de los normandos cayó al suelo con el cuello atravesado por una flecha. Antes de que pudieran reaccionar, los arqueros apostados en las ventanas habían abatido a cinco hombres. Muhammad, Kamal, Bogdan, Dushan y los guardias que los acompañaban salieron de las puertas situadas a ambos lados de la calle con sus armas en alto. Los normandos se replegaron y trataron de defenderse pero los atacantes, envolviendo al grupo, mataron a siete enemigos en un instante. El resto formó un círculo para defenderse pero no corrieron mejor suerte. La lucha fue feroz, los gritos y la sangre inundaron la calle. Uno a uno, fueron cayendo los piratas bajo las armas de los sevillanos. En la lucha murieron tres de los guardias del alcázar y Bogdan resultó herido en la muñeca izquierda. Muhammad y Kamal lucharon codo con codo, como en los viejos tiempos, y se defendieron y atacaron de manera implacable. Dushan acabó con cuatro normandos él solo. Durante la pelea permaneció en silencio, concentrado en el odio que lo dominaba. Sus músculos, torneados por el duro entrenamiento militar, brillaban de sudor mientras se movían a un lado y a otro para esquivar un ataque o lanzar un espadazo. La partida de saqueo quedó reducida a un amasijo de cuerpos inertes que se desangraban sobre el mortero de la calle. Dushan no se dio por satisfecho y se ensañó con el cuerpo del último muerto. Sus ojos estaban más abiertos de lo normal y le daban un aire de vesania que intimidó a sus compañeros. Una y otra vez golpeaba con su espada la carne lacerada del normando, completamente desfigurado. Solo su hermano se atrevió a detenerlo, lo agarró por los brazos y le susurró al oído.

—Ya, hermano, están muertos —dijo en su lengua natal.

Dushan sostuvo la mirada de su hermano y por un momento pareció no reconocerlo, pero enseguida enfocó la vista y distinguió a Bogdan. De forma pausada bajó su espada y tembló, como si la ira contenida sacudiera sus miembros. Observó lo que acababa de hacer y habló con voz serena.

—Acabaron con nuestra vida…

Bogdan asintió y lo cogió por los hombros. A los dos pasos Dushan cayó al suelo de rodillas y lloró un río de lágrimas que había estado aguantando durante demasiados años.

—Padre, madre, el abuelo… todos muertos por estos malnacidos hijos de puta —dijo entre sollozos, en árabe. Su hermano permaneció junto a él.

Kamal centró la atención en el preso que acababan de liberar. Se acercó a él y cortó las ataduras de sus manos. El hombre miraba a uno y otro lado buscando una explicación a todo lo que había ocurrido.

—Gracias, mil gracias.

—¿Cómo te llamas?

—Zacarías.

—Bien Zacarías, ahora eres libre, escóndete y procura pasar desapercibido.

El judío meditó unos instantes.

—Quiero ir con vosotros, si me quedo solo no tardaré en morir. Os lo suplico, llevadme con vosotros.

Kamal asintió, se habían quedado en Sevilla para proteger a los indefensos. Lo primero que hizo el soldado fue darle una espada, un arco y un carcaj con flechas, arrebatado todo a los muertos.

—No sé usar nada de esto.

—Si uno de esos te ataca —dio un puntapié a la pierna de un normando— mejor que tengas algo con lo que defenderte.

Zacarías se aferró a las armas y se sintió extraño, no se creía capaz de matar a nadie. Se presentó a todo el grupo y les dio las gracias por salvarle.

—¿Dónde te cogieron? —preguntó Muhammad.

—En el *funduq* del trigo. Tenía allí un cargamento de esteras y quería asegurarme de que no le pasaba nada. Mandé fuera a mi familia y yo me quedé. No esperaba…

—¿Tanto amas tus esteras?

—Puse mi casa en juego para comprarlas. Era todo lo que tenía.

—Pues ahora ya no tienes nada, salvo tu vida. Es el bien más preciado que nunca tendrás, te lo aseguro.

Después de haber afrontado la posibilidad de morir o de convertirse en esclavo, las palabras del capitán tenían mucho sentido para él. Estaba avergonzado. Recordó a Sarah y mentalmente reprodujo lo que le diría en aquella situación: «Da gracias a Adonai por estar vivo». Ahora comprendía lo que quería decirle su mujer cuando repetía aquellas palabras. Amaba la vida, quería sobrevivir al saqueo para volver a ver a su familia, que eran su verdadero patrimonio. Lo demás, poco importaba ahora.

Muhammad dio orden de ponerse en marcha. Abandonaron los cuerpos de amigos y enemigos en la calle de los prestamistas y caminaron con sigilo por el barrio de los judíos.

—¿Qué haremos ahora, maldito perro sarnoso? —preguntó Kamal a su amigo en un momento de intimidad. La actividad, el riesgo tal vez, lo habían puesto de buen humor.

—Buscaremos un lugar donde ocultarnos esta noche. Después ya veremos —no se sintió con ánimo para seguir las bromas del soldado.

—Podemos acabar con más normandos.

—Si es necesario, lo haremos. Pero ese no es nuestro objetivo. Si encontramos ciudadanos indefensos los protegeremos, si nos atacan nos defenderemos, pero no buscaremos a los normandos sin más. En esta refriega hemos perdido a tres hombres, no aguantaríamos mucho —la mirada de Kamal se ensombreció—. Te ha gustado la actividad, ¿eh, sinvergüenza? —Su amigo sonrió y sus ojos recuperaron la luz. No era simplemente la actividad lo que lo había animado, era matar a saqueadores, defender al pueblo, lo que realmente lo motivaba. Lo sentía como una manera de reconciliarse con su pasado—. Tranquilo, me temo que habrá más ocasiones para pelear.

Kamal se apartó de su lado para acercarse a Zacarías. El judío marchaba solo y parecía murmurar constantemente frases sin sentido, como si mantuviera una conversación consigo mismo. La compañía lo trajo de vuelta a la realidad. Seguía consternado, había mirado a la muerte a los ojos y ella le había devuelto la mirada. Le contó a su compañero de marcha cómo había vivido la matanza de Coria del río y tuvo que detener la historia varias veces para recuperar el aliento. Kamal lo escuchó con profundo respeto pero se sintió incómodo. La narración parecía sumirlo en tinieblas.

—Disculpa, no es una conversación muy agradable —Zacarías se percató.

—Sí… será mejor que hablemos de otra cosa —pero el soldado no volvió a hablar en un buen rato, inmerso en sus pensamientos.

Desde la planta superior Fátima y Adila rezaban en silencio. El ruido había estado acercándose durante toda la tarde y ahora podían escuchar los pasos y gritos de los piratas en su misma calle. Un chillido agudo sonó cercano. Habían entrado en una vivienda y habían encontrado a una mujer. Hubo cierta algarabía entre los hombres. Las hermanas se miraron, había miedo en sus ojos.

Los saqueadores llegaron a la puerta de la casa y la golpearon varias veces hasta que cedió. El padre, que los esperaba en guardia con un cuchillo en la mano, se abalanzó sobre el primer normando que pretendía entrar y le clavó el arma a la altura del hígado. La piel que vestía amortiguó la cuchillada, que no fue muy profunda. Tras un breve forcejeo el asaltante lo derribó, levantó su hacha y la hundió en su pecho.

Fátima y Adila pudieron escuchar cómo se escapaba la vida de su padre, entre gemidos de dolor y convulsiones sobre el suelo del zaguán. Todo ocurrió con rapidez. Adila comenzó a respirar con fuerza y sus ojos se desencajaron. Parecía estar fuera de sí. Fátima le tapó la boca con la mano y sostuvo su mirada.

—No pienses —su hermana apartaba los ojos de ella e intentaba quitarse la mano de la boca pero Fátima se mantuvo firme—. Mírame y no pienses —susurró. La respiración de Adila se calmó pero sus ojos seguían delatando una desesperación que aún no había podido controlar—. Tenemos que salir de aquí, te necesito tranquila. Saldremos por esa ventana y huiremos por los tejados —Adila escuchaba—. Cuando te quite la mano no dirás una palabra y me seguirás. Todo irá bien —añadió para transmitirle seguridad.

Dejó de apretar la boca de su hermana y le ayudó a levantarse. Abajo los hombres entraron en el patio central y se repartieron para buscar botín por las habitaciones que lo rodeaban. No tardarían en encontrar la escalera y subir. Las dos mujeres se subieron a la ventana y colgaron los pies del otro lado. El tejado estaba justo debajo y se dejaron caer en él. Fátima decidió que estarían mejor allí ocultas, agachadas bajo la ventana. Si se movían serían más visibles. Se tumbaron sobre las tejas que daban al lado de la calle y esperaron a que terminara el saqueo de la casa. Adila miró a su hermana, que lloraba de forma mansa, en silencio. Lloró con ella y se cogieron de la mano. Escucharon cómo movían los muebles, derribaban puertas, corrían de un lado para otro de la casa con los baúles donde las muchachas guardaban su ropa… También pudieron escuchar cómo uno de ellos subía la escalera e inspeccionaba la habitación de la planta superior, antiguamente un palomar. Luego, momentos después, el ruido se trasladó a otras viviendas de la misma calle. Sonaron nuevos gritos y Adila tuvo que taparse los oídos porque no los soportaba. Como una plaga, los normandos arrasaron el barrio.

Pasado un buen rato hubo calma y Fátima ayudó a su hermana a levantarse. Se miraron, algo en ellas había cambiado para siempre, una honda tristeza se había apoderado de sus facciones. Adila se abrazó al cuerpo de Fátima y esta arrancó a llorar con desesperación.

—Padre, padre… —repetía una y otra vez.

Cuando se cansaron de llorar la hermana mayor tomó la iniciativa.

—Debemos quedarnos aquí, no creo que vuelvan.

Adila negaba con la cabeza.

—No puedo permanecer aquí con el cuerpo de nuestro padre muerto, por favor, no. No lo soporto, vámonos.

Fátima suspiró y consintió.

—Está bien. Vamos a bajar y nos marchamos de aquí.

Entraron por la ventana y bajaron las escaleras. Percibieron el olor intenso de la sangre y ambas reaccionaron cerrando los ojos. A tientas llegaron al zaguán. Avanzaron pegadas a la pared, cogidas por el brazo. Fátima abrió los ojos para echar un último vistazo a su padre. Enseguida se arrepintió. Tenía los ojos cerrados y los músculos de su rostro, fláccidos, le daban un aire de sosiego que no encajaba con la herida de su pecho. Podía verle el esternón astillado, rodeado por una masa de fibras de color rojo vivo. La sangre había formado un charco en el centro de la sala. Fátima vomitó en un rincón, sin soltar a su hermana.

—No mires —le dijo entre arcadas.

Adila volvió a llorar, intuyendo lo que ocurría. Continuaron recorriendo las paredes del zaguán y por fin dieron con la puerta de salida. Salieron a la calle con precipitación para respirar el aire puro de fuera. La calle estaba desierta pero no muy lejos se oía alboroto. Fátima aguzó el oído e intentó identificar la dirección de la que les llegaban los sonidos. Echaron a andar en la dirección opuesta.

—Nos esconderemos cerca, en una casa que ya esté saqueada.

Pasaron junto al oratorio de Abd al-Rahim. Tenía las puertas abiertas, por lo que pensaron que ya habrían entrado en él. Pensaban en ocultarse dentro cuando oyeron una voz que se dirigía a ellas.

—Por aquí —las llamó un hombre asomado a una ventana. Era un guardia del gobernador y llevaba un arco en la mano. Les señaló la entrada de la casa —. ¡Rápido!

Las muchachas acudieron a la llamada y se adentraron en la vivienda. El guardia las recibió y las llevó a un amplio salón sin muebles, desvalijado.

—¿Qué hacéis caminando solas por la calle? —les preguntó sorprendido.

—Han asaltado nuestra casa y han matado a nuestro padre —contestó Fátima. Sus ojos estaban hinchados y enrojecidos.

—Pobres chicas, ya estáis a salvo —agarró a la mayor por los hombros y se la pegó al pecho. Los senos generosos de la muchacha se oprimieron contra el torso del hombre, que enseguida les dirigió la mirada.

—¿Quién eres? —preguntó Adila, que observaba la escena con desconfianza.

—Soy vuestro salvador. Soy de aquí y os protegeré de esos animales. Conmigo estaréis más seguras —apretó el abrazo y sus manos comenzaron a acariciar lentamente la espalda de Fátima.

—¿Y los demás guardias? —insistió Adila, que se deslizó junto a la puerta y se preparó para echar a correr.

—Desperdigados por la ciudad. Así es más seguro para todos.

Fátima intentó escabullirse suavemente, para no alterarlo, pero él reaccionó atrayéndola más hacia sí. En ese momento notó que el guardia tenía una erección y se alarmó. Dirigió una mirada cómplice a su hermana y comenzó a forcejear con todas sus fuerzas. La muchacha gritaba y se resistía pero poco podía hacer contra la fuerza del hombre.

—¡Quieta! Voy a defenderos, solo quiero una cosa a cambio…

Acabó tumbada en el suelo, exhausta, y él sobre ella, derramando su aliento en sus mejillas.

—Bashir, ¿dónde estás? —susurró cuando se dio cuenta de que no podía hacer nada por frenar el ímpetu del guardia.

Adila salió a toda prisa de la sala y el hombre no le prestó la menor atención, sabía que no tenía a dónde ir ni a quién acudir. En cuanto la muchacha pisó la calle se dio cuenta de lo sola que estaba. El barrio estaba desierto, no había un alma por ningún sitio. Aun sabiendo que podía alertar a los normandos, gritó desesperada.

—¡Ayuda! —apretó los puños—. ¡Ayuda! —repitió. Se echó las manos a la cara y rezó al Altísimo. El sonido de unas pisadas que se acercaban la alertó y le hizo levantar la cabeza. Un joven normando corría hacia ella con una espada en la mano. Tras él, a varios pasos, avanzaban otros dos.

—¿Qué te ha pasado? —gritó a cierta distancia, en perfecto árabe.

Adila quedó desconcertada. El joven siguió corriendo hacia ella.

—Me llamo Marwan y soy sevillano —dijo para tranquilizarla.

Cuando estuvo a su lado, la muchacha pudo distinguir sus rasgos sirios y suspiró aliviada, al borde del llanto. En ese momento se dio cuenta de que tenía la pierna mojada, el miedo le había hecho orinarse encima. No se entretuvo, lo agarró de la mano y, sin darle explicaciones, lo arrastró al interior de la vivienda.

Marwan se asomó al salón y contempló la escena. El guardia peleaba con Fátima para penetrarla. Tenía la verga al aire y ella cerraba las piernas apretando con sus rodillas las caderas de él. Cuando el violador se dio cuenta de su presencia la dejó bruscamente y se quedó paralizado unos instantes. Luego, al observar detenidamente al joven, se relajó, seguro de su superioridad.

—Coge tu arma —dijo el sirio.

El guardia se relajó aun más al escucharlo hablar en árabe. Se puso en pie lentamente con una media sonrisa dibujada en la boca y empuñó su espada.

—Un sevillano vestido de pirata, ¿crees que das miedo?

No hubo respuesta. Marwan le lanzó un espadazo que borró su sonrisa. El guardia paró el golpe con su arma, que cedió ante el empuje del ataque. Inmediatamente Marwan reaccionó y, aprovechando que su oponente había bajado la guardia, le clavó la espada en el estómago con todas sus fuerzas. La inercia lo empujó hasta la pared, donde quedó estampado. El arma cayó de las manos del guardia y un hilo de saliva resbaló de su boca.

—¿Qué sientes cuando mi arma te penetra, hijo de puta? —dijo dominado por una rabia irracional que le hacía temblar de odio. Siguió empujando y arrastró el cuerpo del guardia por la pared, que se tiñó de rojo. En la esquina lo dejó caer.

El hombre no podía gritar, a pesar de que el dolor atenazaba todo su cuerpo.

—Mátame —consiguió susurrar con un esfuerzo sobrehumano. Como guerrero, sabía que la muerte era lenta y dolorosa cuando se recibía una herida en el estómago.

Marwan volvió la cabeza hacia Fátima, que permanecía paralizada en el suelo con las piernas entreabiertas. La muchacha se puso en pie, se acercó al guardia y le escupió en la cara. Luego salió de la habitación con una leve cojera; sus músculos todavía estaban tensos. Adila la siguió.

Fuera estaban Alí y Rasil, que no se habían atrevido a entrar. Marwan salió limpiando su espada en la tela de sus vestiduras. Levantó la cabeza y vio a los cuatro que lo miraban con adoración, como si fuera un ser mítico de las historias griegas.

—Gracias, gracias, gracias… —le dijeron una y otra vez las dos hermanas.

—Está bien, está bien, ya vale. Tenemos que ponernos a salvo —los cuatro permanecieron en silencio. Se había convertido en líder del grupo—. Vamos a buscar un lugar seguro.

Caminaron en silencio. Fátima y Adila lo seguían poniendo sus vidas en sus manos. Se sentían seguras por tener a un verdadero protector.

«Las desgracias nunca llegan solas». Fátima recordó la expresión que su madre solía decirles. Tenía razón. La muerte de su padre había llegado acompañada de un intento de violación. Las hermanas estaban desoladas, desconcertadas por los dramáticos acontecimientos a los que se habían tenido

que enfrentar en un solo día, un día que había sacudido sus vidas hasta entonces apacibles.

La tarde estaba cayendo y los sonidos del saqueo se habían apagado. Entraron en una vivienda con patio trasero y Marwan estableció un turno de guardias que comenzaba con él mismo e incluía a las muchachas. Se apostó en la única ventana que daba a la calle y esperó a que llegara la noche. Pensó en su familia, estaba seguro de que todos habían huido, pero aun así no podía evitar la intranquilidad. Había vivido varios asedios a ciudades del norte. Las poblaciones cercanas también sufrían las consecuencias. Rezó para que no ocurriera lo mismo en Sevilla. «Tal vez los piratas se retiren con la oscuridad», pensó. Pidió al Misericordioso que así fuera.

Fátima se le unió cuando las primeras estrellas salpicaron el cielo.

—No consigo dormir. Me llamo Fátima. Mi hermana se llama Adila. Solo quería darte las gracias por salvarnos.

—No ha sido nada —respondió él con gesto grave. Luego se mantuvo en silencio. Fátima, incómoda, se dio la vuelta para marcharse—. Siéntate —su voz sonó brusca, autoritaria—, si te apetece —añadió en un tono más suave. La joven se sentó frente a él—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Y Fátima se dispuso a relatar los acontecimientos, desde que se fueron a casa de sus tíos en la alquería hasta que huyeron para colarse en Sevilla a hurtadillas. Narró cómo había muerto su padre y cómo había conseguido salvarse ocultándose en el tejado de su casa. Le pareció estar contando una historia que había ocurrido a lo largo de varios años. Su vida, tranquila hasta entonces, se había visto alterada por hechos tan terribles e intensos que tardaría años en asimilarlos. Terminó el relato y una sensación de alivio la invadió. Le preguntó a Marwan por su historia. El joven comenzó con la campaña del emir a la que había sido llamado como oficial, pero antes de llegar a Córdoba detuvo la narración. Fátima se había dormido arrullada por sus palabras, y así la dejó hasta el siguiente cambio de turno.

Antonio y Basilio aguardaron en la completa oscuridad hasta que calcularon que los normandos se habían marchado. Basilio subió las escaleras y se asomó a la nave de la iglesia, ya desierta. Las puertas del templo permanecían abiertas y no parecía haber nadie custodiándolas. Se habían llevado a los presos pero no había nada que robar; el arzobispo metropolitano, hábil como siempre, había procurado que así fuera. Volvió a por su amigo y juntos

salieron a la intensa luz de la calle. No había rastro de los piratas ni de los pobres desvalidos que Antonio había reunido allí.

—¿Qué hacemos, nos quedamos aquí? —preguntó el más joven.

—No. Pueden volver con antorchas para asegurarse de que no hay tesoros en la cripta. Tenemos que movernos.

—Pero ¿a dónde?

Antonio se encogió de hombros.

—Lo más lejos posible del río.

Caminaron por la ciudad vacía, huyendo de los ruidos y procurando transitar por las calles más estrechas y tortuosas. De manera inconsciente, sus pasos los llevaron a la conocida calle de los *dhimmíes* de Cristo. Sobre las jambas de las puertas comenzaron a verse pequeñas cruces de madera que los cristianos colocaban como reacción contra los ataques de los musulmanes. La fe de los más mayores se había visto fortalecida por el sentimiento de unidad que el rechazo de las autoridades provocaba en ellos, pero entre los más jóvenes abundaban las conversiones. La juventud se sentía atraída por la sensación de libertad que percibían en la nueva religión, así como por la menor carga fiscal y presión social. Ser cristiano se había convertido en un acto de valentía, las comunidades vivían aisladas y recibían constantes burlas, ataques y visitas de los recaudadores.

Antonio entonó una breve oración, emocionado al contemplar aquellas cruces expuestas a la vista de todos, casi como un desafío. Imaginó las penurias que aquellas familias habrían estado soportando tras los muros de aquellas sencillas viviendas. Hacía años que no visitaba la ciudad pero el monasterio de Coria recibía visitas regulares por parte de los administradores del metropolitano, que mantenían informados a los monjes de todo lo que ocurría en Sevilla. «Mantener nuestra fe nos sale cada vez más caro», le dijeron en una ocasión, mientras hacían cuentas sobre la contribución del monasterio a las arcas generales.

—Tenemos que cambiar la situación de los cristianos —dijo. Era un pensamiento en voz alta. Luego se acordó de San Lorenzo, de su sacrificio como ejemplo inspirador. «Yo no sería capaz, yo no he sido capaz…» pensó apesadumbrado.

Un sonido de pasos interrumpió sus pensamientos. Alarmados, prestaron atención para identificar la dirección de la que venía. El eco lo intensificaba y hacía imposible conocer su origen. Torciendo una esquina apareció ante ellos una muchacha completamente desnuda que corría sin rumbo. Su cuerpo estaba sucio y tenía la entrepierna manchada de sangre seca. Las mejillas las

tenía amoratadas y el labio superior inflamado. Su pelo, rizado, estaba despeinado. Los brazos le colgaban inertes y su expresión era la de alguien que había contemplado una aparición. Avanzó con la mirada perdida, como si no pudiera verlos, y cuando pasó junto a ellos Antonio la cogió de una mano y le hizo detenerse suavemente. Ella gimió, intentó soltar la mano que la sujetaba e hizo amago de seguir corriendo. Antonio se mantuvo firme, tiró de ella hacia él, la agarró también por el otro brazo y la miró fijamente a los ojos.

—Somos monjes, somos amigos.

La muchacha forcejeó sin mucha convicción y finalmente se dejó caer al suelo. Los miró a los dos y pareció despertar de una ensoñación. Tapó su sexo con una mano y arrancó a llorar. Basilio, enternecido, se agachó y le posó las manos en la espalda para transmitirle apoyo y compañía. Así estuvieron un buen rato. Antonio mientras tanto permanecía alerta, pendiente de cualquier ruido que pudiera informar de la llegada de los piratas. Cuando se calmó la levantaron y echaron a andar con ella. Las viviendas de aquella zona estaban cerradas, los normandos no habían llegado aún y los saqueadores sevillanos sabían que en aquel barrio había poco que robar. Basilio saltó una cerca que delimitaba un minúsculo huerto y se coló en una vivienda por una ventana mal cerrada. Desde dentro pudo abrir la puerta con facilidad.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Antonio a la muchacha antes de invitarla a pasar al interior.

—Maryam.

—¿Musulmana?

—Muladí —agachó la cabeza—. Mis padres se convirtieron cuando yo era una niña.

—Entiendo… —Con un gesto la animó a entrar en la casa.

Recorrieron la vivienda para asegurarse de que no estaban sus dueños. Luego buscaron ropa en el interior pero no encontraron nada. Con un pedazo de tela blanca, que parecía haber sido usado como mantel, improvisaron un vestido para la chica. Doblaron la tela y cortaron un semicírculo en mitad del doblez, para la cabeza. Usaron una cuerda a modo de cinturón para entallarlo a su cuerpo. Luego la dejaron sola en el huerto, para que se lavara en la tinaja que había dispuesta al aire libre.

—¿Habías visto antes a una mujer desnuda? —preguntó Basilio.

—Nunca —confesó Antonio—. ¿Tú?

—A mi abuela. Cuando era pequeño ayudaba a mi madre a lavarla. Pero su cuerpo era muy… diferente. También he visto las esculturas de los paganos.

No hicieron más comentarios. Ambos estaban turbados por la imagen de los senos y el sexo de la muchacha, que había despertado algo que creían dominado y controlado por los muros del monasterio.

—Recuerda las palabras de nuestro abad, que esté en la Gloria —dijo Antonio—. Si te turbas, encuentra sosiego en la oración.

Pero la mente de Basilio estaba demasiado agitada como para encontrar calma en los rezos. Maryam regresó junto a ellos aseada, con el pelo limpio y mojado. Su rostro parecía descongestionado y sus piernas ya no estaban teñidas del rojo pardo de la sangre. El agua le había devuelto algo de dignidad, pero todavía tenía ese aire de ausencia, de evasión de la realidad. La tarde estaba cayendo y decidieron pasar allí la noche. De una casa vecina llegaba el trino de un ruiseñor y, de más allá, la brisa del atardecer traía el eco de los ladridos desconsolados de un perro abandonado.

Basilio encontró varios pedazos de queso olvidados en el fondo de una orza con aceite. Los repartieron y comieron en silencio.

—Maryam —comenzó a hablar Antonio cuando dieron cuenta del queso—, ¿quieres compartir con nosotros tu historia?, ¿te sientes preparada? —Como confesor ocasional, sabía que hablar aliviaba el alma.

—Vivo con mi madre… vivía con mi madre —corrigió—. Mi padre murió el año pasado. Era comerciante de sedas y le iba bien —mientras hablaba no levantaba la vista del suelo—. Viajaba a Córdoba por el río y su barco se hundió —aclaró—. Mi madre intentó seguir con el negocio, pero nadie quería hacer tratos con una mujer. Decidió buscarme un buen marido y vender la seda que mi padre guardaba en el almacén para comprar mi ajuar. Cuando nos enteramos de que venían los piratas del norte mi madre dijo que no se iría, que las telas eran lo único que tenía. Pero más nos hubiera valido irnos… —calló unos instantes para tomar fuerzas—. Esos malnacidos asaltaron nuestra casa y nos violaron a las dos… varias veces. A mi madre se la llevaron presa. Conmigo… siguieron. Entraban y se iban, y al final quedaron tres —procuró mantener la entereza—. Se pelearon por los turnos y pude escapar —Basilio tenía los ojos rojos de furia y Antonio estaba embargado por la compasión—. No sé cómo he llegado hasta aquí. Mi casa está al otro extremo de la ciudad pero no recuerdo nada del camino, hasta que me habéis detenido —miró al techo de la habitación con los ojos arrasados de lágrimas—. Haz que olvide todo lo demás, Tú que todo lo puedes.

Antonio la abrazó con ternura. Al principio, ella reaccionó con tensión, pero enseguida se dejó abrazar y su cuerpo quedó desmadejado en los brazos del monje.

—Nunca lo olvidarás. Pero lo superarás.

La noche había caído y se echaron en los dos camastros que había en la alcoba. Los dos monjes se tumbaron juntos y dejaron a Maryam sola en la otra cama. Basilio se quedó despierto después de que la muchacha y su amigo se durmieran. No podía conciliar el sueño, su mente bullía, acosada por las terribles imágenes de la historia de Maryam. También acudió a su pensamiento la imagen de su cuerpo esbelto y hermoso, como el de una diosa romana de las que decoraban algunos baños de la ciudad.

Muhammad dirigió al grupo hacia el noroeste, donde estaba la mansión en la que pretendía ocultarlos para pasar la noche. Se trataba de la casa de un rico comerciante que había instalado una torre desde la que poder divisar sus barcos y carros cuando abandonaban la ciudad o llegaban a ella. Se movieron por las calles con sigilo, en silencio, comprobando en cada esquina que no había enemigos a la vista. Llegaron a la vivienda sin contratiempos y derribaron la puerta de entrada. Aquella era la casa de uno de los hombres más ricos de Sevilla pero, curiosamente, no la habían asaltado los saqueadores sevillanos. Seguramente pensaron que estaría custodiada por mercenarios. Kamal aconsejó estar en guardia. Sin embargo, parecía vacía. Ocupaba un solar de gran extensión con un jardín en su parte trasera y almacenes para mercancía. Muhammad repartió a los hombres para inspeccionar las habitaciones de la mansión. Él se quedó en el jardín, a la sombra de una gran higuera repleta de fruta. Su amigo se sentó junto a él con la espalda apoyada en el tronco del árbol.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el capitán.

—Bien, la actividad me sienta bien.

—¿Y el temblor?

—Ya apenas nada —extendió la mano y procuró mantenerla estable.

—¿Y el deseo?

Kamal miró a su amigo con gesto serio.

—Te vendería a un pirata marica por un cubilete de vino aguado.

Muhammad sonrió.

—Me regalarías, e incluso pagarías para que me llevaran, perro rastrero —ambos rieron. La mirada de Muhammad se volvió melancólica—. Tú y yo peleando como en los viejos tiempos. Echaba de menos al antiguo amigo —un silencio pesado se instaló entre ellos.

—El antiguo amigo echa de menos demasiadas cosas.

Antes de que los recuerdos atacaran sin piedad se levantó y se puso a caminar por el jardín, en dirección a los almacenes. Sus piernas se habían recuperado por completo de la última paliza y su rostro había perdido la inflamación producida por los golpes de los hijos del campesino que le había ganado a los dados.

—¡Kamal! —gritó el capitán, pero el soldado simuló no oírlo para no tener que girarse y mostrar sus ojos acuosos.

A mitad de camino le llegó el sonido de un grito de mujer. Aceleró el paso. Volvió la cabeza y vio a Muhammad levantado y alerta. Le hizo una señal con la mano para indicarle que él se ocupaba y entró en el almacén con el arma empuñada. Dentro encontró a uno de los guardias que apuntaba con su espada a una mujer negra.

—No, por favor —dijo ella al hombre que la intimidaba.

—No, ¿qué? —prorrumpió Kamal—. ¿Qué te ha dicho este?

La mujer bajó los ojos y cruzó los brazos lentamente por debajo de sus pechos.

—Que me quite la ropa. No, por favor —dos lágrimas surcaron sus mejillas prominentes y buscaron los labios gruesos de su boca.

—La podemos compartir, tranquilo —dijo con sorna el guardia.

Kamal se abalanzó sobre él, lo cogió por el cuello y lo empujó hasta el fondo del almacén, donde lo hizo chocar con la pared. El guardia parecía volar y su arma cayó al suelo con gran estruendo. El soldado adquirió una mirada iracunda, la misma que había tenido durante el combate con los normandos. Colocó el filo de su espada a dos pulgares de su cuello y lo mantuvo así unos instantes, como si estuviera decidiendo qué hacer con él.

—Pestañea —le dijo. Era una invitación al desafío pero el hombre, reducido a un muñeco de trapo, no era ya capaz ni de respirar. Kamal sintió cómo las botas se le mojaban con la orina del guardia, que resbalaba por sus piernas. En ese momento decidió dejarlo con vida y soltó su cuello. Como un conejo asustado salió corriendo y en la huida olvidó recoger su espada.

La mujer se acercó a Kamal, se echó en el suelo de rodillas y besó sus pies. Él, incómodo con la situación, le hizo levantarse y la sacó al jardín. Muhammad escuchaba al guardia que había huido del almacén mientras miraba a su amigo y a la esclava negra.

—¡Está loco! —gritaba el guardia.

El capitán lo despachó al interior de la casa. Se acercó a Kamal y se dirigió a él, sin apenas mirar a la mujer.

—Sabes que es una esclava. Los hombres tendrían derecho a tomarla.

—Tendrían derecho si estuviera sola, ahora está conmigo.

—¿La acoges bajo tu protección?

—Así es. Nadie la tocará.

—Está bien, pero no puedo garantizar tu seguridad ni la suya. Ya sabes cómo son los tiempos de guerra.

—Lo sé.

Muhammad creyó entender por qué lo hacía y lo respetó.

—Estate alerta. Haré todo lo posible por ayudarte.

—Gracias, amigo. Entiendo lo que me dices —apoyó su mano en el hombro del capitán y palmeó varias veces con afecto.

La mujer, de manera instintiva, se acurrucó junto al brazo del soldado. Kamal echó a andar y la esclava lo siguió a pocos pasos de distancia.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el soldado.

—Ayana.

—Yo me llamo Kamal —fue todo lo que hablaron.

Los hombres comprobaron que no había nadie más en la casa y tomaron posesión de ella a su antojo. Había una fuente de agua corriente, un lujo al alcance de muy pocos en la ciudad, y en una alacena encontraron varios panes endurecidos junto a un cántaro con aceite. Esto, unido a los higos, constituía un banquete excepcional en una ciudad en asedio.

«Lástima que tengamos que dejarla. En cuanto la vean les llamará la atención», pensó Muhammad con resignación.

El grupo pasó lo que quedaba de tarde tranquilo, descansando en el jardín, practicando el tiro con arco en los troncos de los árboles y durmiendo en los cómodos colchones de las alcobas. Bogdan se quejaba de la herida que había recibido en la muñeca izquierda. Era un corte profundo y la hemorragia, aunque leve, no había cesado todavía. Zacarías se ofreció para coser la herida con hilo y aguja que encontraron en la casa. Su padre había sido médico y lo había visto repetir aquella operación en infinidad de ocasiones. Lavó la herida y la cosió como un maestro cirujano. El eslavo empezó a notar alivio.

—Gracias, amigo.

—Me habéis salvado la vida, es lo menos que podía hacer.

Kamal se dedicó a afilar su espada con una piedra. Ayana no se apartaba de su lado, se sentía en deuda con él. Mientras permanecían sentados en el jardín le contó parte de su historia. Era una esclava sudanesa a la que los traficantes habían arrancado de su pueblo cuando tenía poco más de diez años. Pasó en Fez varios años al servicio de un importante consejero del emir Idris II. Tuvo suerte de entrar a trabajar en su casa, era un hombre culto y

refinado que se esmeró en que aprendiera cante y baile. Estas dotes la hacían más valiosa y la alejaban de los trabajos más penosos que se le podían asignar a una esclava. Cuando murió su dueño, la viuda la vendió a un comerciante cordobés. Allí la conoció su actual propietario, que estuvo dispuesto a pagar el desorbitado precio que pusieron a aquella bella esclava sudanesa que sabía bailar y cantar.

—Mi amo me tiene en consideración. Trabajo en la cocina y en sus fiestas muestro mi arte.

—¿Y qué haces aquí sola?

—La esposa está celosa. Muchas noches mi amo me llama a su alcoba. La mujer ha insistido en que me quede cuidando de la casa hasta su regreso.

—Ya, entiendo, con un poco de suerte no te encontrará aquí cuando vuelva.

Ayana asintió, presa de un profundo dolor que oprimía su pecho. A partir de aquel momento guardó silencio.

Con las primeras estrellas brillando en el cielo, Muhammad y Kamal se reunieron para subir a la torre y observar los alrededores. Ayana los esperó al pie de la construcción, apartada del resto del grupo. La vista era impresionante desde arriba. Estaban a altura suficiente como para divisar el río y a la vez los principales caminos que salían de Sevilla. Varias columnas de humo se levantaban desde la zona del alcázar. El eco lejano de hombres celebrando les llegaba empujado por el viento de la noche. Los normandos se habían instalado en la residencia del gobernador, como había previsto Muhammad. La remota posibilidad de que desistieran de instalarse en la ciudad se disolvía, como el humo de sus fogatas de victoria. Aún quedaban barrios enteros por saquear y habían podido comprobar que no existía una fuerza potente dispuesta para hacerles frente.

Por los alrededores de la muralla divisaron grupos de jinetes haciendo rondas. En el río no quedaban barcos de la flota mercantil sevillana, o habían huido remontando el río o los habían hundido los piratas. Los barcos normandos bloqueaban el paso, como enormes monstruos de madera preparados para devorar cualquier embarcación que pretendiera pasar por allí.

—Se quedan —comentó Muhammad.

—¿Lo dudabas?, ¿qué harías tú con dos mil hombres y una ciudad indefensa?

El capitán observó la ciudad, los tejados y terrazas de las viviendas, los frutales que salpicaban de verde la vista, las palmeras y cipreses, los minaretes de las mezquitas, alzándose enhiestos sobre el caserío, ganando en

altura a los campanarios que aún quedaban levantados. Luego dirigió la vista al alcázar.

—Nos moveremos hacia el noroeste. Antes del amanecer nos pondremos en marcha.

Bajaron y salieron al jardín, donde estaban los demás hombres. Les informaron de la situación y de los planes que tenían.

—No se irán hasta que hayan robado el último dírham —comentó Dushan.

—¿Has oído hablar de ellos? —preguntó Kamal.

—En mi tierra conocemos a esos piratas como vikingos. Son pueblos de pescadores, ganaderos y agricultores. La mayor parte del año la pasan en sus chozas pero con el buen tiempo organizan expediciones y salen al mar para comerciar. Entonces hay que temerles. Normalmente solo comercian, pero si se presenta la ocasión no dudan en saquear pueblos enteros. No respetan nada. Llegan a los pueblos y los arrasan. Queman, matan, violan, esclavizan,… Parece como si sus mujeres los tuvieran contenidos durante meses y luego los soltaran…

—Fueron ellos los que os esclavizaron, ¿no es así? —dijo Kamal.

—Así es, y los maldigo mil veces por ello. Vinieron a nuestro pueblo en dos ocasiones para intercambiar pieles por cereales y plata picada. La última vez que vinieron lo saquearon y a los más fuertes nos vendieron como esclavos. Pasamos un verano viviendo con ellos, hasta que nos llevaron al mercado de un puerto frisio. Nos querían para trabajar. Segamos heno para alimentar a los animales en invierno, recogimos turba, abonamos la tierra y cortamos madera. Dormíamos en una choza junto a sus perros de caza, encadenados a uno de ellos. Fue duro pero al menos sobrevivimos —su voz se endureció en aquel punto—. A mis padres y mi abuelo los mataron en el saqueo, delante nuestra. A mi hermana la violaron, también delante nuestra, y luego se la llevaron para venderla en otro mercado especializado en mujeres. La mayoría de las que se trataban allí eran llevadas por tierra hasta Venecia. Desde allí viajaban a Egipto y a otras tierras del otro extremo del mar. Solo el Omnisciente sabe dónde habrá terminado, y si estará viva ahora mismo…

Dushan calló un momento.

—Hay muchas leyendas sobre ellos, que son fuertes como osos y que quitan la vida con facilidad, como se arranca una mala hierba en el campo —comentó Muhammad—. Oí esas historias en una campaña por las tierras de los condes cristianos.

—Son buenos guerreros pero mueren como todos, lo habéis podido comprobar. Tal vez las leyendas hablen sobre los *berserkers* —Muhammad frunció el ceño, era la primera vez que oía aquella expresión—. Son unos guerreros vikingos que toman hongos antes de pelear. Son medio brujos, entran en trance y pelean como ningún otro. Son muy fieros, tienen gran fuerza y no sienten el dolor. Suelen llevar capas de piel de oso. Cada vez hay menos. Los viejos de mi pueblo decían que los propios vikingos desconfiaban de ellos porque en la pelea a veces no distinguían a amigos de enemigos.

Bogdan miraba a Dushan mientras hablaba. Sus palabras le habían traído a la memoria recuerdos que se había empeñado en olvidar. Su hermano se había pasado la vida indagando datos sobre el pueblo que los había esclavizado, pero él no quería saber nada de ellos. Aparentaba ser más duro pero en el fondo de su alma guardaba la misma herida imborrable.

Ayana observó a los dos hermanos y sintió una especial conexión con aquellos hombres que, como ella misma, habían sido sometidos al cautiverio y la esclavitud. «El mundo lo dominan los fuertes y estos se creen en el derecho de poseerlo todo, incluso la libertad de los demás», pensó. El sonido de unos ronquidos interrumpió su reflexión. Zacarías se había quedado dormido sentado, apoyado en la cerca del jardín.

—Judío, para de roncar o vas a alertar a los piratas del alcázar —le dijo un guardia al tiempo que lo zarandeaba.

Zacarías se despertó sobresaltado y vio que todos lo miraban con una sonrisa en la cara. Se levantó adormilado, se ajustó la kipá y, dando tumbos, sin decir una palabra, se retiró al interior de la vivienda para echarse en uno de los mullidos colchones.

—Será mejor que todos descansemos —dijo Muhammad.

Estableció las guardias para aquella primera noche y aconsejó que todos se retiraran a dormir. Unos siguieron al judío a las alcobas, otros prefirieron dormir en el jardín, a la intemperie. Kamal se echó sobre la hierba de un pequeño parterre. La bella sudanesa se echó a su lado, la mujer no se apartaba de su salvador, como un perro fiel que adorara a su amo. No tardó en dormirse y Kamal la observó unos instantes. Era hermosa. Tendría varios años menos que él y su cuerpo aún conservaba la firmeza y la tersura de la juventud. La piel oscura de sus brazos brillaba encendida por la luna y su pecho, generoso, se movía al ritmo de su respiración. Llevaba años sin tocar a una mujer y sintió una oleada de deseo que le subía por las piernas. Su corazón se aceleró y luchó contra aquellos impulsos que en ocasiones asediaban su férrea moral. Cerró los ojos con fuerza y aguardó a que la

erección bajara. Pensó en su esposa difunta y el dolor, ese dolor añejo y venenoso que atesoraba junto a la culpa, borró cualquier atisbo de deseo. Por fin pudo dormir envuelto en la melancolía que ocupaba sus días, como una neblina que le impedía ver el sol con claridad.

Kamal soñó con un *berserker*, tal como Dushan lo había descrito. Lo imaginó muy alto y robusto, con su piel de oso como única vestimenta y una gran hacha de dos manos con la que le lanzaba ataques. En una de sus embestidas logró acertarle en plena cara pero, justo antes de que el metal lo tocara, se despertó y abrió los ojos. Lo primero que sintió fue el tacto de la espada en la garganta, luego vio el rostro desencajado de furia del agresor. Era el guardia que había intentado forzar a Ayana. Kamal se mantuvo sereno y no se movió.

—Mátame —dijo manteniendo su mirada—. ¡Mátame! —gritó, y todos se despertaron y contemplaron la escena.

El guardia saboreó el momento, la sensación de poder. Hizo una leve presión con el arma sobre la piel del soldado pero, de pronto, sus ojos se abrieron y de su boca escapó una bocanada de sangre, que cayó sobre el rostro de Kamal. Todos vieron cómo la espada del soldado rasgaba la túnica del atacante y se alzaba a través de su cuerpo, teñida de rojo. El arma del guardia cayó por su propio peso y dejó de tocarle el cuello. El guardia fue empujado a un lado y comenzó a vomitar sangre, todavía ensartado. Se convulsionaba en el suelo con terribles estertores que anunciaban la muerte.

Kamal se puso en pie y recuperó su espada. Ayana se acercó al cuerpo moribundo y escupió sobre él varias veces. Luego se agarró del brazo de su salvador y dio gracias al Altísimo con una oración susurrada.

—¡Miradla bien! —gritó Kamal dirigiéndose a todos los presentes. Su rostro, lleno de la sangre del guardia, le confería un aspecto salvaje—. Soy su protector. Si alguien se acerca a ella lo mataré sin piedad.

El guardia murió enseguida y Kamal llevó su cuerpo a un rincón del jardín. Se lavó en la fuente mientras todo volvía a la calma y los hombres se echaban a dormir. Ayana no se apartaba de su lado, lo adoraba, se aferraba a su brazo y lo besaba con cariño. Se echaron de nuevo sobre la hierba del parterre, cerca pero sin tocarse, y pudieron dormir en paz, reconfortados con la mutua compañía.

SEGUNDO DÍA DE TORMENTA

El canto de varios gallos desde diferentes puntos de la ciudad despertó al pequeño Ghali. Salvo por este sonido y el del canto de los pájaros, todo parecía en calma, en silencio. La sed comenzaba a ser insoportable y decidió salir a beber agua antes de que fuera más tarde. Abandonó la casa del hornero y llegó a la fuente del barrio. Sació su sed y se sentó en la pila a pensar en lo que haría. Finalmente resolvió refugiarse en su mausoleo del cementerio de los alfareros. Con paso ligero se encaminó hacia la puerta Hamida. Cuando estaba cerca del alcázar lo alarmó el relincho de un caballo. Se asomó al edificio desde una esquina y vio que estaba tomado por los piratas. En los alrededores había hombres a caballo que parecían prepararse para salir. Observó sus enormes hachas, sus escudos redondos de madera con remaches, sus cascos con protección para la nariz y los ojos. Solo algunos llevaban cota de malla y pieles de animales. Muchos de ellos eran rubios y la mayoría tenía el pelo largo y trenzado. Atados en fila y apostados contra el muro exterior del alcázar había un grupo de presos. La mayoría eran mujeres y ancianos. Ghali se estremeció y comenzó a tomar conciencia del peligro al que se había estado enfrentando. La sensación de juego desapareció por completo y, con sumo cuidado, se dio la vuelta y caminó en dirección opuesta a la puerta Hamida. Volvió a pasar por la fuente y bebió más agua. Luego dirigió sus pasos hacia los barrios del norte de Sevilla, donde pensaba que tardarían más en llegar aquellos piratas de aspecto fiero.

El niño caminó a buen paso por las calles más estrechas, evitando las plazas y avenidas principales. En algunos puntos se sintió observado, advertía una silueta tras una celosía o escuchaba una respiración más fuerte de lo normal tras una ventana. Sabía que todavía quedaban sevillanos escondidos en sus casas pero no intentó unirse a ellos, el miedo los había vuelto excesivamente cautos y egoístas. Continuó su camino y buscó un refugio apropiado.

—Chico —oyó que alguien lo llamaba a sus espaldas. Ghali miró hacia atrás pero no vio a nadie—. Por aquí —una puerta se abrió y asomó una mano que lo llamaba al interior.

Se acercó con curiosidad y se asomó al interior de la vivienda. Frente a él encontró a un joven vestido a la usanza de los saqueadores, con un hacha en

la mano. Quedó paralizado en un primer momento y enseguida reaccionó y arrancó a correr.

—No, espera, ¿no ves que hablo tu misma lengua? —gritó el joven.

Ghali comprendió lo que quería decirle y detuvo la carrera. Lo observó de lejos. Aunque iba vestido como ellos, era muy delgado y no tenía el aspecto de los piratas. La ropa que usaba estaba rasgada y manchada de sangre.

—Me llamo Rasil, ¿cómo te llamas tú? —insistió.

—Ghali —contestó—. ¿Por qué vas así vestido?

—Para pasar desapercibido —echó un rápido vistazo a sus vestimentas—. Somos cinco, puedes venir con nosotros.

El niño lo miró con desconfianza. A pesar de su corta edad ya sabía mucho de las maldades de los hombres y conocía historias de algunos que embaucaban a niños como él para llevarlos a sus alcobas. Se quedó quieto, analizando la situación. Del interior de la casa salió una muchacha.

—Hola, ¿quién eres?

—Ghali —dijo de nuevo.

—Lo he visto pasar por la calle y lo he llamado, pero tiene miedo y no quiere venir con nosotros —le dijo Rasil a la muchacha en voz baja.

—Ghali, yo soy Adila. ¿Te espera alguien? —El chico negó con la cabeza y la muchacha extendió una mano con el pulgar hacia abajo—. Ven conmigo, cuidaremos de ti. La ciudad no es un lugar seguro para que vayas caminando solo por las calles.

El niño se sintió desarmado, casi hipnotizado. La presencia de la muchacha lo tranquilizaba. Aguardó unos momentos para meditar su decisión y no encontró argumentos en contra. Caminó hacia ella y agarró su mano. Cuando lo tuvo cogido, Adila lo atrajo hacia sí y lo abrazó.

—Te pillé —le dijo con tono burlón. Luego se agachó, le acarició el pelo y lo miró a la cara. Ghali estaba a su merced, lo había conquistado—. Eres un chico muy guapo. Ven, que te voy a presentar a los demás.

El niño se dejó llevar y recuperó la inocencia que la vida le había obligado a abandonar. Miró a Adila mientras caminaba a su lado. Le pareció una mujer hermosa.

—Este es Ghali y se une a nosotros —presentó la muchacha.

Todos saludaron. Fátima se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Las dos hermanas estaban encantadas con él. Marwan lo miró a la cara y escrutó su mirada viva, no había huellas del horror del saqueo.

—Chico, ¿cómo has llegado hasta aquí tú solo?

El niño les contó cómo se había escondido en la casa del hornero y lo que había visto en el alcázar esa misma mañana. Marwan se mostró especialmente interesado en esa parte de la historia. Le hizo varias preguntas y así supo que los saqueadores habían convertido el alcázar en su base de operaciones, lo que indicaba que pasarían más días en Sevilla.

—Espero que nuestro emir reaccione rápido y con contundencia. Estamos dando muy mal ejemplo dejando que unos piratas saqueen Sevilla con impunidad —comentó el joven sirio indignado.

—Seguro que se está preparando un ejército —dijo Rasil.

—Sí, no hay duda. Pero lo importante es que se haga pronto, que lleguen a tiempo de dar un escarmiento.

Rasil volvió a la guardia y el resto permaneció en el patio de la casa. Ghali se sentó y apoyó los brazos y la barbilla sobre las rodillas. Se sentía extraño, hacía muchos años que nadie se ocupaba de él. La sensación de compañía alivió su melancolía y la carga de responsabilidad que pesaba sobre sus hombros.

—¿Tienes padres? —preguntó Adila.

—Sí.

—¿Dónde están?

—Mi madre no sé dónde está. Se fue un día. Mi padre está en el paraíso.

Fátima y Adila se miraron y comprendieron que el pequeño era un huérfano abandonado por su madre. Se acercaron y se sentaron junto a él, una a cada lado, como nodrizas celosas. Ghali no las miró, estaba avergonzado pero una sonrisa afloró en su expresión. Se sentía dichoso.

Alí estaba intranquilo, no quería estar allí. Sus planes no estaban saliendo como él había previsto y observaba con cautela cada movimiento del grupo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó al líder.

—Esperaremos aquí. Si vienen los normandos huiremos por los patios.

El bereber no volvió a hablar. La admiración y el odio se enfrentaban en su conciencia y decidió esperar sin más a que se diera una oportunidad propicia para cumplir la misión que se había impuesto.

Cuando Basilio abrió los ojos lo primero que vio fue a Maryam que, sentada contra la pared, parecía rezar con los ojos cerrados. El joven pensó que estaría rezando al dios de los musulmanes. Pensó que tal vez aquel dios era más poderoso, más bondadoso, pero el pensamiento se disipó rápido. Todos los dioses eran iguales, en realidad solo había uno. Los diferentes eran los

hombres, que se empeñaban en guerrear unos contra otros para imponer una religión sobre otra. Sin embargo en aquellos momentos, con los normandos saqueando la ciudad, nada de eso importaba. Los piratas habían convertido en iguales a musulmanes y cristianos, dos pueblos que no habían dejado de agredirse desde hacía muchas décadas. Maryam rezaba, Antonio rezaba, todos los sevillanos rezaban, pero Dios parecía favorecer a los paganos. Nada tenía sentido.

Su mirada se desvió hacia las piernas de la joven y su pulso se aceleró. La imagen de su cuerpo desnudo volvió a su mente y comenzó a notar cómo algo se agitaba en su entrepierna. Maryam tendría su misma edad y lucía un cuerpo esbelto y hermoso. Observó las marcas moradas que había en sus brazos y en su cuello, señales vergonzosas del ataque brutal que había sufrido. Deseó poder abrazarla para transmitirle consuelo. En ese momento la muchacha abrió los ojos y su mirada se cruzó con la de él.

—Buenos días —se apresuró a decir Basilio, algo azorado.

Ella contestó con cortesía y salió de la alcoba cojeando. Antonio se despertó y los tres se reunieron en el huerto.

—¿Cómo estás? —preguntó Antonio.

—Me duele todo el cuerpo, tengo los músculos cansados.

—Y tu alma, ¿más tranquila?

Maryam no pudo responder con palabras. Negó con la cabeza y se echó las manos a la cara.

—Tranquila muchacha —dijo Antonio con actitud paternalista—. Necesitas tiempo pero sanarás.

Los dos hombres respetaron su dolor durante unos momentos, mientras discutían sobre lo que iban a hacer. Decidieron que saldrían de la casa y se moverían hacia el barrio más al norte de Sevilla, para alejarse del río y de los piratas.

—¿Por qué no huimos de la ciudad? —preguntó Maryam.

—Hay rondas en las murallas, nos verían enseguida —contestó Basilio.

Una sensación de encarcelamiento los invadió a los tres, que sabían que estaban encerrados en una trampa de la que no podían salir. Lo único que podían hacer era idear alguna manera de permanecer en ella sin ser descubiertos por los cazadores.

—Vamos, en marcha —ordenó el líder para disolver los pensamientos más negativos—. Con un poco de suerte se marcharán y nos dejarán tranquilos. No son conquistadores, son piratas, y tendrán que volver a su tierra con el botín. Y si no se van, vendrá el ejército del emir y los echará a patadas.

Es cuestión de días, tal vez de horas —Antonio sonrió para animar a los suyos pero el gesto no provocó el efecto deseado—. Dad gracias —dijo más secamente—. No todos han corrido nuestra misma suerte.

—No, desde luego —Maryam no pudo callar las palabras.

Antonio se sintió desarmado y guardó silencio mientras dirigía la marcha por las callejuelas. Se acordaba de los monjes muertos en Coria y de los desvalidos secuestrados, pero prefirió no mencionarlos. Una pena honda nubló su mente, que se sumió en un estado de apatía. Basilio decidió no dar gracias a Dios por estar vivo. Más bien le reprochó las muertes y violaciones que había permitido. Maryam solo rezaba, sin convicción, como un acto mecánico que mantenía su mente ocupada e impedía que afloraran de nuevo los recuerdos.

Avanzaron por las sinuosas calles que con su trazado irregular conformaban los barrios de Sevilla. Antes de torcer una de las numerosas esquinas que encontraron en su camino les llegó el sonido de una voz que hablaba con fuerza, como si diera un discurso. Luego sonó una voz distinta, femenina, que también parecía instruir a varios oyentes. Ambos hablaban en romance. Antonio detuvo la marcha y aguzó el oído.

—… el remedio de los males —comenzó a oír claramente el final de una frase—. Han huido los mahometanos y también han huido los falsos cristianos. ¿Por qué?

—No hay fe en sus corazones —respondió otra voz.

—Exacto, hermano. No hay fe en los cobardes, no hay fe en los adoradores de reliquias, en los que rezan ante ídolos y los veneran como paganos. Este es el cuerpo de Cristo, Él os salvará porque sois sus elegidos.

Siguieron oyéndose voces, pero Antonio dejó de prestar atención y se volvió hacia Basilio.

—Herejes *casianistas*.

Basilio asintió. Maryam también lo hizo. Todos conocían aquella herejía. Sus seguidores se creían santos y no se mezclaban con otros cristianos, recibían la comunión de sus propias manos y rechazaban la penitencia de los sacerdotes. Varios años antes habían sido anatematizados en el concilio de Córdoba y perseguidos por la Iglesia, pero todos sospechaban que seguía habiendo muchos *casianistas* que practicaban su herejía en la intimidad.

—¿Qué hacemos, damos un rodeo? —preguntó Basilio.

—No. Nuestro deber es ayudarles.

—¿Crees que vas a convertirlos con tus palabras? —Una mueca de ingenuidad se dibujó en su rostro.

—No hablo de convertirlos, hablo se salvar sus vidas. Si siguen gritando así no tardarán en dar con ellos.

Basilio se encogió de hombros, tal vez aquella fuera la ocasión que su amigo buscaba para redimirse, para serenar su alma turbada desde la matanza del monasterio.

Antonio respiró profundamente y torció la esquina. Basilio y Maryam lo siguieron. Se encontraron ante una placeta por la que se repartían unas quince personas. Uno de ellos, que parecía su líder, permanecía echado contra el tronco de una palmera y sostenía media hogaza de pan en las manos. Interrumpió su discurso y la concurrencia se giró hacia los tres extraños.

—¿Qué queréis?

Todos miraron con desprecio los hábitos.

—Tenéis que esconderos, los piratas están por toda la ciudad y la recorren buscando botín. Matan o secuestran a todos los que encuentran.

El líder *casianista* sonrió irónicamente y señaló a Antonio.

—Ahí lo tenéis, el buen cristiano que viene a salvarnos.

—No vengo a salvaros, vengo a informaros, aquí os encontrarán fácilmente. Nadie salvo Dios y vosotros mismos puede salvaros.

—Claro, y tú conoces los designios de Dios.

—No alcanzo a conocerlos, pero sí conozco las intenciones de esos hombres que han tomado la ciudad.

El líder del grupo intuyó que si se enzarzaba en una batalla dialéctica con el monje la perdería y su autoridad saldría herida, por lo que arremetió contra él con otro tipo de argumentos más directos.

—¡Nosotros somos los elegidos, los santos de Dios! Hemos vivido los últimos años escondidos de vosotros y ahora podemos predicar en la calle con libertad. ¿De verdad crees que Dios nos ha mandado esta invasión para castigarnos? Os castiga a vosotros, que huis como ratas. Dios ha limpiado la ciudad de impuros y nos la ha regalado. Bajo su protección estamos seguros. ¡No tenemos miedo!

Basilio tiró a Antonio de los ropajes, el sonido de los normandos se oía no muy lejos. Antonio le dio un manotazo y permaneció firme, desafiante. El *casianista* seguía gritando y sus seguidores comenzaron a insultarlos. Una piedra voló de una mano anónima e impactó en la frente de Antonio, que se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo. A esa piedra siguieron otras muchas hasta que Basilio y Maryam consiguieron arrastrar a su amigo fuera el alcance de los exaltados. Tirando de él se adentraron en los callejones del

barrio. Siguieron oyendo los gritos del grupo, que había entrado en una especie de éxtasis de fe.

Se detuvieron unos instantes a observar sus heridas. Las voces no se acercaban, los herejes se habían quedado en la placeta. La frente de Antonio sangraba pero no era nada grave. También tenía resentido el hombro derecho de una pedrada. Basilio había recibido dos piedras en las piernas, pero no le habían provocado daño alguno. Maryam salió ilesa del encontronazo. Desde donde estaban escucharon cómo los normandos se acercaban a la plaza donde los *casianistas* seguían vociferando. Echaron a correr en dirección contraria para dar un rodeo y continuar hacia el norte. Mientras corría, Antonio entonó una oración por las almas de aquellos pobres desdichados. Pasaron cerca de la placeta, por el lado opuesto, y las voces se transformaron en gritos de terror y dolor. Apretaron el paso y se alejaron del escenario del ataque. No pararon de correr hasta que los ruidos solo fueron un eco lejano. Estaban en la zona norte de la ciudad, la más alejada del punto de incursión. Buscaron una casa en la que refugiarse y Basilio propuso una lujosa, cercana al oratorio de Abd al-Rahim al Garnati. Las puertas estaban cerradas pero aquello no fue obstáculo para el joven que, con la habilidad de un gato, saltó la cerca, se coló por una ventana trasera y abrió la ventana de la fachada que daba al zaguán.

Antonio ayudó a Maryam a saltar desde la calle y Basilio la cogió en el interior de la casa. El contacto con la piel desnuda de sus piernas le produjo escalofríos. Ella se ajustó con rapidez la tela que vestía y se apartó para dejar pasar a Antonio, que ya estaba encaramado al quicio de la ventana. Ya en el zaguán les sorprendió la riqueza de la vivienda. Un tapiz que representaba el árbol de la vida daba la bienvenida justo al lado de un arco tallado en mármol blanco. Lo atravesaron y se encontraron frente a un jardín surcado por dos caminos que se cruzaban en el centro, en un espacio coronado por un pozo con un rico brocal de mármol tallado. En los cuatro parterres delimitados por los caminos había frutales y varios rosales.

—Es como el Paraíso —musitó Basilio, y enseguida se arrepintió por la comparación. Recibió la severa mirada de su amigo con estoicismo y continuó admirando el espectáculo.

Maryam se acercó al pozo y extrajo un caldero lleno de agua. Puso sus manos juntas haciendo la forma de un cuenco y cogió todo el líquido que pudo. Le pidió a Antonio que se pusiera de rodillas y lo derramó con suavidad sobre su frente. Basilio sintió celos, deseó haber recibido aquella pedrada para ser objeto de las atenciones de la muchacha. Ella repitió la operación hasta tres veces para limpiar la herida. Antonio recibía el agua con los ojos

cerrados. La imagen evocó a Basilio la escena del bautismo de Cristo. La muchacha terminó y dejó al monje arrodillado, secándose al sol de la mañana.

Entraron en la casa y admiraron los suaves colchones de lana de las alcobas, los baúles de pino con adornos dorados y, sobre todo, las alacenas de la cocina, repletas de alimentos. Había salazones, frutos secos, aceite, queso, verduras que comenzaban a estar picadas e incluso media hogaza de pan que todavía no se había puesto dura. Apenas habían comido nada en los últimos dos días y la mera contemplación de todo aquello les hizo salivar. Allí mismo, de pie en la cocina, comieron con avidez hasta encontrarse saciados. Luego bebieron el agua fresca del pozo y entraron en el salón principal. El suelo estaba cubierto de alfombras, había un estrado de madera al fondo con varios cojines de colores repartidos al azar. Paños de seda adornaban las paredes. Una gran mesa redonda presidía el espacio y pegados a los muros había dos divanes para tres comensales cada uno. También había cojines altos de cuero coloreado.

—Regalo de Dios —comentó Antonio.

«Pues Dios le hizo este regalo a un musulmán rico», pensó Basilio. El joven pensaba que era injusto que hubiera propietarios de tierras que, sin mancharse las manos de barro, vivieran rodeados de aquel lujo mientras los verdaderos trabajadores, como su familia, malvivían con sus jornales o con lo que podían extraer de sus tierras arrendadas.

Se sentaron en los divanes. Maryam prefirió echarse en la alfombra, sobre varios cojines, y en apenas unos minutos estuvo profundamente dormida. Los monjes la observaron complacidos. Su expresión se había suavizado, los músculos de su rostro se habían relajado y la huella del horror se había borrado de sus facciones.

—¿Cómo puede alguien ser capaz de hacerle daño? —dijo en voz baja Basilio.

Antonio lo observó con detenimiento, estaba absorto en la muchacha.

—Hermano, recemos.

Basilio lo miró, meditó unos instantes su respuesta y finalmente habló.

—Ahora no, Antonio, no estoy de humor.

Antonio sostuvo su mirada y finalmente se dio por vencido. Cerró los ojos y comenzó a rezar en soledad por el alma de ese joven amigo que se estaba perdiendo del camino de Dios.

Antes del amanecer Muhammad hizo levantar a todo el grupo para orar. Se reunieron en el jardín y realizaron sus abluciones en la fuente. Luego se orientaron hacia la *quibla*. El líder dedicó unas breves palabras a los caídos.

—Grandes hombres han caído por defender esta ciudad. Shafi y otros muchos héroes anónimos han entregado su vida honorablemente. Muchos ciudadanos están sufriendo las consecuencias de este ataque despiadado de los piratas del norte. Nosotros seguimos vivos por la voluntad del Altísimo. Que Él nos mantenga vivos para defender a los sevillanos y ver cómo las tropas de nuestro emir Abd al-Rahman ibn al-Hakam, que el Creador lo proteja, vienen a masacrar hasta al último de esos demonios con armas de leñador.

Todos rezaron bajo la dirección de Muhammad, que hizo de imán. Ayana lo hizo apartada del grupo de hombres, como estaba prescrito. Zacarías rezó según su rito. Se cubrió la cabeza con el *talit* que llevaba puesto normalmente sobre los hombros y se aisló para su oración. No tenía sus filacterias y era el único judío del grupo, pero rezó igualmente. Entonó leves cánticos y se meció en un suave balanceo que le ayudaba a abstraerse.

Volver a aquella rutina de la oración los reconfortó y les hizo olvidar la invasión al menos por unos momentos. Cuando terminaron, Muhammad subió la torre para observar la ciudad. Todo estaba en calma. Del alcázar se elevaban varias finas columnas de humo. Aquella era la única señal de que los normandos seguían ocupando Sevilla. Sin embargo, fuera de las murallas divisó tres grupos de hombres a caballo que se alejaban de la ciudad. «Partidas de saqueo de las alquerías», pensó con tristeza. Descendió y se reunió con los demás.

—¿Hacia dónde iremos? —preguntó uno de los guardias.

—Haremos lo más sensato, movernos hacia el norte. Quiero silencio absoluto mientras caminamos.

Los hombres comenzaron a salir de la casa. Dejaron el cuerpo sin vida del guardia que había atacado a Kamal tirado en un rincón del jardín. El capitán y su amigo, acompañado por Ayana, fueron los últimos en salir.

—¿Demonios con armas de leñador? —dijo Kamal con sorna.

—Maldito cerdo apestoso, ¡cállate!

Salieron animados por las bromas.

El grupo se movió con precaución buscando las calles más estrechas, las que les darían ventaja en caso de lucha. Dushan se encargó de hacer de avanzadilla, oteando en las esquinas para asegurarse de que no había enemigos. De esta manera llegaron a la zona norte de Sevilla, todavía intacta

salvo por los saqueos de los propios sevillanos. Pasaron cerca de la puerta de Carmona. Dushan avistó a un normando que hacía guardia sobre ella. Se alejaron de la muralla y se adentraron en el barrio.

Encontraron una modesta vivienda donde ocultarse y en ella se refugiaron. El primer turno de vigilancia le tocó a uno de los guardias del gobernador. Los restantes miembros del grupo salieron al pequeño patio y se sentaron a dejar pasar el tiempo. La casa no tenía alimentos y Muhammad decidió que aquel día lo pasarían sin comer. No quería arriesgarse a organizar una salida hasta que no fuera totalmente necesario. Los hombres de armas estaban acostumbrados a los largos ayunos pero Ayana y Zacarías comenzaban a sentir los efectos de la escasez de alimentos. Sentados unos frente a otros charlaron en voz baja para entretenerse. Bogdan miró a Zacarías y le enseñó la herida de su muñeca, cosida por el judío. Inclinando la cabeza le mostró su agradecimiento. Zacarías respondió con otra inclinación y adoptó una pose orgullosa, como si fuera una pieza fundamental del grupo.

—Tenemos que aprovechar el tiempo —dijo Muhammad mientras se levantaba y se sacudía el trasero. Cogió dos arcos sin dueño, de los guardias que habían muerto en la refriega del día anterior, y se los lanzó a Ayana y a Zacarías—. No tenéis fuerza para sostener una espada, pero puedo enseñaros a tirar con arco. Todos tenemos que ser útiles —se alejó unos pasos, cogió una tabla que había tirada en el suelo y la colocó contra la pared del fondo. Les dio flechas. Luego cogió su arco, lo cargó, lo tensó y disparó con movimientos pausados, para que les diera tiempo a observar—. Ahora vosotros.

Zacarías se puso en pie y repitió los movimientos que había visto hacer al capitán. La flecha salió disparada pero se clavó en el suelo, poco antes de llegar a la tabla. Le tocó a Ayana que, con soltura, se puso de costado, tensó su arco hasta que las plumas estuvieron a la altura de su pecho y disparó sin pestañear. Su flecha impactó con fuerza en la tabla e hizo que la de Muhammad se torciera hacia abajo. Algunos hombres rieron.

—Soy sudanesa, mi padre me enseñó a manejar el arco a los cinco años. Con diez años era capaz de derribar a un leopardo. Hacía muchos años que no tiraba, pero lo que se aprende de niña no se olvida jamás —observó el arco que tenía en las manos y lo depositó con suavidad en el suelo—. No puedes enseñarme nada.

Muhammad, divertido, le contestó.

—Pues enseña tú al judío, maestra —hizo una leve reverencia y sonrió.

Se apartó de su lado y se acercó a los hermanos eslavos, que permanecían en silencio, pensativos. Kamal comprendió su intención y se acercó también. En un instante todos los hombres salvo Zacarías, que escuchaba atentamente a la sudanesa, formaron un corrillo alrededor de los hermanos.

—Habladnos de esos vikingos —solicitó Muhammad.

—Son unos salvajes malnacidos —soltó Bogdan.

Sin mirarlo siquiera, Dushan comenzó a hablar con calma.

—Son algo más que eso. En la tierra de la que venimos los conocíamos bien —se acomodó y apoyó la espalda en el muro—. ¿Habéis visto sus barcos? —todos asintieron—. Tienen forma de monstruos para espantar a los espíritus que protegen las tierras. Los usan para sus expediciones. Creen en las fuerzas de la naturaleza y no tienen templos. Un árbol, una piedra o un manantial pueden servirles para contactar con sus dioses.

—Paganos… —murmuró con desdén uno de los oyentes.

—Tampoco tienen sacerdotes —continuó—, cualquiera conoce los ritos y puede hacer sacrificios de animales. Adoran a muchos dioses, pero sobre todo a tres: Odín, Thor y Freyr. Muchos llevan colgado del cuello un amuleto con forma de martillo que representa a Thor —los hombres escuchaban como niños ante un cuentacuentos—. Trabajan la tierra, cuidan animales, pescan y comercian como todos los pueblos del mundo. Pero cuando salen a tierra extranjera… lo mismo les da por hacer negocios que por arrasar un pueblo rico y mal defendido. No tienen miedo a la muerte, sobre todo si les llega peleando. Si mueren así pueden entrar en su paraíso. Lo llaman Asgard y allí combaten todos los días unos contra otros, a muerte. Por la noche vencedores y caídos se reúnen en un salón donde comen y beben.

—¿Ese es su paraíso? —preguntó uno de los guardias—. ¿Y dónde están las huríes?

—Os he dicho que son diferentes. Se entrenan para la batalla definitiva, la batalla del fin de los tiempos.

—¿Con quién luchan en esa batalla?

—Con gigantes.

—De modo que se pasan la vida buscando pelea para poder seguir peleando tras la muerte… —intervino Muhammad.

—Así es. Pero no os engañéis. Lo que más les gusta, por encima de todo, es la riqueza, hacer fortuna para sus herederos —comentó Dushan—, y usan cualquier artimaña para conseguirlo.

—Y si son granjeros y pescadores, ¿cuándo salen a por esas riquezas?

—Todos los años los vikingos se echan a la mar con el buen tiempo y dejan a sus mujeres al cuidado de las tierras. Se dieron cuenta de que solo con los campos no podían hacerse ricos. Su fuerza son sus barcos. Para las expediciones se juntan varios hombres y pagan a medias los gastos. Comercian con muchos puertos pero también aprovechan los viajes para conocer sitios nuevos y saquear. En el norte son muy conocidos pero no pensaba que fueran capaces de llegar hasta aquí. Se han tenido que reunir muchos vikingos para conseguir tantos barcos.

—¿Tienen un ejército permanente? —preguntó Kamal.

—Por supuesto. Todos y cada uno de los hombres son miembros de un ejército permanente. Se entrenan en sus pueblos para estar preparados para los saqueos.

—Pero no tienen cuarteles, ¿no?

—No exactamente. Sé a dónde quieres llegar, Kamal. No tienen una organización como la nuestra. Pero a su manera están organizados. Pelean cuerpo a cuerpo como salvajes, pero tienen líderes y nobles. Todo su país está compuesto por un inmenso ejército que además cuida la tierra y los animales… —Dushan apretó la boca y meditó, satisfecho con su definición —. Sí, así es exactamente.

—Es el sueño de cualquier emir —dijo Muhammad—. Eso hace imposible una invasión. Un ejército tarda días o semanas en reunirse y moverse. Si fuéramos como ellos, Sevilla habría contado con un ejército de miles de hombres preparados para la guerra. Es un planteamiento militar excelente…

Todos asintieron. Ahora conocían mejor a los normandos.

—Sí, pero ese planteamiento tan excelente es de nuestros enemigos. Por eso ellos han invadido Sevilla y los sevillanos han huido golpeándose el culo con los talones —comentó Kamal—. Ellos tienen un gran planteamiento y nosotros tenemos un gran problema.

Tras un breve silencio sonó un golpe seco.

—¡Bien! —gritó Zacarías, que había clavado su primera flecha en la tabla.

A media mañana los vikingos retomaron el saqueo. Varias patrullas se echaron a la calle para buscar tesoros escondidos. Seguros y confiados en su victoria, recorrieron sistemáticamente todas las viviendas de los barrios más cercanos al alcázar. Tras el desenfreno del primer día, se encargaron de organizarse para que no quedara una casa sin saquear. Siguieron haciendo

presos, personas sencillas que se escondían en sus viviendas esperanzadas en que no las encontrarían antes de que el emir reaccionara. Había viudas sin recursos con sus hijos pequeños, enfermos desahuciados por sus vecinos, ancianos sin fuerzas para huir y algunos hombres empeñados en no separarse de sus posesiones, aun a riesgo de perder la vida. Los normandos los ataban y los llevaban al alcázar, donde amontonaban su botín.

Los hombres iban y venían constantemente desde su punto de reunión como hormigas que acumulaban reservas para un largo invierno. Comida, joyas, tapices, sedas e incluso algunos muebles de maderas nobles eran porteados hasta los patios y salones del edificio que les servía de base. Así pasaron todo el día, sembrando la ciudad de vacío, robando las entrañas de las familias, destruyendo lo que los sevillanos habían construido con el fruto de su trabajo bajo el sol de incontables días…

Con el ocaso cesó el trajín. Habían recorrido varias calles y estaban satisfechos con lo conseguido. Los vikingos que no estaban haciendo guardia se reunieron e hicieron una gran fogata. Abrieron varios barriles de vino que habían encontrado en el almacén de una taberna cristiana y compartieron el caldo entre risas. Los ecos de sus voces y de sus cantos retumbaron en los barrios más cercanos. Los escasos imprudentes que seguían ocultándose de ellos se estremecían, cerraban los ojos y rezaban al Altísimo por una pronta liberación.

TERCER DÍA DE TORMENTA

La claridad comenzó a entrar por la ventana y difuminó las estrellas en el cielo. Alí sacó la cabeza a la calle y divisó el horizonte, por donde el sol estaba a punto de salir. Su turno estaba finalizando. Se adentró en la vivienda y salió al patio trasero, donde aún dormían sus compañeros arropados en mantas de lana que habían encontrado en la casa. La tarde había sido cálida y habían decidido dormir fuera por seguridad. Ghali, el pequeño que se les había unido el día anterior, descansaba entre las dos hermanas Fátima y Adila. Rasil respiraba profundamente, tumbado boca abajo sobre un colchón que había sacado de una de las alcobas. Marwan permanecía tumbado con la cabeza hacia arriba. Alí se detuvo a varios pasos de él. El líder del grupo dormía ajeno a su presencia. Su espada yacía a varios pies de su brazo derecho, a su alcance pero no en su mano. Alí llevaba encima el hacha normanda. Sentía el tacto liso de la madera de la empuñadura, tallada con varios signos indescifrables, y el peso del metal afilado, mellado en varios puntos. Una sensación de poder lo invadió, pensó que la vida de Marwan estaba a su merced, el vástago de la familia que les había robado la casa y la fortuna. La imagen de su madre sonriente, satisfecha, acudió a su mente para recordarle cuál era la misión que había heredado de sus antepasados. Pero enseguida apareció otra visión, la del Marwan salvador, luchando con destreza contra varios piratas para salvarle la vida. Dio un paso más y apretó el mango del hacha. En ese instante el sirio abrió los ojos y lo miró, como si presintiera el peligro. Alí le devolvió la mirada sereno.

—Ha terminado mi turno —dijo con parsimonia, procurando que no se percatara de su alteración.

Marwan bostezó y se incorporó.

—¿A quién le toca?

—A la menor de las chicas.

—Adila, está bien.

La despertaron y le dieron unas sencillas instrucciones. Los demás también se levantaron. Ghali tenía los ojos hinchados y una sonrisa dibujada en la cara, no se apartaba de Fátima, que lo había adoptado como a un hermano pequeño. La muchacha se sentía reconfortada con el chico a su lado. La muerte de su padre la atormentaba, pero sentirse responsable de las vidas

de Ghali y Adila le ayudaba a distraer la mente. Los tres hombres se reunieron para idear un plan.

—No sabemos lo que durará el saqueo y tenemos que alimentarnos —dijo Marwan. Los otros dos asintieron. El huerto de aquella vivienda no tenía ni un solo fruto. Los dueños se lo habían llevado todo, o tal vez lo habían vendido antes de partir—. Hay que salir a por alimentos, recorrer las casas. Lo mejor es que vaya uno solo de nosotros, para pasar desapercibido. ¿Qué os parece si lo sorteamos? —volvieron a asentir y el joven cogió tres ramitas del suelo—. La más pequeña pierde —las tapó con su mano y dejó sobresalir los extremos igualados. Alí fue el primero en coger una y dio con la de menor tamaño—. Tú irás, Alí. Ve con cuidado. Comienza por los patios.

El bereber suspiró y se resignó a la tarea encomendada. Saltó la tapia que separaba los patios de las casas y desapareció al instante. Rasil se ocupó en sacar agua de una minúscula alberca que la vivienda tenía bajo un tejado para los riegos de las plantas.

Marwan se acercó a Fátima y le acarició el pelo al niño.

—Ghali, ¿dónde vives?

—En el cementerio de los alfareros.

Fátima miró a los ojos al sirio, que estaba conmovido por la respuesta. Luego besó en la cabeza al chico, que no entendió el gesto. Se sentaron al sol de la mañana.

—¿Cuándo acabará todo esto? —preguntó la muchacha.

—Pronto, seguro. Si no se cansan y se marchan antes, vendrán las tropas del emir. Es cuestión de días.

Ghali los miró a ambos.

—¿Por qué no dormís juntos?

Fátima se puso colorada y miró para otro lado.

—No… —el sirio carraspeó—. Fátima y yo no estamos casados.

Marwan sintió que una extraña excitación crecía en su interior. A pesar de los ropajes, los pechos de la muchacha se destacaban como dos grandes frutas dispuestas para comer y el joven intuía un cuerpo hermoso, de formas generosas.

Rasil llegó junto a ellos con un caldero lleno de agua. Se asearon por turnos.

—¿Sois guerreros del emir? —preguntó Fátima.

Rasil rio sonoramente.

—Yo soy escudero. Él es el guerrero —señaló a su amigo y señor—. Marwan me ha instruido y estoy preparado para pelear, pero no creo que

durara mucho ante uno de esos piratas.

—Si tu vida estuviera en juego, pelearías con destreza —comentó el sirio—. No soy guerrero —se dirigió en esta ocasión a la muchacha—, aunque he guerreado. Soy miembro de una familia siria que recibió tierras y privilegios a cambio de que sus hombres siempre estuvieran dispuestos para acudir a la llamada del emir. Este año me han llamado a mí por primera vez y he tenido que participar en las campañas del norte.

—Tiene arte para la guerra —intervino Rasil con un gesto de admiración.

—Calla y no digas estupideces —dijo Marwan visiblemente irritado—. No hay arte en la guerra, la guerra es lo opuesto al arte. El arte crea, la guerra destruye. No hay nada bueno en la batalla, solo hay muerte.

Fátima estaba hipnotizada por su discurso. Rasil se mostró algo avergonzado, pero se atrevió a apostillar sus palabras.

—Amigo, lo quieras o no, tienes el don de la destreza con las armas. Llámalo así si quieres.

—Lo llamaré así —concedió para terminar con la discusión.

Rasil le palmeó el hombro para relajar la tensión. Marwan sonrió y le devolvió el gesto. La experiencia vivida durante la campaña lo seguía atormentando en los momentos de soledad y no era agradable recordarlo.

—¡Socorro! —sonó la voz de Alí tras la tapia—. ¡Socorro! —repitió.

Otra voz se oyó por encima de la suya. Emitía sonidos extraños en una lengua impronunciable.

La cabeza del muchacho asomó por encima de la tapia y tras ella todo su cuerpo, que voló un instante por los aires para caer en el patio y echar a correr.

—¡Hay piratas en las casas de atrás!

Se pusieron en pie y corrieron hacia el interior de la vivienda. Adila se les unió en la salida. Desde el zaguán escucharon la voz de un normando que había saltado al patio persiguiendo al bereber. Marwan lo miró y calculó el riesgo. El pirata voceaba para llamar a sus compañeros. Entonces el joven lo tuvo claro. Se plantó de pie en el zaguán en posición de guardia mientras el hombre corría hacia él con furia. El normando levantó su hacha con las dos manos cuando le quedaban varios pasos para llegar a su rival. En ese instante Marwan echó a correr en su dirección para no darle tiempo a descargar el golpe de su arma. Le clavó la espada hasta la empuñadura y la giró entre sus vísceras. El hacha cayó mientras su portador se despedía de la vida con los ojos desencajados. El sirio tuvo tiempo de observarlo detenidamente. Tenía el pelo largo, cogido en una trenza enmarañada. También lucía una poblada

barba. Su piel era pecosa. La ropa que vestía era sencilla, una camisa larga ceñida a la cintura por un cinturón, del que pendía una bolsa, y unos pantalones anchos de color pardo. De su cuello colgaba una tira de cuero que sujetaba un colgante con forma de martillo. A la espalda llevaba colgado un escudo redondo de madera.

Marwan sacó su espada empapada en sangre caliente y el hombre cayó de rodillas, para desplomarse contra el suelo poco después. Nuevas voces se oyeron por los alrededores y el muchacho se reunió con sus compañeros en la calle. Observó a ambos lados, escuchó los sonidos que les llegaban y tomó una decisión apresurada.

—¡Vamos!, por aquí. Seguidme en silencio.

Y los seis corrieron por las calles en busca de un refugio mejor, acosados por las temibles voces de los hombres que pretendían darles caza.

Abrigados por los estrechos callejones pudieron tomar cierta distancia del grupo de piratas. Por encima de los tejados les llegaban los ecos de los bramidos furiosos de los normandos, que seguramente ya habrían encontrado a su compañero muerto. Algunos de los perros abandonados ladraban sin descanso como respuesta al griterío. El eco se fue alejando y tuvieron la sensación de haber escapado a la muerte, que había rozado sus vestiduras en la carrera. Se detuvieron a recuperar el aliento. Las voces no se acercaban pero al otro lado del barrio escuchaban a un grupo que saqueaba las casas. Adila comenzó a sollozar, asustada, y Marwan se colocó frente a ella y le transmitió seguridad.

—No te va a pasar nada. Encontraremos un lugar seguro donde escondernos.

La muchacha dejó de sollozar pero la preocupación no se esfumó. En realidad, hasta el mismo Marwan, el líder seguro que los regía, sentía miedo de que los encontraran en la calle.

—Tenemos que alejarnos más de ellos —dijo—. Vamos más hacia el norte.

Se pusieron en marcha rodeados por los ruidos del saqueo. Fátima y Adila caminaban de puntillas para que sus pasos no sonaran sobre el empedrado de la calle. Rasil no se despegaba de su amigo y Alí avanzaba cabizbajo, sumido en pensamientos que nadie lograba adivinar.

Abrió los ojos lentamente y lo primero que vio fue el artesonado tallado de la alcoba. La ventana estaba entornada y dejaba entrar algo de claridad. Un haz

de luz penetraba en la oscuridad desde la pequeña abertura e iluminaba las minúsculas motas de polvo que flotaban en el aire de la estancia. Luego vio los tapices de vivos colores que colgaban de las paredes. La somnolencia fue desapareciendo de forma gradual, bostezó sonoramente y se estiró sobre el mullido colchón. Maryam estaba desorientada y creyó estar viviendo un sueño. De fuera le llegó el sonido de las voces de Antonio y Basilio, que charlaban en el jardín. Su mente despertó y comenzó a recordar. Como puñales, los recuerdos se le clavaron en el corazón y la devolvieron al estado melancólico en el que había estado inmersa en las últimas horas.

«Quisiera quedarme aquí, en esta alcoba, y dormir para siempre», pensó.

Se levantó y salió al encuentro del monje y su novicio. Basilio miró hacia el cielo y se tapó los ojos para que el sol no los dañara.

—Es mediodía, has dormido mucho.

Maryam se encontraba mareada y se sentó junto a ellos sin contestar. Vestía una túnica de lino teñida a rayas de color azul con bordados en las mangas y los bajos. La había encontrado en un baúl de la alcoba. Antonio le acercó pan y una porción de pescado salado para que desayunara.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

En ese momento la muchacha recordó un sueño que había tenido aquella misma noche. Estaba con sus padres en la ribera exuberante de un río, iluminada por una luz cegadora. Comían y hablaban tranquilamente.

—Sí —contestó—. Desearía no haber despertado.

Guardó silencio y masticó el pescado. Un rumor de voces se oyó a lo lejos y Maryam se puso tensa.

—Tranquila, la ciudad está llena de piratas, es normal que los oigamos —comentó Antonio para calmarla.

Terminó de comer y se colocó de cara al sol. Basilio la observó a su antojo. Estaba radiante con el vestido que había encontrado en la casa. Su cuerpo todavía estaba marcado por llagas y moratones pero eso no le importaba. Era hermosa y su aire ausente, que rozaba la arrogancia, lo tenía cautivado.

Las voces se oyeron más fuertes, los hombres se estaban acercando a aquella zona de la ciudad. Antonio y su joven amigo se miraron inquietos pero procuraron contenerse para no asustar a Maryam.

—Recemos —ordenó Antonio, y en esta ocasión Basilio le hizo caso.

Los tres se sentaron en círculo y dirigieron sus plegarias a Dios sin pronunciar palabra alguna. Los sonidos se acercaron más aun y Antonio comenzó a sudar. La mujer sollozó, intuyendo lo que iba a ocurrir.

—Huyamos —pidió con desesperación en la mirada.

—Si huimos, ¿a dónde vamos?, ¿hay algún lugar seguro en esta ciudad? Lo único que conseguiríamos es que nos encontraran en la calle. Aquí al menos tenemos una posibilidad. Reza, que Dios escucha a los justos.

Pero la muchacha estaba demasiado nerviosa como para rezar. Se puso en pie y paseó por el jardín mientras intentaba encontrar una solución. Basilio la seguía con la mirada y Antonio le reprendió su actitud.

—Reza, es la única arma con la que contamos.

Los normandos llegaron a aquella calle y enseguida se fijaron en la lujosa vivienda. Se relamieron pensando en las riquezas que podía ocultar. Dos de ellos se colocaron frente a la puerta y golpearon con sus hachas en la junta para abrir hueco. La madera era gruesa, lo que al menos los tendría ocupados durante un buen rato. Maryam se dejó dominar por el pánico y se puso a trotar por el jardín sin dirección concreta. Basilio se acercó a ella para detenerla y cuando se enfrentó a su rostro comprobó que estaba enajenada, como cuando la encontraron desnuda corriendo por la calle. La muchacha lo apartó a un lado y se dirigió a la escalera que subía a la planta superior de la vivienda. Una vez arriba buscó una ventana que diera a la calle. En lugar de eso encontró un pequeño palomar abierto por los cuatro costados. Se asomó al exterior y vio a más de veinte hombres ante la puerta de la vivienda. Los había pelirrojos con el pelo trenzado, rubios con un casco que les protegía la nariz, morenos que se aferraban a sus redondos escudos de madera pintada y remachada… pero a ella todos le parecieron iguales, todos eran unos malnacidos, como los que la habían forzado y habían secuestrado a su madre. El odio corrió por todo su cuerpo y la hizo enloquecer.

—¡Hijos de perra! ¡Malditos fetos de cerdo! —gritaba tensando al límite su garganta.

Desde abajo los hombres la observaron divertidos. Ahora tenían un motivo más para entrar en la casa. Entre ellos había uno que se destacaba por llevar una cota de malla corta y una piel de oso por encima de los hombros. Se mantuvo serio, dio una orden y el ritmo de los golpes de las hachas se aceleró.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —gritó Maryam cuando recuperó la cordura.

El que parecía el líder del grupo no paraba de mirarla y los hombres que lo rodeaban apretaban los mangos de sus armas con impaciencia.

—¡Hijos de perra! ¡Malditos fetos de cerdo!

Los gritos desesperados les llegaron con claridad. La mujer que voceaba no estaba lejos de allí. Kamal salió a la calle para identificar de dónde venían los alaridos. Todo parecía en calma, tan solo se oían golpes contra madera, tan amortiguados por los callejones que era imposible determinar su origen. Zacarías, Ayana y uno de los guardias salieron también y Kamal les indicó que se mantuvieran en silencio.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —la mujer volvió a gritar.

Todos pudieron establecer con certeza la situación de la escena hacia el oeste, a dos o tres manzanas de allí. Muhammad salió en aquel momento acompañado por el resto del grupo.

—Hay una mujer en apuros, tenemos que acudir —Kamal lo asaltó a la salida de la vivienda donde se habían ocultado.

Muhammad lo miró, tenía los ojos brillantes, ansiosos, despiertos. Supo que necesitaba intervenir, que no soportaba el dolor ajeno.

—Claro que sí, famélico perro de granja. Para eso nos hemos quedado en Sevilla —ambos se agarraron por los hombros, juntaron las frentes y apretaron fuerte como señal de amistad—. En marcha.

Los hombres cogieron sus armas y se dispusieron para el ataque. Zacarías y Ayana cogieron sus arcos y sus carcajes llenos de flechas. El judío estaba pálido, embargado por una sensación de terror que agitaba sus tripas y contraía sus músculos.

—Tranquilo, estaremos lejos del cuerpo a cuerpo —le dijo Ayana al oído, pero sus palabras no sirvieron para tranquilizarlo.

Kamal se acercó a ellos y les dio una instrucción.

—Cuando estemos en su calle buscad una casa de dos plantas, subid arriba y matad a flechazos a tantos hombres como podáis —ambos asintieron. El soldado se volvió hacia ellos de nuevo—. Apuntad bien, disparad a los piratas que estén más alejados de nosotros —añadió.

Avanzaron en dirección al ruido. Los hombres estaban nerviosos, ansiosos ante la inminente batalla. No sabían con cuántos normandos tendrían que enfrentarse y la posibilidad de encontrarse frente a un pequeño ejército de piratas los intranquilizaba. Antes de torcer la última esquina se detuvieron. Muhammad se colocó el primero. De fondo se oían los golpes contra la madera.

—¡Socorro! —volvió a gritar la mujer, y su grito se transformó en un lamento desesperado.

—Allahu akbar —dijo Muhammad antes de torcer la esquina y encarar a los asaltantes.

Sus hombres lo siguieron. En un primer momento los normandos se quedaron paralizados por la sorpresa, pero enseguida el líder gritó en su lengua y se prepararon para recibir el ataque. Los dos grupos se miraron evaluando sus fuerzas. Eran veintidós normandos contra diez sevillanos, contando a Zacarías y Ayana. Los piratas se sintieron seguros de la victoria.

Kamal señaló una puerta abierta en una modesta vivienda y Ayana comprendió. Seguida por el judío, se coló en el interior y buscó la escalera que llevaba al piso superior.

El primero en moverse fue Dushan, que apartó a un guardia para colocarse en primera línea y lanzarse sobre los vikingos. Se encaró con un fornido normando que llevaba el pecho desnudo y un casco cónico. El eslavo llevaba una espada corta de doble filo. Su oponente también usaba la espada. En el primer mandoble chocaron los metales y la espada de Dushan resbaló hasta la empuñadura de la del vikingo. Ahí dio un fuerte empujón que movió los brazos del enemigo hacia abajo. Con gesto rápido y certero levantó su espada y la lanzó contra su cuello. El hombre se tambaleó y cayó derribado, su herida se convirtió en un manantial rojo. Enseguida otro vikingo ocupó su puesto. En la calle no había espacio para más de tres combates cuerpo a cuerpo a la vez. En aquel momento peleaban Dushan, Muhammad y uno de los guardias. Kamal aguardaba impaciente su momento de entrar en la pelea.

Una flecha voló desde una azotea y fue a clavarse en el hombro de uno de los piratas. Kamal vio la figura de Ayana recargando su arco y a Zacarías junto a ella, de rodillas, intentando controlar los temblores de sus manos para cargar su primera flecha. El soldado ideó un plan y se puso a ejecutarlo. Agarró a Bogdan y a uno de los guardias y se dirigió a ellos ansioso.

—Vamos a rodear las casas y atacamos su retaguardia.

Estuvieron de acuerdo con la idea y echaron a correr en sentido contrario al de la lucha. En ese momento una segunda flecha cayó sobre el pecho de otro normando, acabando con su vida al instante.

—¡Sí!, ¡acabad con ellos!

Rasil giró la cabeza y prestó atención. Era la tercera vez que oían a aquella mujer que gritaba con todas sus fuerzas.

—Viene del otro lado —dijo señalando el conjunto de casas que tenían delante.

En aquel punto también pudieron escuchar el sonido de metales que chocaban y algún alarido sordo de alguien que perdía la vida. Entonces ya no

tuvieron dudas de que allí se estaba desarrollando un combate. Alí y las dos muchachas se mostraron inquietos. Marwan y su escudero meditaron antes de tomar una decisión. Huían de los saqueadores porque no tenían más remedio; su número hacía imposible cualquier posibilidad de victoria en un enfrentamiento. Pero si había una lucha entre sevillanos y normandos la situación era bien diferente. Su deber era intervenir ayudando a sus hermanos.

—¡Muerte! —oyeron que gritaban a su costado.

Al fondo de la calle vieron a tres guerreros que avanzaban hacia ellos con sus armas en la mano. Por instinto se pusieron en guardia, pero enseguida reaccionaron y se dieron cuenta de que eran sevillanos. Marwan cayó en la cuenta de que iban vestidos a la usanza de los normandos, lo que podía haber confundido a sus paisanos.

—¡Alto, somos amigos! Solo llevamos sus ropas.

A varios pasos de ellos Kamal hizo que se detuvieran sus compañeros. Escrutó a los dos jóvenes y luego miró a las muchachas, a Ghali y al bereber. Supo que decía la verdad y no se detuvo a pedir explicaciones.

—Malditos locos, habéis estado a punto de morir. ¡Seguidnos, necesitamos hombres!

El orgullo del sirio estuvo a punto a aflorar. En la campaña del norte había tenido el cargo de *qa'id* con mil hombres bajo su dirección y ahora recibía órdenes de un soldado con mal humor. Sin embargo, por encima de todo, Marwan era sensato. Aparcó aquel sentimiento y comprendió que la situación era crítica. Decidió seguir a los tres soldados y Rasil lo acompañó.

—Alí, protege a las chicas y al niño —ordenó.

Giraron a la derecha dos veces y se encontraron con la retaguardia de los normandos. Se abalanzaron sobre ellos y en la primera embestida cayeron tres enemigos.

—¡Ayana, para! —gritó Kamal a la sudanesa. Había matado a cuatro hombres y herido a uno. Zacarías consiguió disparar dos flechas, pero no hizo blanco en ninguna de las ocasiones.

Del otro lado había caído muerto uno de los guardias y enseguida otro ocupó su puesto. Muhammad y Dushan aguantaban, pero comenzaban a mostrarse cansados. El ataque a la retaguardia alivió la presión que estaban soportando. Las fuerzas se equilibraron pero los sevillanos contaban ahora con la ventaja de tener rodeados a sus adversarios. El líder comenzó a moverse hacia atrás para escapar, pero Marwan le cortó el paso. Movió su hacha hacia uno y otro lado haciendo retroceder al sirio, que estudiaba sus movimientos. El vikingo, describiendo un círculo con sus brazos, alzó su

hacha y la descargó sobre Marwan. El joven frenó el golpe con su espada, pero la fuerza de su agresor la lanzó contra el suelo y quedó desarmado. Estaba a su merced cuando una saeta impactó en la espalda fornida del noble vikingo. Sonó un grito desgarrador y el hombre se retorció por el dolor. Ayana, que observaba la escena, había decidido intervenir. La piel de oso y la cota de malla impidieron que la flecha lo atravesara, pero aun así la punta le hirió entre dos costillas. El hombre observó a Marwan pegado a la pared, indefenso. Tenía vía libre para huir y no se lo pensó dos veces, en esas condiciones no tardaría en caer abatido por otro de los sevillanos. Tres vikingos más aprovecharon la ocasión para salir corriendo tras su líder y los que se quedaron luchando fueron derrotados con facilidad.

La calle quedó en calma y el grupo se reunió en torno a Muhammad. Marwan fue a comprobar que sus amigos estaban bien, que los normandos en su huida no se habían topado con ellos. Los llevó al punto de reunión, donde había dejado a Rasil. El escudero estaba sentado apartado del resto y observaba su espada bañada en sangre. Había matado a su primer hombre, uno de los vikingos que habían emprendido la retirada. No se arrepentía, el hombre se había detenido para matar a Marwan aprovechando que estaba desarmado. Pero aun así había sido una experiencia turbadora. La sangre caliente todavía se derramaba del cuerpo desmadejado y Rasil lo observaba en silencio. Su amigo y señor se acercó a él.

—¿Me comprendes ahora? —le dijo. Rasil lo miró como si no entendiera su idioma—. No te preocupes, se te pasará. Gracias por salvar mi vida.

Muhammad hizo recuento. Habían muerto dos de los cuatro guardias del gobernador. Dushan atendía a su hermano, que se había sentado en el suelo con la espalda apontocada en una fachada. Estaba pálido y su rostro, desfigurado en una mueca macabra, reflejaba un intenso dolor.

—Hermano, ¿estás bien?

Bogdan no podía contestar. Se quitó la mano del estómago y mostró su herida. La sangre brotaba a borbotones, lenta pero imparable. Dushan se llevó las manos a la cara. Luego abrazó al moribundo con fuerza, como si quisiera infundirle valor. Así permaneció hasta que sintió cómo su cuerpo se quedaba fláccido y sin vida. Entonces gritó para desahogar la pena, luchando por contener sus lágrimas y no mostrar debilidad. Los vikingos le habían robado todo lo que tenía salvo la vida, y juró dedicarla a vengarse de ellos.

Maryam y los dos monjes salieron a la calle emocionados. Antonio se echó al suelo delante de sus salvadores y soltó una retahíla de bendiciones. Basilio permaneció junto a él, de pie. En un primer momento Maryam ignoró

al grupo de guerreros y se dedicó a pisotear y golpear los cuerpos inertes de los normandos que sembraban la calle. Hassan, uno de los guardias del gobernador, se dedicó a coger los objetos de valor de los muertos, sobre todo amuletos de oro y varias dagas que repartió entre los demás hombres.

Todos estaban aturdidos, no se conocían y cada cual actuaba según sus circunstancias. Los monjes daban gracias al cielo por una ayuda tan oportuna. Dushan rezaba por el alma de su hermano con el corazón encogido de tormento. Ayana se acercó alegre a Kamal, que había salido ileso del combate. Zacarías se sentía humillado por su incapacidad para disparar con el arco. Se había quedado rezagado en la azotea. Cuando bajó a la calle se quedó paralizado por la sorpresa al reconocer a los monjes con los que había hecho el camino de Coria a Sevilla el día del saqueo. Antonio y Basilio también lo reconocieron y los tres se fundieron en un abrazo. Rasil se recuperaba lentamente de su primera experiencia directa con la muerte y los demás aguardaban quietos a que alguien tomara la iniciativa.

—¡Deprisa! Tenemos que movernos —ordenó Muhammad.

Todos aceptaron al líder y se pusieron en marcha. El mortero del suelo de la calle se había manchado de rojo, los cuerpos de los muertos se amontonaban y desprendían un olor dulzón a sangre fresca. Los guerreros también estaban teñidos de su color intenso. A la cabeza del grupo caminaban Dushan e Ibn al-Rundí, uno de los dos guardias que habían sobrevivido al ataque.

—Eslavo —así se refería el guardia a los hermanos del norte—, tu hermano era un buen hombre. Pagaba sus deudas de juego y nos alegraba a todos con sus historias en las noches de fiesta. Lo siento. Yo también acabo de perder a alguien que apreciaba, a Amjad. Un buen amigo —Amjad era uno de los guardias caídos—. Vengaremos sus muertes, te lo aseguro.

A Dushan le hubiera gustado contestarle pero un nudo en la garganta le impedía hablar. Le hubiera gustado ser amable, decirle a Ibn al-Rundí que también sentía la pérdida, que Amjad era un buen hombre, aunque solo había cruzado con él dos frases, y que era cierto que Bogdan era el mejor compañero para una juerga. Le hubiera gustado darle las gracias… pero solo pudo hacer dos cosas, asentir y confirmar el deseo de venganza con el fuego que bullía en sus ojos.

Se alejaron de la escena de la pelea en dirección al este. Al pasar por la primera esquina que hacía la calle a la derecha, tres vikingos cayeron sobre los primeros del grupo. Uno de ellos hundió su hacha en el pecho de Ibn al-Rundí, que no tuvo tiempo para reaccionar. Dushan pudo oír el

desagradable sonido del esternón partiéndose, dio un salto y clavó su espada en el estómago del normando, que intentaba desencajar su hacha. Los otros dos se abalanzaron sobre él. Marwan acudió al instante pero antes de encarar la pelea el eslavo había acabado con sus dos oponentes.

—Rápido, acudirán más —dijo Muhammad.

Todos corrieron detrás de él. Oyeron algunas voces aisladas a sus espaldas pero pronto dejaron de escucharlas y se sintieron más seguros en la zona oriental de Sevilla. Estaban en el barrio donde vivían los judíos. Zacarías se adelantó para hablar con Muhammad.

—Tengo una idea. Vamos al *funduq* donde me encontraron, ya está saqueado y no despertará interés.

Al capitán le pareció buena idea y lo dejó guiar los pasos del grupo hasta allí. La puerta estaba derribada y entraron pisándola. Caminaron con cierta cautela, como si estuvieran penetrando en un recinto sagrado. Zacarías los detuvo a la entrada y se dirigió a Muhammad.

—Antes tendríamos que limpiar eso —señaló a sus espaldas, donde los cuerpos de los cinco guardias del almacén permanecían tirados en el suelo.

Así lo hicieron, los hombres ocultaron los cuerpos en una de las salas y solo entonces dejaron entrar a las mujeres y al niño. Luego levantaron la puerta y la dejaron mal apontocada en el hueco, para que los saqueadores supieran que ya había sido forzada.

—Buena decisión, judío —dijo Muhammad.

—Zacarías —corrigió.

—Disculpa, Zacarías. De momento es un buen sitio.

El comerciante se sintió satisfecho con el cumplido. Entró en la pequeña sala donde había guardado sus esteras. La mercancía seguía allí. Sonrió con ironía al pensar que por ellas había estado a punto de perder la vida en varias ocasiones. Cerró la puerta y volvió al patio con el resto, luchando por controlar su nostalgia y el recuerdo de su mujer y sus hijos. «Has sido un estúpido, como siempre. Pero aun así te quiero», imaginaba las palabras con las que Sarah le reprendería en aquella situación. Recrear sus palabras le ayudaba a soportar su ausencia, la hacía presente.

Se sentaron en el patio a descansar, a serenar sus almas agitadas. Formaron un gran círculo con sus cuerpos y se miraron unos a otros con curiosidad. Constituían un grupo heterogéneo unido por el capricho del azar. Muhammad propuso que se presentaran por turnos y él fue el primero en hablar.

—Me llamo Muhammad, soy capitán del ejército, al servicio del gobernador. Mandé a mi familia fuera y me quedé para cumplir con mi deber.

—Yo soy Marwan —era el siguiente en el círculo—. Soy miembro del *yund* sirio de Hims, *qa'id* del ejército de nuestro emir Abd al-Rahman ibn al-Hakam, el Altísimo le dé gloria. Volvía de la campaña del norte y me he encontrado la ciudad asediada —habló en tono formal. Muhammad lo miró de otra manera. A pesar de su edad, estaba ante un oficial de rango superior.

—Yo me llamo Rasil, soy su escudero y trabajo en las tierras de su familia.

—Soy Alí bin Alí, pastor. Vine a la ciudad a vender queso y me encontré la ciudad así. Me refugié en la casa de Marwan, el Justo lo colme de atenciones, y él me salvó la vida.

—Fátima —la muchacha levantó la mano—. Ella es mi hermana Adila. Iba a casarme y nuestro padre nos mandó a la casa de nuestra tía, en la alquería del mimbre, para preparar el ajuar —Marwan frunció el ceño de manera inconsciente y centró toda su atención en ella—. Nos escapamos para reunirnos con nuestra familia. Mi madre estaba en Carmona. Mi prometido huyó y no se molestó en buscarnos. Mi padre… —la voz se le quebró y dejó pasar el turno. Todos entendieron lo que había pasado.

—Yo me llamo Ghali —fue todo lo que dijo el niño, que se levantó y se sentó en el regazo de Fátima para darle consuelo.

—Lo encontramos solo en la calle. Es huérfano y vivía en el cementerio de los alfareros —comentó Adila.

—Ayana —continuó la ronda—. Esclava. Mi señor me dejó en su casa para custodiarla y ellos me encontraron allí —señaló al grupo de Muhammad.

—Kamal. Siempre he sido soldado al servicio del emir y del *walí* —fue lo único que dijo.

—Dushan, esclavo de los mares del norte.

—Hassan, esclavo del gobernador. Me quedé en Sevilla para ganarme la libertad —estaba incómodo, aquellas presentaciones le parecían un juego sin sentido.

—Maryam. Me encontraron los monjes y me salvaron —habló con la mirada perdida, evitando toparse con los ojos de los demás. Sus manos temblaban. Su ataque de ira se había esfumado.

—Zacarías. Soy comerciante. Estuve a punto de morir en Coria —miró de soslayo al monje y al novicio—. Escapé y pude regresar a Sevilla. Me quedé aquí para proteger mi mercancía y mandé a mi familia fuera.

—Yo soy Antonio y él Basilio. Somos monjes del monasterio de Coria del río. Sobrevivimos al ataque y vinimos a avisar a Sevilla —en ese momento lo reconoció Dushan, que hacía guardia en el alcázar cuando Antonio acudió para avisar al gobernador—. En la huida de Coria conocimos a Zacarías —el judío sonrió—. Después… nos vimos atrapados por los designios de Dios…

Hubo un breve silencio, interrumpido por Hassan.

—Los designios… El Altísimo es Grande, ha mandado a esos demonios del norte para limpiar Sevilla de herejes y falsos creyentes —miró con desprecio los hábitos monacales mientras hablaba. Hassan era gallego y había sido hecho esclavo de niño, con apenas cuatro años, para formar parte del botín de guerra de una aceifa. No tardó en integrarse completamente en la comunidad musulmana.

—Ahora compartimos un destino, Hassan: sobrevivir. Así que olvídate de esas tonterías —intervino tajante Muhammad. Marwan asintió a sus palabras.

Maryam se apartó de los corrillos que se formaron tras las presentaciones. Deambuló sola por el patio, observando los almacenes como si buscara algo. Se acercó al charco de sangre seca de los guardias del *funduq* y se puso en cuclillas para olerla. Basilio supo que estaba turbada, fuera de sí, y acudió a hablar con ella. Maryam lo vio acercarse y se puso en pie.

—Monje, todavía lo tengo dentro —Basilio frunció el ceño—. La leche de los piratas —lo dijo casi en un susurro, avergonzada—. Estoy sucia por dentro, necesito que me limpies —se levantó la túnica hasta que su sexo quedó al descubierto.

Basilio dio un paso atrás, espantado, pero ella le agarró la muñeca y acercó su mano a sus piernas. El joven forcejeó y se zafó del gesto. Ella desistió y dejó caer la túnica. Luego señaló la entrepierna del muchacho.

—Le tienes miedo, pero te gusta. Vamos, necesito que me limpies.

Basilio tuvo la sensación de que había perdido la cabeza y se alejó de ella. Hassan estaba a varios pasos y había observado toda la escena. Asintió lentamente y esbozó una sonrisa de satisfacción.

Maryam se acercó entonces a las hermanas Fátima y Adila.

—La paz sea con vosotras. ¿Acaso no tendréis un velo para que pueda taparme el pelo?

—Solo los que llevamos puestos —dijo Adila y se encogió de hombros a modo de disculpa.

—No pasa nada. Tampoco veo a ningún *faquí* por aquí —las muchachas sonrieron. Maryam se sentó junto a ellas. Parecía haber olvidado lo que acababa de ocurrir.

Muhammad se reunió con Marwan para organizar al grupo, establecer guardias y configurar partidas de abastecimiento. El hambre comenzaba a ser un problema. Decidieron que aquella misma noche, cuando la oscuridad dominara la ciudad, saldrían dos hombres a buscar alimentos.

Rasil se sentó al sol y se puso a inspeccionar la espada que había robado a uno de los normandos muertos. Tenía grabados unos extraños símbolos, rayas que se cruzaban, o que se tocaban en un punto.

—Son runas —dijo Dushan, que estaba a su lado. El eslavo consiguió llamar la atención del escudero y de otros cuantos hombres que se acercaron para escucharlo—. Son signos, letras que usan para hacer hechizos. Los vikingos graban las runas en amuletos o armas para darles… poderes especiales. Eso es lo que ellos creen. Yo creo que solo son muescas.

Rasil se quedó con la primera parte del discurso y miraba su espada de forma diferente, como si fuera especial.

—¿Sabes qué significan estos signos?

—No sé leerlos.

—¿Cómo viven? —preguntó Zacarías, cambiando de tema.

—Cuando nos secuestraron a mi hermano y a mí nos llevaron a un poblado pesquero con un pequeño embarcadero —al nombrar a su hermano sintió una punzada de dolor en el pecho pero procuró mantener la entereza. Siguió hablando para alejar la pena—. Nunca había visto nada igual. Vivían al pie de una alta sierra con varias montañas. Enfrente, a poca distancia, había otra cadena de montañas. El mar llegaba hasta el valle.

—¿El mar rodeado de montañas? Sería un lago, o la desembocadura de un río.

—El mar llegaba hasta allí, os lo aseguro. Era un espectáculo impresionante —sus ojos se iluminaron, como si pudiera verlo en ese momento—. Tenían pequeñas barcas de pesca y varios barcos de guerra. Había varias granjas con huertos y animales. No era un pueblo rico pero no sufrían escasez. Las mujeres parecían gobernar la casa y la granja. Imagino que estarían acostumbradas a manejarse solas por las expediciones de los hombres. Bogdan y yo pasamos varios meses viviendo con ellos. En ese tiempo algunos hombres volvieron a salir al mar y regresaron dos semanas después con cuatro presos y un botín suculento de joyas y utensilios de metal. Para esa ocasión se juntaron cerca de cuarenta vikingos —los hombres

cuchichearon—. Había en el pueblo un hombre destacado al que todos respetaban, un gobernador o algo así. Era el que los organizaba. Tenían un edificio grande, un salón donde se reunían a debatir y a hacer fiestas.

—¿Has dicho cuarenta hombres en una partida? —preguntó Hassan.

—Sí. En aquellos tiempos atacaban aldeas y pueblos pequeños del norte, incursiones rápidas con poco riesgo. Este ataque… es diferente. Tiene que haber muchos poblados metidos en esta empresa. Son ambiciosos. Las aldeas que saqueaban estaban condenadas a la pobreza, como la mía. Muchos lugares costeros se quedaron sin gente por miedo. Eso seguro que les hizo moverse hacia occidente para buscar mejores presas.

—Pueblo de piratas rastreros… —murmuró Hassan con los dientes apretados.

—Con los saqueos complementan lo que sacan de sus tierras. Esa es su forma de vida. Al menos lo era. Ahora veo más organización. Han juntado todo un ejército. Puede que pronto se den cuenta de que tienen poder para conquistar otras tierras en lugar de saquearlas.

El corrillo se quedó sin palabras. Pensaron en las palabras de Dushan y recrearon ese mundo que les describía. Se disolvieron, saciada su curiosidad.

Muhammad y Marwan comunicaron a los hombres la decisión de establecer partidas para buscar alimentos. Para la de aquella noche eran necesarios dos voluntarios. Antonio fue el primero en levantar la mano.

—No soy útil en la lucha, al menos lo seré en otras cosas —dijo.

A su ofrecimiento se unió el judío Zacarías, que compartía su punto de vista.

—Está bien —habló Muhammad—. Cuando oscurezca saldréis por separado y buscaréis alimentos en las viviendas del barrio. Procurad ser silenciosos, puede haber rondas nocturnas. No os acerquéis a la muralla. Si os cogen no habléis, no condenéis a vuestros compañeros.

Ambos asintieron y se retiraron a esperar las primeras estrellas.

Avanzó la tarde y se hicieron varios grupos en el patio del *funduq*. Marwan se acercó a los suyos y se sentó entre Fátima y Rasil. Hablaban sobre sus experiencias durante los primeros momentos del ataque, antes de encontrarse. Fátima tenía el rostro descubierto, en el caos había perdido su velo. El sirio la miró de reojo y la encontró hermosa.

—Siento lo de tu padre, el Compasivo lo tenga en el Cielo —le dijo con la mano en el pecho.

—Gracias —un fugaz giro de cabeza le ofreció la visión de sus dos ojos. Enseguida volvió a mirar hacia el frente, se sentía avergonzada.

—Siento también lo de tu prometido —el joven recalcó la última palabra. Cuando Fátima le contó su historia no le había hablado de él, la noticia fue una sorpresa.

—Ya no es mi prometido —dijo ella tajante. Se olvidó de la vergüenza y lo miró directamente a los ojos, casi desafiante—. No quiero a mi lado a un marido que huya ante los problemas, que me deje abandonada como un cobarde sin honor.

—Tal vez tenga un buen motivo para haberlo hecho —el joven intentaba tranquilizarla. Fátima negó con la cabeza.

—No hay excusa que me valga para lo que ha hecho. No solo se fue de Sevilla, sino que además no fue capaz de ir a buscarme a la alquería. Él sabía dónde estaba.

—¿Cómo se llama?

—Bashir.

—Bashir ha sido un estúpido al descuidarte —pronunció las palabras con suavidad y Fátima se estremeció por un placentero escalofrío. Apartó la mirada y se ruborizó. Marwan fijó sus ojos en ella, como si esperara una respuesta que sabía que no vendría. Entonces ella volvió a mirarlo un instante, lo suficiente para que el sirio leyera en su sonrisa las dulces palabras que callaba.

La luna salió tarde, cuando la oscuridad había invadido completamente las calles, e iluminó con su luz blanquecina los tonos azulados de la noche. Antonio y Zacarías salieron juntos pero enseguida se separaron.

Zacarías se dirigió a su propia vivienda. Caminaba por su barrio y conocía a la perfección cada recoveco y cada callejón ciego. La encontró cerrada, no la habían saqueado aún. Nada más entrar se desmoronó y lloró como un niño. Recordó a su esposa y a sus hijos. Rezó con fuerza, casi con ira, para pedir salir con vida de aquel asedio. Cuando recobró la calma entró en la tinajera y cogió todas las provisiones que pudo acarrear. «Mejor para nosotros que para esos malditos piratas», pensó. Llevaba un cesto de mimbre con un queso, un melón, dátiles, almendras y varios dulces empapados en miel. Todavía quedaban alimentos, por lo que pensó que volvería con alguno de los hombres para llevárselos al *funduq*. También cogió sus filacterias para cumplir mejor con el rito de oración. Antes de salir se sentó en el patio y respiró profundamente. Aquella era su casa, donde había formado una familia. La melancolía flotaba en el aire y lo contagiaba. Añoraba el abrazo cálido de

Sarah como si llevara años sin tenerla a su lado, las risas escandalosas de sus hijos, la vida cómoda y apacible de los viejos tiempos. Todo había cambiado, incluso si salía con vida de esa situación perdería su casa, pues la había ofrecido como garantía de un préstamo que no podría pagar. Prefirió no profundizar en esos pensamientos y decidió salir y regresar con sus compañeros. Con el cesto cargado de viandas caminó por las calles desiertas, iluminadas tenuemente por la débil luz de la luna.

Antonio se dirigió hacia el oeste, acercándose a la calle principal que conectaba la puerta Hamida con la puerta de Carmona. Entró en varias casas que tenían las puertas abiertas pero no encontró más que muebles destrozados y telas tiradas por el suelo. Las viviendas que tenían la puerta intacta eran de difícil acceso y tuvo que desistir de entrar en ellas. Junto a los baños del manzano, en pleno corazón del barrio, encontró una tapia baja que pudo saltar. Había un huerto con perales repletos de fruta. Se afanó en recoger todas las peras que calculó que podría llevar en la parte baja de su hábito y las lanzó a la calle para poder saltar la tapia de nuevo. Se encaramó al muro y se empujó con los brazos hasta la parte superior, desde donde se descolgó con un suspiro de satisfacción. Una vez en la calle se percató de que lo estaban observando, se volvió y vio a más de diez normandos armados que se dirigían a él en silencio.

—No, no… —fue lo único que pudo decir. Se echó de rodillas en el suelo y levantó los brazos al cielo, suplicante.

Los piratas lo maniataron. Comprobaron que no había nadie más al otro lado de la tapia, recogieron las peras y volvieron al alcázar con la fruta y la presa.

Zacarías regresó de su partida. Entregó el cesto y avisó a Muhammad de que había más alimentos en su casa. El propio capitán le acompañó y juntos cogieron todo lo que encontraron en la despensa del judío. En el patio amontonaron los alimentos, suficientes para calmar el hambre de todos. Decidieron esperar a que regresara Antonio para iniciar el festín pero la noche avanzó y el monje no apareció. Tener los alimentos tan cerca era un castigo cruel para todos, por lo que hicieron partes iguales y reservaron lo que le correspondía a Antonio. Comieron y muchos se echaron a dormir con la

agradable sensación de la digestión en el estómago. Basilio se quedó despierto, a la espera del retorno de su amigo. Muhammad se le acercó.

—Tranquilo muchacho, volverá. ¿Conoce bien Sevilla?

—Lo suficiente. Por eso me preocupa.

—No vale de nada preocuparse. Si no vuelve en un rato organizaremos una partida para buscarlo. Ahora descansa.

Pero Basilio estaba demasiado nervioso como para dormirse. Hassan hacía guardia en la entrada principal, observando la calle desde la ventana de un pequeño almacén adosado al muro. El joven monje decidió unirse a él para ser el primero en ver a Antonio cuando llegara. Abrió la puerta con cuidado y quedó paralizado ante la escena que contempló. Maryam estaba encorvada sobre la ventana, mientras Hassan la penetraba desde atrás agarrado a su vestido remangado por la cintura. Procuró no hacer ruido y se apartó de la puerta. Estaba consternado. Muhammad lo vio tambalearse y corrió a su lado.

—¿Estás bien chico?

—Sí —contestó, fuera de sí—. Es por Maryam. Creo que está perdiendo la cabeza, esta tarde desvariaba y ahora… Hassan está fornicando con ella ahí dentro. Hay que hacer algo —afloró desesperación.

—¿La está forzando? —Basilio negó con la cabeza—. Entonces, ¿qué quieres que haga? Es un acto libre.

—Pero ella está mal, está perdiendo la cordura.

—No soy quién para juzgarlo, ni tú. Si ella consiente a que Hassan fornique con ella, que lo haga —zanjó la cuestión.

Basilio comprendió que no había nada que hacer y se sentó en el suelo, frente a la puerta. Poco después salió Maryam y lo encaró.

—¿Qué? —Basilio no abrió la boca—. ¿Tú también quieres limpiarme? Todavía estoy sucia.

El monje arrugó la boca en un gesto de repugnancia, se levantó y se echó en el suelo, como si pretendiera dormir. Maryam se apartó a una esquina del patio. Con agua del pozo se lavó la vagina. Empezó con delicadeza pero, a medida que su mano se llenaba con el semen de Hassan, frotó cada vez con más fuerza e introdujo sus dedos dentro para terminar de sacar los restos.

—Ahora estoy más limpia, ahora estoy más limpia… —murmuraba para sí.

Basilio pasó la noche en vela, turbado por la imagen de Maryam y preocupado por Antonio, que no regresaba. Muhammad y Kamal salieron en su busca pero volvieron sin resultados.

—Puede que los normandos estén haciendo rondas nocturnas dentro de la ciudad. Estarán enfadados por nuestro ataque —comentó el capitán, que comenzaba a estar preocupado.

Basilio se echó a llorar, confuso y rabioso.

En las calles aledañas al alcázar había hombres tirados por el suelo, durmiendo y bebiendo. Había un fuerte olor a excremento de caballo y a vino. Se oían relinchos y algunas voces aisladas de hombres que reían, rompiendo el silencio de la madrugada. La partida atravesó los callejones infestados de borrachos con el preso atado. Antonio rezaba con devoción, intuyendo un fatídico final a su vida. Un hombre rubio con una larga coleta llevaba la cuerda del reo. Entraron en el alcázar por la puerta principal, donde varios normandos hacían guardia sentados en corro en el suelo de tierra. Dentro del recinto había varias fogatas casi consumidas con rescoldos humeantes, a punto de apagarse. El rubio agarró la cuerda y tiró de Antonio hacia una de las fogatas, donde un hombre permanecía sentado en una silla de tijera mientras le colocaban un emplaste de hierbas en la espalda, sobre una herida. En el suelo, a sus pies, había una cota de malla y una piel de oso. Levantó la cabeza y miró al preso que le presentaban. Lo observó con detenimiento y luego negó con la cabeza y lo despreció con un aleteo de la mano. Antonio dedujo que aquel normando había luchado contra los guerreros de Muhammad. El hombre de la coleta se lo llevó al muro donde tenían a los otros presos, casi cien personas en penosas condiciones, unidas por varias cadenas que atravesaban una serie de argollas incrustadas en la pared. Aquel era el sitio donde los hombres del gobernador de Sevilla retenían a los delincuentes antes del castigo público. Ahora servía para encadenar a presos de guerra de los piratas del norte.

La mayoría dormían, acurrucados los unos contra los otros en el suelo. A Antonio lo colocaron entre dos ancianos semidesnudos que se estremecían por el relente de la noche. El monje estaba pálido y se dejaba llevar como si estuviera hechizado, sin resistencia alguna. Lo encadenaron por las muñecas y lo dejaron allí. Entonces, cuando los normandos se alejaron, sollozó y lloró en silencio. Los ancianos parecieron despertar en ese momento y se abrazaron a él. Antonio no supo si buscaban su calor o transmitirle consuelo, pero el gesto lo conmovió y animó su llanto.

—Sálvanos Señor —suplicó al Cielo—. Líbranos de todo mal.

CUARTO DÍA DE TORMENTA

Abd al-Rahman observaba el amanecer sentado en un banco de piedra de la rauda. El viejo olivo que presidía el espacio proyectaba una abultada sombra sobre los rosales y arrayanes que había sembrados entre los mausoleos.

—Testigos inertes del esplendor del Islam en al-Andalus, la rica, la rebosante de agua… —dijo para sí, como si intentara memorizar sus propias palabras.

—Excelente comienzo para un poema —Nasr apareció detrás de las finas columnas romanas que sustentaban los panteones, como una aparición de uno de los muertos.

—Puede que lo sea —comentó distraído—. ¿Qué nuevas me traes?

—Nawar, su padre acaba de traerla para tu harén.

El emir sonrió complacido. Nawar era la última muchacha en la que se había fijado. Era la hija de un *faquí* de Málaga que se había trasladado hacía varios años a la capital. Su familia era intachable y su honra estaba intacta, preparada para que él la probara.

—Bien hecho, Nasr.

Abd al-Rahman se disponía a levantarse cuando el eunuco volvió a hablar.

—Muhammad bin Said bin Rustum está preparado para salir hacia Sevilla. Ha reunido un escuadrón de caballería y solicita tu permiso para partir.

—¿Cuántos caballeros? —el emir había mudado la expresión.

—Doscientos.

—Bueno, servirán para asentar un campamento y sofocar las partidas de saqueo. Según los espías hay grupos menores que salen a asaltar las alquerías de los alrededores —negó con la cabeza y apretó la boca—. Y del norte, ¿tienes noticias?

—Aún no, pero pronto sabremos algo. Por otra parte, las levas están funcionando aquí. Se han reunido muchos hombres armados en las afueras de Córdoba. Cada día vienen más, sobre todo *yundíes*.

—Puedo verlos en sus tiendas al otro lado del río. Hazlos esperar hasta que llegue Musa. Entonces saldrán todos juntos.

—¿Dejarás que el rebelde comande tu ejército?

—Aún no he decidido quién liderará la tropa. Hay tiempo y muchos generales válidos.

—Convendría que fuera alguien plenamente fiel a ti, que esté dispuesto a obedecerte y a complacerte, alguien que te conozca bien, para que actúe como si fueras tú mismo el que estuviera allí.

El emir miró al eunuco y adivinó sus pensamientos.

—Me retiro. Voy a ver a Nawar antes de la reunión con los visires.

Se levantó y echó a andar hacia sus estancias privadas.

—Disfrútala, señor —dijo Nasr—. No imaginas lo que me ha costado conseguírtela.

Mientras los musulmanes y el judío oraban con las primeras luces del día, Basilio permanecía apartado, con la cabeza hundida entre las rodillas. Había pasado la noche esperando a su amigo. «¿Se habrá entregado al martirio del que tanto habla?», pensaba. Miró a Maryam inconscientemente. La muchacha oraba junto a Adila, Fátima y Ayana, detrás de los hombres. En aquel momento no había señales de locura, pero él sabía que algo se había quebrado en su cabeza a raíz del ataque de los vikingos. «Somos frágiles, ¿basta algo así para que nuestra alma inmortal se tuerza?», meditaba Basilio hastiado por el desencanto.

Cuando terminó la oración Muhammad se dirigió a su amigo Kamal y lo apartó del grupo.

—¿Cómo estás, amigo?

—He pasado la noche sudando. No me gusta estar fresco, los recuerdos…

—Los fantasmas no se borran con el vino. Se te nubla la vista y no los ves, pero siguen estando ahí. Tarde o temprano tenías que encararlos, ahora es tu momento. Aprovecha la ocasión para reconciliarte con tu pasado, para aprender a vivir sin dolor y sin vino.

Los ojos de Kamal se tornaron acuosos, estaba emocionado. La coraza que cubría su alma se estaba agrietando y podía desahogarse con absoluta franqueza.

—Se me hace difícil, Muhammad. Cada hora es un martirio. Todavía me asalta el impulso de quitarme la vida. Fantaseo con contagiarme de una enfermedad mortal y desaparecer de una vez por todas, o dejarme vencer por uno de esos normandos —un telón de silencio se interpuso entre ellos—. Amigo, no temas, no podría hacerlo. Me he comprometido con ellos, y contigo. Sabes que soy obstinado, si una idea me entra en la cabeza…

—No sale ni a golpes —Muhammad sonrió y el gesto hizo que una lágrima le resbalara por la mejilla. Él también estaba emocionado—. No te anticipes al futuro, vive el presente, gana las batallas conforme vengan. Por lo pronto, vamos a salvar a esta gente —echaron un vistazo al grupo—. Después ya veremos qué nos depara el Justo para el camino.

Muhammad dejó solo a Kamal en el puesto de guardia y volvió junto a sus compañeros. Vio a Ghali, que merodeaba alrededor de Marwan haciéndole preguntas sobre su espada, y una oleada de ternura lo sacudió. Se acercó al niño y se puso de rodillas delante suya.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó. El niño lo miró desde sus profundos ojos negros y no supo qué responder—. Calculo que tienes cerca de diez años. Un buen momento para que aprendas a manejar el arco, ¿no te parece?

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Ghali, que asintió con gestos exagerados. Muhammad le puso la mano en el hombro y sonrió también. Había algo en el niño que le recordaba al hijo que llevaba buscando durante años, el que aparecía en los sueños de sus noches inquietas.

—Adelante, sígueme.

Tomó su propio arco y varias flechas, y pasó buena parte de la mañana con el pequeño enseñándole a sujetar el arma, a tensar la cuerda, a apuntar y a disparar correctamente. Ghali estaba encantado pero Muhammad lo estaba aun más.

Ayana decidió darle compañía a Kamal en la guardia. La sudanesa entró en la sala y se sentó en el suelo, frente a él.

—¿Qué te decía tu amigo?

—Cosas nuestras.

—¿Tienes familia? —Kamal negó con la cabeza y se mostró incómodo—. ¿Los has perdido?

El soldado se puso tenso, dio dos pasos hacia ella y la señaló con un dedo acusador.

—No preguntes. Si no hablo es porque no quiero hablar —mantuvo su mirada desafiante clavada en los ojos de Ayana. Ella agachó la cabeza.

—Lo siento, solo me interesaba por ti. No quería contrariarte. Ya te dejo en paz —un atisbo de orgullo moldeó sus gestos al levantarse y retirarse.

Kamal ahogó sus palabras en la garganta. «Lo siento, no te vayas», sonó en su mente, pero no salió por su boca. La cercanía de la sudanesa le transmitía una sensación cálida que le inspiraba ternura, pero aquellos sentimientos le hacían sentirse un traidor y la culpa los bloqueaba. Muhammad contempló a la mujer negra que salía de la sala de guardia con

seriedad y meneó la cabeza como si intuyera lo que había pasado. Pensó que hablaría con ella en la primera ocasión que se presentara y continuó entrenando a Ghali en el manejo del arco, como excusa para estar junto a aquel pequeño que parecía darle vida y esperanza.

La guardia avanzaba sin contratiempos. Ni siquiera se escuchaba el sonido de los saqueos. Kamal pensó que los vikingos estarían en el barrio del norte buscando a los que habían matado a sus compañeros. Le resultaba extraño aquel silencio en una ciudad que normalmente era bulliciosa y estaba llena de vida. El soldado miraba la calle desierta a través de la ventana y dejaba pasar las horas absorto en sus pensamientos.

Cerca del mediodía algo le hizo despertar de su estado de abstracción, una figura pasó por la calle, delante de él, y le provocó un sobresalto. Era un viejo barbudo tocado con un gorro de lana. Iba completamente vestido de negro y caminaba despacio, en el más absoluto silencio. Kamal fue cauto y aguardó unos instantes aguzando el oído. No había nadie más, por lo que supuso que sería un viejo errante en busca de un lugar donde esconderse. Se había quedado en Sevilla para ayudar a los ciudadanos, de modo que no se lo pensó dos veces y salió a su encuentro.

—La paz sea contigo —dijo Kamal para llamar su atención. El anciano se giró y se mantuvo quieto, a la espera—. ¿A dónde te diriges?

—Vengo del bosque, cerca de la alquería de las tres fuentes. Unos extraños la han saqueado y he venido a saber qué está pasando.

—¿No te has enterado? Unos piratas del norte han invadido Sevilla. Llevan varios días acampados en el alcázar. Todas las mañanas salen a saquear por los alrededores.

—De poco me entero. Vivo solo en una choza, en el bosque. Cada día voy a la alquería a trabajar con un carpintero. Hoy me la he encontrado arrasada y sin un alma viva. Por eso he venido.

—¿Y cómo has entrado en la ciudad?

—Por un hueco en la muralla, lo conozco desde que era un chaval.

Kamal sabía que el muro estaba en un estado penoso pero no conocía la existencia de ese hueco.

—¿No te has encontrado con ningún pirata? Hacen rondas.

—Desde lejos he visto a alguien en la muralla. Por precaución me he escondido. He esperado a que no estuviera pendiente para acercarme.

También he visto unos extraños barcos en el río. He pensado que algo no iba bien, pero nada más. Por las calles no he visto a nadie, están vacías.

—Eres un hombre afortunado, ¿cómo te llamas? Yo soy Kamal.

—Me llamo Ibn Hussain.

—Ibn Hussain… ¿el santón? —De pronto todo encajó en la mente del soldado. Ahora comprendía por qué el anciano no se había enterado de nada.

—Bueno, se puede decir que sí, así me llaman algunos.

Ibn Hussain era conocido en Sevilla. Era un hombre santo al que muchos acudían para encontrar sosiego. Conocía las plantas y numerosos remedios naturales para un sinfín de enfermedades. Su especialidad era tratar el alma a través de la meditación y de técnicas heredadas de sus maestros. El mismo Abd al-Rahim, en cuyo honor se había construido un oratorio en Sevilla, lo había acogido como discípulo. Muchas tardes alrededor de su choza se congregaban algunos adeptos para beneficiarse de sus meditaciones conjuntas y de sus charlas sobre el ser y la divinidad.

—Sígueme al interior, Ibn Hussain, aquí estarás más seguro que caminando por las calles.

El hombre lo pensó unos instantes. Podía volver a su choza y mantenerse oculto pero, aparte del riesgo que asumiría al hacer de nuevo el camino, creía que si había llegado hasta aquel grupo de supervivientes era por algún motivo especial. Decidió seguir al soldado y entrar en la alhóndiga.

El grupo recibió al santón con alegría y veneración. Todos habían oído hablar de él y se mostraron encantados de tenerlo delante. El anciano, consternado por las noticias de la invasión, quiso saber todos los detalles de lo que había ocurrido en los últimos días. Escuchó con atención el relato y comprendió por qué Kamal le había dicho que era un hombre afortunado. Muhammad le aconsejó que se quedara con ellos, había tenido mucha suerte al conseguir entrar en Sevilla sin ser descubierto pero no convenía tentar al destino dos veces, lo más sensato por el momento era permanecer allí. Ibn Hussain estuvo de acuerdo.

El anciano se presentó a todos, uno por uno, y conversó con ellos para saber algo sobre sus vidas. Sin embargo Maryam permaneció apartada durante todo el tiempo, sentada contra una de las paredes del patio. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

—Ella es Maryam —le dijo Fátima—. Ha vivido una experiencia muy fuerte y está afectada. Parece que su cabeza… —dejó la idea en el aire pero todos la entendieron—. Esta mañana parece que se ha dado cuenta y no para de llorar.

Ibn Hussain se apartó del grupo, se acercó a ella y se puso de rodillas a su lado.

—¿Qué te pasa, chiquilla?

La mujer lo miró confusa. También ella había oído hablar de él y su presencia le transmitió calma y confianza.

—No estoy bien. Se me meten ideas en la cabeza y no las puedo echar… hago cosas… —Se derrumbó de nuevo y el llanto volvió a aflorar.

—Mírame —Maryam seguía llorando—. Mírame —insistió y ella obedeció—. He visto a mucha gente como tú. No te pasa nada grave, confía en mí —una remota esperanza asomó a su mirada—. Tienes cura. Tu alma debe regirte, debe estar por encima de tu mente. Ahora mismo es al revés, tu mente domina a tu alma y eso te hace sufrir —la muchacha frunció el ceño y el santón se anticipó a su pregunta—. Medita con tesón, calla tu mente. Al principio es difícil, pero lo conseguirás —ella suspiró—. Mírame. Lo conseguirás.

Ya no lloraba, ahora estaba totalmente abstraída de su estado por las palabras del anciano. Incluso los nervios que atenazaban su estómago se calmaron.

—Gracias —susurró.

—No es un camino fácil, te lo advierto para que no te desanimes. Pero insiste y confía.

—¿Cómo se hace?

Ibn Hussain sonrió, Maryam parecía una niña asustada que pedía consejo.

—Tranquila, chiquilla. Yo te enseñaré. No es algo que se hace. Es tan sencillo como no hacer…

Basilio observó en la distancia la escena y pudo percibir cómo el rostro de Maryam se relajaba y adquiría una paz que no había visto en ella antes. Vio cómo el anciano Ibn Hussain se sentaba a su lado y ambos cerraban los ojos. De vez en cuando el santón hablaba para dar instrucciones. Parecía que rezaban, absortos, lejos de la realidad. Terminaron pronto y Maryam se abrazó a él agradecida, de nuevo con lágrimas en los ojos pero con una expresión bien diferente a la inicial. Cuando Ibn Hussain volvió con el grupo, Basilio lo asaltó y lo llevó a un apartado. Cogió los alimentos que habían reservado para Antonio y se los entregó.

—Gracias, Maryam lo necesitaba —le dijo.

—Los acepto con gratitud, hermano.

Basilio se retiró para que el hombre sabio no pudiera leer en sus ojos la pena que se lo comía por dentro al dar por perdido a su amigo. El muchacho

ni siquiera pudo ver cómo Ibn Hussain tomaba un puñado de dátiles y cedía el resto de la comida al grupo, que parecía más necesitado de alimento. Ibn Hussain se sentó junto a los demás y observó cómo se habían organizado. Acababa de llegar pero ya había sido aceptado por todos.

Cerca del mediodía, cuando estaba a punto de terminar el turno de guardia de Kamal, Muhammad dio por terminada la sesión de entrenamiento de Ghali. Le prometió que seguirían más tarde y lo dejó con las hermanas Fátima y Adila. El niño estaba encantado y relató ilusionado a las muchachas cómo el capitán le había enseñado a manejar el arco. Muhammad se acordó de su esposa y comprendió por qué tenía agriado el carácter. Ambos necesitaban tener un hijo, era la ley natural, la ley de Dios para toda la humanidad.

—Pronto será un arquero experto —dijo, y se apartó de ellos para ocuparse de otro asunto.

Ayana estaba sentada al sol. Cuando Muhammad se sentó a su lado se puso tensa.

—La paz sea contigo —saludó el hombre.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —soltó ella sin más, como si hubiera intuido el motivo del acercamiento—. Quiero ser amable y me repudia como a un perro molesto.

—Mujer, mi amigo tiene una carga en la espalda que pocos podríamos soportar —suspiró y se preparó para contar la historia. Hacía años que habían ocurrido pero todavía le costaba hablar de aquellos acontecimientos que sacudieron la vida de su amigo—. Kamal era capitán, como yo —Ayana guardó silencio y atendió a la historia—. Éramos dos jóvenes oficiales de las milicias del gobernador. Nos mandaron a una expedición de castigo a una aldea de *dhimmíes* cristianos del Aljarafe. El *comes* y sus recaudadores se habían quejado al *walí* de que los habitantes de aquel lugar se negaban a pagar los tributos. El gobernador quiso dar un castigo ejemplar, había muchas aldeas y alquerías como aquella y no quería que siguieran sus pasos. Por eso la orden fue clara: arrasar la aldea sin negociar y repoblarla después con muladíes sevillanos. Fuimos con cincuenta caballeros escogidos y caímos sobre el pueblo poco después del amanecer —Ayana estaba completamente arrobada por la narración—. Fue una sangría, el Altísimo nos perdone por lo que hicimos. Nuestras manos no se tiñeron de sangre pero dimos las órdenes precisas para que los cincuenta caballeros lo hicieran. No respetamos las vidas de nadie, ni siquiera las de las mujeres y los niños —Ayana se llevó una mano a la boca, horrorizada—. Luego quemamos la capilla cristiana y regresamos a Sevilla —Muhammad hablaba sin titubear pero su expresión

reflejaba un profundo sentimiento de arrepentimiento, de culpa, de dolor—. Un pequeño terrateniente había salido temprano para trabajar sus tierras y se salvó de la matanza. Perdió a sus cuatro hijos, a su esposa y a su madre. Como puedes imaginar, el odio lo dominó por completo y quiso seguir vivo solo para vengarse. Pagó a informadores y sobornó a guardias del gobernador hasta que supo que Kamal y yo habíamos liderado el ataque. Entonces tramó su plan. Contrató a un asesino a sueldo, un mercenario africano sin escrúpulos. Decidió comenzar por Kamal, de igual manera que podría haberse decidido por mí. Así es el destino, caprichoso e implacable —reflexionó el capitán en tono poético—. El cristiano le dio instrucciones al mercenario para que vigilara la casa de mi amigo y que la asaltara cuando él no estuviera. Tenía que matar a su esposa —Ayana no pudo contener una exclamación—. Y lo hizo así, cumplió con las órdenes. Entró en la casa y mató a la esposa de Kamal.

—Cuánta desgracia, el Creador le dé paz —la mujer estaba realmente conmovida.

—Aquí no acaba la historia. Con su esposa, Kamal también perdió a su hijo. Ella estaba embarazada —Muhammad no podía parar de hablar. Durante mucho tiempo había guardado la historia oculta en su conciencia y ahora que la había destapado sentía que se liberaba de ella con cada palabra—. Estuvo a punto de perder la cabeza. Cuando llegó a su casa sorprendió al asesino, que quiso aprovechar la ocasión para robar. Mi amigo estaba fuera de sí, no le fue difícil derrotarlo y le arrancó una confesión justo antes de matarlo con saña. No voy a turbarte, no te voy a describir cómo estaba el cuerpo del mercenario cuando lo vi. Después fue a ocuparse del cristiano. En esta ocasión yo iba con él, por su propia seguridad. El hombre se ocultaba en un refugio de pastores, a media jornada de Sevilla. El mercenario le había dicho la verdad. Mujer, era un hombre corriente, un hombre de campo. Lo interrogué personalmente y así supimos los motivos de su ataque. Nos dijo que él había perdido a su familia y que quería que nosotros viviéramos su mismo infierno. No quería matarnos, pretendía destrozarnos la vida. Kamal no se lo pensó y yo no lo retuve. Lo mató de un único espadazo en el cuello —se detuvo un instante para tomar aliento—. Enterramos a su esposa con el bebé todavía dentro de su barriga. Aquella misma noche Kamal se emborrachó en una posada cristiana por primera vez en su vida. Desde entonces ha sido un alma sin luz, sin ganas de vivir. Perdió su rango de capitán pero conservó un puesto como guardia en el alcázar por mi constante intercesión. El gobernador sabía lo que había pasado y se sentía también responsable, por eso fue indulgente con él. Ahora se está

enfrentando a otro enemigo, al vino, y parece tener su deseo controlado. Pero hay otros fantasmas más insistentes que no paran de atormentarlo —la narración de Muhammad adquirió de nuevo el tono de la poesía.

—No sabía… —fue lo único que pudo balbucear Ayana.

—Detrás de cada actitud hay una historia. He visto que has salido contrariada de la sala de guardia. Sé que estás interesada en él y sé que él te desea. Por eso te he contado su historia, para que tengas paciencia. Ambos soportamos sobre nuestras conciencias la matanza de la aldea, pero él además carga con su esposa embarazada. A duras penas sale adelante.

—Comprendo…

—Tu cercanía le vendrá bien. Por favor, no te alejes de él. No sé qué intenciones tienes, ni las que tiene él. Solo sé una cosa: si te desea hay esperanza para su alma. Algo sigue vivo en él.

—Es un gran hombre y me ha salvado de una violación.

—Lo es. Sedúcelo, conquístalo, consigue que quiera yacer contigo. Le vendrá bien tu cariño.

Aquellas últimas palabras le desvelaron a la sudanesa la verdadera intención de Muhammad, que velaba por el bienestar de su amigo. «Solo quiere que le dé placer para que se recomponga y olvide», pensó con resignación. «Soy una esclava, ¿qué iba a esperar?». Le agradeció la confianza y sonrió.

—Una cosa más, mujer. No le cuentes a nadie esta historia y si hablas con Kamal hazte de nuevas.

—No te preocupes, seré discreta.

Llegó el mediodía y Kamal fue sustituido por Hassan en la guardia. Ayana lo vio salir serio, cabizbajo, un tanto nervioso. La esclava no dudó en levantarse y buscarlo. Él se sentó en un extremo del patio, a la sombra. Ella se sentó junto a él sin mediar palabra y procuró que su brazo rozara el suyo. Kamal no se apartó.

A primera hora de la tarde Ghali se dirigió a Muhammad, que dormitaba echado en el suelo.

—¿Me puedes enseñar más?

Las palabras lo despertaron y el capitán se enfrentó a la mirada tímida del niño. Se incorporó, aún mareado por el sueño.

—Te puedo pagar —el niño extendió la palma de la mano abierta para mostrar los cinco dírhams que había conseguido como mozo de cuerda el día

de la evacuación de Sevilla.

Muhammad cogió la mano de Ghali y la cerró sobre las monedas.

—Por supuesto que te enseñaré a manejar el arco, pero guárdate esto para ti. Me daré por pagado con una sonrisa.

El niño sonrió y Muhammad se sintió dichoso. «Si todos tuviéramos su inocencia no habría batallas en las que luchar», pensó. Se puso en pie y acompañó a Ghali hasta el campo de tiro que habían improvisado, ambos contentos de estar juntos.

Marwan estaba sentado junto a su amigo. Observaba embelesado a Fátima que, ajena a las miradas, conversaba con su hermana. Rasil le dio un codazo cómplice al sirio, que despertó de su ensoñación.

—Te gusta, ¿verdad?

Marwan sonrió, no pudo mentir a su amigo. Volvió a mirarla.

—Es bonita. Y parece juiciosa.

—Desde que la vi lo pensé. Esta haría buena pareja con Marwan —ambos rieron.

—Ya sé que eres muy listo y que puedes ver donde los demás no ven… —se burló su amigo.

—El Altísimo me dio ese don, ¿qué le voy a hacer? —volvieron a reír. Rasil se puso serio antes de volver a hablar—. Acércate a ella.

—No sé… no sería prudente. Si quiero cortejarla y conocerla tendría que hablar con su familia.

—Marwan. Acaba de perder a su padre y vivimos bajo la amenaza de los piratas. Olvídate de las normas. Ese es mi consejo, si quieres aceptarlo.

El sirio vaciló y Rasil se mostró divertido. El mismo hombre al que había visto encabezar un pelotón en plena batalla y matar a enemigos con destreza, sin un leve temblor de la mano, ahora flaqueaba ante una muchacha.

—Está bien —dijo al fin—. Aceptaré tu consejo.

Marwan se levantó y caminó con paso firme hasta que estuvo a pocos pasos de Fátima y Adila.

—La paz sea con vosotras —dijo y se sentó junto a las muchachas. Le devolvieron el saludo y el joven pareció quedarse mudo. Se sintió incómodo y Adila lo percibió. No era la primera vez que estaba con ellas pero conforme se había ido interesando por Fátima su timidez había ido creciendo.

—Voy a sacar un poco de agua del pozo, tengo sed —explicó Adila antes de apartarse de ellos.

—Solo quería saber cómo estabas —dijo él—. Si estás bien atendida, si te falta comida… Hoy no va a haber partida para buscar alimentos.

—Estoy bien, gracias. Todavía me queda algo de mi ración —lo miró y le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

Marwan creyó morir y resucitar en un instante. Contempló sus labios carnosos, sus mejillas abultadas y el contorno de sus generosos senos adivinado bajo los ropajes. La deseó más que nunca. Comenzó a imaginarla desnuda y, sin esperarlo, tuvo una erección. Con disimulo levantó las rodillas para taparse la entrepierna y procuró pensar en otra cosa. Se puso colorado. Estuvo callado y en cuanto perdió la erección se levantó para retirarse con gestos torpes.

—Marwan —lo llamó Fátima—. Eres un buen hombre. Te agradezco todo lo que haces por mí.

El sirio se llevó la mano al pecho e inclinó la cabeza. El corazón le daba saltos en el pecho.

Cuando el cielo se tiñó de gris y el horizonte se incendió con el sol que se ocultaba, decenas de normandos entraron en el patio del alcázar con todo el botín que habían conseguido durante el día. Había sedas, armas, alimentos, tapices e incluso cofres con joyas de oro y plata. También trajeron animales, sobre todo gallinas y algunos corderos. Después llegó un pirata con un nuevo preso al que encadenó en la fila, un hombre cojo que caminaba apoyado en una muleta. Otros normandos se encargaron de apartar la comida y llevaron el resto al río para cargarlo en los barcos. Tras el botín introdujeron en el patio los cuerpos sin vida de sus compañeros caídos en el combate del día anterior. Habían colocado en el centro una serie de troncos y ramas formando una pira. A medida que los hombres eran puestos sobre las maderas los ánimos se caldeaban.

Antonio tenía todo el cuerpo dolorido pero no se quejó. Algunos de los presos lo habían reconocido porque estaban entre los desvalidos que había escondido en el interior de la iglesia. Conversó con los más cercanos, les intentó transmitir sosiego, pero todos estaban desanimados y no tenían ganas de escuchar falsas promesas. La mayoría eran muladíes, cristianos que se habían convertido al Islam para eludir los abusivos tributos, aunque también había algunos *dhimmíes*.

Los gritos subieron de tono a medida que avanzaba la preparación de la enorme hoguera. Eran muchos los compañeros muertos. Los normandos bebían vino de los barriles conseguidos en las tabernas. No estaban acostumbrados a su sabor pero poco les importaba.

Sentados en el suelo o deambulando sin rumbo ya se veían algunos borrachos. Antes de prender la pira se reunió un grupo de arqueros que, exaltados, salieron del alcázar y dispararon flechas incendiadas contra el tejado de la mezquita mayor. Las flechas resbalaban en las tejas y caían al suelo sin provocar daño alguno. Hubo cierto revuelo, el orgullo de los normandos parecía herido por la resistencia del edificio. Tomaron la decisión de trasladar la pira al interior de la mezquita y enseguida se movilizaron decenas de hombres. No tardaron en tenerla montada en la nave de oración de «la Sagrada». Colocaron los troncos simulando la silueta de un barco visto desde arriba, los prendieron y alimentaron el fuego con las esteras que se repartían por el suelo. Desde el patio del alcázar los presos contemplaron los hilos de humo que se filtraban por el tejado y ascendían hasta difuminarse en el aire. Algunos lloraron de impotencia al ver el símbolo de su fe dañado de forma tan vil. El fuego chamuscó el armazón del tejado por varios puntos pero no llegó a dañarlo seriamente. Cuando los normandos regresaron al alcázar, tras dar su despedida a los compañeros caídos, no había ni uno sobrio. Algunos se acercaron a los presos para lanzarles insultos en esa lengua que sonaba a truenos. Otros forzaron a algunas mujeres, especialmente a una de edad media, la más atractiva, que lloraba desconsolada y se dejaba penetrar, sin duda acostumbrada al abuso de aquellos hombres. Los reos más mayores apretaban los puños añorando las fuerzas perdidas de la juventud. Antonio apartó la mirada y rezó, era lo único que podía hacer en aquellas circunstancias.

—Que terminen ya, Dios mío —repetía una y otra vez, pero los lamentos de las mujeres lo desconcentraban y le impedían comunicarse con esa divinidad que había puesto aquella prueba tan dura a sus hijos—. San Lorenzo murió asado en la parrilla. Esto debe tener algún sentido —murmuraba con los ojos cerrados para convencerse de que Dios era justo.

La mujer empezó a sangrar y pararon la violación. Cinco hombres la habían forzado. Lloraba sin parar y aullaba de dolor. Los borrachos decidieron dejar a las mujeres y siguieron bebiendo el vino de los cristianos sevillanos. Antonio distinguió entre el jolgorio a cuatro guerreros que llevaban el pecho descubierto y una piel de oso a la espalda, a modo de capa. Se apartaron en un corrillo, a varios pasos de los presos, y compartieron pedazos de algo que el monje no pudo distinguir a la perfección, pero que le parecieron setas. Luego se perdieron, salieron del alcázar con sus hachas para recorrer las calles solitarias de la ciudad.

«Será una ronda nocturna», pensó Antonio.

La mujer violada seguía sangrando. El dolor se había calmado y dejó de lamentarse. Ahora miraba cómo escapaba el fluido rojo a través de su vagina.

—Presiona con tu ropa para cortar la hemorragia.

Ella volvió la cabeza y le mostró una mirada sin esperanza, una mirada perdida en los jardines del paraíso. Antonio la miró fijamente y le pareció reconocer ese destello, aquellos ojos sin luz e incluso algunos de sus rasgos faciales.

—¿Tienes una hija?

Por un momento la mujer despertó y se incorporó para asomarse entre el resto de presos y contemplar al hombre que le hablaba.

—Sí, tengo una hija.

—¿Cómo se llama?

—Dímelo tú —dijo, intuyendo que el monje la había conocido.

—Maryam.

La mujer rompió a llorar.

—¿Cómo está? —pudo pronunciar entre sollozos.

—Bien, está bien cuidada por un grupo de guerreros.

De nuevo llanto, esta vez de desahogo.

—Gracias a Dios, gracias a Dios… —pronunció en romance, reminiscencias de su pasado.

—Alabado sea —contestó Antonio emocionado.

La madre de Maryam presionó su vagina con sus ropajes hechos hilachos pero la hemorragia era interna y continuó sangrando. Lentamente, como una vela que se consume, la mujer fue perdiendo las fuerzas y sintió a la muerte al acecho de su cuerpo maltratado.

—Monje, dile que la quiero, que sea fuerte.

—Lo haré, hermana, no te preocupes —tenía un nudo en la garganta que le dificultaba respirar y hablar.

La mujer aguantó un buen rato antes soltar el último soplo de vida, que escapó de su boca como un suspiro de reproche contra su funesto destino.

QUINTO DÍA DE TORMENTA

Tras la primera oración el grupo desayunó con lo poco que les quedaba de las raciones asignadas. Estaban tranquilos, pasaban las horas sin sobresaltos y pensaban que las tropas del emir estarían a punto de llegar para liberar a Sevilla del asedio. Hasta el momento habían conseguido pasar desapercibidos a los grupos de saqueo de los piratas. Muhammad y Marwan se reunieron y decidieron que esa noche habría una salida para conseguir más alimentos. Los elegidos también irían a la torre de la casa del comerciante para comprobar que los normandos seguían en la ciudad.

Ibn Hussain meditaba en una esquina del patio y Maryam lo acompañaba. La muchacha estaba avergonzada por lo que había hecho, se apartaba del resto y se encerraba en el mutismo. El miedo la acechaba, un miedo terrible a perder la cabeza que le provocaba ansiedad. El ataque que había sufrido había dañado su alma dejándola desequilibrada, sin rumbo, como un bote sin remos en un día de tormenta. Solo las certeras palabras del viejo sabio lograban calmarla. Él procuraba estar a su lado para darle sosiego. Se había integrado perfectamente en el grupo y había comprendido que su misión era ayudarles a superar los golpes que habían recibido.

Cuando terminaron, Marwan se acercó a Ibn Hussain para conversar con él. El joven sentía que la semilla del misticismo estaba germinando en su interior, aquel camino de perfección y plenitud lo llamaba poderosamente. Había tenido contacto con las obras de algunos hombres santos y en Córdoba, a la vuelta de la campaña del emir, había tenido la oportunidad de conocer a un grupo de ellos. Sus ideas le calaban, como el agua en la tierra seca y agrietada.

—La paz sea contigo. Me alegra que estés con nosotros —el anciano sonrió como respuesta. Una ciudad desierta y un grupo de supervivientes escondidos en una alhóndiga no era lo que esperaba encontrar cuando viajó a Sevilla, pero aceptaba las circunstancias y estaba agradecido por estar vivo—. Conociste a Abd al-Rahim, ¿verdad?

—Me acogió como discípulo cuando era un crío huérfano y sin familia. Pero seguía siendo un niño cuando murió.

—¿Cómo era?

Ibn Hussain meditó su respuesta.

—Un hombre en armonía. Rezumaba paz. Había conseguido dominar a la mente y vivía consciente.

—¿Qué aprendiste de él?

—Lo principal, que no hay un único camino hacia la divinidad. Dios está dentro de nosotros y cada uno tiene sus propios métodos para llegar a él.

Marwan permaneció en silencio unos instantes, sorprendido por la respuesta.

—Eres un hombre sabio.

—El saber, como Dios, también está en nosotros. Estoy seguro de que mis palabras resuenan en tu interior. Solo tenemos que aquietar los pensamientos y dejar hablar al fragmento de Dios que llevamos dentro. En Él no hay dolor, ni duda, ni culpa, ni miedo. Consigue residir en él y serás plenamente feliz —el joven asentía a sus palabras.

—¿Cómo se consigue eso?

—Renuncia a la búsqueda exterior. Dios no está fuera. Dedícate a la meditación, a la abstracción, a la reflexión. Huye de lo mundano, de las ilusiones y ambiciones que crea nuestra mente —señaló a Maryam—. Ahí tienes una prueba de lo que puede hacer una cabeza.

—Eso es difícil, necesitamos vivir, alimentarnos,…

—No he dicho que renuncies a la vida. Yo trabajo en el taller de un carpintero para poder alimentarme y vestirme. La vida es un regalo y nos sirve para experimentar y aprender. A veces sufrimos, a veces disfrutamos, todo es parte del regalo y nos ayuda a crecer —hizo una breve pausa para que asimilara sus palabras—. Todo tiene un sentido, incluso la invasión que padecemos —Marwan parecía no comprender—. En el momento no logramos comprenderlo pero con el paso del tiempo, si miramos hacia atrás, nos damos cuenta de que todo, bueno y malo, nos ha enseñado algo y ha cumplido su función.

—Cuesta creer que el saqueo forme parte de un plan divino.

—Pues así es, algún día lo verás con claridad. Puede incluso que agradezcas a los piratas el papel que han desarrollado en tu vida —el joven intentaba vislumbrar lo que intentaba decirle, pero todavía le resultaba demasiado complicado aceptar y agradecer la invasión normanda. Aun así, estaba encantado con la conversación.

—Podría pasar un día entero escuchándote —dijo de pronto el sirio. En apenas unos momentos aquel viejo le había revelado la clave de la verdadera felicidad con afirmaciones sencillas pero contundentes.

Ibn Hussain sonrió.

—Sé que todo esto no es nuevo para ti.

—No, en Córdoba tuve contacto con un grupo…

—No me refiero a eso —lo interrumpió en tono enigmático—. Cuando quieras ven a verme. Mi casa está abierta a las personas que buscan la verdad.

El grupo pasó el día en calma. Los normandos seguían sin aparecer por el barrio y cada cual pasaba las horas como mejor podía. Dushan se mostraba hosco. La ira y el dolor se habían instalado en su corazón. La pérdida de su hermano había terminado de marcar su alma herida. Hassan pasó buena parte del día dormitando en el interior de uno de los almacenes del *funduq*. Intentó acercarse a Maryam, confiado en que la muchacha querría que la penetrara otra vez, pero ella lo rechazó enérgicamente. La presencia de Kamal lo disuadió de insistir, el soldado ya había dejado claro que no permitiría ningún abuso sobre una mujer. Basilio lloraba a su amigo perdido. No rezaba pero hablaba con Dios a su manera para pedir por él y por Maryam. Se había implicado con la muchacha, a la que había visto descender a los infiernos y reflotar cuando estaba a punto de hundirse. Ayana seguía siendo la sombra de Kamal. Apenas le hablaba pero procuraba estar a su lado y transmitirle su cariño. Desde que conocía su historia se mostró paciente y comprensiva. Él la aceptaba pero mantenía cierta distancia, la culpa lo visitaba cada vez que se sorprendía admirando sus formas, o sus piernas morenas y fibrosas. Muhammad le dedicó su atención a Ghali. El chico escuchaba ensimismado las historias de batallas que el capitán le contaba. Había encontrado un héroe al que admirar y, con un palo torcido y nudoso, jugaba a imitarlo derribando enemigos imaginarios. Zacarías practicó durante horas con el arco, obsesionado con la idea de ser útil si se presentaba una nueva lucha. Marwan pasó buena parte del día con las hermanas Fátima y Adila. Las muchachas estaban apenadas, la imagen del padre muerto las atormentaba por las noches. El sirio las distraía conversando sobre temas tan diversos como las tierras que su familia poseía en el Aljarafe, las maravillas que había contemplado en Córdoba o las recetas de cordero que preparaba su madre. Ellas agradecían su atención y se dejaban llevar por la charla para alejar los malos recuerdos. Rasil se entretuvo tallando en un tronco de leña un versículo del Corán. Alí no encontró más ocupación que pasear por el patio y recorrer los almacenes en busca de algo de valor. El bereber estaba incómodo con la situación y a veces se planteaba qué hacía realmente allí. Sus intenciones de recuperar los bienes de su familia parecían un sueño lejano, perdido en aquella odisea en la que se

había visto embarcado sin pretenderlo. Para él Marwan seguía siendo una figura dual, el hombre que lo había salvado, por una parte, y el descendiente de los usurpadores que habían robado a los suyos sus propiedades, por otra. Todo se había complicado pero, si el sirio moría, todavía había esperanzas. Podría esconderse en la casa de las rosas y esperar el retorno de los propietarios para matarlos. Todos culparían a los normandos y él podría reclamar la propiedad en base a la primera cesión. Era difícil pero, por primera vez en décadas, posible.

Al atardecer, Muhammad y Marwan se reunieron para organizar la partida. Con la desaparición de Antonio la situación había cambiado. El riesgo era elevado, por lo que tendría que salir alguien con experiencia militar. Kamal se ofreció al instante. Decidieron que saldría solo y que se encargaría de localizar viviendas con alimentos y de acudir a la casa del rico comerciante para subir a su torre y otear los alrededores.

Aquella noche bajó la temperatura y el grupo, salvo Muhammad que estaba de guardia, se reunió en un almacén.

—Sirio, háblanos del norte —solicitó Dushan, cansado de contar historias sobre los normandos.

Marwan se incorporó.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que sepas.

—No sé mucho. Solo he participado en una aceifa. Os puedo hablar de ella —el eslavo asintió, solo quería escuchar un relato para distraer la mente. Los demás estaban en silencio, aburridos por el encierro—. Ya sabéis que Musa ibn Musa se había rebelado contra el emir y se había aliado con su pariente Garsiya, un príncipe vascón. Nuestro emir Abd al-Rahman, que el Altísimo lo proteja de todo mal, envió en primavera una aceifa contra ellos, la tercera ya. Me llamaron a filas para que participara en representación de mi familia. Fui como *qa'id*, con Rasil como escudero —Fátima escuchaba con especial atención—. Al principio todo fue camaradería, charlas entre oficiales, noches en tiendas de campaña e historias contadas alrededor de las fogatas. Avanzamos por las tierras del emir sin ningún percance. Llegamos a Tudela. Musa ibn Musa se había hecho fuerte allí y los generales decidieron sitiarla. Conseguimos la rendición del rebelde sin apenas derramar sangre. Nuestra superioridad era evidente y la obstinación solo podía obtener como respuesta una matanza.

—Así que Musa se ha sometido otra vez —comentó Kamal con aire distraído.

—Así es, por ahora —algunos de los presentes sonrieron. No era la primera vez que Musa volvía a la obediencia del emir—. La aceifa necesitaba botín y continuamos hasta Pamplona. Allí nos esperaba Garsiya con una hueste cristiana de vascones, astures, gente de los castillos e incluso gallegos. Peleamos con fiereza y vencimos.

—Mató a más de diez cristianos él solo —comentó Rasil con orgullo de amigo— y consiguió la cota de malla de un conde.

Marwan lo miró con fastidio, no le gustaba presumir y mucho menos de los hombres que había matado.

—Murieron muchos hombres, muchos niños quedaron sin padre. Muchas mujeres enviudaron y fueron violadas por los asesinos de sus maridos —todos quedaron estupefactos—. Eso nadie lo cuenta, los historiadores dicen: la aceifa del emir ha vencido a los politeístas. Pero no entran en detalles, no cuentan la saña de las tropas en las ciudades y pueblos, el deshonor de la muerte, la falta de escrúpulos de los guerreros cuando están lejos de sus casas… —Ibn Hussain sonrió complacido—. En la batalla procuré ser valiente y diestro para la gloria de nuestro emir. Conduje a mis hombres con determinación, sin temer por mi vida. Como ha dicho Rasil, maté a muchos hombres y peleé en primera línea. Soldado contra soldado solo piensas en salvarte y salvar a tus compañeros. Pero luego… luego te viene el infierno —Fátima tenía los ojos al borde del llanto—. Los vencedores abusan de su victoria y los vencidos sufren su ira. ¿Qué culpa tenían las mujeres y los niños?, ¿eligieron ellos la guerra?

—El botín es parte de la guerra —intervino Hassan—. Si no hubiera botín no habría aceifas. ¿Crees que la paga de un mercenario es suficiente para arrastrarlo lejos de su casa a pelear? Eres un iluso si lo piensas —el asedio había hecho iguales a los hombres y el guardia hablaba con total franqueza al *qa'id*.

—Si es verdad lo que dices —comenzó a decir Ibn Hussain—, si es cierto que si no hubiera botín no habría aceifas, maldigo los botines para que desaparezcan de este mundo —Hassan no se atrevió a replicar—. ¿Quién tiene derecho a arrebatar la vida?, ¿quién tiene derecho a saquear, violar o robar lo que no es suyo? ¿Acaso crees que los normandos tienen derecho a hacerlo aquí?

Las últimas palabras del sabio pesaron sobre las conciencias de los presentes. Era la historia de los hombres: batallar y enfrentarse en guerras interminables para destacar los unos sobre los otros.

—¿Cómo son los reinos del norte y sus gentes? —preguntó Basilio, cambiando de tema cuando el silencio comenzó a ser incómodo.

—Son pobres, rudos, obstinados —respondió Marwan—. Tienen poco, pero hay algo que les sobra: paciencia y ambición. Los cristianos del norte creen que tienen una misión divina por la cual pelearán hasta la muerte.

—¿Y no tenemos nosotros también esa misión, no debemos llevar el Islam a todos los rincones del mundo? —comentó con ironía Hassan.

—Exacto, ahí es donde reside el problema —el joven sirio se exaltó, como si hubiera encontrado el argumento certero para derribar a su oponente —. Ambos bandos tenemos el convencimiento de que el Altísimo nos prefiere. Por eso nunca habrá paz entre nosotros hasta que uno aniquile al otro. No hay frontera posible que nos mantenga quietos.

—Los aniquilaremos, entonces —se limitó a decir Hassan—. Vascones, astures, gallegos, francos, navarros… no son más que moscas en el culo de Córdoba. Basta un movimiento del rabo para espantarlos —añadió mientras miraba desafiante a Basilio.

—Haya paz —intervino de nuevo Ibn Hussain—. Ahora y aquí musulmanes, judíos y cristianos están unidos por una causa común: mantenerse con vida.

—Cierto —concedió Hassan—. Pero ya veremos qué pasa con los cristianos cuando acabemos con los normandos.

Basilio se estremeció. Los cristianos llevaban años sufriendo los impuestos, los insultos y las demás vejaciones que los árabes y los muladíes les infligían, pero la sangre no había llegado a correr por las calles. La actitud del guardia representaba a la de muchos otros que estaban cansados de convivir con los cristianos. «Dios quiera que no llegue el día en que añoremos los impuestos y los insultos», pensó para sí Basilio, augurando tiempos peores.

Con la noche los normandos, agotados por la fiesta del día anterior, se echaron a descansar. Antonio tenía frío y no conseguía pegar ojo. En el centro del patio vio reunirse a cuatro guerreros. Destacaban sobre el resto por su corpulencia. Se cubrían la espalda con una piel de oso y llevaban el torso al aire. Pensó que serían los mismos de la noche anterior. Se sentaron en el suelo y compartieron una comida. El monje intuyó que serían los mismos hongos que les había visto comer antes. Permanecieron en silencio unos instantes y

luego se pusieron en pie y salieron caminando con parsimonia por la puerta principal del alcázar.

El patio quedó desierto. Los hombres se echaron a dormir en el interior de los edificios, en los cuarteles y en las estancias de la residencia del gobernador. En la paz de la noche Antonio encontró un momento de sosiego. El cielo estaba plagado de estrellas, tanto que daba vértigo mirarlo. Se sintió pequeño, sometido a la voluntad de un dios inalcanzable e incomprensible, cuyos designios se ocultaban a la razón.

—¿Qué pretendes con esto? ¿Es este mi martirio, mi sacrificio?

No obtuvo respuesta. El anciano que tenía al lado se estremeció por un escalofrío y siguió durmiendo. Antonio se acordó de sus hermanos muertos y rezó por ellos. Un atisbo de furia se instaló en su corazón.

—¿Era necesario?

Enseguida se retracto y pidió perdón, acosado por la culpa. «Ni siquiera en la parrilla dudó San Lorenzo», se repitió en voz baja.

En una de las ventanas de la residencia del *walí* vio luz. Se escuchó cierto jolgorio. Un perro ladró varias calles más abajo y otros dos lo siguieron animados. Por fin llegó el sueño, a pesar del frío, y Antonio pudo descansar sobre la piedra helada.

Kamal salió arropado por las sombras con un cesto en una mano y su espada en la otra. Recorrió los estrechos callejones del barrio siguiendo su intuición. Una gran palmera asomaba por encima de una tapia. El árbol llamó su atención y saltó para contemplar lo que había al otro lado. Había un huerto modesto pero con varios frutales, una higuera con los últimos frutos de la temporada y tres granados repletos de granadas rajadas y abiertas, listas para comer. Tomó nota mental del sitio y se alejó en busca de la casa del comerciante. La ciudad estaba en calma, ni un solo ruido alteraba el silencio espeso que había caído sobre ella. Una brisa fresca corría por las calles y golpeaba su pecho.

Encontró la casa con varios destrozos, por lo que supuso que los normandos ya habían estado allí. La enorme higuera que había en el jardín no tenía frutos. Subió a la torre y oteó el horizonte. Lo primero que vio fueron los barcos. Los normandos seguían en la ciudad. Luego miró los campos que rodeaban a Sevilla. No había movimiento de caballeros. Contempló las estrellas e imaginó que su esposa muerta estaba allá arriba, con el bebé que

esperaban en brazos. Una punzada de dolor oprimió su pecho. Su recuerdo seguía vivo e impregnaba sus días de melancolía.

—No puedo vivir sin ti —susurró, y la brisa nocturna le arrebató las palabras de la boca. Se sintió extrañamente reconfortado, reconciliado consigo mismo, como si realmente ella estuviera allí para insistirle en que su sufrimiento era innecesario.

Cuando se disponía a marcharse, en la distancia, por el noreste, divisó una mancha blanquecina que parecía humo. Centró su atención en aquel punto y contempló lo que parecía un pequeño campamento. No cabía duda, los hombres del emir habían empezado a llegar a la zona, había esperanza para todos…

Una letanía de cánticos alertó a Muhammad. Eran voces que cantaban en una lengua desconocida. El capitán se asomó por la ventana, no pudo ver nada pero escuchó con más claridad las voces. Eran normandos que rondaban por el barrio y hacían alarde de su presencia, como si quisieran provocar a los sevillanos que permanecían ocultos. Distinguió dos voces pero era posible que fueran más. No quiso alertar a sus compañeros y decidió esperar en silencio.

Los vikingos enfilaron la calle del *funduq* y Muhammad se puso tenso. Lo más sensato era no moverse, esperar a que se fueran y pasar inadvertido. Caminaron frente a la ventana del puesto de guardia y el capitán pudo verlos a la perfección, invisible en las sombras del interior. Eran dos hombres altos y corpulentos que vestían pieles de oso a la espalda y llevaban el pecho al descubierto. Iban armados con hachas, similares a las que había visto blandir a los demás normandos. Por la descripción que había hecho Dushan, supo que estaba ante dos *berserkers*, los fieros guerreros temidos incluso por sus compañeros. Contuvo el aliento y se mantuvo alerta. Ahora no los tenía a la vista y rezó para pedir que el *funduq* no les llamara la atención. Los dos guerreros seguían cantando, pero uno de ellos interrumpió brevemente la canción, se encaró a la puerta desvencijada del edificio y lanzó una pierna contra ella, haciéndola caer hacia el interior con gran estruendo. Las paredes del patio devolvieron el eco de la caída y de uno de los almacenes llegó el sonido de un grito de pánico. Los normandos, que pensaban seguir su ronda en busca de víctimas, se dispusieron a entrar en la alhóndiga.

—Protégeme, Tú que todo lo puedes —dijo Muhammad mirando hacia el techo desconchado de la sala antes de salir a hacer frente a los gigantes del

norte.

En el patio se encontró con Hassan, que fue el primero en reaccionar, alertado por el ruido. Ambos se unieron y se pusieron en guardia para recibir a los *berserkers*. Un tremendo alarido acompañó a la entrada de los guerreros que, fuera de sí, corrieron hacia sus oponentes con sus hachas al hombro, listas para descargar. Lanzaron sendos hachazos de forma simultánea. Muhammad desvió el golpe al chocar su espada con el mango del arma enemiga. Hassan puso su espada como defensa pero el golpe del vikingo logró arrebatársela de las manos. En un instante el normando volvió a atacar y de un tremendo hachazo partió varias costillas del sevillano que, entre estertores, cayó al suelo escupiendo sangre. Mientras el *berserker* desencajaba su hacha del cuerpo moribundo, el resto del grupo salió al patio. Dushan y Marwan encararon al normando que acababa de matar a Hassan. Intentaron acosarlo por los dos flancos pero él, a pesar de estar fuera de sí, en un estado de furia sobrenatural, se defendía y atacaba con precisión y maestría, manteniendo a raya a sus dos oponentes. Muhammad intentó sacar ventaja de la manejabilidad de su arma pero el normando le demostró que su hacha estaba bien equilibrada y le permitía hacer movimientos rápidos. En un ataque sorpresa, el capitán descargó su espada de arriba a abajo, pero el *berserker* giró sobre sí mismo y se desplazó para evitar el golpe, a la vez que cogía fuerza de la inercia para dar un hachazo en el brazo derecho y el pecho de Muhammad. El capitán se tambaleó y perdió la fuerza, su espada cayó al suelo y el metal retumbó en el patio. Se oyeron los gritos del resto del grupo, que observaba la escena a una distancia prudente. Ayana apuntó su arco contra el guerrero pero en ese instante Dushan acudió en socorro de Muhammad y se interpuso entre ellos. Rasil, a pesar de ser un escudero con escasa experiencia en la batalla, decidió ayudar. Observó a su amigo, que mantenía una lucha equilibrada con su rival, y permaneció junto a Dushan. Con pasos inseguros se colocó en un lateral y aguardó el momento oportuno para atacar y desestabilizar la balanza a favor del eslavo. Basilio intentaba contener los nervios de las mujeres, mientras Zacarías y Ghali voceaban palabras de aliento para sus defensores e Ibn Hussain observaba espantado la ira que dominaba a aquellos guerreros feroces ataviados con pieles de oso.

Alí dudó y finalmente se dirigió hacia Marwan con una espada en la mano. Todo su cuerpo temblaba. Observó al sirio peleando con destreza, esquivando los ataques y atacando en un enfrentamiento de titanes que parecía que no acabaría nunca. La pugna que se libraba en el corazón del bereber se había decantado a favor del rencor que su madre había alimentado

durante años. Marwan estaba a su merced, acabar con él era tan sencillo como hacerle un corte en la pierna y dejar que el *berserker* hiciera el resto. Después solo tendría que huir a otro escondite donde no ver cómo los normandos acababan con los que habían sido sus compañeros. Avanzó lentamente hasta tener a mano la espalda de Marwan y alargó el brazo trémulo con el arma bien agarrada. Los dos luchadores resollaban por el esfuerzo, midiendo sus fuerzas y meditando el siguiente movimiento. En el último instante el sirio presintió el peligro y se giró hacia Alí para darle un empujón y tirarlo al suelo. Luego saltó a un lado y dejó al *berserker* enfrentado al pastor que, desconcertado, no pudo hacer otra cosa que pedir al Altísimo su liberación. El vikingo vio la presa fácil y dio un paso hacia Alí con el hacha en alto. Fue apenas un segundo, pero lo suficiente para que Marwan reaccionara y le clavara la espada en el costado. Allí la dejó, con media hoja hundida en las vísceras de aquel gigante que entre resoplidos hizo amago de seguir luchando. El sirio arrebató su espada a Alí y la clavó también en el cuerpo musculoso del *berserker*, que cerró los ojos y pronunció una frase incomprensible antes de caer desplomado.

Enseguida Marwan recuperó su arma y fue a ayudar a sus compañeros con el otro guerrero. Su ayuda no fue necesaria. Rasil lo había herido en el brazo, lo que había facilitado que Dushan acabara con él de un mandoble en el cuello. El suelo se regó de sangre normanda.

Todos acudieron a los caídos. Hassan había muerto y Maryam se acercó a él para entonar una breve oración. Muhammad respiraba con dificultad y apenas se movía.

—Apartaos —ordenó Ibn Hussain, que era lo más parecido a un *tabib* que había por allí.

Le quitó el peto de cuero rajado por el hacha y abrió la túnica que vestía debajo. La herida del brazo no le preocupaba. Ató un pedazo de tela comprimiendo la herida y se centró en su pecho. Esa herida tenía peor aspecto. Sangraba abundantemente, con chorros de un rojo vivo. Presionó con sus manos y permaneció así un rato. El fluido seguía brotando y se le colaba entre los dedos. Levantó la cabeza y negó, dirigiéndose al grupo. Muhammad pudo ver el gesto y comprendió lo que estaba ocurriendo. Se puso un tanto nervioso pero Ibn Hussain lo miró fijamente a los ojos y le transmitió tranquilidad. Ghali sollozaba, se zafó del brazo de Adila y acudió a su lado. Agarró su mano con su manita y Muhammad agradeció la compañía.

—Kamal —dijo el moribundo. Las mujeres lloraban desconsoladas y los hombres temblaban de rabia e impotencia. Había sido su líder, sin él no

estarían vivos.

—¿Tienes un mensaje para él? —preguntó el santón.

—Sí.

—Habla, amigo.

Se disponía a comenzar cuando Ayana gritó y señaló la puerta del recinto. Allí estaba Kamal con su cesto lleno de granadas e higos. Contempló la escena estupefacto y, cuando reconoció a su amigo en el suelo, dejó caer la fruta y corrió a su lado.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha sido?… —estaba ansioso.

Muhammad levantó la mano para hacerlo callar.

—Perro sarnoso —dijo con una mueca que pretendía fingir una sonrisa—, me muero.

—¡No! Santón, haz algo.

—Me desangro —dijo el capitán con calma. El amigo miraba la herida, las manos del sabio empapadas de sangre, el rostro pálido de Muhammad—. Escúchame Kamal. Mi mujer regresará a Sevilla cuando esto acabe. Cuídala. Cásate con ella si es preciso, o búscale un buen marido —Kamal intentó hablar pero Muhammad lo calló. Sabía que disponía de poco tiempo—. ¿Lo harás? —Su amigo asintió y el capitán pasó a otro asunto—. Ghali, cuida de él también, como si fuera mi hijo —Kamal y el pequeño se miraron. Luego el soldado asintió otra vez—. Por último —en un esfuerzo final movió el brazo sano y agarró el pecho de su amigo para acercárselo a la cara—, sé feliz. Es lo que ella hubiera querido.

Kamal no pudo aguantar más y estalló en llanto. Lloró por su amigo, que moría en sus brazos, lloró por su mujer, que había muerto embarazada, lloró por la vida que le había tocado vivir y por las muertes que había procurado con sus propias manos.

Muhammad siguió sangrando hasta que, pasado un rato, Ibn Hussain dejó de presionar la herida y certificó la muerte.

—Lo siento —dijo Ayana, que permaneció a varios pasos para respetar su dolor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la mandíbula apretada.

—Tu amigo estaba de guardia. Estos dos —Dushan señaló a los *berserkers*— rondaban por la ciudad y nos han encontrado.

Sin mediar palabra, Kamal se puso en pie, se enjugó las lágrimas que todavía resbalaban por su mejilla y salió a la calle corriendo. Ayana gritó y le pidió que no saliera pero el hombre no oía a nadie. La sudanesa intentó

cazarlo y salió tras él, pero ya no lo tenía a la vista y no sabía en qué dirección había corrido.

El grupo estaba alterado. Unos lloraban, otros estaban paralizados por el horror. Unieron los cuerpos de Hassan y Muhammad y rezaron en torno suyo. Marwan buscó a Alí con la mirada y lo encontró de rodillas con las manos en la cara, apartado de los demás. Caminó hacia él con premura y lo agarró por los hombros, lo levantó y lo arrastró hasta la pared más cercana, donde lo estampó. Sujetó su cuello con una mano y con la otra le puso la espada delante de la cara.

—¿Qué pretendías?, ¿acaso estás loco?, ¿por qué me ibas a atacar? —gritó enfurecido.

Los demás se mantuvieron en silencio. No se habían percatado de nada. Ibn Hussain se acercó a la escena y se dirigió al sirio.

—¿Qué ha pasado?

—Eso quiero saber. Este malnacido me apuntaba con su espada y estaba a punto de atacarme mientras luchaba con el normando.

—No puede hablar —Alí se estaba poniendo rojo.

Marwan soltó el cuello y el bereber cayó de bruces contra el suelo. Tosió y respiró con ansiedad antes de poder hablar.

—Perdóname —fue lo primero que dijo. Los demás vieron confirmada la acusación de Marwan. Estaban confusos.

—¿Quién eres, qué tienes contra mí? —El sirio no apartaba la espada, amenazante.

—Me llamo Alí bin Alí, del *banu* rifeño.

—¿El *banu* rifeño?

—Sí. La familia propietaria de la casa de las rosas, hasta que los tuyos nos echaron.

Marwan, sorprendido, apretó la boca y movió la espada para acompañar su acusación.

—¿Pretendías acabar conmigo por una rencilla entre nuestras familias que ocurrió antes de que nacieran nuestros padres?

Alí se echó a llorar. Realmente se sentía estúpido y miserable, como si hubiera abierto los ojos a una verdad evidente.

—Perdóname —dijo entre hipidos y sollozos—. Mi familia ha sembrado el odio en mi corazón. He crecido aprendiendo a odiaros. Somos pobres y a duras penas ganamos lo suficiente para alimentarnos y vestirnos. Pero antes… antes teníamos tierras, las mismas que ahora cultiva tu familia. Aquel robo nos ha condenado generación tras generación.

—¿Y qué ibas a conseguir matándome?, ¿acaso ibas a matar a toda mi familia?

Alí se mantuvo en silencio. Marwan alzó su espada.

—¡Lo siento!, he aprendido. Perdóname. Borraré el odio. Me has salvado la vida dos veces… sé que no merezco piedad pero… —El llanto creció en intensidad—. Soy un ingrato pero he aprendido.

Ibn Hussain escrutó las miradas de ambos hombres. En Alí leyó arrepentimiento sincero, en Marwan leyó venganza.

—En la compasión, en el perdón, reside la luz —dijo el santón.

El sirio no se movió, mantuvo su espada alzada sobre la cabeza de Alí mientras el bereber se hacía un ovillo y se ponía a su merced. La espada descendió y se detuvo a dos dedos de la cabeza.

—¡No! —gritó el pastor por instinto.

—No te he matado, pero acabas de morir. Acaba de morir Alí el rifeño, acaba de morir el odio, ¿me entiendes?

—Gracias, gracias, gracias… el Altísimo te bendiga. No más odio…

—Te estaré vigilando. Si te acercas a mí te mataré, si te acercas a mi casa o a mi familia te matare a ti y a todos los tuyos.

Marwan enfundó la espada y se retiró. Acababa de comprender por qué lo había encontrado en su casa el día que llegó a Sevilla. Dio un par de vueltas al patio para serenar la ira que lo sacudía. Se acercó a la puerta de un almacén y descargó un puñetazo en ella a la vez que gritaba para descargar su furia. Se hizo daño y el dolor lo calmó, le hizo volver en sí. Después se acercó a los cuerpos de sus compañeros muertos. En silencio oró por ellos. Fátima, sigilosa, se puso junto a él y le susurró al oído.

—Doy gracias al Cielo porque estás vivo.

Marwan se estremeció de placer y sus músculos, tensos hasta ese momento, comenzaron a relajarse.

Retiraron los cuerpos de los muertos. Los de los *berserkers* los metieron en una minúscula sala, la misma en la que habían ocultado a los guardias que encontraron en el patio a su llegada al *funduq*. A Muhammad y Hassan los llevaron a otra sala. Tenían la intención de enterrarlos dignamente cuando aquella pesadilla acabara. Marwan asumió la dirección del grupo y decidió que esperarían un tiempo prudente a que regresara Kamal y luego marcharían a otro escondite. Aquel recinto estaba teñido con demasiado dolor.

Kamal apareció en el patio pasada más de una hora. Tenía la mirada triste y su ropa estaba salpicada de rojo. Tenía su espada en la mano derecha y en la izquierda, a modo de trofeo, llevaba la cabeza de un normando sujeta por una

coleta de pelo platino. Se detuvo a la entrada y arrojó la cabeza al suelo. Jamás contó lo que había ocurrido ni cómo había conseguido aquella cabeza, pero los demás intuyeron que sería otro de los *berserkers* que rondaban la ciudad. Agitó su arma para que se desprendiera de la sangre y la guardó en su funda.

Ayana corrió hacia él llorando de alivio. Le agarró la mano y tiró de él. Kamal se dejó llevar hasta uno de los almacenes, al abrigo de las miradas de los demás. La sudanesa le palpó el pecho en busca de alguna herida pero constató que la sangre no era suya. Le desabrochó el peto de cuero y luego le abrió la túnica azul, dejando al aire su pecho fibroso y cubierto de vello. Él no opuso resistencia, permanecía en silencio con la respiración agitada y una mirada profunda, derrotada, entregada. Ayana apoyó la mejilla en la piel de su torso y cerró los ojos, entonando una oración de agradecimiento. Bajó la cabeza hasta su ombligo, dejando un reguero de besos que erizaron la piel del soldado. Luego le quitó el cinturón y terminó de abrir la túnica. El pene erecto se movió levemente al roce de la tela, el deseo lo había dominado por completo y no tenía fuerzas para enfrentarse a él. La mujer se levantó el vestido y le mostró su sexo, cubierto por una mata de pelo rizado. Kamal fue hacia ella, la cogió por las nalgas y la levantó con las piernas abiertas, rodeando su cadera. Ella respiraba de forma entrecortada y moría de excitación. Él la deslizó por su pecho hasta que ambos sexos se tocaron. Ella estaba húmeda y él la penetró con facilidad. Kamal sintió cómo el calor de Ayana envolvía su miembro y el placer fue en aumento. Ella se impulsó sobre los brazos fuertes de él y se movió hacia arriba y hacia abajo, a la vez que se abrazaba a su cuello y lo besaba con suavidad.

—No pares de hacérmelo nunca —fue lo único que Ayana le susurró al oído, pero bastó para que él se derramara dentro de ella. El deseo había estado contenido demasiado tiempo.

Cuando terminaron Kamal puso a Ayana en el suelo y se sentó, jadeante todavía. Ella sintió cómo el semen le resbalaba por las piernas. Él tardó en perder la erección por completo, tenía lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí.

No dio más explicaciones pero Ayana comprendió todo lo que el hombre calló. Conocía su historia y sabía lo duro que había sido para él dar aquel paso.

—Eres un hombre excepcional.

La mujer lo dejó solo con sus sentimientos. Estuvo sentado contra la pared un buen rato, luchando contra sus propios demonios. El deseo de vino volvió con fuerza pero se acordó de su esposa muerta y de su amigo Muhammad. Nunca más probaría el vino, por ellos. Poco después salió del almacén. Marwan le comunicó su decisión de abandonar el sitio y moverse a otro lugar. Kamal le propuso que se movieran a la casa del comerciante, que ya había sido saqueada. Desde su torre podrían observar los movimientos de los normandos con más anticipación. El sirio asintió y Kamal le pidió que lo dejaran velar a su amigo, más tarde acudiría junto a ellos. También le contó lo que había visto, los hombres del emir acampados a no mucha distancia de Sevilla, y Marwan celebró la noticia como el augurio de un final cercano. No era una tropa numerosa pero podía ser la avanzadilla del grueso del ejército.

El grupo respetó el duelo del soldado. Decidieron dejarlo solo y Ghali insistió en quedarse con él para rezar por el alma de Muhammad. Kamal, enternecido, accedió. Las oraciones de los niños llegaban directamente al Altísimo.

Pasaron dos horas en la sala donde reposaban los cuerpos de Muhammad y Hassan. Rezaron, lloraron y maldijeron a los asesinos. A pesar de su escasa edad, Ghali se mostró maduro en la vela. Antes de salir, Kamal se dirigió a él.

—Los dos hemos perdido a un amigo. Me gustaría que ahora tú y yo fuéramos amigos.

Ghali se le quedó mirando. Se esforzó por dibujar una sonrisa en su boca pero su mirada no pudo mentir, en ella aún se veía la pena.

—Claro que sí.

Juntos hicieron el camino que llevaba a la casa del comerciante. No hablaron pero se sintieron reanimados por la compañía.

SEXTO DÍA DE TORMENTA

El emir se dirigía a la mezquita mayor para celebrar la oración del viernes. Le acompañaban el eunuco Nasr y dos visires, e iba escoltado por un escuadrón de *mudos*. La gente miraba con curiosidad la comitiva, en muy pocas ocasiones podían tener tan cerca a Abd al-Rahman ibn al-Hakam. El emir se aislaba del pueblo en su palacio y solo se dejaba rodear por sus cortesanos.

—¿Por dónde anda? —preguntó el emir.

—A unas diez jornadas. Avanzan a marchas forzadas, pero aun así… están muy lejos —respondió Nasr.

—Y las *coras*, ¿han respondido todas?

—Casi todas. Cada día llegan más tropas. El movimiento de acémilas no cesa para abastecer a los hombres. No conviene tenerlos mucho tiempo retenidos, pueden surgir altercados.

El ejército ocupaba un enorme solar a las afueras de Córdoba, cruzado el río, que en ocasiones se había usado como *musalla*. El campamento se asemejaba a un pueblo. Había hornos de pan, mercaderes, aguadores e incluso varias prostitutas habían instalado una casa de *jaray* en una gran tienda coronada por una bandera roja. Para muchos constituía una ocasión para hacer negocios, como una feria de ganado, pero también era un escenario idóneo para arreglar viejas rencillas o buscar bronca de forma gratuita.

—¿Cuántos hay?

—El último informe me ha llegado esta misma mañana. Hay mil setecientos hombres.

Abd al-Rahman se agarró la barba teñida, como solía hacer cuando pensaba.

—Necesitamos a los hombres de las Marcas, solo ellos pueden desequilibrar la balanza a nuestro favor.

Nasr asintió lentamente.

—Señor, ¿has pensado en alguien para comandar la expedición?

El emir miró al eunuco y sonrió. Sus ojeras se marcaron con el gesto.

—¿Aún lo dudas, Nasr?

Abd al-Rahman entró en el patio de abluciones de la mezquita pisando la alfombra de pétalos de rosa que varias mujeres habían ido echando a su paso.

Desde la torre, Kamal y Marwan observaron cómo dos partidas de saqueo salían de Sevilla, una hacia el norte y otra hacia el sur. El sol todavía no había salido pero ya se veía la claridad del amanecer. Los normandos iban montados en los caballos conseguidos en Qabtil. Observaron el campamento de los hombres del emir, la oscura mancha que se divisaba en el horizonte. Hubo movimiento. Los caballeros desmontaron las tiendas y salieron a interceptar a los saqueadores que se dirigían al norte. Las dos masas chocaron, el combate no se distinguía pero pronto vieron cómo varios jinetes corrían hacia Sevilla, brevemente perseguidos por el escuadrón cordobés. Se animaron, pensaron que era el principio de su liberación final. Durante la lucha tuvieron una imagen más precisa de los cordobeses, que estimaron en menos de doscientos hombres, todavía tendrían que esperar a que llegara el verdadero ejército.

El grupo recibió la noticia con alegría. Sin embargo los rostros delataban una dualidad de sentimientos que les aportaba un aire afligido.

Pasaron el día tranquilos pero afectados por los acontecimientos de la noche anterior. Comieron fruta, granadas e higos de la huerta que Kamal había encontrado. Todos habían perdido peso por el ayuno obligado al que se estaban viendo sometidos. Marwan y Kamal decidieron entrenar, como hacían en los cuarteles, y Rasil se les unió. Ayana continuó enseñando a Zacarías a manejar el arco con destreza. El judío ya era capaz de atinar a objetivos razonablemente pequeños a cierta distancia.

Alí acudió a Ibn Hussain para agradecerle su intervención y pasó con él buena parte del día, conversando sobre conceptos abstractos como la bondad, el perdón o la divinidad. El muchacho sintió consuelo en sus palabras. Marwan procuraba mantenerse alejado de él. Lo había perdonado pero no conseguía olvidar. Si el santón no hubiera mediado lo habría matado sin miramientos. Ver a su familia en peligro justificaba cualquier muerte.

Fátima y Adila jugaron con Ghali para distraerlo. El niño estaba triste por la muerte de Muhammad. En realidad ellas también necesitaban el juego para evadirse.

El tiempo pasaba lento. Los normandos no asomaron por el barrio en todo el día y al atardecer, en la oración del ocaso, todos rezaron para pedir que continuara la calma, que aquellos malditos demonios se marcharan, que pudieran recomponer los jirones de sus vidas deshechas…

SÉPTIMO DÍA DE TORMENTA

Tras el amanecer el patio del alcázar era un hervidero de hombres que iban y venían, haciendo y deshaciendo el camino que llevaba a las naves. Había más trajín del habitual y los presos intuyeron que algo ocurría. Tres vikingos se acercaron a la larga fila de cautivos y les pusieron nuevas argollas más ligeras en los tobillos, ligadas todas por una única cadena. Soltaron las que ya tenían en las muñecas y condujeron al penoso grupo hasta fuera del recinto, donde se unieron a otras filas de sevillanos presos que los normandos habían tenido encerrados en viviendas cercanas. Se alegraron al verse, algunos se reconocieron, eran vecinos, amigos o incluso familiares. Hubo quien saludó a Antonio porque había estado con él en la iglesia cuando el monje intentó salvar a los más desvalidos. Había algunos cristianos que al ver a un hombre con hábito se echaban al suelo de rodillas pidiendo confesión, pero Antonio no estaba de humor para escuchar pecados y les hizo levantar.

—Pedid perdón a Dios, Él os perdonará —les dijo.

Los normandos les obligaron a caminar hasta la puerta Hamida, la atravesaron y dejaron atrás la ciudad. En el río esperaban decenas de naves con esas formas de monstruos marinos que tanto habían llamado la atención de los sevillanos. Los subieron a ellas repartidos en grupos. Luego embarcaron los propios normandos y comenzó un desfile de navíos que se apartaban de la orilla y avanzaban río abajo siguiendo la corriente. La larga fila de vikingos no cesó hasta cerca del mediodía, cuando las últimas naves maniobraban para abandonar la ribera sevillana y alejarse rumbo a Qabtil. El alcázar quedó vacío y la ciudad sin vida quedó tendida, exhausta en su lecho de tierra fértil.

Antonio y el resto de presos iban desesperanzados. No esperaban un final así. Todos habían albergado en sus corazones la esperanza de que las tropas del emir aparecieran por el horizonte, expulsaran a los normandos y liberaran a todos los presos. Si se marchaban así, dejando la ciudad agotada sin más, sus destinos estaban sellados. El monje imaginó que acabarían vendidos como esclavos en un puerto del norte, o tal vez se quedarían con ellos como siervos para trabajar sus tierras. Observó la fila de cautivos y pensó que por la mayoría no sacarían apenas unas monedas, eran mayores o estaban enfermos. Él era uno de los que estaban en mejores condiciones.

La larga comitiva de barcos se movía con rapidez, arrastrada por las corrientes. A la altura de Coria Antonio lloró amargamente por los muertos. La aldea no era más que un montón de escombros entre cenizas y vigas de madera. Llegaron a Qabtil en poco tiempo y comenzó el desembarco. Las fieras que adornaban los mascarones de proa se fueron acercando a la orilla, amenazantes. Desde la borda del barco Antonio pudo ver las modestas viviendas y los establos de los criadores de caballos. En el poblado había un nutrido grupo de vikingos que se había quedado para servir de base al resto. Bajaron a los presos y descargaron los alimentos que habían encontrado en Sevilla.

Durante la mañana nubes grises se reunieron en el cielo y amenazaron con descargar lluvia. Los caballos estaban intranquilos. Antes de que terminara el desembarco llegaron los jinetes normandos que habían subido a la ciudad cabalgando desde Qabtil. Ellos, que constituían un grupo de unos ciento veinte caballeros, acamparon en la ribera del río. Los del poblado se alegraron al ver el botín, Sevilla era una ciudad grande y próspera que había saciado todas sus expectativas. También les alegró la presencia de nuevas esclavas. «La madre de Maryam se ha ahorrado otro suplicio», pensó Antonio apesadumbrado. «Cuando la muerte es preferible a la vida, la vida carece de sentido».

Agolpados en la torre del comerciante, los miembros del grupo de supervivientes se apretaban para ver con sus propios ojos cómo los normandos dejaban la ciudad. La hilera de hombres que se acercaban a la ribera para subir a los barcos parecía interminable. Lanzaron vítores con cada barco que se alejaba río abajo, olvidando por unos momentos las penas que arrastraban. Marwan miró al lado contrario, al lado por el que había visto acercarse a los hombres del emir. No estaban al alcance de la vista e intuyó que habrían ido a Carmona. Aquello no le gustó.

Cuando terminó el trasiego y los últimos barcos partieron, el grupo bajó al jardín y lo celebró con risas y abrazos, la pesadilla había terminado. Marwan estaba pensativo y Kamal lo interrogó.

—No es nada. Solo quiero que seamos cautos, no sabemos si los piratas han dejado hombres en la ciudad. Si todo va bien mañana vendrá el gobernador con su guardia, y también volverán todos los que se fueron.

—Se han largado, todo ha acabado —dijo Adila.

—El Altísimo te conceda la verdad. Pero no perdemos nada por permanecer juntos hasta que todo vuelva a la normalidad.

No hubo objeciones y decidieron quedarse en aquella casa hasta que volviera el *walí* con todos los demás. La casa tenía camas confortables y una fuente de agua clara, lujos de los que normalmente no disfrutaban.

Las nubes que se habían estado congregando durante la mañana comenzaron a descargar a primera hora de la tarde. Abandonaron el jardín y se instalaron en el interior de la casa. Los saqueadores se habían llevado las alfombras y los tapices pero habían dejado los cojines y divanes. Ayana se sentía extraña en el salón principal de la casa de su señor. A ella, como esclava, no le correspondía estar allí en aquella actitud, pero el asedio había roto las absurdas normas de los hombres. En la sala estaban reunidos muladíes con un árabe, un bereber, un cristiano y un judío; personas de familia humilde con un hombre rico, una esclava y un santón; las costumbres se habían relajado y las mujeres llevaban el rostro descubierto y compartían espacio con los hombres, incluso para dormir. La invasión los había hecho a todos iguales y solo lo verdaderamente importante estaba siendo tenido en cuenta: sobrevivir.

La sudanesa se asomó por una ventana al jardín y aspiró el olor a tierra húmeda. Observó los almacenes que había al fondo, al otro lado del patio, y recordó el incidente con el guardia. Su cuerpo muerto estaba allí, oculto, pudriéndose poco a poco. La lluvia caía mansa y Ayana sintió que estaba limpiando la ciudad de la huella de los piratas. Pensó que ella también necesitaba limpiarse para asimilar los acontecimientos que la habían sacudido en los últimos días. Se volvió hacia los demás y declaró solemnemente:

—Voy a darme un baño.

Todos estaban estupefactos. Adila reaccionó de inmediato y secundó su propuesta. Fátima y Maryam la siguieron entre risas.

—Sí, un baño, hace siglos que no me doy uno —comentó Fátima.

Los hombres se miraron con incredulidad.

—El baño más cercano está a dos calles, no os preocupéis —informó Ayana.

Marwan dudaba sobre si debía dar su consentimiento y Kamal se percató enseguida.

—Solo iréis si dejáis que os lleve y os traiga —dijo el soldado para que nadie se opusiera.

Marwan le sonrió y asintió. Pensó que el riesgo era mínimo y los dejó marchar.

—Pequeño, ¿te vienes con nosotras? —le dijo Adila a Ghali, que accedió encantado.

Recorrieron las calles desiertas a toda prisa, empapándose con el agua de lluvia. Llegaron entre risas al baño del cielo, como era conocido en el barrio por la forma estrellada de sus lucernas. Kamal lo inspeccionó y confirmó que no había nadie, luego se quedó en la puerta y dejó que entraran las mujeres y el niño. Desde allí las escuchó parlotear. El soldado tenía sueño, había pasado la noche en vela orando por el alma de su amigo, conversando con su esposa difunta y recordando la piel suave y firme de Ayana. La experiencia con la sudanesa se había grabado en su imaginación y no podía quitarse de la cabeza su cuerpo esbelto. La mujer se había mostrado discreta y respetuosa con su proceso y no se había acercado a él en toda la noche. Kamal lo agradeció, necesitaba soledad y no le apetecía tener que dar explicaciones. La lluvia continuó durante todo el tiempo que estuvieron dentro. A la entrada llegaba el sonido de las risas y los juegos del interior. Maryam, Fátima, Adila y el niño salieron pasado un buen rato. No paraban de cuchichear y reír. Fátima le dio un empujoncito a Ghali en el hombro para que hablara.

—Dentro te esperan —soltó el niño.

Luego echaron a correr y volvieron a la casa solos. Kamal comprendió enseguida lo que ocurría. Se volvió hacia el vestíbulo, tenuemente iluminado por numerosas lumbreras. Entre los rayos de luz distinguió el cuerpo de Ayana, oscuro como las sombras de la sala, apenas tapado por dos paños blancos del establecimiento. La mujer extendió el brazo y con la mano le indicó que entrara. Kamal se dejó vencer por el deseo, en realidad había estado fantaseando con que ocurriera algo así. Entró con aire de derrota, como si se rindiera ante un rival al que reconocía más poderoso que él. Ayana lo cogió de la mano y lo llevó a la sala caliente que, dadas las circunstancias, estaba fría. Había varios pilones llenos de agua. La claridad era escasa porque el cielo seguía encapotado.

La sudanesa se quitó los paños y mostró su cuerpo completamente desnudo. Luego se acercó a Kamal para darle un tierno beso en la mejilla. Él pudo oler el aroma a azahar que desprendía. Ayana y las demás habían cogido un frasco de perfume de una alacena del cuarto de la caldera. Sin esperarlo se introdujo entre escalofríos en el agua helada de uno de los pilones. Kamal se desvistió lentamente y la siguió. Su cuerpo agradeció el contacto con el agua. Estaban cerca, la minúscula piscina apenas tenía espacio para tres personas. Tenían frío. Ella se mantuvo quieta, expectante, no quería que Kamal hiciera nada que realmente no deseara, no le gustaba la idea de convertirse en un

recuerdo culpable. Él tomó la iniciativa. Una vez atravesada la barrera no tenía sentido volver al otro lado. Recomponer su vida se había convertido en un deber y luchaba contra sus demonios con valentía. «Ha llegado el momento de seguir adelante», se decía, y al instante recordaba las peticiones que le había hecho Muhammad antes de morir. No podía seguir en el pozo, tenía que salir a la luz y hacerse cargo de la mujer de su amigo, de Ghali y de su propia vida.

Tomó a Ayana por la cintura y contempló sus pezones erectos por el contacto con el agua fría. El deseo lo empujó y le dio la vuelta a la mujer para penetrarla por atrás. Ella se dejó sin replicar. Con los embates el agua se agitaba en un improvisado oleaje que derramaba el líquido sobre el suelo de barro cocido. Pasado un rato ella salió de él, se dio la vuelta y agarró a su amante por los hombros, lo apoyó en la pared del pilón y se sentó sobre sus piernas. Se movió con soltura, como si lo hubiera hecho mil veces, y ambos gozaron hasta que Kamal tuvo los espasmos del orgasmo. Se quedó dentro de ella, abrazado a su cuerpo hermoso y fibroso, y comenzó a sollozar sin soltarla. Ayana le acarició el pelo y besó su cabeza. No le dijo nada y no le devolvió el abrazo, para que fuera él quien decidiera cuánto debía durar. Cuando Kamal decidió salir de la piscina ella lo siguió. Se quedó de pie, dejando que el agua escurriera por su piel. Sus miembros, aún calientes, desprendían vapor. La sudanesa tomó un paño y se puso a secarlo con mimo, cuidadosamente, mientras él cerraba los ojos y se dejaba acariciar por la tela cálida.

—Gracias —le dijo al fin, y ella supo qué era lo que realmente le agradecía.

Cuando los dos estuvieron secos se vistieron y regresaron a la casa. El aguacero se había convertido en una suave llovizna, por lo que volvieron caminando a paso lento.

DÍAS CONFUSOS

Antonio se despertó por el fuerte olor de una humeante bosta que el caballo que tenían enfrente había soltado en el suelo de paja del establo. Debido a la lluvia, los piratas habían tenido la delicadeza de meterlos allí. El techo de tablas tenía goteras y el suelo estaba húmedo. Hacía dos horas que había parado de llover y muchos aprovechaban para descansar, agotados por la noche de insomnio.

Tres vikingos entraron en el destartalado edificio. Uno de ellos se dedicó a sacar los calderos donde los presos habían hecho sus necesidades para vaciarlos en una fosa. Los otros dos se acercaron al monje. Observaron su hábito sucio y rasgado, y asintieron antes de desencadenarlo. Entre los demás presos se oyó un murmullo, algunos estaban rezando.

Lo sacaron a empujones y Antonio agradeció el aire puro de fuera, el olor a tierra, la brisa fresca que acariciaba su cuerpo. Tenía las muñecas y los tobillos ensangrentados y todos los músculos doloridos. Lo llevaron ante cinco hombres que parecían tener cierta preeminencia sobre los demás. Entre ellos reconoció al vikingo que había visto en el alcázar con una herida en la espalda. Ahora llevaba puesta su piel de oso a modo de abrigo sobre una camisa. Le hablaron en su lengua pero Antonio no comprendió nada. Uno de ellos se acercó a él y le hizo señas para hacerse entender. Primero juntó sus muñecas y luego las separó bruscamente. Después señaló insistentemente al establo del que Antonio acababa de salir. El monje comprendió que le hablaba de una liberación y asintió. El normando sonrió y sus cuatro compañeros rieron, alegres y divertidos. Luego lo señaló a él y con la otra mano señaló río arriba. Repitió el gesto varias veces hasta que Antonio asintió de nuevo. Querían que volviera a Sevilla. Por último, el hombre se sacó unas monedas de dírham del bolsillo, señaló hacia Sevilla, agitó las monedas y luego repitió el gesto de las muñecas. Estaba claro, querían que fuera como heraldo para anunciar un proceso de negociación de rescates. Antonio asintió emocionado, con lágrimas en los ojos. Al fin Dios había escuchado sus plegarias, ¿así terminaría el cautiverio de los presos?, ¿con el pago de rescates?

Le dieron un caballo y lo dejaron marchar. Siete jinetes armados lo escoltaron hasta las cercanías de Sevilla, donde permitieron que hiciera el resto del camino en soledad. Su corazón iba henchido de felicidad.

Con el paso de las horas la sensación de peligro se iba esfumando. El grupo dejó de hacer guardias constantes. Cada cierto tiempo subían a la torre para verificar que todo seguía en calma. Marwan y Kamal mandaron a Zacarías y Basilio a buscar comida y ellos se dirigieron al alcázar para valorar mejor la situación.

El sirio y el soldado apenas habían tenido ocasión de hablar. Ahora tenían tiempo pero ninguno de los dos era un gran conversador, por lo que la mayor parte del tiempo mantuvieron silencio. Las calles de los alrededores del alcázar estaban llenas de basura y olían a orines y vino seco. Las puertas de las viviendas estaban derribadas o marcadas a hachazos. También había restos de sangre sobre el mortero de algunas calles. Extremaron la precaución pero no habría sido necesario, los normandos no habían dejado a nadie en la ciudad. Llegaron a la amplia avenida principal, que hacía poco más de una semana bullía abarrotada de gente y que ahora permanecía desierta, sin vida. Entraron en el alcázar por la puerta principal y en el patio central vieron restos de hogueras. Las puertas y ventanas de la residencia del gobernador permanecían abiertas de par en par. Salieron y atravesaron la puerta Hamida. El río no tenía embarcaciones a la vista. Algunas *munias* tenían los tejados medio derrumbados y negros por el fuego. Marwan divisó en la distancia su casa, la casa de las rosas, pero desde allí resultaba imposible comprobar si estaba en buenas condiciones. Decidió no acercarse a verla, no tenía sentido.

En la suave pendiente que bajaba a la ribera del río se veían algunos cuerpos de los muertos el aciago día del desembarco. Al pie de la muralla, dentro del recinto del cementerio de los alfareros, los normandos habían depositado a los sevillanos que habían ido matando en la ciudad. Allí descansaban los restos de los pobres desafortunados que habían tenido la desdicha de cruzarse en el camino de aquellos malditos diablos, cuerpo contra cuerpo, unos sobre otros en un macabro montón de carne putrefacta. Volvieron a entrar en Sevilla y se dirigieron a la mezquita mayor, la Sagrada. Cumplieron con el rito de la ablución y entraron descalzos en el oratorio. La imagen de un enorme montón de cenizas y restos de tablas y esteras carbonizadas les sobrecogió. El alto techo estaba ennegrecido pero no tenía daños. Parecía que los normandos habían intentado quemar la mezquita. Los

maldijeron. El mihrab estaba intacto. Sobre el suelo oraron, haciendo de forma sincronizada las prosternaciones. El rito calmó sus almas y les devolvió algo de paz entre tanto destrozo y tanta muerte.

Regresaron a la casa del comerciante y se encontraron con un festín de fruta, verduras y hasta tres gallinas asadas. A la luz del día y sin la amenaza de los vikingos, Zacarías y Basilio habían encontrado varias casas con alimentos ocultos en pequeñas despensas, y corrales y huertas que habían pasado desapercibidas a los saqueadores. Comieron en el salón principal de la casa, como auténticos señores.

—No me importaría que el gobernador tardara un par de días en regresar —bromeó Rasil, que se levantó y se retiró a una de las alcobas para reposar la comida.

Antonio entró en Sevilla espantado por los muertos que había sembrados en la ladera. Apenas dirigió la mirada al alcázar y se dirigió sobre su montura al *funduq* del trigo. Lo encontró vacío y se temió lo peor, pero los cuerpos de los dos gigantes normandos que encontró en un pequeño almacén lo dejaron más tranquilo. Inspeccionó las demás estancias y descubrió los restos de Hassan y Muhammad. Rezó con sincera devoción por sus almas, aquellos hombres habían dado sus vidas por salvar a otros. Sintió cierto alivio al comprobar que no había más cuerpos, lo que indicaba que su amigo Basilio y el resto de compañeros del grupo estarían a salvo en algún otro lugar de la ciudad. Eso esperaba.

Continuó con su misión, atravesó la puerta de Carmona, cruzó el río Tagarete y abandonó la ciudad con una extraña sensación de congoja, incluso el aire de Sevilla estaba enrarecido por la desdicha. Siguió el curso del acueducto que surtía de agua a la ciudad y continuó el camino hacia Carmona. Antes de llegar lo asaltaron cinco jinetes de Ibn Rustum, el general que el emir había enviado como avanzadilla. Sus hombres habían montado un campamento en la explanada que se abría delante de la puerta de Sevilla. Desde allí hacían sus salidas para asegurar la paz en los caminos y en las alquerías de la zona.

Por el extremo este se había creado un pequeño arrabal con los sevillanos fugados que no tenían familiares a los que acudir.

Antonio les explicó de dónde venía. Tres de los jinetes eran extranjeros y apenas entendían el árabe, pero los otros dos cuchichearon entre sí y decidieron llevarlo ante Ibn Rustum. Cuando el general lo tuvo delante de sí,

la primera reacción fue ordenar que le dieran alimento y bebida. Entonces Antonio fue consciente del estado en el que se encontraba, sucio, con la barba descuidada y con el rostro demacrado por la malnutrición. Se reunieron a la entrada del campamento improvisado a los pies de la muralla de Carmona.

—Los normandos me hicieron preso y me han liberado para que os diga que habrá rescates. Tienen a muchos cautivos y quieren negociar.

El general no se inmutó y decidió llevar al monje ante el *walí* de Sevilla para que fuera él quien tomara la decisión. El gobernador de Carmona había alojado a su homólogo sevillano en un palacete adosado a la muralla sur. Allí se vieron, en su patio interior adornado con columnas y estatuas romanas. Antonio nunca había visto al gobernador, por lo que no se percató de que no era el mismo que había huido de Sevilla cuando tuvo noticias del ataque. El emir ordenó ejecutarlo poco después del desalojo de la ciudad y nombró como nuevo *walí* a uno de sus hombres de confianza.

El monje contó de forma precipitada lo esencial, la oferta de negociación de rescates por parte de los normandos, que habían abandonado Sevilla y se habían establecido en Qabtil.

—Esos infieles salvajes nos quieren tender una trampa —dijo el *walí*, y el monje se quedó perplejo. El gobernador se sintió obligado a dar explicaciones sobre su actitud—. Esta misma mañana hombres de Ibn Rustum han encontrado normandos apostados en los caminos, dispuestos para realizar emboscadas a nuestras delegaciones. Observan nuestros movimientos y quieren que salgamos de estas murallas y nos expongamos abiertamente a ellos.

—Pero… tienen a muchos sevillanos presos, los estamos condenando…

—Están condenados desde el momento en que cayeron en esas manos. ¿Acaso han demostrado compasión? Si vamos a negociar acabarán con nosotros. No me voy a exponer a caer en una trampa. Bastantes muertos hay ya.

—Entonces… —balbució Antonio, incrédulo.

—Tranquilo cristiano. Un gran ejército se está reuniendo en Córdoba y en pocos días estará aquí para expulsar definitivamente a esa plaga de nuestras tierras.

—Ya se han retirado de Sevilla y quieren sacar beneficio de los cautivos antes de volver a sus tierras.

—Monje, conoces los asuntos de tus dioses, pero poco conoces de la guerra y de los hombres —intervino Ibn Rustum con actitud paternalista—. A ese tipo de guerreros hay que echarlos con espadas, no se irán hasta que la

tierra que pisan se agote. Saben que muchos sevillanos se han refugiado aquí y quieren también ese botín. La decisión más acertada es esperar a que llegue el ejército del emir y plantarles cara.

Antonio se vio desarmado, sin argumentos. El general lo agarró afectuosamente por los hombros y lo llevó lentamente hacia fuera.

—Entiendo tu preocupación, pero es lo más sensato. Piensas que los normandos se han retirado de Sevilla, pero mis hombres siguen encontrando enemigos por los caminos. Nos quedaremos en Carmona hasta que vengan las tropas de Córdoba. Quédate aquí y espera con nosotros. En unos días todo habrá acabado. Visita a tu obispo, estará encantado de recibirte y te dará ropa nueva y alojamiento —Antonio asintió—. Por la tarde ven a verme al campamento. Quiero saber todos los detalles sobre lo que has visto.

El monje volvió a asentir y se dirigió a la principal iglesia de Carmona para reunirse con el obispo de Sevilla y relatarle la tragedia del monasterio de Coria del río. Tal vez aprovechara la ocasión para hablarle sobre los tiempos de relajación que corrían entre los cristianos, donde la herejía proliferaba, las costumbres se perdían, los clérigos tenían concubinas y la heterodoxia representaba el primer paso hacia la conversión al Islam.

Kamal contemplaba los alrededores en busca de alguna señal de movimiento pero todo seguía igual. Aquello no le gustaba, el gobernador ya estaría enterado de la retirada de los normandos y aun así no hacía acto de presencia en la ciudad. Algo no iba bien. Marwan subió a la torre con él y observó el horizonte.

—Nada —comentó Kamal.

El sirio apoyó su mano sobre el hombro del soldado y señaló un punto cercano al camino de Carmona. Entre los olivos de una parcela se distinguían varios caballos con sus jinetes desmontados. Ambos observaron con detenimiento.

—Vikingos —sentenció Marwan en cuanto vio dos escudos redondos de madera coloreada.

Bajaron y dieron parte a los demás.

—¿Por qué no viene el gobernador? —preguntó Fátima.

—Si no vuelven es porque los normandos no se han ido.

—Quiero ir a Carmona a buscar a mi madre, estoy cansada de estar aquí sin hacer nada.

Marwan se mostró estricto.

—Sería un suicidio. Sigue habiendo piratas por los caminos. Tenemos que esperar. El emir mandará más tropas y acabarán echándolos.

—¿Y por qué se han retirado de Sevilla?

—Eso no lo sé. Tal vez sepan que vienen más tropas y prefieran la lucha a campo abierto, o tal vez han atacado otra ciudad —las expresiones de las dos hermanas cambiaron bruscamente—. Si hubieran ido a Carmona no habrían bajado por el río —se adelantó a sus funestos pensamientos.

—Tenemos esta casa, unos baños para nosotros solos y toda la ciudad para buscar comida. Vamos a disfrutarlo —comentó Rasil para subir la moral. Pero Zacarías ansiaba reencontrarse con su familia y Fátima y Adila con su madre. No era una situación agradable.

Pasaron varios días de paz, pero también de ansiedad. No había movimiento en el camino de Carmona ni en el río. Por las mañanas salían a recorrer los barrios en busca de alimentos y las tardes las pasaban charlando y contando historias, unidos por unos lazos que comenzaban a hacerse fuertes.

Alí había cambiado su actitud, estaba más comunicativo e intentaba integrarse en las conversaciones. Marwan seguía manteniendo la distancia con él, pero Ibn Hussain le enseñó a perdonarlo y a confiar en él. El pastor bereber se sentía cómodo en el grupo, para él representaba la amistad que nunca había podido tener. Su vida desde pequeño había estado marcada por la soledad del monte, por los rencores de su familia, por la enfermedad y la muerte de su padre. Estaba abriendo los ojos a otra realidad y lo que veía le gustaba. «Formaré una familia y me olvidaré del pesar», se decía, «algún día viviré en la ciudad».

Kamal seguía triste por la muerte de su amigo. Sin embargo, algo en él había cambiado. Los compromisos que había adoptado con Muhammad en sus últimos instantes de vida lo obligaban a cambiar de actitud. En sus ojos se podía ver un brillo diferente. Pasaba con Ghali largos ratos narrándole viejas hazañas de cuando Muhammad y él eran capitanes, y el niño, encantado, lo escuchaba con la boca abierta. Kamal calculó que el hijo que esperaba cuando perdió a su mujer tendría en aquel momento una edad aproximada a la de Ghali. Aquel pensamiento reforzó el vínculo. Ayana por su parte mantenía su postura de dar apoyo a Kamal sin presionarlo ni atosigarlo. Sus sentimientos hacia él habían ido creciendo. Además de un salvador, en él veía a un hombre honesto, respetuoso y fiel a sus sentimientos. La sudanesa era consciente de su posición como esclava, pero no podía resistirse al torrente de sentimientos que la arrastraba hacia él. Por las noches esperaba a que el hombre se acostara

y luego se acurrucaba en su cama. Kamal la dejaba dormir a su lado, secretamente feliz por sentir su cuerpo cálido junto al suyo.

Zacarías se entretenía con el arco afinando su puntería, que comenzaba a ser aceptable. Cumplía con sus oraciones diarias y pedía con devoción por el grupo y sus familias. Al amanecer salía a pasear por las calles desiertas y trataba de ordenar sus pensamientos con la claridad de la mañana. Pensaba en su deuda, en la inversión que había hecho, en la mercancía perdida… Todo esto no representaba más que una mota de polvo al compararlo con la fortuna de estar vivo. Llevaba algo más de una semana separado de su mujer y sus hijos pero a él le parecían meses. Los anhelaba con él, como se anhela una manta en las noches de invierno.

Maryam luchaba contra los pensamientos obsesivos que la atormentaban. Intentaba meditar como le había enseñado Ibn Hussain, pero su mente bullía y no cesaba de castigarla. Solo las palabras del santón la calmaban y le daban esperanza. En esos momentos de sosiego sentía vergüenza por lo que había hecho con Hassan y estaba convencida de que sus compañeros pensaban que estaba loca.

Basilio echaba de menos a Antonio. Se obligaba a rezar por él a pesar de que sentía a Dios como un ser ajeno al mundo, alejado de él y de todos los hombres. A menudo imaginaba a su amigo sufriendo los tormentos que tanto admiraba en las miniaturas de los mártires. A veces incluso pensaba que tal vez no lo habían encontrado, sino que él mismo había acudido a los normandos para entregarse al martirio. También pensaba en su familia. Los sentimientos hacia ellos eran contradictorios, por una parte los quería, pero también les guardaba cierto rencor por haberlo entregado a la Iglesia. Siempre que rezaba los incluía en sus rogativas.

Marwan a veces buscaba a Kamal o a Dushan para entrenar con la espada. El sirio destacaba sobre ellos en destreza, ese era su don maldito: una gran habilidad para arrebatar la vida. Su cuerpo estaba entrenado y, a pesar de la juventud, tenía los músculos desarrollados. En otras ocasiones recurría a Ibn Hussain para asaetarlo a preguntas. El santón era un hombre paciente que parecía no tener prisa nunca ni sentirse incómodo con ninguna situación. No le gustaba la ciudad pero sabía que por el momento no existía otra alternativa, solo podían mantenerse unidos y esperar.

—Esos hombres han venido por algún motivo, para cumplir una misión en nuestras vidas, no lo olvides —comentaba el anciano al referirse a la invasión.

Su postura fatalista exasperaba al sirio que, a pesar de sentirse poderosamente atraído por las enseñanzas de los místicos, no compartía aquel

punto de vista.

—Entonces, debo respetarlos y no matarlos.

—No he dicho eso. Tal vez tu destino con ellos sea desarrollar tu don de defender a los más débiles con tu espada.

Marwan también acudía junto a Fátima y Adila para conversar con ellas. Invariablemente, pasado un rato de charla, Adila se levantaba con cualquier pretexto inventado y los dejaba solos. El joven se sentía animado, si la hermana de Fátima mantenía esa actitud era porque iba por buen camino. Sabía que las muchachas se valían de ese tipo de señales sutiles para expresar lo que realmente deseaban. Detrás del comportamiento de Adila se encontraba el interés de Fátima.

—Eres más bonita que una flor —le dijo en una ocasión, y enseguida se arrepintió por haber usado unas palabras tan típicas. Sin embargo Fátima le respondió con una sonrisa y un brillo en los ojos que parecía decirle que era el halago más hermoso que había escuchado en su vida.

Él se moría de ganas por besarla pero la respetó. Conocía las costumbres y solo intentar dar un paso como aquel podía desencadenar el rechazo por parte de la joven. Lo que Marwan no sospechaba era que Fátima también soñaba con sus labios. Dentro de ella estaba brotando un manantial de sensaciones que aliviaba la pena de los últimos días, esa inmensa pena provocada por la muerte de su padre, la incertidumbre, el acoso de los piratas e incluso lo que ya había interpretado como una traición por parte de Bashir, su prometido. Marwan se había convertido en motivo de su desvelo, en un sueño esperanzador que borraba de su mente a Bashir el cobarde, que la había abandonado en las circunstancias más difíciles que podía imaginar.

Adila y Rasil solían pasear juntos por el jardín de la casa para distraerse mientras Marwan y Fátima conversaban. Todos creían que había algo entre ellos pero la realidad era que solo el aburrimiento los unía. Se caían bien pero no sentían nada especial. Para Adila era una ocasión única para conversar con un chico de su edad. Su familia, como todas las demás, había protegido a las dos hermanas desde su entrada en la pubertad como dos tesoros que se deben cuidar para entregarse a verdaderos merecedores. En la casa del comerciante, tras el asedio de Sevilla, nadie se preocupaba de que los muchachos respetaran las normas sociales que normalmente separaban a hombres y mujeres.

Dushan era una sombra, un ser inerte que solo se movía para entrenar o para retirarse a la alcoba. La pérdida de su hermano representaba para él la muerte de su memoria, de todo aquello que lo enraizaba a la tierra y que

impedía que se cayera. No le quedaba nada a lo que aferrarse para salir a flote. Su deseo de venganza lo mantenía vivo y cuando escuchaba los sermones de Ibn Hussain no quería saber nada de perdón ni de paz interior, su ansiedad solo podía calmarla la sangre de los vikingos.

Al alba del quinto día tras la marcha de los normandos esa paz pesada que se había posado sobre la ciudad se esfumó en apenas un instante. Marwan, como hacía todas las mañanas, subió al puesto de vigilancia. Su corazón se aceleró y estuvo a punto de gritar. Remontando el río vio las naves vikingas, como seres mitológicos de madera preñados de guerreros.

Entonces lo comprendió todo, el gobernador no había vuelto a Sevilla porque sabía que la retirada de los piratas era un engaño para conseguir que la población volviera con sus bienes y así obtener un mejor botín. Por los caminos del sur también vio llegar a los jinetes normandos. Por la parte de Carmona no había movimiento, aún no había una fuerza suficiente como para plantarles cara. Bajó al patio y comunicó la noticia. Las nubes de tormenta volvieron a asomar en las miradas de todos.

—¡Vámonos! ¡Vamos a Carmona! —insistía Adila con desesperación.

—No. Los caminos no son seguros y hay un escuadrón de normandos montados a caballo a las puertas de Sevilla.

—Pero ¡vamos a morir! —gritaba la muchacha.

—¡No vamos a morir! —intervino Kamal con toda la autoridad que pudo reunir, aquella que solía ejercer cuando era capitán y tenía a doscientos hombres a su cargo—. Hemos sobrevivido hasta ahora y vamos a vivir para ver al ejército del emir echar a patadas a esos sucios piratas.

El grupo no se contagió de su aparente optimismo pero sus palabras sirvieron para que nadie cuestionara la decisión de quedarse. Dispusieron permanecer en aquella casa. Aparte de haber sido ya saqueada, su torre les permitía estar informados de la llegada de los vikingos al barrio. Volvieron a establecer turnos permanentes de guardia y los hombres hicieron una última salida para conseguir alimentos antes de que el desembarco se llevara a cabo. Reunieron una modesta cantidad de frutas, frutos secos, salazones e incluso tres quesos que encontraron en una alacena cerrada con llave. A partir de aquel instante volvieron los racionamientos.

Desde arriba contemplaron cómo los barcos llegaban a la orilla del río y los hombres iban saltando a tierra y reuniéndose en la pendiente que llevaba a

las puertas de la ciudad. Cada cual se sumió en sus propios pensamientos, en los recuerdos de la primera invasión.

—¿Bajamos a darles las gracias? —le dijo Marwan a Ibn Hussain en voz baja, con claro tono de burla. El santón sonrió y mantuvo silencio, como si pudiera ver más allá de lo que llegaba a ver el joven sirio—. No te ofendas, solo bromeaba —cogió al anciano por los hombros y lo acompañó al patio, donde se sentaron a esperar.

Los vikingos se asentaron de nuevo en el alcázar y establecieron rondas por las murallas. Sevilla, agotada, los recibió en silencio, vestida de luto. Para seguir acumulando botín, los jinetes intensificaron los saqueos en los alrededores de la ciudad. A diario hacían salidas en busca de alquerías y aldeas, sobre las que caían como cuervos arrasando, robando y quemando sin demostrar piedad alguna. Aquellos poblados aislados representaban nuevos objetivos que renovaban su furia, su brío en el saqueo, su ferocidad, su determinación de permanecer en aquella rica tierra. Los líderes normandos animaban a sus hombres a pelear, a buscar el ansiado botín para evitar que la desidia irrumpiera en sus filas. La *cora* de Sevilla era un árbol repleto de frutos y los vikingos sacudían su tronco para conseguir las piezas más jugosas.

El escuadrón de Ibn Rustum vigilaba la zona norte y todas las mañanas se organizaban guardias para proteger a los campesinos y ganaderos. En más de una ocasión se enfrentaron a los normandos en escaramuzas que conseguían repelerlos, pero no echarlos definitivamente. Las partidas de saqueadores volvían con nuevas sobre el enemigo. Después de un mes de presencia en Sevilla no había una fuerza importante para plantar cara a su grueso. Los invasores confiaban en su fuerza y aguardaban su oportunidad para capturar las riquezas de los que habían huido de la ciudad. Sus escuchas y espías acechaban los caminos y se acercaban a Carmona para valorar la posibilidad de una nueva invasión. Por el momento, mientras hubiera *munias* y alquerías que tomar, se mantendrían en sus puestos.

Los miembros del grupo observaban con angustia las partidas y rezaban para que encontraran los poblados abandonados. La mayoría tenía familiares viviendo en alguno de ellos. A pesar de las plegarias, por la tarde, cuando regresaban los jinetes, siempre traían cautivos. A veces a lo lejos, en el horizonte, se divisaban finas columnas de humo, señales del paso de los vikingos.

Marwan y Kamal, los nuevos líderes, oteaban en busca del esperado ejército del emir.

—Está tardando mucho, hace ya más de una semana que llegó el escuadrón de caballeros —dijo Marwan una de las mañanas.

—Los mejores hombres están en las Marcas. Son muchos días de camino, tanto para ir a avisarles como para que vengan —Marwan apretó la boca, pensativo—. Ya deben estar al llegar —el sirio asintió y se volvió a mirar las tierras.

—Tardaremos años en recuperarnos de esto —señaló los campos vacíos, abandonados y expoliados—. No hay plaga más dañina que el hombre —añadió con tono solemne.

Carmona se resentía por el aumento de población. Desde que el sol salía hasta que se ponía no cesaba el trasiego de las acémilas que acudían a la ciudad cargadas de productos. Muchos campesinos se estaban enriqueciendo porque, al aumentar la demanda, aumentaron los precios, llegando a duplicarse en algunos casos. Los panaderos comenzaron a hacer panes con harinas de baja calidad. Los sevillanos habían emigrado con sus ahorros y sus bienes más preciados. Cada mañana se montaba un mercado improvisado en un extremo del arrabal de los inmigrantes, como ya era conocido el gran barrio de tiendas y chozas que se había montado extramuros.

Antonio paseaba por las abarrotadas calles de Carmona en dirección a la puerta de Sevilla. Todos los días acudía al campamento de Ibn Rustum para recibir noticias de primera mano. Vestía un hábito nuevo y una hermosa cruz de plata que le había regalado su obispo, como reconocimiento a sus padecimientos y méritos. Aquella fue la única prebenda que Antonio aceptó de sus superiores. Su historia había conmovido al arzobispo metropolitano, que quiso colmarlo de agasajos, pero el monje solo admitió una alcoba en la modesta vivienda de uno de los párrocos de Carmona y aquella cruz plateada que lucía con orgullo como una señal de su fe. Antonio sufría con cada día que pasaba sin que las tropas del emir llegaran. La noticia de la vuelta de los normandos ya había llegado a Carmona y el monje comprendió por qué el gobernador e Ibn Rustum habían decidido no regresar aún a la ciudad. Se acordaba constantemente de Basilio y del resto de compañeros de desventuras, y se imponía penitencias de ayuno y oración que ofrecía a Dios para la salvación de Sevilla. Tampoco se olvidaba en sus oraciones de la supervivencia del cristianismo, cada vez más castigado por los musulmanes e

incluso por algunos malos cristianos. Algunas noches en la casa del párroco había podido escuchar indignado cómo el hombre se acostaba con una mujer.

Llegó al campamento y se dirigió a los primeros hombres que encontró. Ya lo conocían y lo saludaron con familiaridad.

—Hola cristiano, hoy hay buenas noticias para ti —Antonio entrelazó sus manos a modo de plegaria—. Los del norte están llegando a Córdoba. En un par de días estarán allí.

—Dios os bendiga —susurró.

—Eso no es todo —dijo otro de los hombres de Ibn Rustum—. Los hombres que el emir ha reunido en Córdoba tenían previsto salir hoy hacia aquí. Deben estar en marcha o a punto de salir.

Antonio no pudo reprimir su alegría, que se mostró en una sonora palmada. Agarró afectuosamente a los dos hombres que le habían dado las noticias y les dio las gracias. Luego se retiró y volvió a la vivienda del párroco.

«Solo es cuestión de días. Dios mío, mantenlos vivos».

BATALLAS

Con la cota de malla y la celada Nasr tenía un aspecto ridículo y se movía con torpeza, doblegado por el peso. No tenía cuerpo de guerrero pero para el desfile de salida quería lucir sus galas de batalla.

En el interior de la gran mezquita de Córdoba Nasr aguardaba al acto solemne de entrega de banderas, que habían estado durante toda la noche allí, frente al mihrab. Junto al eunuco disfrazado de guerrero había tres hombres ataviados con uniforme de campaña. Ellos eran los verdaderos comandantes de la expedición, los que ayudarían a Nasr a tomar sus decisiones. El emir Abd al-Rahman quería tenerlo todo bien atado. A pesar de que su eunuco favorito, bastón sobre el que apoyaba su gobierno del Estado, tenía sólidos conocimientos de estrategia, sabía que su experiencia en combate era escasa.

También estaban presentes los capitanes, que portarían los estandartes. De manos del imán, el emir recibió tres banderas y entregó una a cada *qa'id*. Luego hizo lo propio con los estandartes. El imán les dedicó unas palabras de aliento en las que se refirió a ellos como bastiones del Altísimo frente al infiel. Entonces, tras un breve sermón que más parecía una arenga, dio comienzo el desfile entre las innumerables columnas de la mezquita. Los abanderados atravesaron la inmensa nave de oración por el pasillo que los presentes habían formado alrededor suya. Fuera, al sol espléndido de la mañana, el pueblo estalló en vítores en el mismo patio de abluciones. La pequeña comitiva salió de la ciudad y se reunió con los cerca de dos mil quinientos hombres que esperaban a sus caudillos a las afueras de Córdoba, dispuestos a luchar contra los normandos. Hasta la tarde anterior habían estado llegando hombres de todos los rincones de las *coras* vecinas. La inmensa masa de combatientes se movilizó y marchó por el camino de Sevilla.

Abd al-Rahman ibn al-Hakam se retiró a su alcázar. Ahora podía tener algo de sosiego; Sevilla, la luminosa, iba a ser auxiliada al fin. Las fuerzas normandas y cordobesas estaban equilibradas pero el emir sabía que los mil quinientos guerreros de las Marcas que estaban a punto de llegar volcarían la

balanza a su favor. Cada hombre de la frontera valía por tres cordobeses. Eran guerreros curtidos en cien batallas, acostumbrados a la lucha y la privación. Representaban su esperanza. Sin embargo, no quería darles alarde. Eran fieles a Musa ibn Qasi, el rebelde que lo había tenido en vilo en los últimos años. No los había querido hacer partícipes del desfile y los iba a dejar marchar a Sevilla solos, sin fiestas.

Sadiq ibn Utman, uno de los astrólogos favoritos del emir, se reunió con él tal como había solicitado. Era un bereber de piel oscura que lucía un turbante con una perla engarzada en plata, regalo de Abd al-Rahman.

—Mi señor, cabeza del reino más glorioso, el bendecido por el Compasivo… —dijo con la cabeza inclinada.

—Sadiq, dime qué viste anoche.

—El cielo estaba claro y tres estrellas corrieron de sur a norte.

—Traduce.

—Tu ejército vencerá a los normandos, claramente.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del emir. Sadiq ibn Utman no se equivocaba nunca. Había predicho el sometimiento de Musa en la campaña de aquel mismo año y había acertado con el sexo de sus tres últimos hijos. Hizo llamar al encargado del tesoro y le dio instrucciones para que le regalara al astrólogo un dinar de oro.

—Cuando se confirme tu predicción te daré tres más.

Abd al-Rahman se había puesto de un humor excelente y se dirigió a sus aposentos privados. Tal vez era un buen momento para disfrutar de una de sus concubinas en los baños del alcázar.

Lo único que pudieron ver fue una inmensa nube de polvo difuminada por la distancia, anuncio de la ansiada llegada de las tropas de Córdoba. Sabían que el emir no podía abandonarlos a su suerte y por fin había dado muestras de su reacción. Presintieron la inminente batalla en la que los musulmanes expulsarían definitivamente a aquellos infieles de apetito voraz que habían mancillado sus tierras con la sangre de sus hermanos. La espera daba frutos y todos se sintieron libres, como si la mera presencia del ejército sirviera para espantar a los enemigos.

Por turnos, todos subieron a la torre para recrearse en la polvareda, a la que mandaron sus oraciones de aliento, que volaron como palomas mensajeras llevadas por la brisa. Las mujeres lloraron abrazadas, emocionadas y alegres.

—Quiera el Altísimo que acaben con todos y cada uno de los malnacidos demonios —dijo Maryam con lágrimas en los ojos. La muchacha se recuperaba lentamente de su ataque de nervios.

Por la dirección en la que se veía, los hombres dedujeron que la tropa se dirigía a Carmona para reunirse con el escuadrón de caballeros y con el gobernador de Sevilla. Lo primero que hicieron tras la euforia inicial fue realizar una oración común en el jardín, como acto de gratitud. Tras la oración se reunieron en el salón principal de la casa y decidieron preparar una comida especial saltándose las restricciones de los últimos días. Marwan tomó la palabra mientras comían e hizo un anuncio que cogió a todos por sorpresa.

—Esta noche me voy a Carmona —sus compañeros dejaron de comer y lo miraron con asombro—. Debo cumplir con mi deber de *yundí*.

—Pero ya hay un ejército organizado. ¿Para qué quieres arriesgar tu vida? Un hombre más no resolverá nada —intervino Fátima, que parecía irritada.

—El honor no es una cuestión de conveniencia, ni de número. Mi familia aceptó unos dones a cambio de prestar ayuda al emir cuando la necesitara. Ahora debo cumplir con ese deber sagrado de fidelidad.

Kamal entendía de lo que hablaba pero no compartía su decisión.

—Marwan, acabas de llegar de la aceifa del norte y aquí, en Sevilla, has protegido a estas personas y has luchado contra los normandos. Creo que estás sirviendo al emir más que cualquiera de los que vienen de Córdoba.

—Los *yundíes* somos miembros del ejército, y con él debo estar. Puedo darles información que les será de gran utilidad. He tomado mi decisión y no me retractaré.

—Pero… ¿y nosotros?, ¿y tus amigos?, ¿nos dejas aquí solos? —Fátima hizo un último intento por convencerle.

—No os dejo solos. Dushan y Kamal son buenos guerreros y se quedan con vosotros. Ya no hay peligro aquí, en la ciudad. La batalla se librará fuera y yo voy a luchar por vosotros, para conseguir vuestra libertad.

Fátima arrancó a llorar y salió del salón airada. Su hermana la siguió.

Marwan era un hombre de sólidos principios. No le gustaba la guerra y le repugnaba matar, pero su familia le había enseñado que todo lo que tenían era fruto de un contrato con el emir. Si querían mantenerlo debían cumplir con la contrapartida.

—¿Cómo vas a salir? —le preguntó Kamal, consciente de que no podría hacer nada por evitar que se fuera.

—La muralla está en ruinas. Saldré por el hueco por el que entró Ibn Hussain. Lo haré a media noche.

—Está bien, muchacho. Que el Altísimo te proteja y te guíe —los demás volvieron a la comida en silencio—. Deberías hablar con la chica, te aprecia —puso énfasis en la última palabra.

Marwan salió a su encuentro y Adila se retiró, discreta. Se colocó tras ella y la dejó desahogarse sin intervenir.

—Ya puedes irte. Veo que no te importa nada más que la guerra —dijo Fátima imprimiendo a sus palabras un tono de reproche.

—No me importa nada más que el amor, Fátima. El amor a la vida, el amor a mi familia, el amor a mi tierra… el amor a ti… —Ella se volvió hacia él—. Ya lo sabes. Sabes que te amo desde que te encontré desvalida y te acogí. Nuestro destino era encontrarnos —la muchacha paró de llorar.

—¿Por qué te separas de mí, entonces?

—Porque la lucha a la que voy es justa, mil veces más que las aceifas del norte. Esos demonios han destrozado muchas vidas y merecen un castigo. Hay que echarlos de aquí para que dejen de hacer daño. Si puedo ser de ayuda, debo acudir —ella mantuvo silencio—. Estaré bien. Todo habrá acabado en cuestión de días y te sentirás orgullosa de mí.

—Ya me siento orgullosa de ti.

—Lo sé.

Un breve silencio se instaló entre ellos.

—Yo también te amo, Marwan. Te amo desde que arriesgaste tu vida para salvarme —se echó las manos a la cara, como si se acabara de rendir ante un sentimiento que la acosaba con insistencia.

Él le apartó las manos y le levantó la barbilla. Con suavidad posó sus labios en los de ella y un escalofrío de placer los recorrió a ambos.

—Mi alma va contigo, cuídala, cuídate —pronunció Fátima con resignación. Marwan sonrió y asintió, y juntos volvieron al salón dedicándose miradas cómplices.

Kamal se había retirado a una alcoba para dormir la siesta y Ayana siguió sus pasos. La sudanesa se echó en la cama junto a él.

—No te irás con él, ¿verdad?

El hombre giró la cabeza y la miró fijamente.

—No —dijo secamente.

Ayana dio las gracias al Cielo y no pudo reprimirse, se abrazó a él con fuerza y le plantó un beso en la mejilla. Él no le devolvió el abrazo pero el contacto físico le hizo estremecerse. La mujer apretó con más fuerza, como si quisiera fundirse con su cuerpo. Luego lo soltó, se sentó sobre él con las piernas abiertas y se remangó el vestido.

—Soy tuya —le dijo, y se echó hacia delante hasta apoyar las palmas de las manos en su pecho.

Kamal se entregó de nuevo a la pasión, a un deseo que lo devoraba por dentro y que parecía borrar, aunque fuera por unos instantes, todos los pesares que torturaban su conciencia.

Ibn Hussain le explicó a Marwan dónde estaba exactamente el hueco en la muralla. Todos se despidieron de él y le desearon suerte. Fátima lo abrazó y le susurró al oído palabras que nadie más pudo escuchar. Cuando le llegó el turno a Alí el rifeño, el joven se plantó delante del sirio e intentó hablar, pero un nudo en la garganta se lo impidió. Tenía lágrimas en los ojos, estaba emocionado.

—Tranquilo, Alí. Entiendo lo que quieres decir.

Entonces el bereber arrancó a llorar y salió corriendo para que no lo vieran. La carcasa de rencor se había desmoronado definitivamente.

Marwan salió a la ciudad en sombras y recorrió sin sobresaltos el camino que llevaba a la muralla. Vio a un normando de ronda sobre el adarve pero en ese momento estaba lejos, caminando de espaldas. Recorrió la base del paño de muro que discurría justo enfrente del horno del barrio, tal como le había explicado el santón, y encontró sin dificultad la oquedad. Aquella vieja muralla necesitaba una reconstrucción, no bastaba con una simple reparación. El sirio se asomó al otro lado y contempló las extensiones de campo y los caminos lejanos. Tendría que caminar un buen rato dentro del campo visual del guardia. Tomó una rápida decisión y volvió al interior del recinto. Avanzó pegado al muro hasta que encontró una escala y ascendió hasta la mitad de su altura en el más absoluto silencio. Escuchó pasos sobre su cabeza y percibió cómo se alejaban lentamente por el camino de ronda. Entonces continuó la ascensión hasta el adarve y una vez allí, arma en mano, corrió hacia la espalda del vikingo. Este se percató del ataque, se giró con el hacha de batalla preparada y Marwan no tuvo más remedio que detenerse a varios pasos de él. El guardia gritó para avisar a las demás rondas pero en ese momento no había ningún hombre cerca. El joven sirio tenía que acabar con él sin demora si no quería verse rodeado de guerreros. Lanzó su espada y el vikingo la frenó con su hacha en alto. Quedaron así un instante, que Marwan aprovechó para darle una patada en el pecho. El hombre cayó hacia atrás, chocó con una almena y cayó sobre ella hacia el exterior de la muralla. Un golpe seco se escuchó al otro lado, seguido de gemidos ahogados por el dolor. Marwan corrió, bajó por

la escala, buscó el hueco del muro y salió al encuentro del herido, que permanecía tumbado boca abajo. Agarró su trenza rubia y tiró de ella hasta levantarle la cabeza. El hombre tenía el rostro ensangrentado y respiraba con dificultad. Sus ojos permanecían completamente abiertos, inyectados de rojo. El sirio aguantó su cabeza levantada y con la espada le rebanó el cuello. Lo dejó desangrarse sin moverse. Cuando cesó el tormento, comenzó a caminar para alejarse de la ciudad. Tomó cierta distancia antes de echar a andar en dirección a Carmona.

Caminó durante toda la noche y procuró evitar los senderos más concurridos. Antes del alba llegó a las inmediaciones de la ciudad y los guardias se abalanzaron sobre él al verlo con aquellos ropajes manchados de sangre. Marwan se presentó a gritos en su perfecto árabe y alzó las manos para tranquilizarlos. Le hicieron esperar a que Ibn Rustum se levantara y acudiera al campamento. El general había participado en la última aceifa y conocía a aquel joven *qa'id,* al que tenía en gran estima. Le proporcionó ropa limpia y enseguida ordenó que lo condujeran ante la presencia de Nasr, recién llegado a Carmona, y del gobernador de Sevilla. Ambos recibieron al joven sirio sin dilación. Allí se enteró Marwan de que habían ejecutado al anterior *walí* y habían nombrado a otro nuevo. El joven les informó de la situación y los oyentes se indignaron con el relato de las agresiones que los normandos estaban infligiendo a los sevillanos. Narró todo lo que había ocurrido desde que llegó a la ciudad y se la encontró asediada por los piratas. Les explicó que habían convertido el alcázar en su refugio y que tenían caballos, robados en Qabtil. También les dijo que tenían sus naves ancladas en el río y que bloqueaban el paso a cualquier otro barco.

—No respetan nada y pelean con fiereza —comentó al final de su relato.

—Los echaremos, mataremos hasta al último de esos malditos, clavaremos sus cabezas en picas y subiremos las picas a las puertas de Sevilla —sentenció Nasr.

El *walí* llamó a un sirviente y le ordenó que alimentaran adecuadamente a Marwan y que le proporcionaran aposento y ropa limpia.

—Quiero ir a la batalla —anunció.

—Ya has luchado bastante, muchacho —contestó el gobernador. Ahora descansa.

—Puedo ser útil y he demostrado mi habilidad en la aceifa.

—No lo dudo. La información que nos has dado será de gran utilidad. Pero ya tenemos a los oficiales que necesitamos. No podemos desplazar a nadie por ti.

Marwan se sintió ofendido. Se retiró con el sirviente y se instaló en el aposento que le habían destinado en la vivienda del *walí*. Cuando decidió acudir a Carmona no buscaba reconocimiento ni un trato especial, tan solo quería cumplir con el deber de los suyos. En aquel momento se acordó de su familia. Sus tíos paternos vivían en el Aljarafe, por lo que supuso que sus padres se habrían refugiado allí. Pronto todo volvería a la calma y podría reencontrarse con ellos. Por el momento, lo mejor que podía hacer era esperar en Carmona a que se librase la batalla.

Dushan abandonó el puesto de guardia para informar de lo que acaba de ver. Recorriendo las calles del barrio había un grupo de normandos. Parecían buscar algo y entraban en las casas entre gritos, como si quisieran provocar a alguien. Kamal subió con el eslavo y Ayana los siguió. Tardaron un rato en hacerse visibles, a cuatro calles aparecieron los cerca de quince hombres pertrechados para la lucha. Entre ellos destacaba uno, que llamó la atención de la sudanesa a pesar de la distancia.

—A ese lo conozco. Le disparé una flecha en la espalda —señalaba al que llevaba una cota de malla y una piel de oso.

—¿Del grupo que mató a mi hermano? —preguntó Dushan con los labios apretados. Ayana asintió y el eslavo escupió y soltó una maldición en su lengua natal. Grabó la imagen de aquel hombre en su mente y deseó tener la oportunidad de cruzarse con él.

—Hay muchos como él, que visten pieles de oso —comentó Kamal—. Pero tendría sentido que fuera él —añadió—. Tal vez nos está buscando…

Extremaron la precaución y procuraron mantenerse en silencio. De esta manera consiguieron pasar inadvertidos a la ronda de vikingos. El grupo se reunía en el salón de la casa para charlar y distraerse. Entre ellos se había forjado una fuerte relación de amistad. Las circunstancias los habían unido en aquella cuadrilla que se asemejaba a un bote que portaba restos de diferentes naufragios. Cada cual arrastraba sus propias penas, que en las largas horas de reclusión se iban manifestando en confesiones que los aliviaban y reforzaban la confianza.

—Cuando nos quitan todo lo material nos damos cuenta de lo que de verdad importa —comentó en una ocasión Ibn Hussain. A aquella altura del asedio todos comprendieron a qué se refería el anciano santón de mirada inundada de paz.

Marwan se dirigió aquella mañana al campamento de los jinetes, el que comandaba Ibn Rustum. Desde la llegada del *yundí*, un par de días atrás, habían tenido ocasión de encontrarse y conversar en varias ocasiones. Ibn Rustum le había pedido que cabalgara junto a él en la batalla que en breve se libraría y el sirio aceptó de buen grado, luchar junto a un general de su talla era una opción honorable para su familia.

En aquel momento regresaba una partida de guerreros que rondaba por la zona para impedir los ataques de los normandos. Los piratas, que habían tenido varias ocasiones para comprobar que el norte estaba protegido, hacían sus salidas hacia el sur o el oeste, buscando presas más fáciles. Ibn Rustum los recibió y escuchó el informe que le traían. Luego atendió a su amigo.

—Marwan, pronto vas a tener ocasión de luchar. Me dicen mis hombres que la tropa de la Marca ya está a la vista, a varias horas de aquí. Nasr mandará un ataque cuando estemos todos reunidos.

—Espero que sea pronto, porque a Sevilla le queda poco para morir desangrada.

—Será pronto y con la ayuda del Altísimo podremos echar a patadas a esos lobos del norte.

—En mis oraciones pediré que así sea.

El joven se retiró y decidió acudir a los baños antes del mediodía. Recorrió las tiendas del campamento entre los soldados, que aguardaban impacientes a que llegara alguna orden. A la salida se encontró con un corrillo de hombres que charlaban con un monje. Conforme se acercaba a ellos su corazón se aceleró. «No es posible», pensó emocionado. Se colocó a dos pasos del clérigo y aguardó su reacción.

—¡Marwan! —gritó Antonio con una amplia sonrisa dibujada en la cara.

Se abrazaron alegres.

—No sabíamos nada de ti desde aquella noche. Nos temimos lo peor. Me alegra que estés bien.

El corrillo se disolvió y los soldados dejaron solos a los dos amigos.

—Realmente ocurrió lo peor —dijo Antonio mientras se enjugaba unas sinceras lágrimas de emoción—. Pero ahora estoy aquí, que es lo que cuenta. Vamos a la ciudad y nos ponemos al día —echaron a andar juntos hacia la puerta de Sevilla para adentrarse en la ciudad de Carmona—. Antes de nada, dime cómo están los demás.

—Están bien. Perdimos a Muhammad y a Hassan, el Compasivo los tenga en su Paraíso. Pero los demás están bien. Siguen en Sevilla. Yo me fui de madrugada y vine aquí para ayudar al ejército.

—Vi los cuerpos del capitán y Hassan en el *funduq*. He rezado mucho por ellos, y por todos vosotros.

Marwan dirigió sus pasos a una taberna que había encontrado el día anterior donde servían un excelente plato de cordero. Charlaron durante horas en una mesa del atestado establecimiento, como dos viejos amigos que se encuentran después de años. Antonio le narró su periplo, el secuestro y el penoso cautiverio, el comportamiento de los normandos y la muerte de la madre de Maryam, el fuego en la mezquita y la retirada a Qabtil de improviso. También le contó cómo los vikingos lo eligieron por su indumentaria para informar al gobernador sobre la negociación de rescates.

—Era una trampa —dijo el sirio—. Volvieron a Sevilla en pocos días.

—Lo sé, al principio me indigné por la actitud del *walí*. Luego comprendí por qué rechazaba la negociación y no acudía a Sevilla.

Después le tocó el turno a Marwan, que narró con detalle todo lo que había ocurrido desde que Antonio los había dejado. El monje se mostró especialmente interesado por su amigo Basilio y por Maryam.

—Maryam está mejor. Ibn Hussain le ha ayudado mucho. Creíamos que iba a perder la cabeza, pero ahora está más serena. Tu amigo Basilio también está bien. Sufrió mucho cuando desapareciste. Se aislaba de nosotros y se ponía a rezar por ti.

Antonio suspiró y sonrió, conmovido.

—Ese cabezota, si se lo hubiera pedido yo me habría dicho que no tenía ganas de rezar… —Alzó su vaso de vino—. Por todos ellos, por ti y por los que se han dejado la vida en el camino.

Marwan alzó su vaso con jugo de limón rebajado con agua y se lo bebió a la salud de sus compañeros.

—Antonio —el sirio dejó la mirada perdida más allá de los muros de la taberna—, dime, tu religión qué dice de la guerra.

—La guerra y la religión no deben encontrarse. Nuestro Señor Jesús rechazaba cualquier guerra. Solo hablaba de paz, amor y perdón.

—¿Por qué entonces cristianos y musulmanes se lanzan cada año a la batalla?

—Como bien dices, son los hombres los que se lanzan a la guerra, ya sea enarbolando cruces o loas a Allah.

Alí corrió escaleras abajo y despertó a sus compañeros, que aún dormían.

—Los piratas están aquí, están a una calle —avisó con la voz entrecortada por los nervios.

Se levantaron y se prepararon para el momento que habían estado temiendo en los últimos días. La luz del alba apenas clareaba el cielo. Kamal subió para observar la situación y determinó que era imposible huir, los normandos tenían a la vista la casa del comerciante. La mejor opción era plantarles cara. De forma sistemática iban entrando en las viviendas y comprobando que estaban vacías. Se habían propuesto encontrarlos y estaban dedicándose a ello con empeño. Intentó contarlos y calculó que eran unos veinte hombres. Diseñó una estrategia y volvió junto a los suyos. En la torre apostó a Ayana, Zacarías, Alí y Basilio con sus arcos. Sobre el tejado del zaguán se situaron Dushan, Rasil y él mismo. Fátima, Adila, Maryam, Ghali y el anciano Ibn Hussain comprobaron que la puerta estaba atrancada y permanecieron escondidos en el jardín. La única posibilidad de supervivencia residía en abatir a flechazos a más de la mitad de los normandos y luego esperar al resto a la salida del zaguán, donde no tuvieran la ventaja de su número. Solo tres de los hombres estaban preparados para hacerles frente en lucha cuerpo a cuerpo, por lo que no cabían errores.

Así dispuestos aguardaron a que los vikingos estuvieran más cerca. Ayana reconoció al hombre de la piel de oso y tuvo claro que era él al que había disparado en la otra ocasión. Lo tenía a tiro y estuvo tentada de tensar su arco, pero Kamal había sido claro, tenían que esperar a su orden. El soldado quería tenerlos debajo, para que no pudieran escapar y llamar a más piratas. Desde abajo, Dushan le dirigió una breve mirada a la sudanesa, que asintió lentamente. El eslavo apretó su arco impaciente, anhelando el momento de dar la cara y comenzar a matar vikingos.

Los piratas avanzaron por la calle e inspeccionaron las viviendas vecinas. En ese momento Kamal se puso en pie y alzó su mano. Los arqueros asomaron sus cuerpos desde la torre y el tejado, lo suficiente para poder disparar. Las primeras flechas desconcertaron a los enemigos, que tardaron en reaccionar. Cuatro de ellos cayeron fulminados y dos resultaron heridos. Enseguida se oyeron sus voces y las órdenes del hombre que parecía dirigirlos. Se pegaron a la pared de la casa y alzaron sus escudos de madera para ser un blanco más difícil. Dos de ellos tomaron sus hachas y golpearon la puerta a la altura de la cerradura. Las flechas siguieron volando y matando normandos. Tres de ellos intentaron huir corriendo hasta una de las viviendas abiertas pero fueron los primeros en caer alcanzados por las certeras saetas de Ayana, Zacarías y Dushan. Desde la torre dejaron de tenerlos a tiro y

Zacarías, sin pensarlo dos veces, descendió y subió al tejado del zaguán con los demás, se asomó al borde y continuó disparando. Así mató a otros dos hombres. Los golpes en la puerta no cesaban, habían abierto un hueco en la madera por el que estaban astillando la tranca. Dushan siguió a Zacarías y se asomó a la calle, tuvo a tiro al hombre de la piel de oso pero lo odiaba demasiado como para matarlo así. Disparó a otro normando y en ese preciso instante sonaron los crujidos de la tranca, que estaba a punto de romperse. Quedaban seis vikingos vivos, la carga de los arqueros había sido un rotundo éxito. Kamal bajó del tejado por el lado de la casa y se puso frente a la puerta que comunicaba el zaguán con el jardín. Lo siguieron Dushan y Rasil. El escudero era el que menos experiencia tenía con las armas, por lo que lo dejaron en una segunda línea, por si uno de los dos guerreros caía.

Nada más abrir la puerta, el primer normando se topó con la espada de Dushan, que se clavó en su cuello y provocó una sangría. Kamal y el eslavo procuraron mantenerse juntos para impedir que entraran en tropel los cinco vikingos restantes. Dentro del zaguán se escuchó el cuchicheo de los hombres que, a una señal de su líder, embistieron contra los defensores obligándoles a retroceder.

Rasil quedó encarado a uno de ellos, un muchacho pelirrojo que no llegaba a la veintena. Los dos muchachos se miraron valorando sus fuerzas. El vikingo tenía escudo y un hacha ligera de batalla. Rasil solo contaba con su espada pero era más corpulento que su enemigo.

Kamal acuchilló con su daga al primer hombre que se le abalanzó en la embestida y luego se enfrentó a dos vikingos, un gigante rubio de edad avanzada y un guerrero con yelmo y peto de cuero.

Dushan atrajo a su lado al hombre de la piel de oso. Había convertido a aquel normando en el objeto de su ira y su ansia de venganza, como un símbolo que representaba a aquel pueblo que había destrozado su familia y su vida. Grabó sus facciones en la memoria con la intención de recordarlo siempre, incluso después de matarlo y entregar su cuerpo a los perros.

El gigante rubio avanzó hacia Kamal a paso lento. El soldado lanzó un ataque con su espada, que se estrelló con el escudo enemigo. Después, el vikingo le golpeó en el hombro con su broquel y le hizo desequilibrarse. El guerrero del yelmo se echó sobre él, pero Kamal pudo reaccionar y le clavó la espada en el estómago, justo debajo de la protección de cuero. El rubio estaba ya encima de él de nuevo y descargó el hacha contra su pecho. Frenó el golpe con su arma pero, aun así, el hacha siguió su camino e impactó contra su peto. Un agudo grito de mujer se oyó desde la torre. Kamal sacó fuerzas para un

último ataque, agarró el mango del hacha para que su enemigo no pudiera moverla y con la espada acuchilló su cuello. Luego, todo se nubló.

Rasil mientras tanto luchaba contra el joven normando. El escudero había recibido entrenamiento militar pero apenas tenía experiencia en combate. Se miraron y se acercaron el uno al otro con cuidado, como si realmente no quisieran estar allí, batiéndose a muerte con un desconocido por causas que estaban por encima de ellos. Los dos usaban espada. El normando lucía al cuello una especie de amuleto con forma de martillo; lo agarró con su mano izquierda y atacó. No hizo más que cortar el aire. Rasil se desplazó a un lado y esquivó el espadazo. El vikingo pareció enojarse y volvió a la carga con furia. Gritó y alzó su espada, que descendió hacia su oponente rápida y pesada. Rasil era ágil y volvió a escabullirse. En esta ocasión el ataque desestabilizó al normando un instante, lo que el escudero aprovechó para atacar a su rival justo debajo de sus costillas. Sonó un agudo grito y el joven se retorció de dolor. Del corte, profundo, comenzó a manar sangre, que empapaba la tela marrón de su camisa. Rasil se le quedó mirando pero fue incapaz de terminar lo que había empezado. Entre chillidos de dolor, el muchacho cayó al suelo y el sevillano observó su espada manchada de rojo. Sintió nauseas y sus piernas quedaron paralizadas.

Dushan libró su propia batalla con el pasado. El hombre de la piel de oso avanzó hacia él con decisión y le atacó con su hacha. La espada del eslavo chocó con ella pero el normando empujó hacia abajo y logró desarmar a su rival. La espada cayó al suelo y Dushan, en un rápido movimiento, la recuperó y se apartó del camino de su enemigo. El vikingo estaba llevando la iniciativa de la lucha y le hacía retroceder con cada hachazo. El rostro desencajado del normando irradiaba ira y seguridad. Dushan se mantenía frío, aguardando la ocasión para contraatacar. El hombre de la piel de oso lanzó de nuevo su hacha, esta vez desde arriba, y el eslavo lanzó a su vez su arma para contrarrestar el ataque y no perderla de nuevo. La espada impactó con fuerza contra el mango de madera del hacha, partiéndolo y dejando que la hoja cayera al suelo. Esa era la oportunidad que esperaba. Aprovechando el desconcierto de su rival, Dushan se pegó a su cuerpo y le dio un espadazo en el cuello, el único punto vital que no estaba protegido por la cota de malla.

—Muere maldito hijo de perra, muere y púdrete —dijo el eslavo cegado por el odio.

El hombre, haciendo un esfuerzo sobrehumano, alzó el mango del hacha y clavó su punta astillada en el cuello de Dushan, a la altura de la yugular. Quedaron abrazados por unos instantes. Ambos escupieron sangre y se

mantuvieron la mirada, como si se hubieran retado a un duelo final en el que vencería el último en morir. El cuerpo del normando fue resbalando hacia abajo y quedó tendido en el suelo.

Una extraña paz invadió las facciones de Dushan. Miró a su alrededor y entonces tuvo conciencia de los gritos del joven normando, herido mortalmente por Rasil. Vio a Ayana salir del pie de la torre y acercarse corriendo a Kamal, que aún tenía el hacha clavada en el pecho. La sudanesa agarró el arma y la sacó con facilidad del hueco que había abierto en el peto de cuero. El soldado reaccionó y abrió los ojos, estaba sereno. Ayana se apresuró a quitarle el peto y examinó la herida. Era larga pero poco profunda. Zacarías llegaba a su lado en ese momento y observó el corte.

—No es grave, lo coseré.

La esclava se abrazó a su cuello con alegría y luego se echó de rodillas en el suelo para agradecer al Compasivo que Kamal estuviera con vida.

Ibn Hussain caminaba hacia Dushan para comprobar su estado y Zacarías lo observó con preocupación desde donde estaba. El eslavo esbozó una leve sonrisa y cerró los ojos lentamente, a la vez que agarraba el mango del hacha y se lo sacaba del cuello. Al liberar el tapón la sangre salió con fuerza, como un manantial de vida que se escapaba sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo. Al fin Dushan tenía la paz que durante su vida no había logrado alcanzar.

Las mujeres gritaron y lloraron desconsoladas. Todos acudieron a su lado para acompañarlo en sus últimos instantes de vida. De nuevo el grupo se vestía de luto, de nuevo los demonios del norte se cobraban una vida. Dushan murió pronto, al ritmo de la sangre que fluía generosa de su cuello.

—Los maldigo, maldigo sus barcos con monstruos tallados, maldigo sus hachas, maldigo a cada pirata con el corazón carcomido por el ansia de matar y robar —dijo Kamal. Se había puesto en pie. La raja de su pecho estaba sangrando y Zacarías recomendó limpiarla y coserla pronto. Sin embargo, a pesar del intenso dolor, el soldado ordenó que se movilizaran de inmediato y no admitió discusión. Observó al muchacho normando, el imberbe que se retorcía de dolor en el suelo. Ya no gritaba, pero su rostro reflejaba un intenso sufrimiento.

—Somos guerreros, no carniceros. Si llevas una espada tienes que ser capaz de terminar tu trabajo —reprendió con severidad a Rasil.

Se acercó al joven herido y rebanó su cuello de un tajo. Los demás apartaron la mirada. Era demasiado joven, no debería estar allí. Luego se lavó el pecho en la fuente del jardín y Ayana aprovechó para buscar hilo de seda y

una aguja en los almacenes traseros. Salieron de la casa del comerciante y se encontraron con los normandos muertos en la calle. Maryam no pudo evitar pisotear sus cuerpos, descargando parte del rencor que guardaba en su alma.

«No hay honor en la muerte», pensaba una y otra vez Rasil. Era el segundo hombre que moría por sus manos en aquellos días de asedio. Ahora estaba en posición de comprender a su amigo Marwan.

Musa llegó con sus hombres a las inmediaciones de Carmona y decidió acampar a varias leguas de allí. Rodeó la ciudad por el norte, para evitar que los vikingos pudieran tener noticias de su llegada, y asentó su campamento en un lugar seguro, lo suficientemente alejado de Sevilla. No se detuvo siquiera a reunirse con Nasr, lo que molestó al eunuco, comandante de la tropa del emir. Nasr decidió enviar a Ibn Rustum para hablar con él y organizar una estrategia. El general llevó consigo a Marwan. El joven sirio estaba sorprendido por la reacción de Abd al-Rahman que, a pesar de su rebeldía, no solo había perdonado a Musa ibn Qasi, sino que además contaba con él para expulsar a los normandos de sus tierras. Realmente debía ser un hombre de extraordinaria valía.

Se reunieron a la entrada de una de las tiendas del campamento de los guerreros de la Marca. Se saludaron y se dedicaron bendiciones. «Hace unos meses nos enfrentábamos a muerte en la frontera y ahora nos sonreímos y nos repartimos bendiciones… así somos los hombres», pensó Marwan.

—Nuestro comandante ha echado en falta tu visita —comentó Ibn Rustum.

—No respeto a eunucos cortesanos que no conocen de la guerra más que los poemas épicos. Respeto al emir Abd al-Rahman, sucesor de aquel al que mis antepasados juraron obediencia. Y te respeto a ti, que hablas mi mismo idioma.

Ibn Rustum compartía su opinión sobre Nasr pero no podía manifestarlo. Se limitó a otorgar con su silencio. Marwan observaba a los dos hombres, dos titanes curtidos en decenas de batallas.

—¿Cuántos son? —preguntó Musa.

—Es difícil calcularlo. Por el número de naves pensamos que son más de dos mil.

—¿Cómo pelean?

—Son buenos guerreros pero poco disciplinados. En lucha cuerpo a cuerpo son temibles, como batallón… tenemos muchas opciones.

—Bien, entonces tendremos que hacerles pelear en masa. ¿Hacen salidas?

Marwan no intervenía, miraba a uno y otro hombre con admiración. Eran precisos e inteligentes, y parecían tenerlo todo calculado.

—Salen todos los días en pequeños escuadrones. Ahora evitan el norte porque lo custodiamos nosotros. Salen hacia el este y el sur y vuelven siempre con botín de las alquerías.

—¿Hay algún sitio apto para emboscadas por esos caminos?

Ibn Rustum meditó su respuesta.

—Tal vez al sur, en Tablada.

—¿Dónde queda? ¿Podrías dejar a uno de tus hombres conmigo para indicarme el sitio?

—Por supuesto, te dejaré a uno de mis jinetes.

—Yo puedo quedarme —habló Marwan—. Conozco bien la zona y los accesos más seguros.

Ibn Rustum estuvo de acuerdo y Musa no puso objeciones.

—Nasr quiere que organicemos una estrategia conjunta —le propuso el general.

—Yo voy a organizar una emboscada con mis hombres. Todo el que se una será bien recibido.

Musa era orgulloso y no quería aceptar órdenes de nadie. Ibn Rustum pensó que la idea de la emboscada en el sur era buena.

—Avísame cuando vayas a ejecutarla y acudiré con un batallón.

—Al alba de pasado mañana —dijo el norteño con decisión—. Me alegrará recibirte.

—Pues mañana por la tarde nos reuniremos aquí mismo, si el Altísimo lo permite.

Los dos líderes se despidieron e Ibn Rustum volvió a Carmona para dar parte a Nasr. El eunuco había organizado una partida contra Sevilla. Había provocado varias escaramuzas y algunos normandos cayeron muertos por su estrategia. Pero no hubo una gran victoria. Los ataques directos no funcionaban contra ellos, que tenían un buen refugio y eran diestros con los arcos. Sin embargo, aquello sirvió para darles a conocer la magnitud del ejército que se les oponía. Carmona y el norte habían estado defendidos por los doscientos jinetes de Ibn Rustum. Con la llegada de Nasr y sus hombres el equilibrio de fuerzas había cambiado. Tal vez la voluntad de los piratas comenzara a flaquear al comprobar que el soberano de aquellas tierras por fin había respondido a su invasión.

La madrugada de aquel mismo día Marwan condujo a Musa ibn Qasi a las cercanías de Tablada, ambos acompañados por diez jinetes.

—Fui *qa'id* en la última aceifa. Mi familia es siria y… —comenzó a narrar Marwan.

—Tranquilo muchacho —Musa lo interrumpió—, tendrás un puesto acorde a tu rango. Todos nos preocupamos por el honor de nuestras familias.

Cruzaron el río por un vado que Marwan conocía, a cierta distancia de Sevilla. Desde el bosque que rodeaba el costado oeste de la aldea, por prudencia, observaron el pequeño caserío desierto por los saqueos. Había una capilla con un pequeño campanario, varios cercados para animales, vacíos, y unas quince viviendas con huertos. Musa grabó en su memoria el escenario y diseñó su estrategia.

—Amigo sirio, pronto cumplirás una importante misión y los tuyos se sentirán muy orgullosos.

Antes de que amaneciera volvieron al campamento. El norteño preguntó a Marwan por su papel en la aceifa y el joven lo miró sorprendido. Tenía delante al rebelde que había provocado la campaña. Había peleado contra sus tropas, muchas de las cuales estaban ahora reunidas a varias leguas de Carmona. Habían sido enemigos y podrían haberse matado si hubieran tenido ocasión.

—Mi papel fue servir a mi emir, que el Altísimo lo proteja.

Musa lo miró con desdén.

—Muchacho, tienes mucho que aprender. Respeto ese poder pero no me declaro su siervo. Cuando tu vida y tu pueblo están en juego solo debes obedecerte a ti mismo.

El grupo se internó en las calles de los judíos en busca de un nuevo refugio. Zacarías tomó la iniciativa y los condujo a la vivienda de Judah ben Mosé, el prestamista al que había recurrido para poder comprar las esteras. Aunque modesta para su riqueza, la vivienda era espaciosa y tenía salida a dos calles, por lo que podía ser un buen escondite. La puerta estaba abierta y Zacarías entró el primero. Desde el zaguán se accedía directamente al salón principal, del que llegaba un olor intenso y desagradable. El judío penetró en la estancia y tuvo que taparse la nariz y la boca por el intenso olor a muerte. Tirados en el suelo estaban los cuerpos de Judah y su esposa, descomponiéndose lentamente. Volvió al zaguán y detuvo a sus compañeros. Vomitó en una esquina y lloró por las almas de su prima y su marido Judah.

—¿Por qué la has arrastrado a ella? Tenías que haberla mandado lejos —musitó entre sollozos. Los hijos del matrimonio eran mayores, estaban casados y tenían sus propias casas. Zacarías rezó, esperando que no se hubieran quedado en Sevilla.

Salieron del zaguán a la calle y se metieron en otra vivienda al azar, una construcción sencilla de una planta con un minúsculo jardín en la parte trasera. Allí se aislaron y permanecieron escondidos. Zacarías cosió la herida de Kamal con el hilo que la sudanesa había conseguido. Aquella noche tuvo un poco de fiebre, pero la mañana siguiente se sintió recuperado. Ghali y Ayana no se apartaban de su lado. El soldado estaba dolorido y le molestaba la tirantez de la piel. No estaba en condiciones de volver a pelear. Según sus instrucciones, el grupo procuró guardar máximo silencio por si había más rondas de normandos.

Fátima no paraba de acordarse de Marwan. A veces lo imaginaba muerto, tirado al borde de algún camino, y una pena indescriptible ahogaba su corazón. Decidió hacer un ayuno para pedir por su bienestar. Maryam se le unió para pedir por su madre. Los recuerdos la torturaban y, cuando la desesperación se le pegaba al pecho, practicaba las técnicas que le había enseñado el santón.

Basilio había perdido la esperanza de ver a su amigo con vida y rezaba por la salvación de su alma, tal como a él le hubiera gustado que hiciera. Su familia también estaba presente en sus oraciones. Los normandos hacían salidas todos los días y el muchacho temía que la aldea en la que vivían los suyos fuera objeto de los saqueos.

Rasil estaba afectado por la muerte del joven normando. Durante la noche lo vio en sueños avanzando lentamente hacia él, con indecisión, para terminar clavándose en su espada como si se sintiera irremediablemente atraído por ella. Aquel muchacho más joven que él se le había incrustado en la conciencia.

Ibn Hussain pasaba largos ratos con unos y con otros. Todos tenían sus motivos de turbación y el anciano vio confirmada su percepción, su misión en aquel grupo de supervivientes era enseñarles a vivir con sus cargas…

Por la tarde llegó Ibn Rustum al campamento de Musa ibn Qasi con mil hombres escogidos. Nasr decidió continuar con sus ataques por el norte pero permitió que Ibn Rustum apoyara con un contingente la estrategia de Musa. Sabía que los guerreros de la frontera tenían muchas posibilidades de vencer.

Aquella misma mañana el eunuco había lanzado una nueva embestida con el mismo resultado que las anteriores. Los vikingos resistían bien los ataques y se reafirmaban en sus posiciones. Sería necesario un ataque más contundente para echarlos.

Marwan se reunió con los dos hombres y juntos perfilaron los detalles de la emboscada. Al sirio le asignaron un papel relevante y se sintió honrado y excitado. En la campaña del norte había tenido ocasión de demostrar su valentía, pero aquella lucha no tenía nada que ver con esta. Ahora estaba convencido de que la causa era justa y que tenía una misión importante en la aniquilación de aquella maldita plaga que asolaba su tierra.

Salieron de madrugada y llegaron al bosque de Tablada antes del alba, dando un gran rodeo por el oeste y el sur. Musa e Ibn Rustum repartieron a la tropa formando un semicírculo, aprovechando el lindero de la arboleda. Los piratas no advirtieron el movimiento de aquel ejército, del que ni siquiera tenían constancia.

A Marwan le dieron el mando de quinientos hombres, cien de ellos a caballo, con los que se movió río arriba desde Tablada. Ibn Rustum le había regalado una espada nueva y una coraza de cuero. El amanecer los sorprendió en el camino y los hombres entonaron sus oraciones sin detenerse. Se movieron por la ribera hasta que tuvieron a la vista las naves de los normandos, apiñadas las unas junto a las otras y, detrás de ellas, la ruinosa muralla de la ciudad. Se detuvieron y aguardaron alguna reacción del interior. Los normandos salieron en tropel pasado un rato. Dos partidas de saqueo habían salido hacia el este y otras tantas se disponían a salir hacia el sur cuando se encontraron con aquella formación. Marwan y los suyos estaban a campo abierto, por lo que no cabían dudas sobre su número. Los vikingos estimaron que podían derrotarlos con facilidad y se encaminaron hacia los barcos. Aquella podía ser una buena oportunidad para conseguir un botín de armas y salir de Sevilla con honor, peleando con valentía para ganarse el favor de sus dioses. Formaron un grupo de cerca de mil quinientos guerreros que avanzaron con sus yelmos, sus escudos y sus hachas de batalla. Embarcaron y comenzaron a maniobrar para acercarse a los andalusíes.

Marwan los observó moverse y su corazón se aceleró, animado por la inminente lucha. Las naves se pegaron las unas a las otras y se detuvieron. Dio comienzo el desembarco. Los normandos eran cautos y dieron órdenes a los barcos para que los siguieran por la ribera. Ya habían visto el verdadero tamaño de la tropa que acampaba en Carmona, la que lideraba Nasr, y temían caer en una trampa. Entre ellos había algunos jinetes y, en primera línea, el

sirio pudo distinguir a varios *berserkers* con sus blancos pechos descubiertos. No usaron arcos, avanzaron seguros hacia la lucha cuerpo a cuerpo.

—¡Jinetes! —gritó el líder de los musulmanes, y echó a galopar hacia el grupo de caballeros vikingos.

Sus hombres montados lo siguieron al instante e intentaron rodearlo para darle seguridad. Se estamparon contra los enemigos y en el primer impacto cayeron muchos guerreros de ambos bandos. Marwan luchó con fiereza y mató a cuatro normandos. Cuando consideró que el número de caballeros enemigos estaba suficientemente mermado, ordenó la retirada y se colocó tras la tropa de peones. Entonces, antes de tener encima al enemigo, que los triplicaba en número, dio una orden y se mantuvo firme con los caballeros.

—¡Corred por vuestras vidas!

Los cuatrocientos peones, elegidos entre los más ágiles, echaron a correr para ponerse a salvo. Los normandos los persiguieron, seguidos siempre en paralelo por sus barcos. Marwan se enfrentó a los jinetes supervivientes para evitar una sangría de los suyos. Así se retiraron, protegidos por Marwan y sus caballeros, que constantemente se volvían para hacer frente al enemigo, exponiendo la vida para asegurar la de los demás. Muchos jinetes cayeron pero el sirio no se amilanó y continuó resistiendo el empuje de los perseguidores. Los normandos corrían enfurecidos saboreando la victoria y un unísono clamor se elevaba desde la masa de guerreros.

Se acercaba el peor momento. Estaban ante la aldea de Tablada y Marwan dio la orden de detenerse y resistir. Sus hombres, disciplinados, anclaron los pies en la tierra y se prepararon mientras él se movía con los jinetes que le quedaban para envolver el flanco derecho del enemigo y atacar su retaguardia. En el primer choque murieron más de cien andalusíes y el resto, sobrepasado por los vikingos, apenas podía contener la furia enemiga. En ese momento, cuando los dos batallones entablaron combate, el estruendo de cientos de voces precedió a los hombres que salieron del bosque, dos mil guerreros perfectamente entrenados y disciplinados que, repartidos por banderas, ejecutaron las órdenes que les dieron sus generales y atacaron a los vikingos por tres puntos diferentes.

Marwan había desmontado para pelear mejor en el cuerpo a cuerpo y se había hecho con el escudo de uno de los caídos. Peleaba con sus últimos hombres y comenzaba a sentir que sus músculos se cansaban. Por cada enemigo que mataba había dos que ocupaban su puesto. Los guerreros de Musa llegaron a su flanco para apoyarlo. Marwan los sintió como una marea

que llegaba con fuerza y se dejó llevar por ella, por su entusiasmo y su energía.

«No me importa morir aquí», pensó contagiado por el espíritu de la tropa, pero enseguida se acordó de Fátima y el amor por la vida lo invadió. «Voy a sobrevivir, voy a sobrevivir». Estaba lleno de sangre, enemiga y propia. Había recibido un corte en la mano izquierda pero en su estado de excitación no sentía el dolor. Su escudo se había partido con el golpe de un hacha, lo tiró y continuó peleando en primera línea. Los vikingos luchaban como perros rabiosos, empujaban a sus oponentes con los escudos para desestabilizarlos y arremetían contra ellos con las hachas, que se incrustaban con facilidad en los cuerpos magullados partiendo músculos y huesos con sus hojas afiladas. Sin embargo, su inferioridad se hizo patente y no les quedó más remedio que ceder posiciones ante el empuje de los batallones andalusíes.

Los hombres de Ibn Rustum chocaron contra la vanguardia de los piratas. El general observaba los movimientos y transmitía las órdenes a las banderas. El enemigo cedía, arrollado por la estrategia envolvente de los dos magníficos generales. Musa desplazó a algunos de sus hombres para cerrar un círculo sobre ellos. Los normandos iban cayendo y sembrando el campo con sus cuerpos. Los musulmanes avanzaban para estrecharlos, pisoteando los restos de los caídos.

Berserkers, nobles, jóvenes, jinetes… todos cayeron por igual, todos gritando los nombres de sus dioses con las armas en la mano y llevándose alguna vida por delante antes de reposar sobre el campo de batalla, a la espera de las *valkirias*. Marwan estaba a punto de desfallecer, apenas podía levantar su espada para seguir luchando. Dos hombres de su escuadrón, que lo habían rodeado desde el principio, se percataron de la situación y lo cogieron por los brazos para arrastrarlo hacia atrás, a un lugar seguro.

—No, no, llevadme allí —balbucía exhausto.

A la vista de la situación, tan propicia para los hombres del emir, cinco médicos de campaña del ejército de Musa montaron sus tiendas para atender a los heridos. Marwan había dejado de resistirse y los dos guerreros lo soltaron junto a ellos. Uno de los médicos valoró las heridas del joven, enrolló una venda en su mano y decidió dejarlo para más tarde. Estaban afanados en otros soldados que se debatían entre la vida y la muerte. A un hombre de unos cincuenta años le amputaron un brazo y sus alaridos se confundieron con los de los que morían en el campo de batalla. Marwan se sentía anestesiado, desde su posición divisaba la lucha perfectamente y pudo ver cómo morían los normandos y cómo iban llegando los heridos, que eran depositados

alrededor de las tiendas. Descansó y sintió cómo sus miembros recobraban la fuerza, pero ya no era necesario que acudiera a la batalla. Los últimos vikingos comenzaron a huir en masa hacia las naves que aguardaban en el río. Más de treinta barcos permanecían anclados pero solo ocho fueron necesarios para acoger a los supervivientes. El corazón de Marwan palpitaba en su pecho.

En la retirada los musulmanes capturaron a más de doscientos hombres. Los soldados se dirigieron al río para asaltar las naves pero los vikingos se movieron con rapidez y comenzaron a maniobrar las ocho que habían ocupado, abandonando el resto. Los hombres de Ibn Rustum quemaron los barcos desatendidos y Musa ibn Qasi ordenó ejecutar a los cautivos a la vista de los que se marchaban por el río. El general había oído decenas de relatos sobre aquellos impíos y quiso darles un escarmiento que se les quedara grabado en la memoria. Después decapitaron a gran número de vikingos para llevar sus cabezas a Sevilla y exponerlas ante el pueblo.

La batalla terminó con una gran victoria de los musulmanes, que mataron a más de mil enemigos y les arruinaron cerca de treinta naves.

Marwan observó cómo los soldados recorrían los cuerpos de los muertos y se afanaban en cortar sus cabezas, que iban atando con cuerdas para cargarlas a lomos de los caballos. Su corazón recobró la serenidad y su mente retornó a la lucidez habitual. Empezó a sentir un fuerte dolor en la mano herida. La observó con detenimiento y comprobó que su meñique colgaba, unido al resto de su mano por un hilo de carne. También percibió los aullidos de dolor de los heridos. Un médico se le acercó por fin para atenderlo.

—Tenemos que amputar —le dijo con la rapidez que acostumbraban aquellos hombres.

—¿El brazo? —preguntó con ansiedad.

El médico le apoyo una mano en el hombro.

—Tranquilo. El meñique.

Marwan cerró los ojos, suspiró con alivio y se entregó al cirujano para que hiciera su trabajo.

En la casa del barrio judío los supervivientes del grupo permanecían pegados los unos a los otros para darse calor. La vivienda era fría y las ventanas estaban mal ajustadas. No tenían noticias del exterior desde que habían abandonado la casa del comerciante. Cerca del mediodía les llegó el sonido de un rumor que invadía las calles y se multiplicaba con el eco. Se pusieron

tensos. Distinguieron el sonido de pisadas de decenas de hombres. Kamal estiró los brazos para comprobar su estado y sintió una intensa punzada de dolor, si tenía que luchar no podría aguantar mucho tiempo. El nuevo líder pidió silencio absoluto y mantuvo una conversación interior con Dios.

«He cometido graves pecados en mi vida y he cumplido una penitencia de años de sufrimiento. No te pido nada para mí, pero escucha lo que te pido para ellos. Sálvalos. Acaba conmigo pero sálvalos a ellos».

Pasaron un rato escuchando las pisadas y los ecos de voces lejanas, hasta que los pasos comenzaron a oírse más y más cerca. La habitación en la que estaban tenía una ventana que daba a la calle. Los hombres pasaron delante de la vivienda a paso rápido, sin pronunciar palabra alguna ni detenerse a inspeccionar las casas. Rasil se asomó al exterior por una rendija.

—¡Hombres del emir! —gritó eufórico.

En la calle los pasos se detuvieron. Kamal abrió la hoja y sacó la cabeza por el hueco sin celosía. Rasil estaba en lo cierto, eran los hombres de Abd al-Rahman que habían tomado la ciudad. La alegría estalló en la sala. Fuera, los soldados aguardaron en estado de alerta, desconcertados, y contemplaron a los hombres y mujeres que salían de la casa alegres pero demacrados. Se abrazaron, saltaron e incluso bailaron, descargando la tensión y la pena que habían arrastrado por Sevilla durante largas semanas. Por un momento desaparecieron los malos recuerdos, que se disolvieron en el aire entre las voces y cánticos de aquel grupo que había conseguido sobrevivir a la invasión de los normandos.

—¿Cómo lo habéis logrado? —preguntó uno de los soldados.

Todos se miraron y no supieron qué responder, cómo resumir todo lo que habían vivido con solo unas palabras.

—Con la ayuda del Altísimo —se limitó a decir Ibn Hussain.

Los soldados los llevaron al alcázar, que se había convertido en el centro de referencia de la tropa de Nasr. Les explicaron que en Tablada los hombres del norte y de Ibn Rustum habían ejecutado una emboscada que había terminado en una gran matanza de piratas. Nasr había comandado al resto de guerreros para tomar Sevilla al asalto. Habían sorprendido a los pocos normandos que todavía estaban en la ciudad y los habían pasado a cuchillo. En su desesperación, buscando ganar tiempo para la huida, los invasores habían prendido varios fuegos en diferentes puntos de la ciudad. Los incendios estaban controlados y varias partidas de cordobeses recorrían las calles para asegurarlas y acabar con cualquier enemigo que pudiera haberse escondido.

—¿Hay más supervivientes? —preguntó Kamal a uno de los soldados.

—Por el momento no. La ciudad está llena de muerte. En una mezquita acabamos de encontrar a diecisiete personas muertas. Cinco eran niños. Unos mártires de nuestra fe.

Aquella solo era una de las decenas de tragedias que habían asolado Sevilla, dejándola envuelta en un manto de silencio y destrucción. El grupo se sentó en el patio del alcázar. Se miraban sonrientes pero sus ojos delataban sus dramas internos. Alrededor de ellos los soldados iban y venían. Algunos se ocuparon de ellos y les llevaron ropa limpia y alimentos, cortesía de Nasr. A las mujeres les dieron velos para que pudieran tapar sus rostros antes de recibir la visita del comandante. El eunuco quiso reunirse con ellos, con los únicos supervivientes de la ciudad arrasada. Kamal hizo de portavoz y le narró los padecimientos del grupo sin detenerse en los detalles. Nasr los felicitó y agradeció al Altísimo su compasión hacia ellos y su intervención en la reciente batalla.

—Nuestro emir Abd al-Rahman, gloria a su nombre, tendrá noticias de vuestra aventura —les dijo antes de retirarse a las estancias privadas del alcázar para esperar la llegada del gobernador y de los líderes de la emboscada.

Ellos se mantuvieron unos instantes en silencio sentados en círculo, como solían hacer en sus refugios. Con los ojos cerrados se acordaron de los caídos y de aquellos de los que no tenían noticias, y rezaron por ellos con devoción.

Un nutrido grupo de hombres entró en el alcázar custodiando varias carretas cargadas con cabezas de normandos. Los soldados querían decorar la ciudad usando aquellos trofeos como guirnaldas, colgándolas de las palmeras, de los naranjos, clavándolos en picas como recuerdo de la victoria y del destino que aguardaba finalmente a los que osaban desafiarles. Tras ellos entraron tres jinetes. Uno de ellos se dirigió hacia el círculo de supervivientes.

—He echado en falta un escudero en la batalla —dijo.

—¡Marwan! —exclamó Fátima emocionada, que se acercó al caballo de su amado.

El joven, apretando las piernas contra el lomo del animal, se inclinó para dar un beso en la cabeza a la muchacha.

—Tengo que reunirme con ellos —señaló a Musa e Ibn Rustum, montados todavía sobre sus caballos—. Tendremos tiempo de hablar.

Fátima se quitó el velo el tiempo suficiente para mover la boca en un sordo y claro «te quiero», que solo pudo leer él. Rasil tenía lágrimas en los ojos, se había puesto en pie pero no pudo pronunciar palabra. Todos estaban

contentos de verlo. Iba vestido con una elegante camisa roja y una capa blanca. La mano izquierda la tenía vendada pero, aparte de eso, parecía ileso. Como un noble, se acercó a los generales y desmontó para acompañarlos al interior del pabellón privado del gobernador, donde los esperaba el eunuco favorito del emir.

La ciudad quedó asegurada, libre de la amenaza de los normandos. La mayoría de los piratas murieron en las luchas que se entablaron por las calles y en el alcázar pero algunos consiguieron huir y embarcaron en las naves que tenían ancladas a la altura de Sevilla. En lugar de descender a favor de la corriente para buscar el mar, remontaron el río para recoger a dos partidas de compañeros que habían salido hacia el norte y el este. Esperaron a que volvieran del saqueo y los subieron a bordo. Cuando pretendían huir hacia Qabtil los soldados que habían tomado Sevilla los esperaban y los acosaron con arcos y piedras, provocando algunas bajas entre los tripulantes. Las naves se perdieron río abajo llevándose consigo el rastro de aquellos demonios del norte, aquellos piratas sin moral en la lucha y sin piedad en la victoria.

Sevilla suspiró con alivio impregnada de dolor, muda, herida por todos sus costados. Llegó el gobernador para tomar posesión del alcázar y, tras él, regresaron los primeros vecinos. Los hombres del emir trabajaron durante días para limpiar las calles, retirar a los muertos y enterrarlos en funerales masivos, reparar destrozos y hacer rondas por los campos para evitar nuevos saqueos. Los normandos que sobrevivieron a la batalla permanecieron en Qabtil para negociar los rescates de los presos. Heraldos de ambos bandos se reunieron y acordaron la liberación de todos los cautivos a cambio de alimentos y ropa, lo que delataba la situación desesperada en la que los nórdicos se encontraban. Sin entablar nuevos combates, tras las negociaciones y liberación de presos, los vikingos cargaron su botín en los barcos que les quedaban y se marcharon río abajo, cabizbajos, con la moral dañada. No todos se fueron. Un pequeño grupo de ellos, cansados de la guerra, del mar y del frío, decidieron quedarse y fundar una colonia en la zona como ganaderos y campesinos. Sus compañeros los respetaron y se despidieron de ellos para siempre.

La huella de la hachas normandas fue profunda y se tardaron semanas en recobrar la actividad normal de la ciudad. Día a día llegaban los emigrantes y sus ojos se arrasaban de lágrimas al contemplar la hermosa Sevilla expoliada

sin el menor respeto. Todos tenían a alguien a quien llorar, todos tenían bienes perdidos. Con ellos se instaló el luto, que duró más de una semana.

El «grupo bendecido», como los habían apodado por su sorprendente supervivencia, permaneció en el alcázar durante tres días para dar tiempo a los soldados a poner en orden la ciudad. La mañana del tercer día los despertó la voz de un muecín desde el alminar de piedra de la mezquita aljama.

—¡Hay vida! —exclamó Ghali con el brillo de la ilusión en los ojos.

A su bello canto lo siguieron otros desde diferentes puntos de la urbe, y la ciudad quedó invadida por las notas de la llamada a la oración. Más tarde también sonaron campanas que llamaban a misa.

Se miraron, se abrazaron y se despidieron, preparados para retomar sus vidas en una Sevilla que despertaba de su pesadilla…

EPÍLOGOS

Alí llegó a casa vestido con un pantalón y una camisa de lino, sobre la que llevaba un chaleco de piel de conejo. Además de la ropa, por su contribución a la resistencia de la ciudad, el gobernador de Sevilla le había regalado dos dinares y un turbante de fina tela blanca que el muchacho lucía con orgullo. En la distancia distinguió las siluetas de su madre y su hermana, que volvían del pastoreo con el rebaño. Silbó con todas sus fuerzas, como solía hacer para dar instrucciones a su perro pastor. Las mujeres se volvieron hacia él.

—¡Hijo mío! —oyó gritar a su madre emocionada.

—Alí —la voz de su hermanita se quebró de alegría.

Ambas corrieron hacia él, y él hacia ellas. Su perro también salió a su encuentro. La primera en llegar fue su hermana, que saltó a su cuello y apretó con todas sus fuerzas. Su pequeño pecho convulsionaba por el llanto contenido.

—Princesa, estoy bien, estoy aquí.

Enseguida llegó su madre, azorada por la carrera pero feliz. Su cuerpo de osa se estampó contra el de su hijo y estuvo a punto de derribarlo.

—¡Gracias al Altísimo, gracias al Altísimo, nos temíamos lo peor!

Permanecieron los tres abrazados hasta que Alí sintió que sus músculos se cansaban.

—Vamos dentro, necesito descansar.

—Sí, sí, vamos dentro. Vamos a preparar un guiso para que te recuperes, que estás muy flaco. Ay, Alí, ¿qué te ha pasado?, ¿no te habrán hecho daño, hijo mío? Da igual, ahora ya da igual todo, estás aquí… —la mujer lo apabullaba con su parloteo.

—Madre, preparad el guiso, yo encerraré al rebaño.

Así lo hicieron. Madre e hija se dirigieron a la casa para cocinar. Iban cantando canciones de la comarca, exultantes de felicidad.

—¡Alí!, si quieres mata a una gallina —le dijo su madre desde la entrada de la casa mientras se dirigía al rebaño abandonado.

—No, madre, un guiso de verduras será perfecto.

El muchacho se acercó a sus animales, que permanecían quietos a la espera de una dirección. Su perro lo había seguido durante todo el tiempo y no se apartaba de su lado. Todo estaba en calma. Observó a su alrededor los terrenos por los que había deambulado tantos años en busca de pasto. Observó también la casa, de donde comenzaba a elevarse una fina columna de humo. El canto de su madre y su hermana le llegaba amortiguado por los muros. Respiró profundamente y se llenó de la paz del ambiente. Encerró al rebaño en el cercado y entró en su casa.

—Bueno, Alí, cuéntame todo lo qué ha pasado, ¿has visto nuestra casa?, ¿han muerto los sirios?, ¿la podemos reclamar?

Alí bin Alí suspiró y miró fijamente a su madre antes de hablar con voz firme.

—Voy a contaros todo lo que he vivido. He estado a punto de morir varias veces y he visto luchas que os quitarían el sueño. Pero antes voy a decir una cosa, y la voy a decir solo una vez: no vamos a recuperar la casa de las rosas, ya no es nuestra ni lo va a ser nunca. No volveremos a hablar de ella, nos olvidaremos de esa maldita casa y viviremos felices con lo que tenemos…

—Hijo…

—¡Escúchame madre!, no he terminado —la mujer quedó paralizada—. Se acabó el rencor, se acabó el odio, se acabó mirar atrás. La casa no es nuestra, padre murió por la pena que se le había metido dentro y yo no voy a acabar igual —la madre hizo un amago de intervenir pero Alí levantó un dedo pidiendo silencio—. Ni una vez más se hablará en esta casa del tema. Mañana empezamos una nueva vida. Me haré cargo del rebaño y tú te encargarás de buscarme una esposa adecuada, sin darle más vueltas al tema ni retrasarlo más —la miró a los ojos desafiante—. Empieza por la hija de Hassan bin Umar, el leñador. Habla con su madre y averigua si están interesados, mañana mismo —la hija de Hassan era una muchacha débil y delgada que vivía con sus padres a pocas leguas de allí. De pequeño, Alí solía jugar con ella—. Mañana es viernes y tendrás ocasión de verla en la mezquita de la aldea. ¿Has entendido todo lo que he dicho?

La mujer asintió y Alí recobró el tono cordial. A pesar de la advertencia de Alí, en más de una ocasión la madre intentó sacar el tema de nuevo pero el muchacho fue tajante. Finalmente comprendió que no podría hablar nunca más con su hijo sobre la casa de las rosas. Las mujeres sirvieron el guiso de verduras y los tres se sentaron en cojines de cuero alrededor de una mesa baja. La niña se reía y miraba a su hermano con admiración.

—¿De qué te ríes, princesa?

—De ti. Has cambiado. Eres más viejo.

Aquella era la manera que tenía de expresar que su hermano había madurado. Alí se rio con ella y la comprendió al instante.

—Tienes mucha razón, hermanita, en poco más de un mes he envejecido diez años.

Comieron y conversaron alegres por tenerse cerca y Alí comenzó el relato de sus vivencias, que no terminó hasta bien entrado el atardecer, cuando las primeras estrellas salpicaban el cielo con sus destellos diamantinos…

Antonio regresó a Sevilla acompañando al obispo. El dignatario quiso premiar su constancia y su piedad, su fe inalterable y su férrea moral, y decidió mandarlo a Córdoba y nombrarlo maestro del colegio sacerdotal de San Zoilo, en pleno centro de la ciudad. Antonio huía de los cargos porque pensaba que acercaban al hombre a la perdición, a la ambición y a lo mundano, pero Córdoba tenía el encanto de lo perseguido que tanto lo atraía. Los cristianos de la capital vivían una situación difícil, apenas tolerados por los gobernantes. También tenía noticias de un grupo de clérigos rebeldes que desafiaban a los musulmanes y defendían su fe frente a sus ataques constantes. Unirse a ellos y vivir junto a sus hermanos oprimidos fueron los motivos que lo llevaron a aceptar el nombramiento. Pensó que era el lugar idóneo para predicar, para dar ejemplo a los cristianos que vivían tentados por el Islam.

Recién llegado a Sevilla indagó sobre sus compañeros de desventuras y recibió la noticia de su milagrosa supervivencia, todos en la ciudad habían oído hablar de ellos. Antes de marchar a Córdoba quiso ver a su amigo Basilio y fue a buscarlo a la aldea en la que vivía su familia. El caserío estaba abandonado, algunas viviendas tenían señales de fuego y había algunos muebles tirados en la calle. A la entrada, en el minúsculo camposanto de la iglesia, había tierra removida y varias cruces hechas con madera. Los campos que rodeaban la aldea estaban saqueados. Lejos, en un olivar, divisó a varias personas que trabajaban limpiando de piedras los suelos de los árboles. Se dirigió hacia ellos y pudo identificar a Basilio, que ya lo había reconocido y caminaba alegre hacia él. El muchacho se abrazó a su amigo, realmente conmovido.

—Pensé que estabas muerto, Antonio. He rezado mucho por ti. Marwan nos contó cómo llegaste a Carmona —cuando se separaron se dio cuenta de que había manchado la ropa nueva del clérigo con la tierra que tenía por todo el cuerpo—. Lo siento.

En ese momento llegó junto a ellos Maryam, que también había reconocido al monje y quería saludarlo.

—¡Maryam!, me alegra verte, no esperaba que estuvieras aquí. ¿Cómo estás?

—Bien, el trabajo es bueno para olvidar —contestó la muchacha.

A la mente de Antonio acudieron imágenes contra las que luchaba a diario, el cuerpo desnudo y magullado de aquella muchacha que corría enajenada por las calles de Sevilla, y la terrible violación de su madre en el alcázar.

—Vamos a mi casa, tengo agua fresca y fruta —ofreció Basilio.

Dejó a sus compañeros de trabajo en el olivar y acompañó al monje hasta una sencilla vivienda de la aldea. Maryam prefirió seguir trabajando. Se sentaron en la sala más amplia de la casa y Basilio le ofreció agua del pozo comunitario.

—¿Estáis…?

—No —contestó Basilio antes de que terminara la pregunta—. Maryam no ha tenido noticias de su madre. Terminaron los rescates y ella no apareció. Tiene a dos tíos paternos en el Aljarafe pero no quiere ir con ellos. Sus primos por lo visto son unos estúpidos. Me pidió que la dejara venir conmigo y trabajar la tierra que mi padre tenía arrendada.

—Yo vi morir a su madre de una manera atroz. Dile que está muerta, para que su alma descanse, pero no le digas que sufrió.

Antonio le contó su periplo y el retorno a Sevilla tras la batalla. También le habló del obispo y del puesto que le había ofrecido en Córdoba.

—Puedes venir conmigo si así lo deseas…

—Antonio, amigo, ese camino ha terminado para mí. Quiero vivir aquí, en el campo, y ganarme la vida trabajando la tierra.

—Me lo imaginaba —se mostró apesadumbrado. Comprendió que aquello era una despedida—. Habrías sido un buen monje —era una pequeña mentira, en el fondo pensaba que el corazón inquieto del muchacho sería difícil de domeñar—. ¿Y tu familia?, ¿eran los otros que trabajaban en el olivar?

—No. Los enterré el día que llegué. Sus cuerpos… —la voz se le quebró.

—Nunca volveremos a ser los mismos. Lo que hemos visto ha roto algo dentro de nosotros y dudo que se recupere algún día —apoyó la mano en el hombro de su amigo—. Lo siento. Reza por sus almas y reza por el olvido.

Basilio le narró los últimos acontecimientos que había vivido el «grupo bendecido» antes de la llegada de Nasr a la ciudad. Antonio sintió la muerte

de Dushan, un mártir más que había entregado su vida por los demás. Cuando terminaron de ponerse al día Antonio se puso en pie y se despidió.

—No te olvides de Dios, sé buen cristiano y acude a la iglesia siempre que puedas.

—Lo haré. Espero que todo te vaya bien en Córdoba. Te tendré presente en mis oraciones.

—Una cosa más —le dijo antes de marcharse—. Si quieres a Maryam, cásate con ella y hazla feliz. Merece algo de luz en su vida.

—Ya veremos, Antonio, ya veremos…

El clérigo se alejó de la aldea a lomos de su mula por el sendero de tierra pisada que partía los campos en dos. Basilio se quedó pensando en sus últimas palabras, que resonaban en su cabeza antes incluso de oírselas a su amigo…

Zacarías trabajaba en la casa reparando los destrozos que habían provocado los normandos cuando las voces de sus hijos llenaron cada rincón del hogar.

—¡Padre! —gritaban.

Les salió al encuentro y los abrazó con fuerza.

—Os he echado de menos, no imagináis cuánto —dijo entre lágrimas.

Tras ellos entró Sarah acompañada por su hermano, que había insistido en traerlos en una carreta desde su alquería del Aljarafe. Los esposos también se abrazaron y permanecieron así largo rato, llorando, susurrándose al oído y dándose besos.

—Estoy arreglando la casa —les dijo cuando se tranquilizaron.

—No me importa la casa, está perfecta para mí —Sarah estaba feliz de ver a su esposo vivo, delgado en exceso pero vivo.

Descargaron los enseres que Sarah se había llevado y se acomodaron. El cuñado de Zacarías decidió quedarse un par de días para ayudarle con los arreglos. Sarah utilizó los dos dinares que el gobernador le había regalado a su marido para comprar provisiones en el mercado. La ciudad recobraba lentamente la actividad y en las plazas y zocos ya había alimentos variados que llegaban cada mañana en carretas, desde las zonas interiores de la *cora*, y por el río, en barcos procedentes de Córdoba. La mujer preparó una sopa de verduras y la familia comió reunida en el salón principal. Tras la comida los niños se retiraron a jugar en el patio. Los tres adultos conversaron durante la sobremesa. Zacarías les narró todo lo que había ocurrido y ellos,

sorprendidos, escuchaban sin interrumpirle. Sarah lloraba al imaginar cómo había vivido todos aquellos terribles acontecimientos.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó el hermano de Sarah.

—Salir adelante —dijo Zacarías con convicción y voz firme. Su esposa lo miró, algo en él había cambiado, como si su inseguridad se hubiera borrado durante las semanas de asedio—. Tengo parte de las esteras, las que tenía en el *funduq* —miraba a Sarah mientras decía esto—, y el imán de la mezquita aljama las quiere. Los normandos quemaron todo lo que encontraron dentro. Con eso sacaré algo de dinero para seguir comerciando. Ayer me reuní con Aswad. Ha vuelto a la ciudad y quiere retomar sus negocios. Muchos de sus agentes han muerto. Cuenta conmigo y va a darme unas condiciones especiales, por la situación. La semana que viene empezamos a trabajar, hay muchas oportunidades de negocio en una ciudad que se reconstruye —Sarah estaba emocionada, orgullosa de aquellas palabras.

—Me alegro por vosotros. ¿Y tus deudas? Mi hermana me ha contado…

—Lamentablemente… —Zacarías sintió una presión en el pecho— no tenemos a quién devolver el préstamo. Judah ben Mosé fue un inconsciente y decidió quedarse en Sevilla con mi prima. Los dos han muerto y los piratas han saqueado su casa.

—Entonces, tu casa no peligra.

Negó con la cabeza. Sarah agarró su mano con las dos suyas. Sentía pena por las muertes pero no podía evitar que una inmensa sensación de alivio la invadiera.

—Estoy seguro de que saldréis adelante —dijo el cuñado mirando a su hermana. Ella sonrió y asintió.

El hombre se levantó y salió al jardín. Sentía un gusto especial por las plantas y estuvo inspeccionando las que aquella familia tenía sembradas. Arrancó algunas hojas secas y examinó los tallos de los rosales. Luego miró las hojas de los naranjos y algunas minúsculas frutas que comenzaban a crecer en las ramas.

—Sarah, te amo más que a mi vida, a ti y a los niños.

—Y yo a ti, Zacarías. He imaginado este momento cada noche, cuando me echaba sola en la cama.

—Esta noche no dormirás, ni estarás sola en la cama.

Ella se sonrojó y se arrebujó bajo su brazo. De fuera les llegaba una canción infantil que cantaban sus hijos. Los niños no habían vivido la tragedia del saqueo y eso reconfortaba a su padre. Besó a Sarah en la frente y salió al jardín para disponer con su cuñado los trabajos a realizar. Tenía que

rehabilitar su hogar, tan castigado, y construir unos firmes cimientos que sostuvieran su nueva vida…

Kamal no solo recibió los dos dinares de manos del *walí*, también recuperó el cargo de capitán que había perdido por su conducta irresponsable. Ibn Rustum quiso llevárselo a Córdoba para integrarlo en las milicias del emir, pero el nuevo capitán tenía un compromiso que cumplir en Sevilla. Ayana y Ghali lo esperaban delante de la mezquita aljama, deambulando por los puestos del mercado. Juntos fueron a la casa del comerciante, el propietario de la esclava sudanesa. La familia había regresado y tomado posesión de su vivienda. Kamal se reunió con el hombre y le habló sin rodeos.

—Ayana es libre.

—¿Cómo dices?

—Que Ayana es libre. Se quedó a defender a los Sevillanos y ha cumplido con la condición que impuso el gobernador para ganarse la libertad.

—¿Estás loco? Mi esclava no ha defendido a nadie, se quedó en esta casa para cuidar mis bienes. Es mía y tienes que devolvérmela.

Kamal sacó el documento que el nuevo *walí* había firmado de su puño y letra concediendo la libertad a la sudanesa, una vez probada su valía en el «grupo bendecido». El comerciante leyó estupefacto.

—¡No me la vas a quitar, pagué por ella!

El capitán lo agarró del cuello y el hombre quedó paralizado por el terror.

—Escúchame, estás agotando mi paciencia. Te he mostrado la prueba de su libertad pero, si no te vale, tengo a esta para defenderla —desenvainó su espada—. Si aprecias tu vida olvídate de ella.

Lo dejó hincado de rodillas tratando de recuperar el aliento y salió airado de su lujosa vivienda. Ni Ayana ni él volvieron a tener noticias del rico comerciante, que se resignó a la pérdida.

—Ahora eres libre, nadie te posee —Kamal aguardó la reacción de la mujer.

—A nadie pertenezco, pero a ti me entrego —fue lo único que ella contestó.

Se instalaron con Ghali en la casa de Muhammad y esperaron a que regresara Malika, su esposa.

La mujer volvió a Sevilla una semana después de la victoria de Tablada. Se había refugiado en una recóndita aldea del Aljarafe, donde vivían varios de sus primos. La noticia les tardó en llegar. Raissa y Yawhara, las dos sirvientas

de su casa, volvieron con ella. Uno de sus parientes las acompañó hasta las puertas de la ciudad. Cuando Malika entró en su casa y encontró a Kamal se puso a gritar y a llorar desconsolada.

—¡No!, ¡no!, vete y que venga él —decía fuera de sí. Comprendió que su marido había muerto.

Kamal la dejó llorar sin pronunciar palabra. Se acordó de su amigo y una pena honda lo invadió. Antes de la llegada de los normandos el matrimonio estaba pasando por un mal momento. Sin embargo, el sentimiento que los mantenía unidos seguía siendo fuerte. Malika estaba destrozada y se sentía culpable por el trato que le había dispensado a su marido en los últimos tiempos. Ayana se acercó a ella y la abrazó. No tuvieron que hablarse y la viuda, como si ya la conociera, se dejó acoger y descargó su pena salada sobre el hombro amigo. Ghali se quedó pegado a Kamal sin comprender.

La mujer se serenó y con los ojos hinchados por la llantera buscó respuestas. Ayana preparó una infusión y se sentaron a hablar. Así se enteró Malika de todo lo que había ocurrido y de cómo su marido había muerto defendiendo al grupo de una muerte segura. Durante el relato sufrió varios arranques de llanto y finalmente se quedó sin lágrimas, con el rostro desencajado por el dolor.

—Muhammad me pidió algo. Quería que me hiciera cargo de ti y de este niño —ella no respondió—. Voy a hacerlo. Ahora soy capitán y puedo manteneros —la viuda seguía sin hablar, incapaz de reaccionar—. Pero no puedo costear dos casas, así que venderé la mía y nos quedaremos en esta, que es más grande. Cuidaré de vosotros mientras sea necesario.

—¿Ella? —preguntó la mujer.

—Ayana vivirá donde yo viva. Se hará cargo de la casa contigo. Yawhara y Raissa… serán libres. Podrán casarse o servir en otra casa. Aquí ya no serán necesarias —Yawhara era esclava y Raissa era una joven huérfana que habían contratado para ayudar en las tareas del hogar.

Malika suspiró, era un alivio saber que no tendría problemas económicos, como tantas viudas que se veían condenadas a casarse con el primero que tocaba a la puerta, o incluso mendigar por las calles para alimentarse.

—Gracias, Kamal. Muhammad te quería como a un hermano. Discutí con él muchas veces por ti —bajó la cabeza avergonzada.

Pasaron varios días arreglando el hogar, organizando las habitaciones y recomponiendo sus corazones, heridos y maltrechos. Kamal se instaló con Ayana en la alcoba principal y Ghali durmió con Malika en la otra. La viuda se sentía reconfortada con la cercanía del niño.

—Los vecinos murmuran a mis espaldas —le dijo Ayana una de las primeras noches, sentada en el borde de la cama. Kamal sabía a qué se refería, la situación de los habitantes de aquella casa era extraña y la gente pronto haría correr rumores ofensivos e incluso podrían llamar a las autoridades que velaban por la integridad moral de los ciudadanos.

—Tal vez sea conveniente que nos casemos. Para todos, Malika será nuestra sirvienta.

No hubo romanticismo ni una declaración de amor, tan solo fue una propuesta práctica para normalizar una situación poco convencional, pero Ayana se colmó de dicha. Había amado a aquel hombre desde el principio, desde el instante en que la había salvado de ser violada por un guardia. Sabía que su alma estaba desgarrada y que tardaría años en curarse por completo, sabía que su corazón se había endurecido por los brutales acontecimientos que le había tocado vivir, pero estaba dispuesta a permanecer a su lado, a quererlo y entregarse al amor, que era la única herramienta con la que contaba para sanarlo.

La mañana siguiente Kamal acudió a su antigua casa y le pidió a Ghali que le acompañara. El capitán sintió la presencia de su esposa y tuvo que contenerse para no llorar delante del niño. Entró en el salón y cogió el cartel de madera que colgaba sobre la entrada. «El Altísimo ama el orden», leyó en voz alta.

—Nos llevaremos esto a casa.

Ghali lo miró con ojos inquietos.

—¿Vivías aquí?

—Sí.

—Y yo, ¿viviré siempre contigo en la otra casa?

—Por supuesto, hasta que crezcas, encuentres una esposa y te vayas a tu propio hogar —el hombre se puso en cuclillas, a la altura del niño—. Te trataré como a un hijo —mientras pronunciaba aquellas palabras sintió un escalofrío. A través de su mirada, percibió cómo Ghali se emocionaba.

El niño sacó sus cinco dírhams, el tesoro que siempre llevaba consigo, y se los ofreció a Kamal.

—Quiero que los tengas, para los arreglos de la casa.

El capitán no quiso ofender a Ghali y aceptó con seriedad el gesto.

—Gracias, Ghali. A la vuelta pasaremos por el mercado y compraremos dulces para llevarlos a casa. Creo que todos los necesitamos. ¿Te parece bien?

Una sonrisa radiante fue su respuesta. Se encaminaron juntos hacia la mezquita aljama donde, adosado al muro sur, una familia de horneros de

Gines había instalado un puesto para vender pan y unos exquisitos dulces de miel. Ghali caminaba alegre sin despegarse de Kamal. Al fin había encontrado aquello por lo que tanto había rezado en sus visitas a la mezquita, por fin tenía a alguien que se hacía cargo de él, por fin tenía una familia…

Marwan y Fátima llegaron al bosque donde vivía Ibn Hussain cerca del mediodía. Iban montados en un hermoso caballo árabe. Fátima lucía ricas ropas de seda con bordados en plata y oro. Iba tapada por completo, solo sus ojos asomaban entre el velo de su cara y el pañuelo que cubría su cabello. Un leve tintineo delataba las pulseras y tobilleras que la muchacha llevaba puestas, regalos de su esposo. Ante la modesta cabaña desmontaron y el anciano los recibió en ropa de faena. Estaba reparando el tejado de su casa y tenía un andamio de madera montado en la fachada.

—Me alegra veros, chiquillos —dijo en tono afectuoso.

—Te dije que vendría y aquí estoy.

—Ya veo, y muy bien acompañado.

—Es mi esposa, Fátima —señaló Marwan con orgullo.

—La he reconocido. Se veía venir, no me sorprende… y me alegra mucho la noticia. Habéis sido muy rápidos.

—Lo hemos preparado todo en un mes. Ha sido una celebración sencilla. La ciudad no está para grandes celebraciones y Fátima… la pérdida de su padre…

—Entiendo. Lo mejor que puede ocurrir en un matrimonio es que los novios se quieran. Eso lo tenéis, se respira el amor estando a vuestro lado.

Una sonrisa bobalicona se dibujó en el rostro de Marwan. Era cierto, se amaban por encima de todas las cosas, ambos compartían un sentimiento que los unía más allá de la carne, un amor con capacidad para curarlos y enseñarles a vivir de nuevo. El sirio se había enfrentado a su familia por ella y tuvo que hablar con Bashir, el prometido, para hacerle comprender que el compromiso estaba roto. No fue fácil, la familia siria no quería que se uniera a una mujer humilde y Bashir reclamaba su derecho al matrimonio en base al trato verbal de sus padres. Marwan supo sortear los obstáculos. Con el prometido le bastó con amenazarlo cuando las palabras fueron despreciadas. Sin embargo, con los suyos el asunto fue más delicado. Actuó con firmeza pero sin faltar al respeto a sus padres, que se resignaron a aceptar la unión antes de perder a su hijo. La madre de Fátima los apoyó desde el principio,

Adila le contó todo lo que había ocurrido durante el asedio y de esta manera supo que sus hijas estaban vivas gracias a él.

Los tres se sentaron cara al sol en dos bancos de madera que el santón había dispuesto delante de la entrada de su casa.

—Nos vamos a Córdoba —informó el sirio—. Me han nombrado general del emir y tengo que trasladarme a la capital. He dudado mucho sobre la conveniencia de aceptar el cargo.

—Marwan, desde ese puesto podrás hacer grandes cosas. Si las personas más válidas renunciaran a los puestos de más poder, ¿qué sería de nosotros? —el joven recibió las palabras con alivio—. Y tú, Fátima, ¿qué te parece ir a Córdoba?

—Donde estemos estará nuestro hogar —su esposo apoyó una mano en su pierna—. Mi madre y mi hermana vendrán con nosotros. Marwan es muy comprensivo.

—¡Qué bonita pareja! —exclamó Ibn Hussain—. Tengo preparado un guiso de col, os pido que os quedéis y lo compartamos.

Comieron juntos el insípido guiso y le dieron las gracias al anciano por la invitación. Fátima se llevó las escudillas al arroyo que atravesaba el bosque para limpiarlas. Marwan e Ibn Hussain se quedaron solos unos momentos.

—¿Y tu amigo Rasil?

—Está ya en Córdoba, gestionando lo necesario para el traslado. Seguirá a mi lado, como escudero y tal vez como gestor de mis tierras. Mi padre quiere que invierta en campo nada más llegar a Córdoba. Él piensa que un hombre sin tierra está condenado a la amenaza constante del hambre.

—Sabio tu padre, poco alimento se saca del oro…

Ambos rieron y un breve silencio se instaló entre ellos. Marwan meditaba, buscaba las palabras adecuadas para exponer las ideas que le rondaban la cabeza.

—Ibn Hussain, cuando estábamos escondidos en Sevilla me dijiste que todo cumple una función —el anciano asintió—. No puedo agradecer la llegada de los normandos, que tanta desgracia han sembrado para tantas familias, pero ahora comprendo a qué te referías. Mi vida ha cambiado…

En ese momento llegó Fátima con los recipientes limpios y se sentó junto a su esposo. Había adquirido un porte de señora que le confería un atractivo especial.

—Ahora comprendo por qué ha pasado todo —comentó Marwan finalmente…



MARIO VILLÉN LUCENA (Pinos Puente, Granada, 1978). Escritor y funcionario de Administración General del Estado español. Se licenció en las carreras de Ciencias Políticas y Sociología en la Universidad de Granada, para poco después empezar a trabajar para el estado.

Su carrera como escritor comenzó escribiendo relatos cortos, los cuales le llevaron a ganar algunos premios en diferentes certámenes españoles, como el VII Premio de Literatura Infantil y Juvenil Ciudad de Andújar en el año 2003 o el XXIII Certamen Literario Castillejo-Benigno Vaquero de Pinos Puente.

Como autor ha lanzado varios libros como *El escudo de Granada*, su debut literario, *40 días de fuego* o *Nazarí*.

ÍNDICE